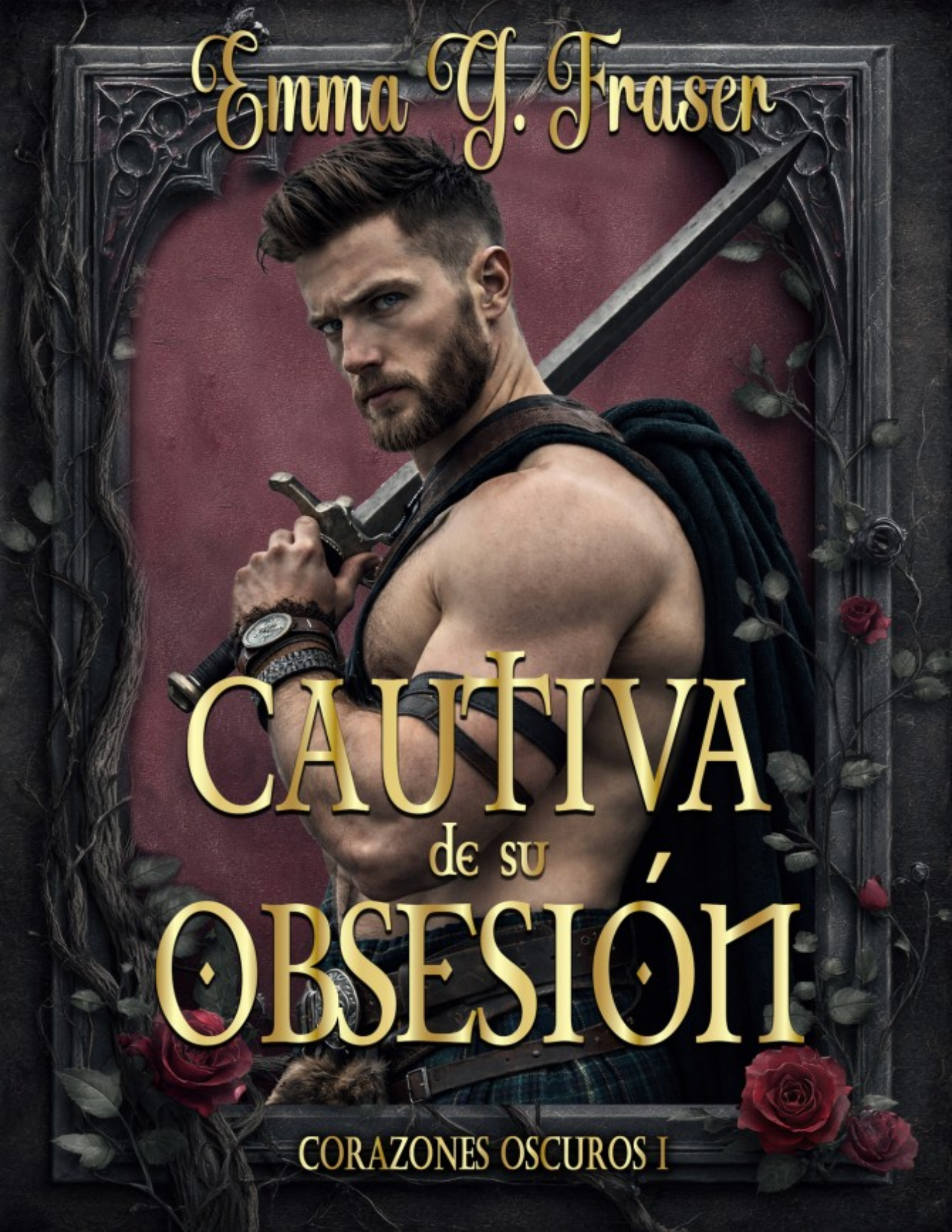
Emma J. Fraser



CAUTIVA de su OBSESIÓN

CORAZONES OSCUROS I

CAUTIVA DE SU OBSESIÓN

Corazones oscuros I



EMMA G. FRASER

©Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.
Título: Cautiva de su obsesión.
©Emma G. Fraser, 2026

PRÓLOGO

1470, límite entre varios clanes de Escocia

La lluvia caía con intensidad en ese aciago día, pero ni siquiera lo hacía tan rápido como para borrar la sangre del rostro de todos los guerreros que se encontraban luchando en ese momento. Los gritos, la desesperación y el odio revoloteaban de un lado a otro del valle que ese día se había convertido en un campo de batalla.

Apenas podía distinguirse el color de sus kilts, pero todos sabían a quién tenían que atacar.

Aquel era el día en el que la primavera entraba después de un invierno frío y casi ruinoso para algunos de los clanes que ese día se encontraban luchando entre sí. Y a pesar de que habían intentado hablar para evitar esa guerra, todo se había precipitado y habían acabado allí, luchando y muriendo por su clan y por su gente.

El sonido del acero rompía el sonido de la lluvia, aunque no lograba apagar los gritos de los guerreros. Algunos de ellos habían caído al suelo, sangrando por Dios sabía dónde, ya que tanta sangre de sus enemigos impedía ver la suya propia y sus heridas. Había guerreros de todas las edades, pero, especialmente, se concentraba la juventud de ellos, aquellos quienes tenían toda la vida por delante, quienes apenas habían despertado de la adolescencia y habían entrado en la veintena con la esperanza de formar sus propias familias. Otros, ya tenían sus sueños conseguidos y solo deseaban vivir en paz. Y a pesar de eso, todos luchaban con arrojo y valentía ese día para que su clan fuera el que sobreviviera a aquella barbarie.

Todo parecía romperse en ese valle aquel día: los sueños, los planes, la vida misma… mientras el barro cubría las botas de los guerreros y la sangre, la tierra.

A pesar de la intensidad de la lluvia, Rowan Chattan levantó la mirada al cielo durante unos segundos. Necesitaba respirar aire limpio que no llevara consigo el fétido olor que flotaba a su alrededor. Quería un momento de silencio, sin embargo, no lo consiguió, pues, rápidamente, otro guerrero del clan Ross se lanzó contra él con la espada en alto. Y, durante un instante, Rowan dejó de ser humano para convertirse nuevamente en una fiera salida

de las profundidades del infierno. En su corazón había un cúmulo infinito de sensaciones. Todas encontradas… Desde que habían llegado al valle había logrado sentir miedo, furia, culpa, orgullo, desesperación, pero, sobre todo, oscuridad. Esa misma oscuridad que se había adueñado de su alma en el momento en el que desenvainó la espada para lanzarse contra los clanes enemigos. Y esa misma oscuridad que haría mella en él minutos después de que Rowan acabara de luchar con el guerrero Ross que había frente a él.

A su alrededor, todo era un caos. Los siete clanes que conformaban la cola del norte de Escocia se enfrentaban unos contra otros para acabar con todos ellos. Nadie sabía con exactitud el motivo por el que se encontraban luchando de una forma tan fiera como ese día, pero lo que sí tenían claro era que unos se habían atacados entre ellos, habían robado al vecino, matado a gente inocente… No importaba a quién se le preguntara el motivo de aquella guerra, pues todos lanzarían respuestas diferentes que nada tendrían que ver con la respuesta de su vecino. Tan solo habría acusaciones a diestro y siniestro entre unos y otros.

Rowan lanzó un grito de rabia mientras extraía la espada del cuerpo del guerrero del clan Ross. Este le había abierto una pequeña herida en el brazo que sangraba profusamente, pero no le importaba. Ni siquiera le dolía. Tan solo podía sentir el rápido latido de su corazón. El cielo tronó sobre su cabeza, oscureciendo aún más el aura a su alrededor, pero Rowan no se inmutó, pues estaba tan metido en ese extraño estado de fiera serena ante la muerte que apenas podía sentir nada.

Miró hacia su derecha, donde luchaba el siguiente de sus hermanos, Sloan, y lo vio caer al suelo tras la patada de uno de los guerreros. Al instante, Rowan vociferó:

—¡Sloan!

Su rugido pudo escucharse en gran parte del valle a su alrededor. Corrió hacia su hermano, pero este logró levantarse a tiempo y frenar la estocada del guerrero del clan MacBean. No obstante, no vio que uno más del clan Comyn se acercaba por su espalda para atacarlo, aunque Rowan sí lo vio. Y se lanzó contra él, matándolo al instante.

—Gracias, hermano —dijo Sloan con voz enronquecida, dándole una palmada en la espalda.

Rowan asintió y respiró hondo.

—La cosa se está poniendo fea. No vamos a sobrevivir ningún clan.

Su hermano mayor le dio la razón.

—Pero nadie quiere dejar de luchar.

—Lo que más me fastidia es que nos acusen de haber matado a varios de los suyos… —murmuró Sloan.

Rowan frunció el ceño.

—Ya da igual. Hay que luchar por sobrevivir y acabar con ellos.

—¿Dónde está padre? —preguntó Sloan mirando a su alrededor.

Rowan hizo lo mismo. Se había separado de él en el momento en el que la batalla había comenzado, y no había vuelto a verlo. Justo donde ellos se encontraban, no había guerreros luchando. Ambos hermanos habían formado un pequeño círculo en el que en ese momento no había absolutamente nadie. Por ello, pudieron darse un pequeño respiro.

—Ahora mismo, veo a Kester y Arran. Están juntos y no parecen heridos…

Los hermanos gemelos de Rowan y Arran se encontraban a una decena de metros y no parecían tener problemas para defenderse, pues siempre habían formado un equipo perfecto entre ellos. Además, estaban rodeados de buena parte de los guerreros del clan Chattan, por lo que no se preocuparon por los gemelos en ese instante.

Sin embargo, Rowan dio un par de pasos para alejarse de Sloan y mirar a su alrededor. La cabellera blanca de su padre no se encontraba por ningún lado, hasta que por fin lo encontró, unos segundos después.

—¡Está allí! —vociferó señalando hacia adelante—. Junto a un grupo de guerreros Comyn. ¡Vamos, tiene problemas!

Rowan y Sloan corrieron hacia el lugar donde se encontraba luchando su padre. A pesar de tener más de cincuenta años, el laird del clan Chattan era un formidable guerrero que había instruido a sus hijos a la perfección en el arte de la guerra. Por ello, había sido el primero en acudir a la guerra y el primero en ponerse en el frente para luchar ese día. Sin embargo, muchos de los guerreros del clan Comyn se habían lanzado contra él, especialmente, uno: Ryan, el hijo primogénito del laird enemigo. Y a pesar de sus esfuerzos, le estaban ganando la batalla.

Rowan y Sloan tardaron tan solo unos segundos en llegar, por lo que

pudieron quitarle de encima a tres guerreros Comyn, dejándolo únicamente con el hijo del laird. Cruzaron sus espadas una vez más con los enemigos. El padre de ambos sonrió ligeramente. Era la primera vez que sus hijos y él luchaban espalda contra espalda en una batalla, y no podía estar más orgulloso de ellos, aunque desconocía el estado de sus dos hijos gemelos. Siempre los había cuidado y les había proporcionado a todos una educación rica en valores y en el arte de la guerra y la lucha, incluida a su única hija, Cora. No obstante, Liam Chattan sabía que ese día era el último en su vida y no regresaría vivo a su hogar. Cuando el destino mueve los hilos, solo queda luchar. Y así haría hasta su último aliento.

A su espalda, Rowan combatía contra un guerrero al que pudo darle muerte enseguida. Se giró para ayudar a su hermano, que luchaba contra dos, aunque vio cómo Sloan había acabado con uno de ellos y ahora se enfrentaba con otro. Pero en ese momento, ocurrió algo que hizo que todo a su alrededor se oscureciera de golpe, como si una sombra se arrastrara por la suave hierba y se cerniera de repente sobre ellos.

Al dirigir su mirada hacia su padre, vio cómo Ryan Comyn clavaba la espada en el vientre de su padre, cuya espada resbaló de entre sus dedos al instante. Los ojos de Rowan se abrieron desmesuradamente, incapaz de creer que a su padre, su laird, le quedaban tan solo unos suspiros de vida.

Lanzó un rugido feroz al ver que se le doblaban las rodillas y se lanzó contra el primogénito de los Comyn. Su rostro era indescriptible. Rowan tenía la cara llena de sangre que no era suya. Sus facciones eran apenas visibles mientras que su pelo estaba despeinado y pegado a la cabeza debido a la cantidad de sangre que había sobre él. Incluso su ropa estaba irreconocible. No podían verse los colores de su kilt. Cualquiera que lo viera, pensaría que se encontraba frente a un demonio salido de las profundidades del averno, pues la expresión iracunda y oscura de su rostro no ayudaba en absoluto.

Incluso la sonrisa de los labios de Ryan Comyn se volvió dudosa al ver cómo el primogénito de los Chattan se lanzaba contra él. Rowan era un guerrero más fornido y alto que el propio Ryan, incluso lo superaba en edad, por lo que Rowan no dudó ni un instante en que iba a vencer ese combate.

Con la espada en alto, el guerrero se lanzó contra su enemigo y ambos cruzaron las espadas con auténtica rabia. Ninguno era consciente de lo que

estaba pasando a su alrededor. Ni siquiera se dieron cuenta de que muchos de los guerreros, lejos de ellos, estaban levantando las manos y dejando caer las espadas al suelo ante una llegada que otros muchos no habían descubierto aún.

Rowan pateó el costado de Ryan cuando este dio unos pasos atrás para recuperar el aliento ligeramente.

—¡Eres un desgraciado, Chattan! —renegó entre dientes aferrándose el costado.

Rowan no modificó la expresión de su rostro a pesar del insulto. Sentía tanto odio por los Comyn en ese instante que habría acabado con ellos con una sola de sus miradas. El corazón le latía fuerte por el esfuerzo y el aliento suplicaba que le diera un respiro. Sin embargo, Rowan acababa de perder la piedad en ese instante, incluso para él mismo. Ver morir a su padre frente a un enemigo que sonreía había provocado que muchas de las sombras que siempre sentía a su alrededor tomaran el mando de su vida y ya no era el mismo que hacía solo unos minutos.

—Pienso acabar con todo tu maldito clan. Y ten por seguro que los primeros en caer seréis tu maldita familia.

—Para eso tendrás que vencer en esta guerra. Y tengo la sensación de que los MacBean, MacGillivray, Ross, Gunn y Urqhart no van a parar.

Rowan aferró su espada entonces con ambas manos y dobló ligeramente las rodillas. Clavó el acero de su mirada en él y frunció aún más el ceño.

—Entonces, moriremos todos —sentenció el ahora laird Chattan tras la muerte de su padre.

Ryan esbozó una sangrienta sonrisa. Tenía los labios partidos y le habían roto varios dientes, por lo que la boca le sangraba profusamente. Pero no le importó el dolor que le causó ese gesto.

—Si morimos todos, Chattan, no vas a poder vengar a tu padre… Qué pena…

Rowan rugió de rabia y se lanzó de nuevo contra él. Creyó escuchar un grito desconocido en la distancia, pero no hizo caso. Luchó con todas sus fuerzas contra Ryan y poco a poco comenzó a ganar el combate. La rabia le daba ánimos para seguir adelante. La sed de venganza parecía susurrar en su oído palabras de aliento para que en un futuro pudiera acabar con toda la

familia del laird Comyn. La muerte de su padre no iba a ser vengada únicamente con la muerte de Ryan, sino con todos los demás. Cuando saliera de ese valle ensangrentado, cabalgaría hacia las tierras Comyn y acabaría con el resto de la familia.

El guerrero gruñó con fuerza cuando la empuñadura de la daga de Ryan le dio de lleno en la ceja, partiéndosela al instante. Su cabeza se vio impulsada hacia atrás bajo la risa estruendosa del enemigo, pero no se dio por vencido. A pesar del dolor que surcaba su rostro, Rowan siguió lanzándose contra él, arrancándole primero la daga para clavarla en la garganta de un guerrero que se acercaba directamente a ellos. Y lo hizo con una precisión tan increíble que el gesto en los ojos de Ryan cambió instantáneamente. En ellos se dibujó una expresión aterrada, la misma que podría dibujarse en una persona que ve la muerte con sus propios ojos. Y en ese momento, Rowan Chattan era la muerte personificada.

Este perdió el contacto con el resto del valle. Se centró únicamente en vencer a Ryan, pues los demás podían defenderse a sí mismos. Describió un arco con la espada para intentar engañar a su oponente, pero Ryan pareció leer su mente y logró parar esa estocada con maestría. Sin embargo, Rowan descubrió un punto débil en él, siempre dejaba en flanco izquierdo al descubierto. Por ello, aferró la mano con una espada y disimuladamente, llevó la otra hacia su daga en la bota. Se agachó para librarse del filo y la tomó con fuerza. Giró sobre sí mismo para ponerse justo a la espalda de Ryan y, sin esperar ni un solo instante, clavó la daga en su costado, directamente al corazón.

Sabía que jamás olvidaría el grito ahogado que salió de la boca de su enemigo, el mismo que había soltado su padre minutos antes. Y sabía que eso era solo el principio, pues a partir de ese momento, se centraría únicamente en acabar primero con los Comyn y después con el resto de clanes.

Pero cuando se giró para intentar encontrar al padre de Ryan en el valle, fue consciente de que muchos guerreros habían dejado de luchar y habían soltado sus espadas al tiempo que miraban hacia el mismo lugar.

Desde donde se encontraba no podía ver qué demonios había pasado, pues incluso Arran y Kester se miraban entre ellos con gesto preocupado y las espadas en el suelo. Rowan se acercó a Sloan, que estaba cerca del

cuerpo de su padre muerto, y resoplaba sin saber qué hacer.

—¿Por qué no luchan? ¿Qué pasa?

Sloan lo miró de reojo.

—No lo sé. Se han escuchado gritos, pero nadie sabe qué pasa. Al otro lado, siguen luchando.

Y era cierto. Rowan miró a su espalda y el resto de clanes seguía luchando entre sí, ajenos a lo que ocurría en el otro extremo del campo de batalla. Y fue en ese instante en el que el guerrero divisó el rostro que tanto deseaba. Gruñó por lo bajo y se giró para enfrentarse al laird Comyn, que entonces parecía buscar a alguien.

—¡Si estás buscando al desgraciado de tu primogénito, está muerto! —vociferó alejándose de Sloan.

En el rostro de Elijah Comyn se dibujó una expresión horrorizada al seguir la punta de la espada de Rowan y ver que, efectivamente, su hijo mayor había muerto.

—¡No, Ryan! —gritó desgañitándose la garganta.

—El dolor te durará poco, Comyn —le aseguró Rowan—, porque el siguiente eres tú.

Su oponente arrugó el rostro y levantó la espada, dispuesto a enfrentarse a él, pero en ese instante, Rowan vio cómo su expresión cambiaba a auténtica sorpresa y miraba por encima de su hombro.

—¡Hermano! —lo llamó Sloan.

Estremecido, el nuevo laird Chattan bajó su espada y giró la cabeza hacia atrás. Miró a su hermano, pero este señalaba hacia el otro extremo del valle, donde habían dejado de luchar.

Numerosos soldados del rey se acercaban a ellos, rodeando a los demás guerreros que había en ese extremo y que habían tirado sus armas al suelo ante la sorpresiva e inesperada llegada del monarca. Incapaz de fiarse de nadie, Rowan no perdía de vista los movimientos de los guerreros más cercanos a ellos, especialmente al laird Comyn, que se había quedado a una decena de metros de ellos.

Tanto Rowan como Sloan se acercaron al epicentro de lo que había sido la batalla. Numerosos cuerpos se extendían de un lado a otro bajo sus pies. Hicieron todo lo posible para no pisarlos, dejando atrás el propio cuerpo de

su padre muerto, que ya recogerían después, si es que el rey no los mataba a todos en ese momento.

Al ver que la mirada de uno de los soldados del monarca se clavaba en él, Rowan hundió el filo de la espada en la tierra salpicada de sangre. Al verlo, Sloan hizo lo mismo, aunque sin dejar de mirar hacia sus hermanos gemelos, que estaban siendo rodeados por la gente del rey.

—Maldita sea, ¿qué demonios hace el monarca tan al norte?

—Y justo ahora… —renegó Sloan entre dientes mirando a su alrededor, temeroso de ser atacado por la espalda.

—Seguro que alguien le ha informado de todo lo que ha pasado durante estos meses…

Sloan torció la cabeza y gruñó por lo bajo.

—Pues podría haberse metido la lengua en el culo en lugar de interrumpir el momento en el que íbamos a acabar con todos nuestros enemigos.

Rowan lo miró de reojo.

—O bien podrían haber aparecido media hora antes. Así padre estaría vivo aún…

Sloan asintió y resopló.

—Al menos has podido quitar del medio a Ryan Comyn. El muy desgraciado se creía el rey del país…

—Me temo que el rey es el que aparece ahora entre los demás guerreros…

Y así era. En el otro extremo del valle, apareció la figura del rey de Escocia, Jacobo III. Caminó entre sus hombres con gesto serio, profundamente sorprendido ante la magnitud de la sangrienta batalla que acababa de librarse en ese lugar. En sus ojos podía leerse la única pregunta que surcaba su mente en ese instante. ¿Cuántos guerreros habían muerto en ese lugar?

Los ojos de Jacobo miraban de un lado a otro del valle, incrédulo ante la cantidad de cuerpos que sembraban la hierba. Apenas se distinguían los colores de sus kilts, pero estaba claro que pertenecían a cualquiera de los siete clanes que ese día estaban librando una batalla sin que él lo supiera.

Había acudido al norte después de que varias personas le comunicaran

que las cosas entre esos clanes estaban demasiado tirantes. Lo que no esperaba encontrarse era una auténtica carnicería. Con gesto iracundo, Jacobo caminó hacia el centro de la batalla y miró a los rostros de los guerreros que aún estaban en pie.

Rowan sintió sobre él todo el peso de su mirada, la cual apartó rápidamente para mirar hacia otros guerreros, hasta que paró en el centro de todo.

Sloan miró a un lado y a otro y comprobó que todos los guerreros habían tirado sus espadas al suelo mientras eran rodeados por todos los soldados del rey, que no dejaban de moverse de un lado a otro intentando reducir a quienes aún siguieran teniendo sed de sangre.

El rey llevó las manos atrás y carraspeó antes de hablar.

—Desde que partí de la corte para venir al otro extremo del país han pasado muchos días. Durante ese tiempo, he meditado las diferentes opciones que podría encontrarme al llegar aquí. Pero jamás he pensado en esta maldita carnicería.

Jacobo miró a su alrededor y suspiró.

—Llevo muchos años trabajando para intentar que todos los clanes lleven una vida de paz, y esto… Sabía de vuestras tiranteces desde hace meses, pero pensaba que podríais solucionarlo como se espera de vosotros: hablando.

—Hablar no vale de nada si la gente a la que proteges muere. En ese caso, hay que luchar.

La mirada de Jacobo se dirigió directamente a Rowan, cuya voz se había alzado a través del valle. Y a pesar del acero que intentó mostrar el monarca en sus ojos, Rowan se mantuvo impasible y con los hombros cuadrados. Aún podía notar la oscuridad que se había apoderado de su alma. Aún tenía sed de sangre. Y aún no había acabado con los malditos Comyn.

Jacobo se movió en su dirección, provocando que Sloan se tensara al instante y se inclinara ligeramente hacia la empuñadura de su espada, aunque sin mover las manos. Los soldados de Jacobo también se tensaron al ver que el rey se acercaba demasiado a uno de los contendientes, pero Rowan no se movió, pues su ira no iba dirigida a él.

—A ti te conozco, muchacho. Eres el hijo de Liam Chattan.

Rowan asintió de forma casi imperceptible.

—Lo era… Ha muerto antes de vuestra llegada.

Jacobo arqueó una ceja.

—Entonces, eres el nuevo laird de tu clan.

—Así es…

Jacobo asintió lentamente sin apartar la mirada de él, hasta que la dirigió a Sloan y después a la espalda de estos.

—A menos que la sangre de tu rostro me impida ver con claridad, tú eres Elijah Comyn.

—Esos desgraciados acaban de matar a mi hijo.

Rowan se giró hacia él conteniendo su rabia a duras penas.

—Tu hijo ha matado a mi padre.

—Unos guerreros matan a unos enemigos y unos enemigos matan a otros guerreros… —lo cortó Jacobo—. En eso consiste una guerra. Unas muertes que podríais haber evitado si os hubierais sentado a hablar en lugar de guerrear.

Sloan resopló, pero fue Rowan quien respondió.

—Lamento contradecirlo, majestad, pero no se puede hablar con asesinos y ladrones.

—¡No os hemos robado nada! —vociferó el laird Comyn.

—Y nosotros tampoco.

—¡Mentira!

Sloan arqueó una ceja.

—¿Nosotros mentimos y vosotros no?

—También habéis robado y destrozado casas en el clan MacGillivray o MacBean…

Rowan negó con la cabeza, pero no tuvo tiempo para responder, pues fue el propio rey quien le quitó la palabra.

—Veo que solo os echáis culpa los unos a los otros… Supongo que los MacBean pensarán lo mismo, y los Ross o los Urqhart… Pero no voy a dejar que sigáis así. Esta guerra acaba en este momento.

Luke Gunn, el laird de su clan, se acercó cojeando a ellos, totalmente

ensangrentado.

—Eso no puede ser, majestad. Debemos vengar a nuestros muertos.

—Y lo haréis, pero de una forma diferente a la que pensáis. Como vuestro rey, decreto que los siete clanes aquí presentes deben acabar con la guerra en este instante y limar asperezas con una reunión cada seis meses en un punto central.

Adrian Urqhart también se aproximó a ellos, aferrándose el costado con gesto dolorido.

—No pienso hacer eso, majestad. Soy el laird de mi clan y mi deber es proteger a mi gente.

La mirada del rey se endureció.

—Y los protegerás porque la guerra habrá acabado. A partir de ahora seréis aliados y, repito, os reuniréis en un lugar central. Puesto que las tierras de los Chattan están justo en el centro, será en su castillo donde celebraréis esas reuniones.

Las voces no tardaron en levantarse contra el rey y su idea, especialmente la de Rowan y Sloan, que comenzaron a quejarse poniendo el grito en el cielo al tener que aceptar que los otros seis clanes entraran libremente en su castillo.

—¡Ya basta! —vociferó el rey al cabo de un rato.

Sus hombres desenvainaron las espadas y las mostraron a los guerreros allí presentes.

—Quien no tendrá piedad seré yo si no dejáis a un lado la sed de sangre. Ya tuve más que suficiente con Gaven MacPherson y sus aliados hace años, que se sublevaron contra mis órdenes. No voy a tolerar algo parecido aquí. ¿Dónde están los lairds que faltan?

De entre los guerreros, surgieron dos figuras más: Ruairidh Ross y Adam MacGillivray, ambos heridos. Los clanes de ambos también habían sufrido muchas bajas y en sus rostros aún podía leerse el ansia por continuar la batalla, pero se quedaron callados ante la mirada profunda del rey.

—Frente a mí tengo a los lairds de los clanes, Chattan, Comyn, Ross, MacBean, MacGillivray, Gunn y Urqhart. Os considero buenos súbditos de esta corona y, como tales, debéis acatar mis órdenes. Esta batalla y esta guerra acaban en este preciso instante. Y, como muestra de buena voluntad

por vuestra parte, os reuniréis en el castillo de los Chattan cada seis meses. Y todo lo que se hable en esa reunión para mejorar vuestra convivencia será redactada y enviada a la corte. Estaré esperando esa misiva con ansia. Si en algún momento decidís no acatar mis órdenes, caerá sobre vuestros clanes todo el peso de la corona.

—Esa es una orden abocada al fracaso, majestad —murmuró Rowan entre dientes.

Jacobo giró la cabeza hacia él y lo miró fijamente.

—Hoy tú has perdido a tu padre, muchacho. Ese hombre de ahí ha perdido a su primogénito y seguramente muchos de los aquí presentes ha perdido a un familiar o ser querido. Creo que cortar de raíz una guerra no es una misión abocada al fracaso.

—La batalla contra Gaven MacPherson no se cortó de raíz, majestad. Se luchó para salvar al laird Fraser, Sinclair, Mackay…

—¡Ya basta! —vociferó Jacobo mirando a Sloan, que era quien le había recordado la batalla contra aquellos indomables—. Tal vez cometí errores, pero esto no lo dejaré pasar. Ya me habéis escuchado todos. Dentro de seis meses espero vuestra misiva con el pergamino sobre las mejoras en estos clanes. Si no lo hacéis, el yugo de la corona destruirá vuestra tierra.

Rowan miró a los ojos a los otros lairds allí presentes. Todos hicieron lo mismo y fruncieron el ceño. Nadie confiaba en nadie en ese instante, pero sabían que debían acatar las órdenes del rey. El primero en dar un paso al frente fue Jacob MacBean.

—Está bien, majestad. Nos reuniremos para entablar alianzas.

Poco a poco, fueron aceptando la orden del rey, hasta que tan solo quedó Rowan, que se había mantenido callado y quieto en todo momento. La mirada de Jacobo se dirigió a él, que apretó los puños con fuerza. Sus labios dibujaron una línea fina, hasta que entre dientes aceptó.

—Me alegra ver que los lairds de Escocia saben defender a su gente cambiando guerra por razonamiento. Ahora, mis hombres os ayudarán a recoger los cuerpos de vuestros muertos para llevarlos junto a sus familias y os escoltarán a vuestros hogares para que descanséis. A partir de entonces, recordad… Seis meses.

CAPÍTULO I

Año 1472, clan Chattan

Rowan ató el cinto a su cadera con una rabia e impotencia que incluso llegó a hacerse daño. Sin embargo, no le importó. El guerrero resopló, iracundo, y llevó su mirada grisácea como el acero hacia el patio de su castillo. Se encontraba en su dormitorio, el mismo que había ocupado siempre a pesar de ser ahora el laird del clan. Su madre había insistido en que se cambiara al suyo, pero ella seguía viva y le correspondía a Amelia Chattan disfrutarlo mientras viviera, pues ahí tenía todos sus recuerdos. Y él no necesitaba un dormitorio tan grande como ese, pues estaba solo.

Desde el suyo también podía observar el exterior, por lo que en ese instante veía cómo sus hombres se arremolinaban en el patio para darle la bienvenida a los lairds de los clanes con los que habían batallado dos años antes y en cuya batalla había muerto su padre, aunque sabía que no llegarían hasta más tarde.

Le había dolido mucho la muerte de su progenitor. Ya no solo porque representaba la figura a la que había admirado durante sus veintiocho años, sino porque era su laird, su jefe, su guía… Y había muerto ante él sin que pudiera haber hecho nada. Y lo peor de todo era que esa rabia aún no había desaparecido de su cuerpo. Odiaba a los otros seis clanes con toda su alma, pero, especialmente, a los Comyn.

Rowan suspiró y se apartó de la ventana. Aún recordaba el llanto de su madre al ver el cuerpo muerto de su marido. Y pensar que no había podido vengarlo como quisiera, lo consumía por dentro, provocando que su alma fuera tan oscura como su pelo.

El guerrero colocó su manto sobre su hombro y se miró al espejo para colocarlo bien. Desde hacía dos años, su cuerpo había cambiado, volviéndose aún más fornido y macizo que antes. Sus hombros anchos apenas se reflejaban por completo en el espejo, pues su imagen no cabía por completo en él, pero sí pudo observar la cicatriz de su mejilla, que asomaba entre su espesa y negra barba. Aquella cicatriz le recordaba la batalla de dos años atrás, pues se la hicieron aquel día, al igual que la otra que tenía en la espalda.

Sus ojos grises, tan fríos y calculadores como el acero de su espada, se

dieron el visto bueno para la recepción, una vez más, de sus enemigos. Nadie más que él sabía del odio que le producía pensar en que sus enemigos cruzaran los muros de su castillo junto con sus comitivas. Estas no solían ser demasiado grandes, pero igualmente las odiaba. En más de una ocasión, pensó envenenar las bebidas o comidas de sus invitados, pero sabía que se ganaría una guerra contra el rey. Y esa no la vencería.

Rowan colocó el broche de laird en su hombro y, con paso firme, salió del dormitorio para bajar a desayunar a pesar de que apenas tenía hambre. Cada vez que se reunían con sus enemigos, sentía que se le cerraba el estómago y solo tenía necesidad de vomitar toda su ira sobre ellos. Cuando cerró la puerta de su dormitorio y caminó por el pasillo hacia las escaleras, no pensaba encontrarse a nadie, pero al girar en el pasillo, se topó con uno de sus mejores amigos: Alasdair Mackay. Su amigo llevaba tantos años en el clan que ya no recordaba la vida sin él. Tenía un año menos que Rowan, pero siempre habían estado muy unidos y se contaban sus confidencias. De hecho, fue el propio Alasdair a quien encargaron la misión de proteger el castillo Chattan durante la batalla dos años atrás.

Era tan alto y fornido como Rowan e incluso tenía su pelo tan negro como él, pero sus ojos color miel indicaban a cualquiera que no era un hermano a pesar del parecido entre ellos. Era tan serio como su amigo y siempre se tomaba las reuniones entre clanes con más rabia que el propio Rowan, pero jamás lo había dejado en la estocada y permanecía al lado del laird para aconsejarlo.

—Iba a buscarte —dijo Alasdair con voz profunda.

—¿Ha ocurrido algo?

Su amigo negó con la cabeza.

—No. Es que como hoy es la reunión, han preparado antes el desayuno. Y tus hermanos están a punto de dejarte sin comida.

Rowan rodó los ojos y comenzaron a bajar las escaleras. Sus pisadas resonaron en el frío y despajado pasillo.

—Me sorprende que Sloan también esté devorando el desayuno…

Alasdair sonrió de lado.

—Supongo que quiere coger fuerzas para enfrentarse a los clanes.

Cuando llegaron al pie de la escalera y se dirigieron hacia el pasillo del

gran comedor, Rowan miró de reojo a Alasdair.

—No solo has subido porque estabas preocupado por si me quedaba sin desayuno…

Su amigo levantó la mirada hacia él y chasqueó la lengua.

—Me conoces demasiado bien…

—Habla, entonces.

—Estoy preocupado. A pesar de que la guerra acabó hace dos años y el rey prohibió nuevos ataques o robos, nada ha cambiado. Nos siguen atacando y robando, aunque esta vez no sabemos quién es. Y no somos los únicos…

Rowan paró en medio del pasillo y frunció el ceño.

—¿Han atacado a los Ross o los Gunn?

—No, no me refiero al norte del país. Esta mañana me ha llegado la noticia de que en las islas también hay problemas entre los clanes. Sin ir más lejos, hace unas semanas atacaron el castillo del Niall MacLeod.

—¿El demonio MacLeod?

Alasdair asintió.

—Sí, no han sufrido bajas, pero al parecer allí también hay problemas. ¿Tan difícil es convivir en paz?

Rowan suspiró y puso una mano en el hombro de su amigo.

—Alasdair, este país es así. Si tú tienes, te lo quito. Si no soporto tu vida, te ataco… Cualquier cosa es válida para hacer daño al otro tan solo porque no son capaces de ver lo bueno que ellos mismos ya poseen. Pero no nos toca a nosotros determinar lo que deben hacer los demás, sino lo que nosotros mismos tenemos que hacer. Y lo mejor de todo es que nos acostamos con la conciencia tranquila.

Alasdair frunció el ceño.

—Tienes razón, pero igualmente seguiré pensando que esta guerra no ha acabado.

—Pero mientras nuestras espadas sigan en los cintos, toca desayunar…

Su amigo le dio una palmada en la espalda y retomaron su camino. A medida que se aproximaban al salón, las voces de los demás llegaron a sus oídos. Al entrar, vieron que todos estaban desayunando y charlando

animadamente, intentando bajar, de alguna manera, la tensión que se respiraba en el ambiente desde la noche anterior.

Rowan miró a todos sus hermanos. Sloan se encontraba sentado al lado de Kester. A su lado, había una silla vacía que siempre solía ocupar Alasdair. Frente a esa silla vacía se encontraba Cora, la hermana pequeña, cuyo pelo rojo resaltaba sobre los demás. Aunque su madre, que estaba sentada a su lado, seguía conservando algunos mechones rojos entre las canas que moldeaban su cabello. Y al lado de Amelia Chattan se encontraba su otro hijo, Arran, quien miraba con una sonrisa a su gemelo Kester. En un extremo de la mesa, la silla vacía de Rowan presidiría el desayuno.

El guerrero se dirigió directamente a ella, mientras Alasdair se sentaba frente a Cora, cuya sonrisa se borró de golpe cuando los ojos color miel del guerrero se fijaron en ella. No obstante, apartó su mirada y se centró en su desayuno, ignorándolo a pesar del malestar que le producía su presencia en el castillo desde que era tan solo una niña.

—Te ha faltado tiempo para ir a avisar a mi hermano, Alasdair… —bromeó Arran.

—Si el desayuno ha comenzado antes, mi deber era avisarlo… —fue su seca respuesta.

—Qué mal te sienta madrugar, Alasdair. Siempre tan serio y pendiente de todo… —siguió burlándose Arran.

El aludido levantó la mirada y arqueó una ceja, clavando sus ojos en él.

—¿Te molesta que lo haga?

—No, pero a veces no pasa nada por sonreír un poco más… Bueno, con un poco bastaría…

Frente a él, Cora esbozó una sonrisa y rio suavemente.

—No te metas con él, Arran. Alasdair es así.

El aludido la miró con gesto sorprendido. Clavó sus ojos en ella y ambos midieron fuerzas. Sabía que Cora jamás lo defendería, por lo que esperó sus siguientes palabras, aunque no fue ella quien las pronunció, sino Kester.

—Tienes razón, Cora. Alasdair es como Rowan y Sloan. Los tres nacieron con un palo metido en el culo…

Los gemelos y Cora rieron, hasta que la voz de Amelia los interrumpió.

—Ya basta, chicos. Dejad de meteros con Alasdair.

—No pasa nada, señora. Estoy acostumbrado.

Cora sonrió y terminó el contenido de su copa.

—Tan acostumbrado no estarás cuando eres incapaz de contener la ira que reflejan tus ojos…

Alasdair miró nuevamente a Cora.

—¿Tanto interés tienes en mis ojos que te has fijado en ellos?

Aquellas simples palabras provocaron que las mejillas de la joven se tiñeran de rojo, nadie supo si fueron por la vergüenza o por la ira que sacudió su cuerpo en ese momento.

—Tienes un palacio cerca de la frontera —le espetó la joven—. ¿Nunca has pensado en vivir allí?

La mano de Rowan se estrelló contra la mesa, provocando que los platos temblaran sobre ella.

—Teníais mucha prisa por desayunar, ¿no? ¿A qué esperáis?

La mirada de acero de Rowan se dirigió hacia la de Cora, que la sostuvo con orgullo.

—Alasdair vive en este castillo y no se va a ir, así que no te vendría mal comenzar a llevarte bien con él. Lleváis así toda la maldita vida.

Cora abrió la boca para responder, pero la voz profunda de Alasdair la cortó.

—No pasa nada, Rowan. Tu hermana cumple la misma misión que los caballos: me entretiene.

La joven frunció el ceño.

—¿Me estás comparando con un animal, Mackay? —preguntó, enfurecida.

Y, para su sorpresa, el guerrero esbozó una sonrisa fugaz, pero no le respondió.

—A mí lo que más me ha sorprendido es que haya algo que entretiene a Alasdair —apostilló Arran con voz divertida.

—¿Podemos dejar esa tontería para hablar de algo que realmente nos preocupa? —preguntó Sloan hablando por primera vez.

Cora rechinó los dientes con la mirada aún puesta en Alasdair, hasta que bajó la mirada y la centró en su plato. A partir de ese instante, sus hermanos y Alasdair, incluso su propia madre, comenzaron a comentar todo lo relacionado a la llegada de sus enemigos.

—Ya he dado orden a todos los sirvientes para que preparen habitaciones, aunque supongo que no se quedarán a pasar la noche —señaló Amelia—. Como siempre.

—Es una buena idea, madre, porque así pensarán que no queremos guerra —dijo Kester.

Sloan lo miró.

—¿No la queremos?

Su hermano sonrió.

—Claro que sí, pero al menos hay que disimular…

Sloan puso los ojos en blanco mientras Kester le guiñaba uno.

—La reunión se celebrará en un corto espacio de tiempo —comenzó diciendo Rowan—, y seguramente se marcharán rápidamente. Y así lo deseo, la verdad.

—Creo que el rey tuvo la peor de sus ideas aquel día. Debimos enfrentarnos también a ellos, como hicieron los clanes centrales —dijo Arran.

Kester lo miró con una sonrisa.

—Reconoce que te hubiera gustado batallar en algo tan épico como lo que hicieron en tierras MacPherson.

Su gemelo le devolvió la sonrisa.

—Sí, pero nos faltarían mujeres que vinieran a salvarnos.

En ese momento, Cora sí levantó la mirada.

—Yo habría acudido a salvaros.

Kester chasqueó la lengua.

—Agradezco tu interés, hermana, pero nos referíamos a una mujer a la que poder besar después. Lógicamente, tú no entras en nuestros planes.

Cora resopló y volvió a dirigir su atención al plato, pero la voz de Arran hizo que estuviera a punto de atragantarse con la comida.

—Aunque, bueno, tal vez podrías luchar y después besar a Alasdair.

Tanto el aludido como ella levantaron la mirada de golpe y atravesaron a Arran con ella, que no dejaba de reír, junto a Kester, que intentaba disimular con la servilleta delante de su cara.

—¿Por qué no dejáis de soñar con batallas? —preguntó su madre con gesto adusto—. ¿Podemos seguir hablando de lo que de verdad nos ocupa?

Kester y Arran asintieron, ya serios, pero Cora interrumpió de nuevo al dejar la cuchara sobre su plato, apenas tocado.

—Yo ya he terminado el desayuno, madre. Me voy a entrenar.

—Pero apenas lo has tocado.

Sin mirar atrás, Cora se aproximó a la puerta. Y antes de salir, dijo:

—No tengo hambre.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Amelia dirigió una mirada cargada de reprimenda a sus hijos gemelos.

—No nos mire así, madre —se defendió Arran—. Era solo una broma.

—Pues vaya broma… —renegó Alasdair entre dientes.

Rowan suspiró.

—A ver… A lo largo de esta mañana, comenzarán a llegar los lairds y sus comitivas, así que espero que todo esté en orden para ese momento y que los recibáis como el rey espera que hagamos.

—Por Dios, es tan complicado tener que aguantar a todos ellos que a medida que pasa el tiempo, la tensión se nota en el ambiente —dijo Sloan.

Kester asintió.

—Eso es cierto. La última vez que nos reunimos, Adrian Urqhart se llevaba la mano a la empuñadura de la espada en todo momento. Parecía que quería saltar sobre los MacGillivray.

Arran siseó.

—Y en parte lo entiendo. Adam MacGillivray le cortó la cara, dejándole un tajo bastante feo. No es que Urqhart poseyera una belleza llamativa, pero ahora da asco mirarlo a la cara.

—No tiene nuestro encanto, hermano… —señaló Kester con una sonrisa.

Su gemelo le guiñó un ojo, aunque volvieron a ponerse serios a una

mirada de Rowan.

—A veces he pensado en enviarle una misiva al rey para pedirle que cada reunión sea en un castillo diferente, pero luego pienso en lo poco que confío en ellos y prefiero que sea aquí.

—Sí, el ambiente se vuelve demasiado tenso mientras están aquí —dijo Sloan—. Y, en esta ocasión, más aún después de que nos llegara información de que los Comyn han robado en varios pueblos de nuestra frontera junto a ellos. Nos están provocando…

—Cierto —señaló Alasdair—. Cuando cabalgué hacia esas zonas afectadas, todo el mundo decía lo mismo: habían sido los Comyn. Lo que me sorprende es que después de haber perdido a su hijo, Elijah Comyn se salte las órdenes del rey, que podrían llevarlo a una guerra contra la corona.

—Eso es precisamente lo que hace que no le importe esa guerra —intervino Amelia—: la muerte de su hijo. Aún tiene sed de venganza.

—Nosotros también, madre —señaló Rowan con gesto oscuro—. Y a pesar de eso, obedecemos al rey y no hemos atacado a nadie.

Amelia suspiró.

—Llevo dos años viuda y la verdad es que siempre pensé que mi vida junto a vuestro padre sería más larga. Ya no me calienta nadie la cama, no me abrazan, no me saludan por la mañana ni me desean buenas noches al dormir. No he vuelto a ver su sonrisa y, a pesar de todo, no deseo venganza, hijos. Lo que quiero es que todo acabe de una maldita vez y se olviden de nosotros.

Rowan se inclinó hacia adelante y clavó los codos en la mesa.

—Lo sé, madre, pero yo no puedo olvidar el momento en el que lo vi caer y no pude hacer nada. También vi la sonrisa en el rostro de Ryan Comyn.

—Y se la borraste con tu espada, hijo. A Elijah Comyn le arrebataste a su hijo por la vida de tu padre. Ojo por ojo. Ya está.

Sloan también se inclinó hacia adelante.

—Pero ellos no lo han olvidado tampoco. Y siguen atacando.

Amelia suspiró y miró disimuladamente a Alasdair, que carraspeó, incómodo.

—Aquel día, las cosas se quedaron en el aire. Nadie sintió haber vencido,

señora. Es normal que todos quieran venganza…

Amelia arqueó una ceja y él desvió la mirada.

—¿Por qué no vienes a la reunión, Alasdair? —preguntó Kester—. Así conocerías de primera mano lo que pasa en esos momentos…

El aludido levantó la mirada de nuevo y negó con la cabeza.

—Es verdad —terció Sloan—. Nunca has querido venir.

—Porque no me compete a mí. No soy de vuestra familia y no luché aquel día. Sois vosotros quienes debéis hablar. Yo prefiero hacer rondas por el castillo para evitar problemas.

—Pero podrías aportar tu opinión a la reunión. Incluso tal vez podrías ser como una especie de representante de uno de los clanes neutrales. Los Mackay no estáis envueltos en esto.

Alasdair arqueó una ceja.

—Llevo más años en vuestro clan que en el mío. Soy más Chattan que Mackay.

—Pero… —comenzó a quejarse Kester.

—Dejad ya a Alasdair —lo cortó su madre—. Él tiene otros quehaceres. Y tiene razón. Solo podéis ir a la reunión los responsables de la guerra.

Rowan miró largamente a su amigo y se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—Lo único que quiero pediros es que estéis atentos a todo lo que pueda pasar durante la reunión. No ataquéis a nadie. No os burléis de nadie. Pero, sobre todo, mantened la calma en todo momento.

Sloan arqueó una ceja y lo miró de forma circunspecta.

—Rowan, sabes que la reunión será una maldita guerra…

CAPÍTULO 2

Dos horas después, los miembros de los siete clanes que se habían enfrentado en la guerra se encontraban sentados en el gran salón en una mesa larga en la que reinaba el silencio en ese instante. Todos se miran entre sí, esperando a descubrir quién era el primero en romper el hielo, pero nadie quería hacerlo, pues eso supondría que sería el primero a quien acusarían de haber atacado a algún clan presente.

Rowan se encontraba presidiendo la mesa. Junto a él, sus tres hermanos. Y alrededor de la mesa se encontraban Adrian Urqhart con uno de sus hombres de confianza; de igual manera, se encontraba Luke Gunn con otro guerrero; Ruairidh y Angus Ross, laird y su cuñado; por parte de los MacGillivray se encontraban el laird Adam y su hermano pequeño Neil. Para sorpresa de todos, Jacob MacBean había acudido esta vez con una guerrera que parecía encontrarse tan tensa que, si movía la cabeza, también lo hacía el resto del cuerpo al mismo tiempo. Pero lo que más le sorprendió a Rowan fue ver que Elijah Comyn no había acudido con el único hijo varón que le quedaba, como en otras ocasiones, sino con su hija, la cual clavaba su mirada iracunda en él como si fuera el culpable de todos los males del mundo.

Rowan le devolvió la mirada mientras todos permanecían en silencio. La joven aparentaba poco más de veinte años, pero en su mirada marrón podía ver toda la carga que llevaba sobre sus delicados hombros. Se preguntó qué demonios hacía ella allí, especialmente teniendo en cuenta que siempre se habían reunido los hombres de los clanes. No parecía una guerrera como la otra mujer del clan MacBean a pesar de llevar una espada sobre su cadera. Sus dedos largos y sus manos delgadas le indicaron que la espada no era más que un simple adorno tal vez para amedrentarlos de alguna manera para que la dejaran en paz, aunque tenía una cicatriz en su mano que no pasó desapercibida al guerrero a pesar de la distancia.

Tenía una estatura media. De hecho, había tenido que levantar mucho la cabeza para mirarlo cuando llegó junto a él con su padre al lado. Era delgada y estaba seguro de que era más delicada de lo que la joven quería aparentar frente a todos. Su pelo largo estaba suelto en su espalda y tenía ligeras ondulaciones que podía ver claramente en los mechones que caían hacia adelante. Sus ojos marrones parecían tener cierta calidez, aunque en

ese momento reflejaban toda la rabia y el odio que sentía por todo el clan Chattan.

Rowan se preguntó qué estaría pensando para mirarlo de aquella manera tan fija, pero por nada del mundo se dirigiría a ella para preguntárselo. Él le devolvió una mirada cargada de oscuridad y acero para intentar amedrentarla. Sabía que esa mirada había asustado a más de un enemigo, pero a esa joven parecía no afectarle en absoluto. El ceño de la joven estaba fruncido e iniciaba un camino hacia una nariz chata y respingona que parecía retarlo como aquellos labios carnosos que estaban apretados en un evidente mohín.

De haber estado en otra situación, Rowan habría hecho lo que fuera apara asustarla, para que pudiera sentir todo el peso de la sombra que tenía en el alma, y así provocar que cambiara ese gesto adusto hacia él. Sin embargo, debía contenerse. Se lo había pedido a sus hermanos y él no podía ser quien finalmente rompiera su propia orden. Pero si el destino se lo permitía y volvía a cruzarse con esa mujer, haría lo que fuera para amedrentarla y para hacerle pagar por la muerte de su padre, pues ella también era una Comyn y debía formar parte de su venganza.

—¿Vamos a comenzar algún día o tenemos que esperar a ver si nos salen canas? —preguntó Kester con cierto aire despreocupado.

—Tal vez los MacBean y los Comyn quisieran explicar por qué han cambiado de acompañantes —señaló Sloan sin poder contenerse por más tiempo.

Al instante, la mirada de aquella guerrera lo atravesó por completo. Sus ojos verdes se entrecerraron para observar a Sloan, que elevó el mentón con orgullo.

—¿Acaso te pone nervioso la presencia de una mujer, Chattan? —Aquella voz parecía salida de una sirena, provocando que más de uno de los hombres allí presentes se mostrara sorprendido.

—Más bien me molesta… —respondió Sloan.

—¿Eres de los que prefieren la compañía de un hombre?

Las manos del guerrero se volvieron blancas al tiempo que apretaba los brazos de su silla como si quisiera arrancarlos.

—¿Qué insinúas?

La joven sonrió ligeramente y pareció soltar la tensión que acumulaba en su cuerpo.

—Vengo a acompañar a mi laird. Lo demás te tiene que dar igual. Soy tan guerrera como tú, así que no cuestiones mi puesto en esta mesa.

—Tú no luchaste.

—¿Tú qué sabrás? —le espetó la joven.

El laird MacBean se inclinó hacia adelante y suspiró.

—Morag es una de mis mejores guerreras. Si mi hijo no me acompaña esta vez es porque lo he dejado a cargo del castillo. Últimamente, nos han atacado en varios puntos del clan, así que alguien de mi confianza debía quedarse allí mientras no estoy. ¿Contento, Chattan?

Sloan refunfuñó y desvió la mirada hacia Comyn, que arqueó una ceja.

—¿También deseas mis explicaciones? Últimamente, Gillian me acompaña cada vez que tengo que viajar.

—¿Por qué? —preguntó Kester con voz interesada.

Elijah le dedicó una mirada irónica.

—Eso no voy a decírtelo, Chattan. ¿O también quieres que te dé explicaciones de la grandeza de mis pelotas?

Kester torció el gesto.

—He desayunado hace poco y no tengo ganas de vomitar. Gracias por el apunte.

El laird Comyn resopló.

—De todas formas, estoy con MacBean en esto. Si mi hijo se ha quedado en el castillo también es para protegerlo. Hay alguien que nos está atacando…

Rowan frunció el ceño.

—Tu mirada está clavada en nosotros…

—Queréis venganza.

—Te recuerdo que la guerra fue entre los siete clanes que estamos aquí presentes. No solo entre nosotros.

Elijah chasqueó la lengua.

—Pero mi hijo mató a vuestro padre.

—Y nosotros a tu hijo y también estamos sufriendo ataques y robos.

Luke Gunn suspiró y carraspeó antes de tomar la palabra.

—No os enervéis tanto que me parece que todos estamos siendo atacados en nuestras fronteras. Hace un par de semanas, alguien mató a una familia entera en la frontera con los Urqhart.

Adrian se sobresaltó y levantó rápidamente la mirada hacia él.

—¿Insinúas que hemos sido nosotros?

Luke arqueó una ceja.

—Eres el más cercano a esa frontera. No querrás que culpe a los Ross, que están en el otro extremo…

—Tal vez han sido ellos…

Ruairidh tomó entonces la palabra y los cortó de raíz.

—A mí no me mires que no os hemos hecho nada.

Adam MacGillivray hizo un gesto con las manos para intentar calmar los ánimos.

—Lo que veo que está claro es que últimamente todos están siendo atacados y todo el mundo se echa la culpa de nuevo como años atrás. ¿Os dais cuenta de que no ha cambiado nada? La enemistad sigue estando entre nuestras fronteras y, a pesar de la orden del rey, seguimos igual o peor que antes, porque para colmo tenemos que aguantarnos cada seis meses.

Ruairidh asintió.

—Tienes razón. Todos estamos sufriendo pérdidas y ninguno se hace responsable. ¿Por qué no acabamos de una vez con todo esto?

—¡La verdadera guerra acabará cuando os vea a todos muertos! —vociferó el laird Gunn.

Rowan dio un manotazo sobre la mesa y apoyó los codos en ella.

—Nos guste o no, debemos acatar las órdenes del rey y mantener la paz. Si os doy mi opinión, preferiría desenvainar mi espada en un campo de batalla y cortaros la garganta uno por uno, sin distinción alguna…

Aquellas últimas palabras las dijo mirando fijamente a Gillian Comyn, que no apartaba su iracunda mirada de él. Y en lugar de mostrarse afectada de alguna manera, elevó el mentón con orgullo. Al igual que la propia Morag, que también clavó su mirada en Sloan y, disimuladamente, le hizo

un gesto a su hermano en el que prometía clavarle su espada en cualquier momento.

La tensión podía palparse en el ambiente. Incluso el aire en su interior parecía haberse convertido en algo más pesado, impidiendo respirar con normalidad. El pecho de Rowan subía y bajaba ligeramente alterado. Desconfiaba de todo el mundo en ese salón. No esperaba ningún favor de los allí presentes, tan solo el acero de sus espadas. Y el hecho de no ser capaz de dominar aquella mirada marrón de Gillian lo estaba consumiendo por dentro.

Desde que se había convertido en laird, todo el mundo lo temía, pues se había sumido en la sombra. Pero ver que aquella joven se resistía a él provocaba en su cuerpo una necesidad incontrolable de tomar el control no solo de la situación entre los clanes, sino de la propia vida de la joven.

—No esperes a hacerlo en un campo de batalla, Chattan —habló Gillian por primera vez sin poder contenerse—. Córtanos el cuello ahora si tienes arrestos.

—¿Me estás retando, muchacha?

—Mataste a mi hermano Ryan. Haz lo mismo conmigo, Rowan Chattan. ¿O tu valentía tan solo sirve para presumir de ella? Tal vez solo la tienes en el campo de batalla y no en el salón de un castillo…

La fría mirada de Rowan la atravesó por completo, pero la joven no se amilanó. Todos se mantuvieron en silencio. Incluso la guerrera del clan MacBean estaba atenta y sorprendida ante los arrestos de aquella joven de apariencia angelical.

—Sería muy fácil cortar esa garganta tan fina. Y lo peor de todo es que me llevaría pocos comentarios gloriosos por matar a un ser tan ínfimo como tú.

—Estás hablando de mi hija, Chattan —le advirtió Elijah—. Ten cuidado.

—Es ella quien debe tener cuidado. Además, es quien ha empezado…

—Te ha dicho la verdad.

Rowan dirigió su fría mirada hacia él y apretó las uñas contra la mesa de forma visible, mostrando su contención.

—Me parece que tu hija no ha comprendido que nos hemos reunido aquí para intentar ser aliados.

—Por lo que sé —respondió ella misma—, os habéis reunido durante dos años y no veo muchos avances.

—Y por ello has decidido atacarnos verbalmente… —respondió Sloan.

La joven apenas lo miró, pues sus ojos seguían fijos sobre Rowan.

—¿A eso lo llamas atacar verbalmente?

Elijah Comyn sonrió.

—Deberías cortarle la lengua a tu hija.

—Ella es una mujer libre para expresar lo que quiera. De todas formas, estoy de acuerdo con ella.

—Pues yo me preocuparía un poco más de las consecuencias porque después de habernos atacado en la frontera, estoy planteándome romper el acuerdo con el rey y enviaros a todos al infierno, incluida tu hija.

—No te hemos atacado, Chattan.

—Y si lo hiciéramos, iríamos directos hacia ti —sentenció Gillian.

Rowan suspiró.

—Muchacha, no durarías ni un solo segundo en un combate contra mí.

Gillian esbozó una sonrisa que provocó que su rostro se iluminara por completo, haciendo que Rowan frunciera el ceño.

—Hay otras muchas formas de matar a una persona. No solo con una espada…

—Atrévete —la retó Rowan esta vez.

—No me tientes, Chattan —murmuró la joven.

El guerrero inspiró con fuerza y dirigió la mirada hacia los demás.

—Cuanto antes acabe esta maldita reunión, mejor. Si Jacobo nos obliga a reunirnos para intentar formar alianzas entre nosotros, no está saliendo demasiado bien, así que espero que dejéis de atacaros los unos a los otros y tampoco nos ataquéis en las fronteras. Solo así mantendremos la paz.

—Te repito que no te hemos atacado —dijo Elijah.

—Lo hayáis hecho o no, seréis vosotros quienes sufriréis las consecuencias.

Elijah resopló y se dejó caer contra el respaldo de la silla con un gesto ligeramente dolorido que no pasó desapercibido a Rowan. Al instante, los

ojos de su hija volaron hacia él y, disimuladamente, llamó la atención de su padre, que le sonrió brevemente. Y a pesar de que intentaron disimular, cada gesto fue captado por Rowan, que frunció el ceño.

—Ya tenemos redactado el pergamino para enviar al rey. Tan solo falta vuestra firma. Es exactamente igual que el resto, pero podéis leerlo.

Él fue el primero en firmar y después lo pasó al resto de lairds presentes, que lo leyeron y terminaron firmando a regañadientes. La tensión seguía flotando en el ambiente, pero nadie volvió a decir nada contra los demás.

Cuando el pergamino regresó junto a Rowan, lo miró y vio todas las firmas. Lo selló y juró enviarlo a la corte esa misma tarde con un emisario. Y solo entonces dijo entre dientes:

—Queda poco para la hora de la comida, por si queréis quedaros a descansar y regresar mañana a vuestros clanes.

Jacob MacBean soltó una risotada.

—¿Y arriesgarnos a que nos envenenéis o matéis mientras dormimos?

Rowan oscureció tanto su mirada que sus ojos pasaron de ser grises a casi negros.

—Lo he hecho por cordialidad, no porque me haga especial ilusión tener a enemigos bajo mi techo.

—Entonces, nos iremos —dijo el laird Gunn.

Adam MacGillivray suspiró y miró a todos.

—Si alguno de vosotros de verdad está atacando, por favor, dejad de hacerlo. Estáis poniendo en peligro al resto de clanes.

Adrian Urqhart lo miró de reojo.

—Y tú deja de dar órdenes. No eres nadie.

—Laird de mi clan, por si no lo recuerdas.

—No te enorgullezcas tanto, muchacho. Si eres laird es porque tu hermano mayor desapareció hace años.

Adam renegó entre dientes.

—Lo que pasó en mi clan no es asunto tuyo.

—Pues tampoco te metas en los nuestros.

Al ver que la tensión aumentaba en el gran salón, Rowan se levantó,

provocando que los demás hicieran lo mismo.

—Vuestros caballos estarán listos en cuestión de minutos para marcharos.

—Espero que tus tierras sean seguras, Chattan —murmuró Ross.

Rowan arqueó una ceja.

—Tranquilo. Mis únicos enemigos las atravesarán, pero tienen la orden del rey de no atacar… —dijo irónicamente.

Y cuando comenzaron a dirigirse hacia la puerta, Rowan no pudo evitar llevar su mirada hacia Gillian Comyn. Ayudó a su padre a ponerse en pie y le dirigió una gélida mirada antes de abandonar la sala. Fueron los últimos en salir, pero él no pudo apartar sus ojos de ella hasta que desapareció en el pasillo.

Era la única mujer que había logrado alterarlo desde que se había sumido en esa soledad y oscuridad tras la muerte de su padre. Había provocado que sus nervios saltaran por los aires y sus pensamientos se volvieran tan oscuros que incluso él mismo llegó tener miedo de ellos.

—Tampoco ha ido tan mal… —murmuró Kester cuando se quedaron solos.

Arran rio por lo bajo.

—Casi nos sacamos los ojos, pero no ha ido mal, no… —dijo irónicamente.

Ambos gemelos se miraron entre sí y rieron, pero Sloan y Rowan se quedaron tan serios como antes. El primero no dejaba de pensar en las pocas palabras que había cruzado con aquella orgullosa y deslenguada mujer, mientras que el segundo solo deseaba hacer pagar por las suyas a la joven Comyn.

El día había seguido después de la reunión y Rowan no había salido de su despacho desde que el resto de lairds se marchara de su castillo. Se había tensado tanto que aún sentía la espalda como una tabla.

El guerrero miraba el cielo despejado a través de la ventana. El viento soplaba ligeramente, aunque estaba seguro de que ese clima tranquilo iba a cambiar de un momento a otro. Su cuerpo parecía comenzar a disminuir los sentimientos que había tenido durante esa maldita reunión. Desde que había salido del salón, había tenido la imperiosa necesidad de estar solo durante

unos momentos. Y, sin embargo, se había quedado ahí hasta después de la hora de la comida. Ni siquiera había sentido hambre, tan solo el cuerpo acalorado.

A pesar de que su encuentro con sus enemigos había sido más que breve, Rowan tenía la impresión de que había durado más que nunca. Había sido la reunión más extraña que habían vivido desde hacía dos años. Que hubieran acudido aquellas dos mujeres los había trastocado a todos, pero lo que más lo alteró fue ver el reto en la mirada de la hija del laird Comyn. Era la primera vez que la había visto en su vida, pero jamás la había imaginado así.

Sus ojos marrones parecían seguir frente a él en ese momento, retadores, pero al mismo tiempo, cálidos. Se preguntó a qué se debería aquella cicatriz que le había visto en la mano. También recordaba su ceñido vestido y aquella espada colgando de su cadera, como una guerrera que estaba a punto de entrar en batalla. Habría deseado hacer lo que fuera para bajar ese orgullo que mostraba en ese instante. Sabía que lo odiaba. No había hecho falta que le recordara que había matado a su hermano. Sin saber quién era, Rowan habría adivinado que odiaba su sola presencia y todo lo que él representaba. Sin lugar a dudas, el padre de la joven la había instruido bien para odiar a los Chattan.

Pero él no se quedaba atrás en ese sentimiento tan profundo de inquina. También la odiaba, y a todo su clan. Había visto cómo el hermano de la joven mataba a su padre, y si ella llevaba su misma sangre, tal vez era igual de retorcida. Todos los Comyn lo eran. Por eso ahora habían vuelto a atacarlos, aunque ellos lo negaran repetidas veces durante la reunión. No los creyó. Y jamás lo haría.

Los Comyn parecían haber roto el pacto con el propio rey y habían vuelto a la carga. Rowan deseaba hacer algo para terminar con eso de raíz, pero aún no sabía qué hacer para ello.

El guerrero suspiró y se apartó de la ventana. Hacía mediodía que se habían marchado de su castillo, así que deseó que sus enemigos cruzaran pronto la frontera. No obstante, sabía que justamente los Comyn serían los últimos en abandonar sus tierras y en llegar a su propio castillo.

Y de nuevo aquellos ojos marrones en su mente. Rowan rugió y se llevó las manos a los ojos, intentando así hacer desaparecer aquella imagen que se había convertido en una obsesión para él desde la primera vez que habían

cruzado sus miradas. Deseaba doblegarla y hacerle pagar por todo el daño que le había hecho su clan a su familia…

Y en el momento en el que pensaba que iba a perder la poca cordura que le quedaba, unos nudillos llamaron con insistencia a la puerta. Tras un largo suspiro para calmarse, Rowan le dio paso e, instantes después, el rostro serio de Alasdair entró en el dormitorio.

—Ya me han dicho cómo ha ido la reunión… —fue lo primero que le dijo tras cerrar la puerta tras él.

Rowan asintió y se apoyó contra la mesa de su despacho con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente gacha.

—Sí, no ha sido precisamente la reunión más calmada. Jacobo va a conseguir que nos matemos los unos a los otros en el salón, sin batalla ni guerra. Solo nosotros…

Alasdair torció la cabeza y se dejó caer contra la silla más cercana.

—¿Y es cierto lo que me ha comentado Kester? Lo de esa guerrera del clan MacBean…

Rowan resopló.

—Sí, y supongo que habrá contado también que Sloan y ella han estado a punto de medir fuerzas con la espada.

Para su sorpresa, el rostro de Alasdair se iluminó con una de las pocas sonrisas que solía esbozar:

—Sí, ya lo sé. Me parece que tu hermano ha encontrado a un enemigo digno con el que luchar verbalmente.

Rowan asintió y torció la cabeza, mirando hacia una de las estanterías. Sin embargo, Alasdair no siguió su mirada, sino que se quedó mirándolo fijamente.

—También me ha contado lo de la muchacha Comyn.

Su amigo lo miró de reojo antes de bajar la mirada, incómodo e iracundo al mismo tiempo.

—¿Y qué te ha contado exactamente?

—Que sus ojos parecían espadas que no dejaban de clavarse en ti una y otra vez…

Rowan arqueó una ceja.

—Qué manera más poética de reflejarlo…

—Ya sabes cómo es Kester…

El guerrero suspiró y miró a su amigo.

—La verdad es que me ha sorprendido mucho que Comyn haya dejado a su hijo al cargo del clan. Por lo que dicen, no es muy ducho en el arte de la espada y muchos dudan sobre si es el mejor heredero de la jefatura cuando él muera.

—Pero siempre ha venido con él…

—Ya… Y nunca ha mostrado mucho interés en lo que hablábamos en las reuniones. Sin embargo, su hija tampoco parecía una guerrera como la del clan MacBean. Llevaba una espada en la cadera y claramente se veía retadora y valerosa, pero… tengo la impresión de que hay algo más que los Comyn nos están ocultando.

—¿El motivo por el que nos atacan?

Rowan negó con la cabeza.

—Nos atacan por lo mismo que hace años… Esto es diferente. He visto cómo la muchacha ayudaba a su padre a levantarse de la silla. Incluso en varias ocasiones he tenido la impresión de que se le reflejaba una expresión de dolor en el rostro a Elijah. A pesar de que esa muchacha estaba pendiente de enviarme todo su odio, también se fijaba en su padre en todo momento.

—¿Crees que el laird Comyn está enfermo y no quieren que nadie se entere?

Rowan lo meditó.

—Tal vez. Si esa muchacha fuera realmente una guerrera de su clan, vestiría con pantalón, como la del clan MacBean. Pero llevaba un vestido. No se puede luchar libremente con un vestido, ya sabes lo que siempre dice Cora…

Alasdair se mostró incómodo ante la mención de la hermana pequeña de su amigo, pero logró disimularlo pronto.

—Con la que por cierto podrías intentar llevarte mejor…

Alasdair no pudo evitar un resoplo.

—He venido a hablar de la reunión, no de tu hermana.

—No os soportáis.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta —respondió con voz seca.

Rowan lo miró largamente, hasta que suspiró y negó con la cabeza.

—No me voy a meter en ello… Tú sabes lo que tienes que hacer y lo que no…

—Exacto. ¿Podemos seguir hablando de los Comyn y su actitud extraña?

—Sí. No me ha gustado nada la actitud de ambos. Son los únicos que, de momento, nos atacan. Los demás también se han quejado de ataques, pero, como siempre, todo el mundo niega ser el culpable de ellos. Nosotros tampoco hemos hecho nada y, lógicamente, nadie nos ha creído. Las cosas están como hace dos años, demasiado tensas.

—Tanto como para armarse de nuevo… —acabó Alasdair por él.

—Sí, pero no podemos hacer nada.

Su amigo se cruzó de brazos y meditó unos segundos.

—A ver… a lo mejor sí se puede hacer algo, pero tal vez no es la manera más limpia de jugar en esta guerra.

—¿Tengo cara de que me importe jugar limpio?

Alasdair sonrió fugazmente y negó.

—Si los Comyn nos están atacando, debemos hacer algo para evitar que lo sigan haciendo.

—¿Qué sugieres?

Alasdair torció la cabeza y unió ambas manos delante de él.

—Elijah Comyn ha venido a la reunión con su hija. Teniendo en cuenta que sus tierras están más lejanas que los demás, tardará en llegar a su castillo. Si queremos que dejen de atacarnos, tenemos que conseguir algo del laird y traerlo al castillo bajo amenaza de muerte si siguen atacando. Solo así descubriremos si realmente son ellos quienes nos atacan.

Rowan frunció el ceño mientras pensaba.

—¿Sugieres que secuestremos a la hija de Comyn?

Alasdair se encogió de hombros.

—Que conste que esas palabras las has dicho tú, pero es una idea brillante. Si su hija estaba tan preocupada por él es porque se aman. Traigamos a la muchacha al castillo y digámosle a Elijah que, si vuelve a

atacarnos, la mataremos. Así se lo pensarán dos veces antes de volver a pisar nuestras tierras a llevarse lo que es nuestro…

Rowan intentó que su rostro no mostrara la satisfacción que le produjo aquella idea. Se separó de él y caminó lentamente hacia la ventana. Todo su cuerpo comenzó a vibrar, su corazón palpitó con fuerza y aquella obsesión en la que se había convertido aquella muchacha en tan solo unos minutos comenzó a hacerse aún mayor al pensar en que podría estar secuestrada en su castillo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

La voz de Alasdair lo sacó de sus pensamientos. Giró la cabeza en su dirección y rechinó los dientes.

—Avisa a los demás. Saldremos a buscarlos en cinco minutos.

CAPÍTULO 3

Gillian aún podía sentir la tensión en su espalda a pesar de que ya se habían alejado del castillo del clan Chattan. Sin embargo, aún les quedaba mucho tramo de camino hasta cruzar la frontera con sus propias tierras, por lo que no podría estar tranquila hasta que se encontrara en tierras amigas.

Y a pesar del paso de las horas, no había podido quitarse la sensación fría que había recorrido su cuerpo cada vez que el laird Chattan dirigía su mirada hacia ella. Lo había sentido como si el filo de una daga se apoyara en su piel y recorriera su cuerpo lentamente, posando el frío allá donde tocaba, pero también casi pudo sentir cómo ese filo laceraba su piel. Aquella mirada gris era como esa daga, y se había clavado en ella en varias ocasiones. Había intentado disimular su sobresalto cada vez que se dirigía a ella, y rezó para haberlo conseguido, pero era el hombre más oscuro con el que se había cruzado jamás.

Y su voz… A veces le había parecido creer que se trataba de una voz salida de un lugar oscuro, el infierno más bajo que podía existir, pero también tenía ciertos matices aterciopelados, mostrándole la verdadera naturaleza del laird Chattan: un ser vil, oscuro y peligroso con el que no convenía tener problemas.

Y, sin embargo, los había buscado sin poder evitarlo:

—Creo que has sorprendido a todos los de la reunión, hija… —dijo su padre, como si hubiera leído sus pensamientos.

Habían pasado un tiempo en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero ahora su progenitor volvía a hablar y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No era mi intención, padre, lo sabe. Pero no he podido evitarlo.

—Supongo que en una reunión así, en la que todos son enemigos y solo hay tensión, es imposible mantenerse al margen.

—Ese demonio es el que mató a mi hermano.

Elijah asintió.

—Sí, pero lo peor de todo es que debemos acatar las órdenes del rey.

—¿Y por qué nos acusan de atacarlos? No hemos hecho nada.

Elijah suspiró y miró al frente. El camino se estrechaba ligeramente a

medida que avanzaban, pero podían pasar perfectamente con ambos caballos.

—La verdad es que no lo sé. No me fío de ninguno de ellos. Tal vez es una táctica de los Chattan para causar estragos en nuestro clan, una mentira o simplemente buscan culparnos a nosotros de sus pérdidas para volver a ir a la guerra.

—Pero todos saben que no debemos ir a la guerra. Además, usted no tiene la salud suficiente para ello.

Su padre la miró y le sonrió.

—Gracias a tus hierbas estoy mucho mejor.

Gillian de devolvió la sonrisa.

—Pero no debe fiarse de la mejora de su estado. Tiene que cuidarse, padre. Una guerra no le vendría bien.

—Lo sé, por eso no he querido intervenir mucho en la reunión. Ya lo has hecho tú por mí.

Gillian dejó escapar una risa y se encogió de hombros.

—Solo quería dejarle claro al laird Chattan que, aunque el rey nos obligue a ser aliados, aún lo odiamos por haber matado a mi hermano. Su muerte ha quedado sin ser vengada.

—El tiempo lo dirá, hija. Pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Has hablado muy bien. Además, me alegro de ver que no eras la única mujer.

Gillian torció la cabeza.

—Esa mujer me ha dedicado una mirada al entrar que me ha helado el cuerpo. Parecía no tener alma.

—Sus ojos reflejaban la pérdida completa de juicio, así que tenemos que tener cuidado con los MacBean. Sus tierras también nos lindan y pueden culparnos de ataques.

Gillian asintió.

—¿Dónde pasaremos la noche? Ya sabe que tiene que descansar.

Elijah le restó importancia.

—Podemos hacerlo en cualquier cabaña, hija. No quiero descansar hasta no estar en nuestras tierras, así que lo mejor será continuar todo lo que

podamos hasta que nuestros ojos no aguanten el sueño.

Gillian rodó los ojos y miró a su padre.

—Padre…

—No insistas, Gillian. Estoy bien ahora.

La joven suspiró y negó con la cabeza, dejándolo por imposible. Desde que su madre había caído enferma, su padre se había preocupado mucho por ella. Apenas descansaba, no comía y solía quedarse a trabajar hasta tarde. Todo ese cansancio acumulado había provocado que su padre comenzara a enfermar. Desde un primer momento, habían dado con la clave de su enfermedad y ella, que había estudiado las hierbas desde pequeña y conocía todas las propiedades de cada una, le hacía una tisana con la que poder calmar los síntomas que presentaba.

Sin embargo, tras la muerte de su madre, parecía haber empeorado por el dolor que le había causado la pérdida. Por ello, no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Lo acompañaba a sus viajes para tener siempre preparada la tisana, e incluso a su hermano le había dado instrucciones sobre cómo prepararlo si ella fallecía.

Gillian suspiró y fijó su mirada al frente, como su padre. El viaje de regreso estaba siendo realmente tranquilo. A la ida se habían cruzado con infinidad de comerciantes con los que habían hablado, pero desde que habían abandonado el castillo Chattan no se habían cruzado con absolutamente nadie. Aunque ella lo prefirió así.

Adoraba escuchar el suave sonido de los pájaros, su aleteo, sus cantos, movimientos… Los adoraba. Pero también le gustaba escuchar el movimiento de las hojas de un lado a otro cuando el viento las movía lentamente, como en ese instante.

Se encontraban rodeados por un lugar especial. Jamás reconocería que las tierras Chattan tenían cierto encanto, al contrario que su laird, pero ese tramo del bosque parecía acogerlos, rodeándolos con sus árboles e impidiendo que las gotas de lluvia que comenzaban a caer, mojaran demasiado el camino. El silencio era abrumador, pero le permitió sosegar su alma.

—¿Cree que las cosas volverán a ponerse como hace dos años?

—No deberías preocuparte de eso, hija.

—Lo hago porque me preocupo por usted, padre.

Su progenitor la miró con una sonrisa.

—Eres un ser de luz, Gillian. Espero que nunca te cruces con alguien con el alma tan oscura que te haga cambiar.

La joven se encogió de hombros, restándole importancia.

—No tengo pensado cruzarme con nadie así, padre.

—Creo que podríamos parar a comer algo y seguir esa conversación con un trozo de pan en la mano.

La joven lanzó una carcajada y asintió.

—Supongo que ha escuchado el rugido de mi estómago…

—Ha resonado por todo el bosque.

Gillian siguió riendo y desmontó, junto a su padre. Dejaron los caballos a un lado del camino y cogieron algo de comida de las alforjas. La verdad es que no había querido forzar a su padre a detenerse debido a que estaban en tierras Chattan, pero estaba hambrienta.

Por ello, no pudo evitar mordisquear el queso antes de acercarse a una piedra donde sentarse. Sin embargo, apenas tuvo tiempo para doblar las rodillas, pues el sonido de unos cascos de caballos llamó poderosamente su atención. Con gesto preocupado, Gillian miró a su padre, pues este también los había escuchado. Y, sin lugar a dudas, no pertenecían a una carreta, sino que parecían tener prisa. Y eran muchos.

Volviendo a sus caballos para tomar las riendas y guardar la comida rápidamente, padre e hija divisaron unas figuras cabalgando hacia ellos a toda prisa. Eran unos diez guerreros que se acercaban por el camino que ellos ya habían recorrido.

—Es Rowan Chattan… —susurró su padre.

Gillian solo acertó a asentir con la cabeza, incapaz de abrir la boca. Lo había reconocido al instante a pesar de la distancia. Alrededor de ese hombre parecía haber una sombra, ajena a la de su propio cuerpo, que lo acompañaba a todas partes y regaba a su alrededor aire gélido que ya le llegaba al rostro.

Gillian creyó que el aliento se le cortaba al instante. Su corazón se sacudió y comenzó a latir con demasiada fiereza. Tanto su padre como ella

se apartaron de los caballos y se pusieron en medio del camino. Rápidamente, se vieron rodeados por los diez guerreros Chattan, aunque sus miradas estaban totalmente puestas sobre el laird. Este no desmontó del caballo ni hizo movimiento alguno que les indicara que pensaba hacerlo. Tan solo se limitó a mirarlos a lomos del animal.

—Ponte detrás de mí, hija… —susurró su padre intentando protegerla.

Sin embargo, Gillian no le hizo caso y se puso a su lado, clavando la mirada en Rowan.

—¿Se puede saber qué quieres de nosotros, Chattan? —preguntó Elijah.

Gillian recorrió con la mirada a los demás guerreros. Algunos de ellos eran los hermanos del laird, mientras que a los demás no los conocía. Y cuando sus ojos regresaron al frente, sintió sobre ella todo el peso de la mirada de Rowan. Se estremeció. No pudo evitarlo, aunque no lo mostró.

—Hay algo que debemos solucionar, Comyn.

Elijah frunció el ceño y llevó la mano a la empuñadura de la espada. Ese simple movimiento provocó que los demás guerreros desenvainaran las suyas. Al instante, Gillian desenvainó la espada que colgaba de su cadera. No era muy ducha en el arte de la espada, pero su padre le había enseñado a defenderse, por lo que conocía algunos movimientos con los que poder luchar contra ellos.

De no ser por la oscuridad que rezumaba ese hombre, Gillian habría jurado que vio un brillo divertido en sus ojos. La recorrió lentamente, observándola de arriba abajo, como si midiera fuerzas con ella, a lo que la joven respondió con una mirada iracunda.

—Que yo sepa, no tenemos nada que solucionar. Si hemos venido a tus tierras es por la orden del rey. Lo demás sobra…

—Te equivocas, Comyn. No hemos solucionado los ataques y robos en nuestras fronteras.

Gillian resopló y dio un paso al frente. Sabía que su padre necesitaba tomarse pronto las hierbas o empeoraría, así que tenían que acabar con aquello cuanto antes.

—Ya te hemos dicho que nuestro clan no ha hecho nada.

—No estamos hablando contigo, niña —le espetó Sloan.

—¡No soy una niña! —vociferó con fuerza—. Nuestro clan acata las

órdenes del rey. Si tenéis problemas en la frontera, deberíais pensar en otros culpables…

Rowan adelantó su caballo con la mirada puesta en ella.

—Los que han sobrevivido a esos ataques juran que los culpables son de vuestro clan.

—Entonces, buscadlos a ellos porque yo no he enviado a nadie… —le espetó Elijah antes de que un ataque de tos lo interrumpiera.

Gillian se giró hacia él, bajando ligeramente la espada, gesto que no pasó desapercibido a Rowan.

—Si son del clan Comyn, tú eres su responsable.

—Dudo mucho que alguien de nuestro clan se quiera enfrentar a una nueva guerra… —dijo la joven, mirándolo nuevamente.

—Te veo muy convencida, muchacha.

Gillian frunció el ceño.

—Pues claro que sí. Marchaos de nuestro camino y volved por donde habéis venido.

—¿Te atreves a darme órdenes?

A pesar de que sintió sobre su espalda la caricia de su padre a modo de advertencia, Gillian no pudo evitar enfrentarse de nuevo a él.

—Eres tú quien se ha metido en nuestro camino. Nosotros regresábamos tranquilamente a nuestro hogar. Y sí, si te atreves a acusarnos de algo que no hemos hecho, te doy órdenes. Todas las que sean necesarias.

Rowan se mantuvo un tiempo prudencial en silencio mientras sentía cómo relamía inconscientemente sus labios al pensar en una forma de doblegar ese carácter.

—Tienes la espada en alto, muchacha. ¿Qué harías si cruzara la mía contigo en este momento?

—Te mataría.

Aquella respuesta provocó que algunos de los guerreros de Rowan lanzaran una carcajada. Ella los miró con rabia, pero rápidamente volvió a mirar al hombre frente a ella.

—Creo que no sabes con quién estás hablando.

—Tú tampoco —respondió ella.

Rowan inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, observándola. El reto en la mirada de la joven estaba a punto de provocar que su entrepierna comenzara a endurecerse. Siempre había disfrutado un buen reto, y el que se le presentaba frente a él era demasiado estimulante como para dejarlo pasar.

—Supongo que cruzaremos nuestras espadas en un campo de batalla, muchacha, pero el problema que le he planteado a tu padre pienso resolverlo de otra manera.

—No vas a matarlo —le aseguró Gillian poniéndose delante de él.

—Yo no he dicho que vaya a hacerlo…

Elijah frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? No pienso darte tierras…

Rowan negó con la cabeza y bajó del caballo. A pesar de que ahora estaban más o menos a la misma altura, Gillian tuvo que elevar la cabeza para poder mirarlo a los ojos, pues era mucho más alto que ella. Y ahora que podía mirarlo de cerca, parecía más fornido que cuando lo había visto en el salón, sentado. Sin lugar a dudas, Rowan Chattan no era un hombre cualquiera. Parecía tallado por gigantes y los mismísimos dioses o demonios.

La joven tuvo que tragar saliva al sentir que la garganta se le quedaba seca.

—Quiero que me asegures que tu clan no va a cruzar nuestras fronteras para atacarnos o robarnos.

Tanto Gillian como su padre se miraron entre ellos.

—Pero eso ya te lo estoy asegurando al decirte que nosotros no hemos hecho nada… —dijo Elijah sin comprender.

Rowan dio un paso hacia ellos, provocando que Gillian levantara ligeramente la espada. El guerrero se acercó tanto que la punta de esta le dio de lleno en el pecho. En los ojos de la joven se sembró la duda, pero se mantuvo firme. En la mirada de Rowan se dibujó una expresión retadora en la que la incitaba a apretar un poco más y acabar con él.

—Si yo fuera tú, bajaría ahora mismo esa espada —le espetó mirándola directamente a los ojos—. No vamos a atacaros…

La suave brisa del oeste llevaba hasta ella el aroma de Rowan, haciendo que sintiera un intenso nerviosismo no solo por ello, sino también por tenerlo cerca.

A su lado, su padre envainó el arma y puso una mano en su hombro.

—Hazlo, hija, como muestra de confianza en este tratado entre clanes.

—Es que no confío en ellos, padre —respondió sin apartar la mirada de Rowan. Parecía estar en una especie de embrujo en el que no podía desviar sus ojos de él.

El pecho de Rowan hizo aún más fuerza contra la punta de la espada, por lo que finalmente acabó cediendo y la bajó lentamente. En ese instante, miró a los demás guerreros.

—Que ellos también lo hagan —exigió mientras envainaba.

Rowan dudó un momento, pero los miró lentamente y asintió en silencio, sin añadir nada.

—Y ahora que ya nos hemos tranquilizado, ¿a qué te refieres con esas palabras, Chattan?

Rowan dio un paso más hacia ellos con la intención de llenar el espacio con su cuerpo, pero al ver que Gillian se quedaba en su sitio y no se movía, volvió a mirarla. Estaban a punto de tocar el cuerpo del otro, pero el orgullo de ambos les impidió moverse para alejarse.

—Lo que te propongo es muy simple, Comyn. Hay una forma de asegurarme que tú no eres quien nos está atacando.

—¿Y cuál es?

—Tu hija se vendrá con nosotros a nuestro castillo y estará recluida hasta que descubramos quién es el verdadero culpable de todo…

La joven no pudo evitar lanzar una exclamación de sorpresa. Abrió desmesuradamente los ojos y desvió su mirada a su padre y a Rowan alternativamente.

—Estás hablando de secuestrar a mi hija.

—No se trataría de un secuestro si tengo tu aprobación.

—Debes de haber perdido el juicio, Rowan Chattan, si crees que voy a aceptar que me… lleves a tu castillo.

El acero de los ojos del guerrero la miró de forma fugaz, pero mantuvo su

atención en Elijah.

—Es mi única hija, Chattan. No puedo permitir eso.

—Entonces, no puedo creer que no seas tú el líder de los ataques.

Elijah resopló.

—Yo no he hecho nada. ¿Acaso no te vale mi palabra?

—Estamos en un tiempo en el que la palabra de un hombre ha perdido todo el valor que poseía…

—Yo no soy un hombre —respondió la joven.

—No busco tu palabra, sino la del laird…

Gillian resopló y dio un paso atrás. No podía soportar por más tiempo su presencia tan cerca de ella, y miró a su padre.

—Padre, no acceda a ello. Si su palabra no vale, tampoco lo harán sus actos…

Elijah la miró en silencio, meditando.

—¿Y qué pasaría si alguien sigue atacándoos en mi nombre?

—Mataría a tu hija, pero si tú me das tu palabra de laird y highlander de que no eres el responsable de esos ataques, no le haremos nada. Tu hija es simplemente un seguro para que no se te pase por la cabeza aprovecharte de los robos para hacerlo tú también. Si aprecias la vida de tu hija, no cruces nuestra frontera.

Gillian siguió negando con la cabeza.

—Padre, es solo un engaño. No puede fiarse de la palabra de un Chattan.

—Sin embargo, este Chattan sí se fiaría de la palabra de un Comyn si acepta…

La joven lo miró con rabia. Le habría gustado acortar la distancia con él y empujarlo lejos, golpearlo en el pecho… cualquier cosa que le hubiera provocado algo de daño y lo hubiera hecho sisear de dolor.

—Vete al infierno, Rowan Chattan —le espetó la joven—. No pienso ir contigo a ningún lado.

Y a pesar de que esperaba que su padre dijera algo más, se quedó en silencio. Gillian lo miró y este la tomó del brazo.

—¿Me das unos minutos, Chattan?

—Los que necesites… —respondió Rowan con tranquilidad.

Elijah se apartó del grupo y la miró a los ojos.

—Hija, creo que es la mejor oportunidad que tendremos para hacerles entender que no somos culpables de nada.

Gillian sintió que todo su mundo se derrumbaba.

—Pero, padre, son nuestros enemigos. No puedo ir a su castillo. ¡Me acabarán matando! ¿Acaso me quiere entregar a los brazos de la muerte?

Elijah inspiró con fuerza y negó.

—No quiero que te hagan daño, hija, pero no conozco la manera de hacerles ver que estamos respetando el tratado. Además, tal vez así descubramos al verdadero culpable.

La joven negó con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas acudían a sus ojos.

—No me haga esto, padre.

—Ha dado su palabra de que no te hará nada si nosotros tampoco le hacemos nada a él.

—Y si no se lo cree, ¡me matará!

—Es un hombre de palabra. Es el que más interés ha tenido en seguir reuniéndonos estos dos años.

La joven resopló y caminó de un lado a otro con las manos en la cintura.

—¿Ahora es un buen hombre en el que se puede confiar? Padre, usted mismo quiso quitarle la vida. Él mató a Ryan. ¿De verdad cree que tendrá piedad conmigo? Es un plan para matarnos poco a poco. Si nos separa, será más fuerte.

Elijah puso las manos en sus hombros.

—Hija, cuando la guerra nos rodea, hay que hacer sacrificios.

—¡Pero no el mío!

El laird Comyn miró de nuevo hacia el grupo de guerreros, que esperaba con paciencia a un lado del camino.

—Además, tengo que administrarle las hierbas.

—No eres la única que conoce la receta… Estaré bien.

Gillian negó con la cabeza, intentando aguantar las lágrimas.

—Padre, se lo suplico… No me deje en manos del enemigo…

Elijah le sostuvo la cara.

—Eres fuerte, Gillian. Sé que sabrás sobrevivir entre ellos. Está decidido. Un pequeño sacrificio por todo el clan…

La joven apretó los puños y vio cómo su padre volvía a acercarse al grupo y aceptaba la oferta de Rowan, pero ella se quedó parada junto a los caballos. Y cuando la mirada del laird Chattan se dirigió hacia ella, siguió parada.

—Vamos. Tenemos que regresar antes de que se nos haga de noche… —la instó el guerrero.

Pero Gillian no respondió, ni siquiera se movió, sino que mantuvo la mirada elevada con orgullo. Al cabo de unos segundos, Rowan caminó hacia ella lentamente, peligroso. En otra ocasión, se habría girado para correr en contra, pero necesitaba mostrar valentía, no miedo. Y ese hombre le provocaba tanto terror que solo podía mantenerse con los pies clavados en la tierra.

—He dicho que nos vamos.

Su voz sonó fuerte, controladora, oscura… Cuando estuvo junto a ella, Rowan la aferró del brazo, y al tirar de ella, la joven miró hacia los caballos.

—Necesito coger las riendas de mi caballo.

—No hace falta. Cabalgarás conmigo.

Gillian intentó que la desesperación no se reflejara en su rostro, pues el hecho de pensar que tenía que compartir espacio y rozar su cuerpo con él casi la hizo gritar.

—Entonces, deja que coja mi alforja. Ahí tengo mis cosas.

Rowan dudó, pero finalmente aceptó y le soltó el brazo para que la cogiera. Cuando regresó junto a él, con paso demasiado lento, la agarró nuevamente del brazo y la llevó hacia su caballo, obligándola a montar en él.

—Recuerda el trato, Comyn. Tu hija estará sana y salva mientras no seas tú el de los ataques.

—Y tú espero que descubras al verdadero culpable.

—Lo haré —le aseguró el guerrero.

Enseguida, Rowan montó detrás de Gillian, que intentó no tocar su cuerpo. Y, antes de que pudiera decirle una última cosa a su padre, pusieron rumbo de nuevo al castillo Chattan, provocando que todos los sueños de la joven se derrumbaran de golpe. Estaba secuestrada en tierras enemigas, y no estaba segura de que pudiera salir viva de allí.

CAPÍTULO 4

Gillian tenía la impresión de encontrarse metida dentro de un sueño, una pesadilla. No podía creer que su vida se había puesto patas arriba de un momento a otro. Todos los planes que había ideado en su mente para su regreso acababan de echarse a perder hasta Dios sabía cuándo, si es que regresaba alguna vez a su hogar.

El grupo de guerreros cabalgaba deprisa de nuevo hacia su castillo y ella no dejaba de rebotar contra el pecho de Rowan, algo que le producía escalofríos y rabia al mismo tiempo. A pesar de que intentaba ponerse recta e inclinarse ligeramente hacia adelante, siempre acababa tocando al laird Chattan. Los brazos de este rodeaban su cintura para agarrar con fuerza las riendas, por lo que no podía escapar de su tacto en ningún momento. Y aquello le pareció algo tan íntimo que no pudo evitar cruzarse de brazos y apretarse consigo misma para intentar no sentir nada ante ese contacto.

Gillian miró a su alrededor y se juró a sí misma que intentaría escapar de aquel secuestro en cuanto tuviera la primera ocasión. No iba a quedarse en ese castillo donde su vida peligraría si alguien atacaba a los Chattan y ellos la culpaban. Estaba segura de que el laird de ese clan únicamente deseaba hacerle pagar por todo el daño que los suyos habían provocado a los Chattan, por lo que seguramente la encerrarían en una mazmorra en cuanto llegaran y su padre jamás volvería a saber de ella. Tenía la certeza de que en cualquier momento iban a acabar con su vida.

La gente de ese clan eran salvajes, y así lo habían demostrado en la batalla dos años antes cuando mataron a su hermano. Gillian miró ligeramente hacia abajo, justo a las manos de Rowan, que aferraban las riendas, y frunció el ceño al pensar en que esas mismas manos sostuvieron la espada que segó la vida de Ryan. Durante un instante, tuvo la necesidad de desenvainar su propia espada y cortárselas, pero sabía que no podría mover ni un solo músculo sin que Rowan Chattan se percatara de ello.

En ese instante, vio cómo una de sus manos se despegaba de las riendas y, para su sorpresa, se dirigió hacia su vientre, sobresaltándola ante un contacto tan íntimo. Instantáneamente, Gillian se tensó e intentó apartar la mano, pero consiguió el efecto contrario, pues Rowan la apretó aún más contra sí.

—Si estás pensando en matarme, espero que lo hagas tan bien que te dé

tiempo a escapar de mis hombres… —dijo contra su oído.

Gillian giró la cabeza hacia él como movida por un resorte. ¿Acaso había podido leer sus pensamientos? No podía creer que justo mientras ella pensaba en hacerle algo, él le dijera aquellas palabras.

Ambos se sostuvieron la mirada. El movimiento del caballo provocaba que los rostros de ambos se quedaran a tan solo centímetros de tocarse, pero ninguno parecía darse cuenta de ese detalle. Entre ellos únicamente flotaba la rabia y el odio que sentían por la familia y el clan del otro.

A esa corta distancia, los ojos de Rowan le resultaron tan parecidos al filo de la espada con la que ella misma lo había apuntado que tuvo la impresión de que también podía matar con ellos.

—Aunque también tienes la opción de portarte bien y regresar sana y salva a tu clan —susurró con los labios muy cerca de los suyos.

—No te molestes. No me fío de tu palabra digas lo que digas.

Rowan miró fugazmente hacia el camino antes de volver a mirarla a ella. Su gesto, increíblemente serio y peligroso, provocó que la garganta de Gillian se secara de golpe. Y el simple movimiento lento de sus ojos cuando regresaron a ella estuvo a punto de hacerla temblar.

—Si tu clan no hubiera comenzado de nuevo a atacarnos y robarnos, estarías a punto de llegar al calor de tu hogar.

—¿Cuántas veces hace falta que te repitamos que no os hemos hecho nada para que nos creas? Pensaba que eras lo suficientemente inteligente como para comprender esas palabras sin necesidad de repetirlas, pero ya veo que no eres capaz de comprender…

Con gesto adusto, Rowan tiró de las riendas de su caballo y lo detuvo, haciendo que el resto de sus guerreros también pararan para comprobar qué estaba pasando.

—Seguid vuestro camino. Os alcanzaré ahora…

Su hermano Sloan dudó un instante, pero ante el asentimiento de Rowan, continuaron, dejándolos atrás.

En el momento en el que se quedaron solos, Gillian se revolvió entre sus brazos y se lanzó desde lo alto del caballo para escapar de él. Sabía que sus palabras habían sido un completo insulto para él, por lo que iba a matarla en ese mismo instante sin que sus hombres fueran testigos de ello. La joven

miró a Rowan con cierto gesto de orgullo, aunque escondido tras una expresión aterrada.

Lentamente y sin apartar la mirada de ella, el guerrero desmontó del caballo y se aproximó a ella.

—No muchos hombres me han insultado y han acabado vivos…

Gillian elevó el mentón.

—Yo no soy un hombre.

—Pero eres tan mortal como ellos.

El guerrero llevó la mano a la empuñadura de la espada, provocando que Gillian tragara saliva ruidosamente.

—Sin embargo, ellos suplicaban por su vida.

—Yo no pienso suplicarte nada, Chattan.

Rowan se acercó más ella, mientras que Gillian daba pasos inseguros hacia atrás. La mirada de la joven estaba sobre él. Apenas parpadeaba, temerosa de que, en un instante, él desenvainara su espada y acabara con su vida. No obstante, en un momento de locura, ella sí desenvainó la suya. Si iba a matarla, al menos ella le presentaría batalla.

Vio cómo el guerrero arqueaba una ceja al ver que levantaba su espada contra él, y se aproximó a ella varios pasos más, provocando que la espalda de Gillian diera de lleno contra el tronco de un árbol. Y a pesar de eso, la joven sostuvo la espada con ambas manos.

—No te acerques más a mí.

—¿Y si lo hago? —la voz del guerrero sonó como un ronroneo amenazante.

—Te mataré…

En la comisura de sus labios pareció dibujarse una sonrisa, aunque no pudo apreciarla bien debido al miedo que sentía.

—No lo harás.

—No me das órdenes —respondió ella inmediatamente.

Rowan torció la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos. Dio un paso más y la punta de la espada de la joven dio en su costado. Ella siseó, como si el dolor lo hubiera sentido ella, pero no apartó la mirada de su rostro. Le sorprendió ver la tranquilidad y seguridad que mostraba el laird Chattan en

ese instante en el que, con un simple movimiento, ella podría acabar con su vida. De hecho, se acercó aún más, provocando que los brazos tensos de Gillian se doblaran ligeramente.

Jamás había matado a nadie, y él lo sabía.

—No vas a hacerlo… Si quisieras matarme, tan solo tendrías que hacer algo de fuerza para clavármela. Y has doblado tus brazos.

Gillian tragó saliva e intentó apretar con más fuerza, pero, tras un movimiento rápido, Rowan la desarmó y la dejó sin espada. La joven lanzó una exclamación de sorpresa y se apretó más contra el tronco del árbol. Ahora ya no tenía nada con lo que defenderse. Y sabía que iba a matarla.

Rowan se acercó más a ella, uniendo su pecho al de la joven y ahogando la poca distancia que los separaba. Bajó más su rostro para quedarse a milímetros del de la joven y clavó su mirada en aquellos ojos marrones que lo miraban como un cervatillo a punto de morir y que, otrora, lo habían retado hasta el punto de obsesionarlo durante horas.

—Ahora estás en mi poder, Gillian Comyn, y no vas a volver a cruzar tu espada conmigo o no seré tan magnánimo. He prometido a tu padre que no te haría nada si ellos no nos atacaban, y pienso cumplir mi juramento. Pero si vuelves a insultarme o a intentar matarme, tal vez me vea obligado a hacerte daño.

La respiración de Gillian se volvió más rápida, haciendo chocar su aliento con el del guerrero, que estaba a pocos milímetros de tocarla con sus labios. La oscuridad que había visto en él y el peligro que rezumaba por cada poro de su piel también parecían amenazarla en ese instante, y deseó no haber viajado junto a su padre a esas tierras que acababan de echar a perder toda su vida.

—Si tú me haces daño sin justificación, mi padre os matará a todos —dijo en un hilo de voz.

—Insultarme es justificación más que suficiente, muchacha. Así que espero que te portes mejor de ahora en adelante. Estás bajo la vigilancia de los Chattan ahora.

Gillian frunció el ceño.

—Estoy secuestrada…

—Llámalo como quieras.

—Si el rey se entera…

—El rey daría su visto bueno tan solo para evitar una guerra. No conoces a Jacobo…

Y acercando su rostro al oído de la joven, susurró.

—Estás en mis manos, muchacha, y no podrás escapar.

Gillian apretó las manos contra el tronco del árbol.

—Eso ya lo veremos…

Rowan se separó de ella y la miró a los ojos. En esa cercanía, ya no vio miedo, sino determinación. Y tuvo la sensación de que tener a esa muchacha bajo su tutela sería un auténtico juego en el que estaba dispuesto a jugar lo más sucio posible.

Se separó de ella de golpe y la agarró del brazo. Gillian soltó una exclamación de sorpresa ante la rapidez de su movimiento. Y no pudo evitar mirar hacia la espada que el guerrero llevaba en su mano.

—Devuélvemela…

Rowan arqueó una ceja.

—No te hace falta para estar en mis tierras.

—Es mía…

—Y te la devolveré cuando regreses a tu hogar. Mientras tanto, yo la guardaré.

Gillian resopló e intentó soltarse, sin conseguir absolutamente nada. Se vio de nuevo impulsada hacia el caballo y se aferró como pudo mientras Rowan montaba tras ella. Sin añadir nada más, el guerrero puso rumbo hacia su castillo. Ambos se sumieron en el silencio, dejando pasar el tiempo mientras se metían en sus propios pensamientos.

Y a medida que se iban acercando a su destino, Gillian vio más imposible su huida, pues todo estaba tan bien vigilado que no podría escapar para regresar a casa.

Cuando atravesaron la puerta de la muralla, Gillian miró a su alrededor. Esta se encontraba plagada de guerreros que no hacían otra cosa más que vigilar los límites de la fortaleza. En el patio también había guerreros entrenando o ayudando en las labores propias del castillo. Y no pudo evitar

enarcar una ceja, pues eso nada tenía que ver con lo que ella había visto cuando llegó con su padre a la fortaleza. Esa mañana, todo estaba en orden. Los guerreros no se encontraban en medio del patio ni se habían cruzado con tantos. Parecía como si se hubieran escondido para la llegada de los enemigos.

Y ahora que todos estaban en sus quehaceres, no pudo evitar fruncir el ceño.

Su mirada se dirigió entonces hacia el cielo. La noche estaba a punto de caer sobre ellos y el frío comenzaba a hacer mella entre su ropa. Este parecía traspasar el hilo de su ropa, dando de lleno en su carne y provocándole escalofríos, aunque internamente sabía que no solo era el frío el responsable de esos estremecimientos de su cuerpo. Durante el resto del trayecto se había visto impulsada una y otra vez contra el cuerpo de Rowan, por lo que había podido sentir contra su espalda cada músculo de su pecho contrayéndose mientras dirigía el caballo hacia su hogar. Pero no solo eso. El calor de su cuerpo la había protegido de las inclemencias del tiempo, pues no había sentido frío en su espalda en ningún momento. Y su aliento… Ese mismo que había sentido contra el árbol cuando la aprisionó, no había dejado de notarlo en ningún momento desde que habían vuelto a subirse al caballo.

Y, sin poder evitarlo, ahora sentía vergüenza al tener que volver a mirarlo a la cara. De ahí esos estremecimientos que ella se empeñaba en achacar al frío.

Ambos desmontaron y Gillian se apartó ligeramente, cruzando los brazos a la altura de su pecho. Miró a su alrededor con incomodidad mientras veía cómo Rowan le entregaba las riendas de su caballo al mozo de cuadras. Sobre ella sentía las miradas de algunos guerreros apostados en la muralla, que parecían sonreír al verla secuestrada, como si se tratara de un pequeño trofeo.

La joven frunció el ceño y apartó la mirada, encontrándose con la grisácea de Rowan, que se había quedado parado a su lado. Gillian no pudo evitar dar un respingo, pues no pensaba que estaba junto a ella, mirando lo que estaba haciendo. Carraspeó, incómoda y tragó saliva. Se obligó a modificar la expresión de su rostro y lo miró con auténtico odio.

—Si estás pensando en escapar, lo tendrás muy complicado…

La voz de Rowan la sacó de sus pensamientos.

—Solo estaba sorprendida observando que tienes más guerreros de los que parecía esta mañana.

Rowan arqueó una ceja.

—No quería que mis enemigos pensaban que podríamos atacarlos.

—Qué considerado por tu parte… —ironizó la joven.

—Vamos dentro —ordenó con voz fría.

Ella dudó un instante, pero se estaba quedando tan congelada que sus pies parecieron moverse solos hacia el interior del castillo. A medida que se acercaban a la puerta de entrada, Gillian miró de reojo a los hermanos del laird, que también se dirigían hacia allí y cuya mirada desvió de ellos para evitar que notaran su nerviosismo.

Al llegar al vestíbulo, Rowan se giró hacia Arran y le dijo:

—Ve a las cocinas. Ya sabes lo que tienes que pedir…

El guerrero asintió y le dedicó media sonrisa a Gillian, que no le devolvió el gesto, sino que se quedó quieta junto al laird. Deshizo el cruce de sus brazos y los apretó contra su cuerpo. Acababa de llegar y ya estaba deseando que todo eso acabara de una vez por todas, pues la frialdad y la oscuridad de Rowan no solo rezumaba a su alrededor, también en su castillo.

—Vosotros, descansad. Excepto tú, Sloan. Ven con nosotros.

Gillian frunció el ceño cuando sintió sobre ella la mirada del antipático hermano de Rowan. A pesar de que en carácter eran parecidos, Sloan no parecía poseer esa misma oscuridad en su alma. Era antipático, sí, pero solo eso.

La joven notó enseguida en su brazo la férrea mano de Rowan, que la arrastró por el pasillo silencioso y cada vez más oscuro. Estaba segura de que su destino estaba sellado y la llevaban a una celda de las mazmorras para casi olvidarse de ella durante días o semanas. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al ver que el laird abría la puerta de una estancia y le hacía un gesto para que entrara en ella.

Dudando, Gillian miró primero el interior y descubrió que se trataba de un despacho. Dio un paso atrás, pero Sloan, que estaba a su espalda, la empujó levemente para que entrara y cuando escuchó que la puerta se

cerraba a su espalda y se quedaba a solas con ellos dos, temió lo peor.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

Sloan se quedó apoyado contra la puerta, impidiendo que pudiera escapar por la única vía existente.

Rowan, sin embargo, caminó lentamente hacia la mesa principal, sobre la que se apoyó con los brazos cruzados para clavar después la mirada sobre ella.

—Siéntate…

No fue una petición o un ruego, sino una orden salida de la boca de Rowan y dirigida a ella como si fuera uno más de sus guerreros. Por ello, en lugar de obedecer y sentarse frente a él, decidió quedarse a la misma altura que el guerrero, mirándolo con orgullo y retándolo con sus ojos para comprobar si tenía las agallas suficientes para obligarla a sentarse. Sin embargo, Rowan se quedó quieto en su sitio, al igual que Sloan, cuya presencia a su espalda llenaba demasiado el espacio.

—¿Me vas a llevar a las mazmorras?

—¿Quieres acabar ahí? —preguntó el laird a su vez.

Sorprendida, Gillian carraspeó y dudó un segundo. No estaba segura de si era una pregunta con trampa o la había formulado simplemente por curiosidad. Por ello, acabó negando con la cabeza.

—Entonces, no vamos a llevarte allí.

—¿No vas a hacerlo solo porque lo he pedido?

Rowan torció la cabeza ligeramente.

—Si quieres, puedo hacer lo que me apetezca y te bajo a las mazmorras…

—No.

—Entonces, ¿por qué te quejas?

—Porque no me fío de ti.

A su espalda, Sloan resopló.

—El sentimiento es mutuo, niña.

La joven lo miró por encima de su hombro.

—No soy una niña.

Sloan se limitó a mirarla de arriba abajo con aversión, provocando que la

joven pudiera apreciar el verdadero odio que el guerrero sentía por los de su clan.

—Es lo que aparentas.

—Pues tengo veintiún años…

Sloan arqueó una ceja.

—Lo que decía… una niña.

La joven resopló y volvió a darle la espalda. En ese despacho, a pesar de ser amplio, la tensión comenzó a palparse rápidamente. Incluso el aire parecía faltar en cada recodo de la estancia, provocando que Gillian comenzara a respirar de forma más alterada. Volvió a medir fuerzas con el laird Chattan. La amabilidad entre ellos brillaba por su ausencia, pero ella decidió esperar a que fuera él quien dijera lo siguiente.

—Te vas a quedar en el castillo el tiempo que sea necesario hasta que descubramos quién nos está atacando.

—¿Y si no lo descubres nunca?

—Entonces, bienvenida al clan. Te quedarás aquí por siempre.

Gillian apretó los labios, formando una fina línea con ellos.

—Estoy prometida y me casaré en unos meses. Tengo que regresar a mi clan antes de que mi honor se vea manchado por estar entre vosotros.

—¿Los Comyn conocéis lo que es el honor? —preguntó Sloan a su espalda.

Pero Gillian lo ignoró por completo, pues, de haber contestado, se habría levantado una nueva guerra entre ellos y jamás saldría de ahí.

—Y mientras esté aquí, ¿qué haréis conmigo?

—Si estás sufriendo por tu honor, déjame decirte que no vamos a tocarte… —dijo Sloan en lugar de dejar hablar a Rowan.

Sin embargo, ella no lo creyó. La mirada que le dedicaba el laird Chattan en ese instante era tan penetrante e hipnótica que, durante un instante, creyó sentir cómo alguien invisible la acariciaba. Y eso no le gustó.

—Mientras estés aquí, serás tratada como una invitada normal y corriente. Podrás recorrer el castillo como desees, siempre y cuando no causes problemas ni a los sirvientes ni a los guerreros. Y si en algún momento te descubrimos investigando nuestros papeles…

—Los números de vuestro clan me importan bastante poco —lo cortó.

—…sí te llevaremos a las mazmorras —acabó Rowan.

Gillian frunció el ceño.

—¿Podré ir a cualquier lugar del castillo?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Serás tratada como una invitada.

—Pero soy una prisionera.

—Lo serás si rompes las pocas reglas que te estoy imponiendo.

—Entonces, ¿qué clase de secuestro es este?

Rowan arqueó una ceja.

—Si lo prefieres, puedo pedirles a los sirvientes que te lleven a las mazmorras. Parece que ese lugar te llama más la atención que una habitación limpia y cómoda…

—¡No! —exclamó la joven elevando la voz—. Quiero decir… No… Es solo que me sorprende que un Chattan me quiera tratar como una invitada.

—Le prometí a tu padre que iba a cuidarte. Además, no querrás que tu querido prometido piense que hemos abusado de ti…

La joven apretó los puños, gesto que no pasó desapercibido a Rowan, que bajó la mirada hacia ellos.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Tendré que ganarme el pan mientras esté aquí?

Rowan volvió a elevar la mirada hacia ella.

—Los invitados jamás han tenido que trabajar para poder comer en este castillo.

—Pero… no tiene sentido. Entonces, ¿qué hago aquí? Y no me digas que solo me has traído hasta comprobar lo de los ataques.

Rowan se encogió de hombros.

—Es que es cierto. No hay nada más que añadir. Podrás estar libremente por el castillo, pero si quieres salir de los muros del mismo, tendrás que obtener un permiso y, por supuesto, salir con alguien de nosotros.

—Así que puedes dar gracias de no tener una celda a tu nombre, niña.

Gillian apretó los puños y no respondió a su provocación, sino que mantuvo la mirada sobre Rowan.

—Supongo que tu mayor intención es que me marchite entre los muros de tu fortaleza.

—Si quisiera que te marchitaras, te habría clavado mi daga en el corazón antes de traerte aquí.

La joven le sostuvo la mirada y acabó suspirando, derrotada, pues en ese instante no sabía qué responder. No obstante, acabó preguntando.

—¿Y mi alforja?

—La habrán llevado ya a tu dormitorio. ¿Tienes ropa?

Gillian intentó no sonrojarse, pero no pudo evitarlo.

—No pensaba que tendría que quedarme a vivir aquí y, por desgracia, me he dejado los baúles en mi casa.

Rowan intentó no sonreír ante ese desafío e ironía en sus palabras.

—Cora te prestará algunos de los suyos. De todas formas, siempre viste con pantalón.

Gillian frunció el ceño.

—¿Quién es Cora?

No supo por qué sintió eso, pero al nombrar a esa joven, sintió una opresión extraña en el pecho.

—Nuestra hermana.

La joven asintió ligeramente y dio un paso atrás. Se sentía tan mareada por los acontecimientos que solo deseaba quedarse sola y dormir; dormir hasta que todo eso acabara y pudiera regresar a su casa. De momento, había perdido la batalla, pero no la guerra entre ellos. Tal vez tendría que quedarse allí durante el tiempo que el guerrero considerara necesario, pero iba a hacer todo lo posible para que no derribaran su orgullo y dignidad. Ya le había dicho que no iba a suplicar, pero lo que sí iba a hacer era escapar de allí como fuera.

CAPÍTULO 5

Cuando se quedaron solos, Sloan miró con una ceja arqueada a Rowan. Este intentó disimular y fingir que no era consciente de su mirada, pero sabía que no podría hacerlo por mucho tiempo. Por ello, intentó ganar tiempo al dirigirse hacia la ventana y mirar a través de ella, pero acabó suspirando y girando la cabeza hacia su hermano.

—¿Qué pasa?

Sloan dejó escapar un suspiro profundo y cruzó las manos por delante de él al tiempo que se dejaba caer sobre una silla cercana.

—Esperaba que me lo dijeras tú…

—No tengo nada que decir…

—Que eso se lo digas a un niño que aún se chupa el dedo podría entenderlo. Pero que me lo digas a mí…

Rowan carraspeó, incómodo. Casi había esperado que la oscuridad de su alrededor lo engullera antes que tener que dar explicaciones a su hermano.

—¿Qué quieres saber?

—Básicamente, lo mismo que la muchacha. Ella no entiende qué hace aquí, y yo tampoco.

Rowan se apartó de la puerta y se acercó a Sloan. Se dejó caer de nuevo contra la mesa y se cruzó de brazos al tiempo que inspiraba con fuerza y soltaba el aire lentamente.

—Fue una idea de Alasdair.

—No estoy preguntando de quién fue la idea… —dijo Sloan clavando su mirada en él—. ¿No me lo quieres contar?

Rowan resopló.

—No es eso, maldita sea. Alasdair pensó que podríamos jugar sucio al traerla aquí, igual que aquellos que nos están atacando. Elijah se preocupa mucho por su hija. Si son ellos quienes son atacan, dejarán de hacerlo. Si los ataques y robos siguen, entonces hay alguien haciéndose pasar por los Comyn para volver a alterar la paz entre los clanes.

—¿De verdad crees que, si son los Comyn, dejarán de atacar solo porque su hija esté en secuestrada?

—Sí. Se notaba a leguas lo que siente Elijah por su hija. No se arriesgará a que la matemos.

Sloan lo meditó unos segundos, pero igualmente no lograba atisbar toda la verdad.

—¿Y por qué no la metemos en una mazmorra? No entiendo que prefieras que tenga libertad por nuestro castillo. Podría usar cualquier información en nuestra contra.

—Estará vigilada, pero no quiero que Elijah piense que hemos maltratado a su hija mientras estaba en nuestro poder.

—¿Desde cuándo nos importa lo que piensen los Comyn? Nuestro objetivo es matarlos por lo que le hicieron a padre.

Rowan tragó saliva y carraspeó de nuevo.

—No me importa lo que ellos piensen de nosotros, pero no deseo una guerra ahora. Si hay alguien que nos quiere llevar a la guerra, quiero saber quién es.

Sloan respiró hondo y arqueó ambas cejas.

—Tú eres el laird y eres tú quien sabe lo que debe hacer. Yo sigo pensando que esa niña es un estorbo para nosotros.

Rowan apretó los puños inconscientemente.

—No es una niña…

Sloan dejó escapar una risa oscura.

—¿Lo dices en serio? ¿Tú también vas a venir con eso?

Rowan apretó los brazos contra sí, como si pudiera protegerse con ese simple gesto.

—Está prometida.

Sloan esbozó media sonrisa.

—Sí, seguramente, con otro niño como ella.

Rowan rechinó los dientes inconscientemente.

—De todas formas, eso debería importarnos poco. Lo que sí debe preocuparnos es averiguar todo lo que podamos sobre los ataques y estar pendientes por si hay algunos nuevos.

Sloan asintió.

—Estaremos atentos. No me ha gustado la reunión de hoy. Estaba todo demasiado tenso, como si cualquiera estuviera a punto de desenvainar su espada.

Rowan asintió.

—Sí, no me fío de nadie, pero tampoco lo he hecho nunca, así que no es muy extraño este sentimiento.

Sloan se levantó de la silla.

—Entonces, ¿qué hacemos con esa muchacha? ¿La vigilo yo o pondrás a Alasdair?

Rowan negó con la cabeza.

—No, yo lo haré.

Sloan arqueó una ceja.

—¿La vas a vigilar tú? Eso no forma parte de tus quehaceres…

Rowan apretó la mandíbula.

—Ella sí.

Su hermano lo miró en silencio largamente, hasta que frunció el ceño.

—Es muy hermosa…

Rowan enarcó ambas cejas.

—¿Y?

—Que espero que no lo hagas por eso…

—Desde que murieron Elisabeth y John, no deseo a ninguna otra mujer en mi vida… Y menos una Comyn.

—Tu esposa y tu hijo murieron hace tiempo y no has vuelto a estar con nadie. Es normal que te fijes…

—¡No me he fijado en nada! —exclamó con fiereza—. Y ahora déjame solo. Tengo cosas que hacer antes de acostarme.

Sloan asintió y se dirigió a la puerta, pero antes le dijo:

—He escuchado a algunos guerreros hablar de esa muchacha. Si quieres protegerla, que sea también de ellos, pues no guardan buenas intenciones…

Rowan asintió y se dirigió de nuevo hacia la ventana, dando por terminada la conversación.

Instantes después, se quedó completamente solo. Y solo en ese momento se permitió relajar el peso de sus hombros. Se dejó caer contra la jamba de la ventana y se llevó las manos al rostro. Se masajeó las sienes y miró su reflejo en el cristal de la ventana. No se reconocía. Hacía tanto tiempo que había sentido solo sombras a su alrededor que ya no recordaba lo que era vivir sin preocupaciones, sin guerra, sin peso sobre su espalda, sin necesidad de mostrar fortaleza… Su niñez había durado poco, pues su entrenamiento para futuro laird del clan llegó demasiado pronto a su vida. Y había tenido que cambiar todo eso para llenarse de capas negras, hasta cubrirse de oscuridad. Apenas dormía desde hacía años. Su vida se había convertido en un control absoluto de todo a su alrededor, pero ahora… ahora debía añadir una nueva obsesión.

Rowan dejó de mirar su reflejo en la ventana y se miró las manos. Con ellas había matado a mucha gente y había sembrado el caos. Eso era algo que no le importaba hacer. Mil veces preferiría ver arder el mundo antes que perder nuevamente a alguien de su vida. Pero jamás había sentido el temblor bajo sus pies ni ese golpe en la armadura que cubría la energía de su cuerpo.

Cuando vio entrar a la joven Comyn en su castillo y fijó su mirada en aquellos ojos marrones, había sentido como si mil guerreros se lanzaran contra él y golpearan su pecho. Había parecido que el suelo comenzaba a temblar y que sus propias murallas se resquebrajaban, y eso no le había gustado absolutamente nada, pues Gillian Comyn lo había conseguido con una simple mirada.

Durante la maldita reunión había sentido la imperiosa necesidad de mirarla, de estar atento a todos sus movimientos, pues apenas podía leer nada en aquellos ojos, tan solo el odio. Y que no pudiera ver más allá lo había obsesionado, aunque no solo durante la reunión con los clanes, sino las horas siguientes. Había deseado volver a mirarla a los ojos, acercarse a ella, hacer lo que fuera para bajar sus defensas, pues era una enemiga poderosa a la que le sería complicado vencer. Por ello, cuando Alasdair le sugirió aquella idea, no tardó ni un solo segundo en aceptarla. Iba a llevarla al castillo, ya que solo en su poder sería capaz de ver más allá, de derribar sus barreras y de observarla. Aquella obsesión que había comenzado con una simple mirada lo había envuelto en un sentimiento extraño de posesión. Y lo peor de todo era que, al mismo tiempo, la aborrecía por ser quien era.

Rowan volvió a pasar las manos por su rostro, incapaz de pensar con claridad. Esa muchacha se había robado su atención, pero ahora era suya. Estaba en sus manos y haría lo que fuera para destruirla, antes de que esa obsesión lo destruyera a él.

Gillian se encontraba en el dormitorio que le habían cedido para su estancia en el castillo. Hacía varios minutos que la sirvienta la había dejado allí sola para que se adecentara y pudiera descansar. Incluso le habían llevado una bandeja con comida para que no tuviera que bajar a cenar al salón. Al menos ese día. También le habían llevado vestidos de la hermana del laird y le habían preparado una bañera con agua caliente para que pudiera asearse después de todo el día cabalgando.

Y a pesar de todas las comodidades de las que disponía en ese momento, Gillian no podía evitar seguir sintiéndose prisionera. Desde que había entrado en el dormitorio, se había mantenido quieta junto a la puerta, apoyada en ella, y con la mirada perdida. No se sentía con ánimo suficiente para moverse por la estancia y buscar alguna salida. Al menos no en ese momento. No podía creer que su vida iba a cambiar tanto cuando resolvió ser ella quien acompañara a su padre a la reunión entre los clanes. Se había decidido a ser ella debido a que la extraña enfermedad de su padre iba en aumento y quería estar junto a él para prepararle las hierbas. Pero que los Chattan la hubieran llevado a la fuerza a su castillo era algo que jamás habría podido imaginar.

Gillian se obligó a pasar la mirada por el dormitorio. Dejó su postura junto a la puerta para moverse brevemente mientras sus ojos recorrían todo el espacio que había a su alrededor. Le sorprendió la amplitud del dormitorio. Una inmensa cama con dosel reposaba en el centro de la misma. A un lado, una pequeña ventana le mostraba la oscuridad de la noche. Al lado de esta, un gran tocador con espejo le devolvía el reflejo de su imagen, triste y desolado.

Gillian apartó enseguida la mirada para dirigirla hacia la enorme chimenea encendida que había justo detrás de la bañera que le habían preparado. Un par de sillones se habían quedado apartados a un lado mientras que un baúl a los pies de la cama la incitaba a mirar dentro los vestidos que le habían prestado.

La joven hizo un guiño cuando vio el gran escudo con el emblema de los

Chattan que reposaba sobre la chimenea y no pudo evitar suspirar al tiempo que se preguntaba por qué la habrían llevado allí y no a una mazmorra si creían que su clan era quien los atacaba.

Con una mirada rápida, Gillian oteó las paredes en busca de un lugar por el que poder escapar, pero no vio ningún posible escape a través de pasadizos. La joven dejó escapar un iracundo resoplo.

—Malditos sean todos los Chattan —murmuró.

Su inseguridad en ese lugar la obligó a mirar detrás de los telares de las paredes en busca de algún agujero por el que pudieran observarla. Sabía que en su castillo había algunos huecos por los que poder meterse y ver lo que sucedía en una estancia a través de un pequeño agujero. Por ello, no se fio de los Chattan. Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula al comprobar que no había ni un solo hueco por el que poder vigilarla. Y cuando se sintió segura para poder bañarse, comenzó a desvestirse.

Se sentía realmente sucia después de haber estado en el camino durante gran parte del día. Su ropa estaba mojada y sucia y su cuerpo estaba tan tenso que necesitaba relajarse al menos durante unos minutos antes de poder continuar con su particular guerra contra los Chattan.

Dejó la ropa sucia a un lado y se metió en la bañera. En cuanto sus pies tocaron el calor del agua, Gillian dejó escapar un suspiro de satisfacción, por lo que metió el cuerpo por completo. Un gemido de placer salió de su garganta y comenzó a lavarse para quitarse la mugre del camino. Lavó su cabello y todo su cuerpo mientras dejaba que el resto del agua relajara sus músculos.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando por fin se decidió a salir de la bañera, pero el agua estaba a punto de quedarse fría por completo. Se secó con la toalla que le habían dejado a un lado y, con ella puesta, caminó hacia la bandeja de comida. Durante unos segundos, se preguntó si esa comida estaría envenenada, pero después de olerla y observarla durante unos segundos, llegó a la conclusión de que estaba sana.

Mientras su pelo se secaba libremente, disfrutó de la fruta y verdura que le habían llevado, hasta dejar la bandeja completamente vacía.

Con un suspiro y bajo la luz de las velas que había a ambos lados del dormitorio, se aproximó a la ventana. Desde allí no podía ver absolutamente nada, pero estaba segura de que allí fuera había tantos guerreros Chattan

que no podría escapar del castillo con facilidad.

Se apartó de la ventana y se acercó de nuevo a la chimenea. Dejó que su cabello se secara completamente y comenzó a vestirse. Se puso el camisón que le habían llevado y no pudo evitar torcer el gesto. Era la primera vez en su vida que se vestía con ropa prestada y, aunque estaba limpia, no podía evitar sentir que esas prendas no le pertenecían, pues le recordaban dónde se encontraba. No obstante, era lo único a lo que podía aspirar en ese momento, por lo que se lo puso sin pensar y acabó sentándose en el borde de la cama.

A un lado de esta, se dio cuenta de que estaba su alforja. Hasta ese momento, no había sido consciente de su presencia en el dormitorio, por lo que la tomó entre sus manos y miró en su interior. No faltaba absolutamente nada. Había una poca comida, pero lo que más había era su pequeño tesoro.

Una sonrisa cruzó por sus labios y dejó caer todos los botes a la cama. Desde que había aprendido a curar con hierbas, había ido acumulando infinidad de plantas en varios botes. Y todos ellos los llevaba siempre consigo, pues en cada viaje encontraba a alguien que necesitaba una infusión o ungüento. Su sonrisa se entristeció al ver las hierbas que usaba con su padre y se enrabietó aún más al volver a pensar en lo sucedido ese día.

Guardó todos los botes en la misma alforja y lo introdujo en el baúl que había a los pies de la cama. Cuando se metió en esta para intentar descansar, Gillian se cubrió por completo y suspiró. Echaría de menos su propia cama y a su familia.

Sin poder evitarlo, su mente voló hacia su prometido. Hacía tan solo un par de semanas que había aceptado la propuesta de Reginald. Este era uno de los guerreros del clan. Siempre había demostrado su fuerza y su protección hacia ella, pero también su amor por la joven. La había tratado con respeto y siempre intentaba hacerla sentir bien. En el momento en el que pidió su mano en matrimonio, Gillian lloró de alegría, pues lo adoraba con toda su alma. Estaba segura de que a su lado podría vivir una vida muy parecida a la que llevaba hasta entonces, así que no dudó en aceptar casarse con él. Pero después de haber sido secuestrada por el clan contrario, no estaba segura de que Reginald quisiera seguir casándose con ella, pues su honor se iba a ver afectado por ello.

Gillian sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas ante la posibilidad de

que su vida también cambiara a su regreso al castillo. Odió una vez más a los Chattan por todo el daño que le habían hecho a su familia y seguramente seguirían haciendo. Deseó poder arrasar con todos ellos y así regresar a su clan.

Pensó en su hermano Ryan, asesinado a manos de Rowan. Ese hombre que la había llevado hasta allí era el responsable del dolor ocasionado a su familia. Juró mentalmente que, mientras estuviera en ese castillo recluida, haría lo posible para vengarse de su muerte, aunque ella misma acabara muerta en el camino. Si pensaban que habían llevado allí a una mujer tímida, asustada y quebradiza, les demostraría que los Comyn estaban hechos de otro material y que, si lo deseaban, podrían llegar a ser los peores enemigos que podrían echarse a la cara.

La mañana del día siguiente llegó demasiado lenta para Rowan. Apenas había podido dormir a lo largo de la noche, pues su mente, para su propio tormento, había estado en un dormitorio dos puertas más adelante que el suyo. Pensar en que la hija de su enemigo estaba encerrada en su castillo no lo alentaba demasiado, pero si pensaba en lo que la joven le había hecho sentir a lo largo del día anterior, no podía sacarla de su cabeza.

El reto en su mirada lo acompañó a lo largo de toda la noche, provocando que no pudiera cerrar los ojos para descansar. Por primera vez en su vida, se había obsesionado con algo que salía de su esquema mental. Su padre siempre le había enseñado a guerrear, a luchar por su clan, a hacer las cuentas, a llevar todo con mano dura y firme. Pero no había nada en el mundo que lo hubiera preparado para aquel golpe en lo más profundo de sus entrañas.

Jamás una mujer había logrado golpearlo mentalmente como Gillian Comyn, ni siquiera su esposa cuando la conoció, pues lo habían obligado a casarse con ella. Incluso en la muerte de esta, junto a su bebé, no había logrado sentir ese sentimiento tan profundo que había despertado en él cuando los ojos marrones de la joven lo habían atravesado con toda la furia que lograron reunir.

La imagen de Gillian Comyn danzó en su mente durante toda la noche. Incluso llegó a reprimir el deseo de cruzar el pasillo y entrar en su dormitorio para preguntarle qué clase de embrujo había lanzado sobre él mientras lo miraba tan fijamente. Pero no iba a mostrar esa maldita

debilidad que parecía haber surgido en su cuerpo al conocerla. Al contrario, tenía que acabar con ella antes de que emponzoñase todo su cuerpo.

Reduciría su orgullo a cenizas. Haría lo que fuera para que esos ojos no volvieran a mirarlo como esa primera vez. Pues, si no lo conseguía, podría acabar en una maldita guerra en su propio clan.

Rowan se vistió lentamente cuando por fin la primera luz del alba atravesó el cielo. Se calzó las botas y colgó la espada en su cadera. No lo tenía claro, pero estaba seguro de que volvería a cruzarse con la joven en ese día, por lo que se mentalizó de que podría ser así, y, durante un instante, dudó sobre si realmente debía haberla metido en una mazmorra para no tener que verse con ella en los pasillos del castillo.

Sin embargo, la decisión ya estaba tomada, por lo que salió de su dormitorio rumbo al piso inferior para hablar con algunos de sus hombres y preguntar si sabían algo más de los ataques de los últimos días. Cuando llegó al extremo del pasillo, Rowan no pudo evitar girar la cabeza en dirección al otro lado del mismo, posando su mirada justo en la puerta donde dormía la joven que le había quitado el sueño y a la que odiaba con todas sus fuerzas. Una pequeña parte de él deseó ir hasta allí y abrir la puerta de golpe para obligarla a ganarse el pan, tal y como ella misma preguntó. Sin embargo, no estaba seguro de querer verla en ese instante, por lo que la dejó dormir un poco más.

Resoplando, iracundo, Rowan bajó las escaleras y se obligó a centrarse en sus quehaceres diarios.

—La oscuridad que muestras debajo de tus ojos me indica que no has dormido bien.

Rowan paró sus pies en medio del pasillo y giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía la voz de su amigo.

Alasdair acababa de llegar desde el extremo de otro pasillo y se acercaba a él lentamente.

—Ni bien ni mal. Simplemente, no he dormido…

Su amigo enarcó una ceja.

—Supongo que tener a la hija de un enemigo bajo tu techo no es fácil.

El guerrero se encogió de hombros, intentando disimular.

—La verdad es que preferiría no tenerla, pero he de reconocer que tuviste

una muy buena idea al pensar en traerla aquí. Con la joven en el castillo nos aseguramos de que los Comyn no nos ataquen más.

—Te veo muy seguro…

—No lo harán. Tú mismo viste los ojos de Elijah cuando lo obligamos a aceptar el acuerdo. La ama, y no hará nada en su contra, así que, si nos siguen atacando, tendremos que observar bien todo…

Alasdair asintió.

—¿Quieres que la siga?

Rowan negó con la cabeza.

—No. No quiero que ninguno de vosotros pierda el tiempo en algo así. He pensado que podemos dejarle un espacio para que se confíe y comprobar si intenta atacarnos desde dentro.

—¿Y si intenta escapar?

—La vigilaré, Alasdair.

Su amigo se sorprendió.

—¿Tú?

—¿Por qué te sorprendes?

—Porque eres el laird. Esas no son tus funciones, Rowan.

El aludido tragó saliva.

—Es mi cautiva y soy yo quien debe asegurarse de la seguridad del clan y de la suya propia.

Alasdair dudó un instante y acabó asintiendo.

—Como desees. Eres tú quien da las órdenes, amigo. De todas formas, si necesitas nuestra ayuda, sabes que la tendrás.

Rowan asintió y le dio una palmada en la espalda antes de girarse hacia el despacho.

—¿No vienes a entrenar? —preguntó Alasdair.

—Ahora mismo no. Lo haré más tarde con el resto cuando haya cambio de guardia.

Alasdair hizo un gesto con la cabeza para despedirse mientras Rowan lo observó marcharse con los labios apretados y los puños recogidos contra su cuerpo. Estaba tenso, y el hecho de que su amigo se hubiera extrañado por

su comportamiento no ayudaba en absoluto. Y fue en ese instante cuando se preguntó por primera vez si había hecho bien con llevar allí a su enemiga. Su propia mente le respondió, y dijo rotundamente que no.

CAPÍTULO 6

Esa mañana, Cora se había levantado con el ánimo por las nubes. Tenía tanta energía que no había podido evitar colgarse la espada a la cadera y bajar directamente al patio a entrenar. A pesar de que siempre solía recogerse el cabello en una trenza cuando entrenaba, ese día lo dejó completamente suelto y ondeó con fuerza cuando había salido por la puerta del castillo.

Apenas estaba saliendo el sol por el horizonte cuando sus pies tocaron la tierra y esbozó una sonrisa a uno de los guerreros más cercano a ella y con el que, desde pequeña, había mantenido una relación amistosa y cordial.

—Hoy has madrugado mucho, Cora.

La joven se acercó a él y su sonrisa se ensanchó aún más.

—No suelo quedarme hasta muy tarde en la cama, Nic. No me gusta estar mano sobre mano.

—Tu padre te enseñó mucha disciplina. Tal vez demasiada para ser una mujer del clan.

Cora le propinó un manotazo en el pecho.

—Ey, sabes que puedo luchar como cualquier hombre… así que no digas eso.

Nic le guiñó un ojo con burla.

—Sabes que lo hago porque me encanta enfadarte…

—Pues si vuelves a hacerlo, sufrirás las consecuencias por insultar gravemente a la hermana del laird, Nicolas.

—Qué mejor que entrenar con un enfado de mil demonios en el cuerpo… Siempre das lo mejor de ti —dijo el guerrero con una carcajada.

Cora le siguió la broma y sonrió nuevamente, imitando su gesto y desenvainando la espada, preparada para luchar. Y antes de que el cielo pudiera iluminarse con más fuerza, las espadas de ambos se cruzaron con un fuerte sonido, mientras los demás guerreros disponibles también entrenaban justos.

Al cabo de unos minutos, Cora dio un paso atrás para alejarse de Nic y tomar un respiro.

—Venga, Cora, no me digas que te estás cansando.

—¿Cansada yo? Primero tendría que morir y renacer en una familia diferente. Jamás me cansaría de luchar. Y menos contra ti.

Nic se carcajeó y se lanzó contra ella, logrando derribarla y tirarla al suelo. El guerrero cayó sobre ella y, juntos, se revolcaron sobre el rocío de la mañana, hasta que una sombra se cernió sobre ellos.

Rápidamente, ambos levantaron la mirada y la sonrisa de Cora se desvaneció al instante. Sin embargo, la de Nic continuó en sus labios al tiempo que se levantaba y le tendía una mano para ayudarla a levantarse. Frente a ellos, el rostro contenido de Alasdair los observaba como si hubieran perdido completamente el juicio. Sus ojos descendieron por la ropa manchada de Cora y, rápidamente, cambió para mirar a Nic.

—¿No tienes nada mejor que hacer que revolcarte por el barro con la hermana del laird, Nicolas?

La voz rasgada y masculina de Alasdair rompió el silencio que se había instalado en el patio, pues todos a su alrededor dejaron el entrenamiento para observarlos, conscientes del peligro que siempre representaba Alasdair cuando se trataba de Cora.

—Estábamos entrenando —fue la respuesta seca de Nic.

—Nunca he escuchado un entrenamiento entre risas. De hecho, ha sido más bien entre gemidos de dolor por heridas abiertas…

—No pasa nada porque a veces sonrías un poco, Alasdair —intervino Cora con voz ligeramente iracunda.

El amigo de su hermano dirigió la mirada hacia ella, pero la joven miró a Nic.

—Déjanos solos.

—¿Segura?

—Por supuesto…

Cuando Nic se alejó y se aproximó a los demás guerreros, Cora miró de forma penetrante a Alasdair.

—¿Por qué no te metes simplemente en tu mierda de vida y me dejas vivir la mía? Ya sé que me odias, así que aléjate.

La mirada de Alasdair pareció volverse aún más oscura.

—¿Y si no quiero?

—Si no quieres, aguanta lo que ves porque no eres dueño de mi vida. Ni siquiera lo eres de nada alrededor. Tan solo eres amigo de mi hermano y él te permite vivir aquí desde hace tal vez demasiado tiempo. No te soporto, Alasdair, y tú a mí tampoco, así que vamos a intentar vivir alejados el uno del otro porque no pienso dejar que vuelvas a meterte en mi vida.

—Entonces, compórtate y no vuelvas a revolcarte con los guerreros.

Cora dio un paso hacia él, quedándose a escasos centímetros de su rostro, ya que la altura de ambos era prácticamente la misma.

—Haré lo que me dé la gana, Alasdair Mackay. No mandas sobre mí. Y si lo que deseo es revolcarme, como dices, con ellos, así haré. Y si lo que me apetece es encamarme con uno de ellos, también lo haré.

Cora no fue consciente de que los puños del guerrero se apretaron hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Yo no me meto en tu vida, así que no hagas lo mismo —le espetó la joven.

—Eres la hermana del laird. Al menos, compórtate como tal.

La joven frunció el ceño y resopló, pero no se apartó.

—Mi comportamiento es ejemplar con todo el mundo en el clan. Nadie puede ponerlo en duda, ni tampoco mi honor. Aunque, bueno, realmente no soy del todo amable con todo el mundo. Contigo me niego a serlo.

—Ya somos dos —murmuró él.

—Muy bien, entonces. Ahora lárgate y déjame entrenar como quiera.

—Eso no era un entrenamiento —siguió pinchándola.

Cora arrugó el rostro y dio un paso atrás mostrándole la empuñadura de su espada.

—Tal vez el gran Alasdair Mackay quiere mostrarme cómo se entrena de verdad.

El guerrero desenvainó su espada. Y cuando Cora pensaba que iba a lanzarse sobre ella, el guerrero la rodeó para seguir su camino.

—Yo no lucho con niñas pequeñas.

Cora apretó el puño alrededor de la empuñadura de la espada.

—Eres solo siete años mayor que yo —le espetó la joven—. No nos separan tantos años.

—Los suficientes para haber visto morir a hombres fuertes.

—Eres un cobarde, Mackay, por no querer luchar conmigo.

Los pies de Alasdair se detuvieron al instante y se giró hacia ella lentamente. Vio cómo el pelo rojo de la joven ondeaba con el viento, provocando que su figura pareciera la de una fiera guerrera a punto de lanzarse sobre su enemigo. La joven tenía el rostro manchado de barro, al igual que su ropa, y a pesar de que jamás había soportado que alguien lo llamara cobarde, se mantuvo quieto.

—No voy a luchar contigo, Cora.

La joven rechinó los dientes al ver que el guerrero se giraba de nuevo y le daba la espalda y, en ese instante, lanzó un rugido y se lanzó contra él, pero no con la espada en alto, sino con sus propios puños. Lo había odiado desde el primer día en que lo vio y jamás había soportado su presencia, pero que en ese momento la tratara como una niña delante de todo el mundo hizo que su rabia aumentara más que nunca contra él.

De un solo salto, la joven se subió a la espalda de Alasdair. Este gruñó fuertemente y se movió deprisa para intentar quitársela de encima, pero Cora se aferró fuertemente a la ropa del guerrero para evitar caer.

—Maldita sea… —lo escuchó refunfuñar.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de la joven, sobre todo, al ver que los demás guerreros se reían al ver a Alasdair en esa situación. Pero rápidamente, tuvo que centrarse en darle su merecido, no en los demás.

Alasdair levantó una mano para agarrarla de la ropa. Enseguida, se dobló sobre sí mismo y logró lanzarla por encima de su hombro, haciéndola caer estrepitosamente contra el suelo. Sin embargo, Cora fue muy rápida y logró ponerse en pie de un salto.

—Estoy harto de ti —gruñó el guerrero mirándola a los ojos.

Y en lugar de responderle, Cora se lanzó de nuevo contra él, logrando asestarle un puñetazo en la mandíbula. Si él estaba cansado de ella, la joven no sentía otra cosa diferente. Siempre había logrado sacarla de sus casillas, pero su guerra no había pasado de ser verbal. No obstante, ese día no había

podido contenerse por más tiempo, especialmente teniendo en cuenta que era la primera batalla que libraba con él sin que sus hermanos o su madre estuvieran cerca para mediar entre ellos. Quería demostrarle que ella no era la niña que había conocido, que había crecido y que era tan buena guerrera como cualquier otro hombre del clan. Quería que la mirara como lo que era: una mujer, y que dejara de tratarla como hacía años… Ella podía defenderse sola, sin necesidad de que nadie se metiera en medio para protegerla.

—Si quieres un entrenamiento de verdad —masculló Alasdair mirándola con rabia—, lo tendrás…

Antes de que la joven pudiera responder, el propio guerrero hizo algo que dejó sin aliento a los demás guerreros que estaban mirando: le devolvió al golpe. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente al sentir el dolor en su piel, pero rápidamente se recuperó y lo golpeó nuevamente.

Los demás guerreros se miraron entre ellos, preguntándose si tal vez deberían intervenir, pero el propio Nic negó con la cabeza, conocedor de la guerra entre los que estaban peleando.

En un momento dado, Cora se agachó ligeramente y desestabilizó a Alasdair, tirándolo al suelo. La joven cayó sobre él y se dispuso a golpearlo de nuevo, pero las manos de él se cernieron sobre su cintura y la tiraron hacia un lado. Con un movimiento rápido, Alasdair se puso sobre ella, desenvainó una daga y la puso en el cuello de Cora, que respiraba con cierta dificultad.

Los rostros de ambos se quedaron a solo unos centímetros el uno del otro, pero no se movieron mientras se sostenían la mirada.

—¿Nunca te han dicho que es muy deshonroso atacar por la espalda? —gruñó Alasdair.

La joven rechinó los dientes e intentó soltarse, sin éxito.

—Es aún más deshonroso tratar así a la hermana del laird.

—Tú has atacado primero.

—No me refiero a eso, sino al odio que siempre lanzas sobre mí desde aquel día —le dijo sin entrar en detalles.

Alasdair la miró largamente, conocedor del momento al que se refería la joven.

—Y es una pena comprobar que sigues siendo aquella niña… —le espetó

mirándola a los ojos.

En la mirada de Cora se reflejó lo que sintió en ese momento, pero Alasdair fingió no ser consciente de ello.

—Te odio, Alasdair Mackay.

—Yo también, Cora Chattan —respondió antes de que una voz irrumpiera en el patio.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?

El rostro de ambos se quedó perplejo y petrificado. Rápidamente, Alasdair se apartó de Cora, que se puso en pie de un salto. Los dos miraron hacia la entrada del castillo y carraspearon, incómodos.

Frente a ellos se encontraba Rowan y Sloan, que los observaban realmente sorprendidos por el estado en el que ambos se encontraban.

—Venid a mi despacho.

—Tengo que cambiarme —comenzó quejándose Cora.

—¡Ahora! —vociferó Rowan, que se giró, seguido de Sloan.

Antes de iniciar la marcha, Cora y Alasdair se dirigieron una mirada cargada de odio.

—Si logras que me expulsen del castillo —susurró Alasdair—, tendré que terminar lo que hemos empezado.

—Vete a la mierda, Mackay… —le espetó la joven antes de poner un pie en el interior del castillo.

En silencio, siguieron a Rowan y Sloan y cuando estuvieron en el interior del despacho, el propio Rowan cerró la puerta dando un sonoro portazo.

Sloan se quedó tras ellos, mientras que el hermano mayor de la joven y laird de ambos se puso delante de Cora y Alasdair y los observó con el rostro contraído por la rabia y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Se puede saber por qué os habéis golpeado entre vosotros como si fuerais enemigos?

—Es que lo somos, Rowan —respondió la joven intentando no mirar a Alasdair.

—Sí, ya sé que os odiáis desde que os conocéis, pero nunca habíais llegado a las manos. Por Dios, eres la hermana del laird y tú eres uno de mis hombres de confianza. ¿Cómo demonios voy a ganar la guerra contra los

clanes si tengo otra dentro de mi propio castillo?

—Ha empezado tu hermana, Rowan —dijo Alasdair lentamente.

Cora levantó la mirada hacia él como movida por un resorte y entornó los ojos.

—Me has llamado niña.

—Y tú me has atacado por la espalda —la acusó.

Tras ellos, Sloan arqueó una ceja, incrédulo, mientras que Rowan intentaba mantener la calma.

—Ya no soy una niña.

—Sigues comportándote como tal —le espetó el guerrero.

Cora apretó los puños.

—Mi comportamiento no es asunto tuyo.

—¿Y si lo fuera?

Cora se giró por completo hacia él para encararlo.

—Soy lo suficientemente mayor para hacer lo que quiera.

—¿Como revolcarte con Nicolas en el barro?

El propio Rowan enarcó ambas cejas, sorprendido.

—Solo estábamos luchando.

—Vaya manera de entrenar…

—¿Y a ti qué más te da? Ni que fueras mi prometido…

Alasdair abrió la boca para responder de forma mordaz, pero la voz de Rowan lo interrumpió.

—Creo que deberíais dejar el tema en este preciso momento. Creo que ya no me importa el motivo de vuestra pelea, pero sí hay algo que no pienso dejar pasar. Tú eres mi hermana, Cora, y tú mi mejor amigo. Espero que a partir de ahora vuestra relación mejore un poco o tendré que tomar medidas drásticas.

—Lo veo difícil… —murmuró Sloan.

—Pues deberán hacerlo… —recalcó Rowan—. No es esta la imagen que quiero de vosotros. ¿Os habéis mirado? Alasdair, tu mejilla está hinchada y tú, Cora, tienes el labio partido. Eso sin hablar de vuestra ropa manchada de barro. No sois enemigos, aunque os empeñéis en odiaros. Espero que esto

no vuelva a suceder o…

Rowan miró directamente a Alasdair.

—Vuestra vida cambiará por completo.

Alasdair asintió seriamente, pero Cora se mantuvo firme.

—¿Hermana?

La joven acabó resoplando y aceptó.

—Id a desayunar.

—Tengo que cambiarme.

—No. Iréis con esa ropa. Sois vosotros quienes os habéis expuesto al barro. Ahora tenéis que sufrir esas consecuencias.

—¿Y mi labio?

Rowan la miró con rabia.

—Ya lo curarás.

Cora escudriñó a Alasdair, pero se mantuvo en silencio mientras este la ignoraba y miraba a Rowan. Apretó los puños y lo atravesó con la mirada. A pesar de las órdenes de Rowan, jamás iba a dejar de odiarlo, y sabía que Alasdair estaba pensando lo mismo en ese preciso instante.

Gillian se encontraba durmiendo plácidamente cuando escuchó un fuerte sonido dentro de su propia habitación. La joven se despertó sobresaltada y se sentó en la cama como movida por un resorte. Con el sueño aún reflejado en sus ojos, Gillian miró a la figura que acababa de entrar en el dormitorio. Y durante un segundo, se asustó al no reconocerla. Había olvidado por completo lo que había sucedido el día anterior y pensaba que se encontraba en la habitación de su castillo. Pero no. Lo ocurrido en la jornada pasada había sido real, no un sueño, por lo que tan solo tardó unos segundos en darse cuenta de que se encontraba realmente en el castillo de su enemigo. Y aquella sirvienta que la observaba con cierto recelo era una enemiga más.

Gillian tragó saliva y apretó las sábanas contra su cuerpo, como si solo con ese gesto pudiera protegerse de su mirada o sus palabras. La joven sirvienta comenzó a recoger la habitación, ignorando a la joven, que carraspeó con incomodidad.

—Disculpa, ¿en este clan no os han enseñado a llamar a las puertas? —no

pudo evitar preguntar de forma mordaz.

La sirvienta enarcó una ceja y apenas le dirigió una mirada, sino que se limitó a señalar hacia la ventana del dormitorio.

—Hace un rato que es de día y los señores están a punto de desayunar en el salón.

Gillian frunció el ceño.

—¿Y? Yo no desayunaré con ellos. No soy de su familia.

Las manos de la sirvienta se quedaron completamente quietas. Se incorporó y la miró directamente a los ojos.

—Por lo que sabemos, usted es una invitada, así que se la espera en la mesa junto a los demás.

—¿El laird quiere que me ponga a su mesa?

—No ha ordenado lo contrario… ¿Os saco un vestido?

La sirvienta se dirigió hacia el baúl a los pies de la cama, pero Gillian negó con la cabeza y apartó las sábanas.

—No, no hace falta. Ya lo busco yo…

La sirvienta asintió con la cabeza y siguió recogiendo y limpiando la habitación. Sin embargo, Gillian no se sentía cómoda con ella en el dormitorio, especialmente después de que hubiera entrado sin llamar.

—Me gustaría vestirme sola.

—¿No preferís ayuda?

—Siempre me visto yo sola.

La sirvienta se dirigió a la puerta y se marchó. En ese momento, Gillian se permitió suspirar de alivio y relajar sus hombros. El hecho de haberse despertado tan repentinamente y asustada había provocado que se sintiera ligeramente mareada y de mal humor, y sabía que se había desquitado un poco con la sirvienta sin tener por qué. No obstante, la joven miró hacia la puerta y se dijo que debía hacer algo para evitar que entraran en el dormitorio cuando ellos quisieran y sin pedir permiso, pues cualquier podría entrar en él mientras ella dormía y podrían matarla. A pesar de que le habían reiterado que era una invitada, Gillian se sentía igualmente prisionera en tierras enemigas, por lo que no podía relajarse ante ese hecho.

Con pasos dudosos, se aproximó al baúl y se arrodilló junto a él. Miró el

interior del mismo y se sorprendió al ver la cantidad de vestidos que habían dejado en su interior. La noche anterior, cuando guardó la alforja, apenas había reparado en lo que había, pero ahora, con la luz del día, podía ver lo que había dentro y se dijo que no podía aceptar semejante despliegue de vestidos.

Agarró el que parecía ser más modesto y comenzó a vestirse. Cuando estuvo lista, se miró en el pequeño espejo del tocador y peinó su cabello lentamente. Se había enredado mucho durante la noche, pero cuando por fin terminó, se dijo que no iba a recoger su pelo en una trenza y lo dejaría suelto.

En ese instante, sus nervios aparecieron en el centro de su pecho y las manos comenzaron a temblarle. En cuestión de minutos, tendría que hacer acto de presencia ante toda la familia Chattan, sus enemigos. Y no era igual hacerlo en una reunión junto a su padre que hacerlo ella sola y ante el resto de la familia. Respiró hondo y se dijo a sí misma que cuanto antes lo hiciera, antes podría alejarse de ellos y hacer cualquier otra cosa en ese lugar.

A medida que bajaba las escaleras, pensó en lo difícil que sería vivir en el castillo hasta que pudiera regresar a su hogar. No sabía si serían solo unos días, semanas o incluso meses los que tendría que soportar la presencia de los Chattan en su vida, pero lo que sí conocía eran sus propios sentimientos, y estos gritaban para que intentara escapar antes de que pudieran hacerle daño.

En el momento en el que llegó a los pies de la escalera, se preguntó dónde demonios estaría el salón al que debía dirigirse, sin embargo, se guio por la intuición y el ruido de platos que había en uno de los pasillos. Con pasos lentos, se aproximó al salón y las voces del interior llegaron a sus oídos. Algunas de ellas no las conocía, pero rápidamente identificó a las que sí había escuchado durante la reunión y en el viaje de regreso a ese castillo, por lo que iba por buen camino.

Le temblaron nuevamente las manos cuando levantó una de ellas para abrir la puerta, que estaba ligeramente entornada. No obstante, se obligó a mostrarse serena y no asustada ante sus enemigos. Gillian elevó la cabeza y mostró orgullo en su mirada. Abrió la puerta y entró en el salón.

Apenas tuvo tiempo más que para fijarse en las mesas que había en todo ese amplio salón, pero solo una de ellas estaba ocupada por la familia del

laird, que presidía la mesa. Su nerviosismo provocó que su mirada se dirigiera directamente a Rowan y sus pies decidieron quedarse pegados al suelo junto a la puerta.

La escasa conversación del salón murió en las bocas de los que hablaban, mientras que los demás giraron la cabeza en su dirección, aumentando sus nervios.

Gillian carraspeó y se obligó a moverse hacia adelante.

—La sirvienta me ha dicho que me esperabais. Si preferís que me vaya…

La mirada de Rowan se oscureció en ese instante, pero no tuvo tiempo de responder, pues fue su propia madre quien se levantó de su asiento con media sonrisa dibujada en los labios y se aproximó a ella con amabilidad, aunque la propia Gillian no se fio de ese gesto y no pudo evitar que eso se reflejara en su rostro.

—Claro que te esperábamos, pero mis hijos estaban hambrientos y no han podido esperar a que llegaras. Yo soy Amelia, la madre de todos ellos, excepto de Alasdair. Supongo que los conoces a todos…

Los ojos de la joven se dirigieron hacia la mesa y estuvo a punto de asentir, pero cuando vio un pelo rojo como el fuego que apenas levantaba la mirada del plato, negó con la cabeza.

—A todos no. A la dueña de este vestido aún no la conozco…

Con gesto extraño, la aludida levantó la mirada de su plato e intentó sonreírle, pero su labio partido, aún sangrante, se lo impidió. Gillian lanzó una exclamación de sorpresa. ¿Acaso su familia se había cebado con ella por algún motivo? Sus ojos recorrieron la figura de la hermosa pelirroja y descubrió que su ropa estaba manchada de barro, al igual que sus botas y su rostro. Pero eso no acababa ahí, sino que el guerrero que había frente a ella mostraba el mismo aspecto y enfado en sus ojos.

—Me alegro de conocerte, Gillian Comyn —dijo intentando no mover demasiado la boca—. Yo soy Cora Chattan.

La joven asintió, incapaz de hablar debido a la sorpresa que le produjo ver su rostro manchado y sangriento.

—No hagas caso del aspecto de mi hija y Alasdair. Ha sido un malentendido entre ellos que no volverá a suceder.

Cora agachó la mirada de nuevo hacia su plato, aunque no sin antes

clavarle dagas invisibles al guerrero frente a ella. Por su parte, Gillian asintió, incómoda por tener que vivir ese momento familiar, por lo que siguió a Amelia hasta la mesa. Para su sorpresa, le indicaron que se sentara en el único lugar donde había una silla libre, presidiendo la mesa, justo frente a Rowan. Este clavaba su mirada en ella, y la joven no sabía cómo actuar en ese instante. Los demás siguieron desayunando, ajenos a las miradas de ambos. Desde el otro extremo de la mesa, y también presidiendo, Rowan apoyaba los codos y se inclinaba hacia adelante, como si quisiera acortar la distancia entre ellos para acabar con ella.

Gillian le devolvió la mirada e intentó hacerlo de la misma manera que él, penetrante y profundamente. Sin embargo, no lograba llegar a sentir lo mismo que el día anterior. En ese instante, se sentía ligeramente inquieta, pues tenía la impresión de que la oscuridad que rezumaba el guerrero era aún mayor que el día anterior. Casi podía oler el peligro que manaba de su cuerpo y llegaba a ella como un susurro o un velo que intentaba envolverla. Pero Gillian se recordó por qué estaba allí, así que elevó el mentón con orgullo y se lo mostró clavando igualmente sus ojos en él.

A pesar de la largura de la mesa y la distancia que los separaba, Gillian tuvo la impresión de que por los labios de Rowan cruzaba una sonrisa fugaz, aunque no podía asegurarlo. La joven vio cómo el guerrero aceptaba el reto que le planteaba y le confirmaba, de alguna manera, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que ese orgullo desapareciera. A pesar de haber pasado la noche, la guerra entre ellos no había llegado a su fin, y lo peor de todo era que prometía ir a más. Así que ella también aceptó el reto.

Ignorándolo por completo, Gillian alargó la mano para coger algo de comida, gesto que hizo levantar la mirada a Cora.

—Aún no te he dado las gracias por el vestido —susurró intentando que su conversación fuera lo más íntima posible—. Bueno… todos esos vestidos.

Cora sonrió y se encogió de hombros.

—Tengo muchos y nunca me los pongo. Voy más cómoda con un pantalón y una camisa.

Gillian intentó disimular, fingiendo que no era consciente de la mirada que Alasdair le dirigía a Cora, al tiempo que Rowan seguía penetrándola

con sus ojos.

—Tienes sangre en el labio.

Cora dejó escapar una risa que rápidamente cortó ante la mirada de reojo de Amelia.

—Tal y como ha dicho mi madre, ha sido un malentendido.

Gillian no pudo evitar girar la cabeza en dirección a Alasdair cuando el cuchillo de este raspó el plato.

—Deberías limpiar esa herida y, con un paño limpio mojado en caléndula, curarlo. Además, si a ese otro golpe de la mejilla le aplicas un ungüento de árnica, bajará la hinchazón rápidamente.

Todas las miradas de la sala se dirigieron de nuevo hacia ella, provocando que Gillian los observara con el corazón encogido. ¿Había dicho algo extraño que los había molestado? Solo le había dado unas indicaciones sobre cómo curarse para agradecerle el trato recibido al prestarle sus vestidos.

La propia Cora esbozó una sonrisa.

—¿Conoces el uso de las plantas?

Gillian asintió con incomodidad, intentando fingir que las miradas de todos no la ponían nerviosa.

—Sí, desde que era pequeña. La curandera del clan vio mi interés y me enseñó todo lo que sabía, así que desde entonces sé preparar ungüentos y tisanas capaces de aliviar dolores y curar heridas. Es algo que me gusta mucho.

—¿Y has logrado sanar a mucha gente? —preguntó Amelia—. Me parece realmente curioso que la hija de un laird sepa el arte de la curación.

—No quiero presumir, pero reconozco que sí. He podido curar a mucha gente: huesos rotos, torceduras, malas digestiones, enfermedades extrañas… Excepto a mi madre. A ella no pude curarla.

El rostro de Rowan se ensombreció y Gillian no pudo descifrarlo, por lo que intentó ignorarlo de nuevo.

—Lo siento. Perder a una madre en una edad tan temprana debe de ser muy duro.

Gillian estuvo a punto de asentir, pues sí había sido lo más duro que había

vivido, pero no quería darles demasiada información sobre sus sentimientos, ya que podrían usarlos en su contra. Por ello, se encogió de hombros e intentó sonreír.

—Supongo que ahora ella está en un lugar mejor. Allí no sufre…

Amelia le devolvió la sonrisa y asintió, volviendo a centrarse en su desayuno. La atención de todos volvió a sus platos, excepto la de Rowan, quien apenas volvió a dirigir su atención a la comida que había frente a él. Por ello, Gillian le sostuvo la mirada y preguntó:

—¿Cuándo podré regresar a mi hogar?

—Cuando compruebe si los ataques los envía tu padre…

Gillian rechinó los dientes.

—¿No será tu propia gente que finge los ataques para hacerte pagar por todo lo que haces?

—¿Y qué hago yo contra mi gente, según tú?

—Mostrarles esa cara rabiosa.

Arran y Kester silbaron al mismo tiempo y se dejaron caer contra el respaldo de sus propias sillas mientras centraban su atención en aquella nueva batalla, gesto que motivó a Gillian para continuar.

—Tal vez les haces creer que estás enfadados con ellos.

—A mi gente la cuido con respeto y dedicación —respondió Rowan rápidamente—. No pueden quejarse del trato.

—¿Entonces esa mirada avinagrada tan solo me la diriges a mí?

La propia Cora necesitó taparse la boca para disimular una sonrisa, mientras que Arran y Kester se carcajearon. Al lado de Rowan, Sloan le dirigió una mirada de advertencia a Gillian, pero esta no pudo callarse.

—A ti y a todos los que sois mis enemigos.

Gillian se encogió de hombros.

—Tal vez tendrá efecto sobre los demás, no sobre mí, así que puedes quitarla cuando quieras.

—¿A mi invitada le molesta mi cara avinagrada?

—A mí, pero también a cualquiera, laird Chattan.

La ironía en su voz no pasó desapercibida para nadie, incluso la propia

Amelia se obligó a mantenerse en un segundo plano.

—Es una pena que te moleste, Gillian Comyn, porque seguiré teniendo la misma cara mientras una de mis enemigas esté entre mis muros.

—Siempre puedes dejar que me vaya.

—Antes muerto —replicó el guerrero.

Gillian se sostuvo la mirada durante unos segundos que parecieron eternos. Y, en lugar de responder, le dedicó una sonrisa victoriosa. Se había enfrentado a él delante de su familia. Y que no le hubiera cortado el cuello para hacérselo pagar era todo un logro, por lo que siguió desayunando tranquilamente mientras las conversaciones a su alrededor volvían a retomarse.

Rowan siguió mirándola, incapaz de seguir comiendo nada. No estaba de humor después de haber pasado toda la noche pensando en ella. Y que ahora lo hubiera retado no solo con la mirada, sino también con palabras, provocaba que sintiera una imperiosa necesidad de doblegarla, de controlarla, de hacer todo lo posible para destruirla. Sin duda, de todos sus enemigos, aquella muchacha era la única que estaba a su altura, pues no le preocupaba decir las cosas como pensaba. Y, a pesar del odio que le hacía sentir desde que aparecía hasta que se apartaba de su vista, debía reconocer que aquella necesidad de controlarla y vigilarla estaba a punto de convertirse en la mayor de sus obsesiones.

CAPÍTULO 7

Cuando Elijah Comyn atravesó por fin la puerta de su castillo, lanzó un profundo suspiro. Desde que los Chattan le habían arrebatado a su hija, había sentido tanto peligro en el camino que incluso llegó a pensar que se había perdido por completo. Para ahora que se encontraba rodeado de sus hombres y de las murallas de su castillo podía descansar en paz.

Desmontó del caballo con cierta dificultad, pues necesitaba su tisana diaria para mejorar de su enfermedad, por lo que se dirigió directamente hacia el interior del castillo tras darle las riendas del caballo al mozo de cuadras. Sin embargo, una voz conocida lo llamó y no pudo evitar cerrar los ojos antes de girarse hacia él.

—Mi laird, ¿dónde se encuentra… Gillian?

Reginald, el prometido de su hija, lo miraba desde unos metros más alejado. Lo había visto llegar completamente solo desde lo alto de la muralla, y que no hubiera querido mirarlo cuando desmontó le hizo pensar en lo peor.

—Me temo que ha ocurrido algo que no esperaba…

—¿Ha muerto? —preguntó, horrorizado.

Elijah negó con la cabeza.

—No, pero ahora está muerta en vida. Está en manos de Rowan Chattan.

El ceño de Reginald se frunció tanto que apenas pudo ver dónde empezaba cada ceja.

—¿La ha secuestrado?

—Ven conmigo y hablemos. Te lo explicaré al mismo tiempo que a Caleb. Mi hijo y tú debéis saber qué está pasando.

Reginald asintió y entró tras él. Rápidamente, buscaron al único hijo que le quedaba al laird Comyn, al que encontraron en el despacho de este.

—¡Padre! No sabía que había llegado ya. No me han avisado.

Caleb se levantó de la silla de un salto y abrazó a su padre. Se parecía ligeramente a Gillian, aunque la joven había heredado la frescura y belleza de su madre.

—¿Ha ido todo bien?

Elijah se sentó en una silla e instó a los dos a que hicieran lo mismo.

—Todo lo bien que cabe esperar de unos enemigos. Los Chattan tienen en su poder a tu hermana.

—¿A Gillian? ¿Por qué? Eso es motivo más que suficiente para una nueva guerra.

—Lo sé, pero hay que calmarse.

—¿Cómo nos vamos a calmar si mi prometida está en manos de ese salvaje? Chattan carece de cordura. Su fama no viene precisamente del invento de unos pocos…

—Lo sé. Jamás olvidaré que ese desgraciado fue el responsable de la muerte de mi primogénito…

Elijah suspiró y se llevó las manos al rostro.

—¿Y por qué está en sus manos? —preguntó Caleb con voz más calmada —. ¿No la dejaron volver?

—Sí, veníamos de camino cuando nos salieron al paso. Durante la reunión, todos volvieron a quejarse de ataques en sus tierras y, al igual que en el pasado, todos negaron esos ataques. Yo mismo también me quejé, pero Chattan me culpaba de los que han sufrido en nuestras fronteras.

—Pero nosotros no hemos hecho nada… —dijo Reginald.

—Exacto. Eso fue lo que le dije a Chattan, aunque no me creyó. Insistió en quedarse con Gillian como seguro para que nosotros no ataquemos sus tierras.

Caleb frunció el ceño y apoyó los codos en las piernas.

—¿Y cómo piensa descubrir quién lo está atacando?

—No lo sé.

—¿Y qué pasa si cree que somos nosotros?

Elijah miró directamente a Reginald.

—La matará.

El guerrero resopló y se puso en pie, incapaz de seguir sentado.

—Esto no puede seguir así. Gillian no puede estar en sus manos. Dios sabe lo que pueden hacerle…

Elijah suspiró.

—Por eso, mientras venía hacia aquí he tenido una idea…

Caleb arqueó una ceja.

—¿Los atacamos?

Elijah negó con la cabeza.

—En ese sentido, no quiero más guerras. Todos hemos perdido a personas importantes para nosotros. Lo que he pensado es que Reginald cabalgue hasta allí e intente convencer a Rowan Chattan para que la suelte y nos la devuelva. Tú eres su prometido, así que tienes más derecho que él sobre la vida de mi hija. No deseo que siga en sus manos.

Reginald los miró alternativamente y acabó asintiendo.

—Me pondré en marcha ahora mismo. No descansaré hasta llegar y no me iré de esas tierras sin Gillian.

Elijah asintió y se levantó de la silla para acercarse a él. El laird puso las manos en los hombros del joven guerrero y le sonrió.

—Eres un hombre de honor, Reginald, y sabes que siempre te hemos querido entre nosotros.

—Lo que más deseo en la vida es proteger a su hija, mi laird. Iré a preparar mis cosas.

—Tan solo te pido una cosa, Reginald.

El aludido se giró hacia él y lo miró en silencio.

—Ten cuidado. Los Chattan son muy traicioneros.

Después de pasar casi todo el día sola intentando leer alguno de los libros que había visto en la biblioteca, Gillian llegó a la conclusión de que iba a perder el juicio en apenas dos días. A pesar de que Cora y Amelia habían intentado entablar conversación con ella para que su estancia fuera lo más serena posible, Gillian no quería disfrutar de esa amabilidad que ella pensaba que era fingida. Su padre siempre le había dicho que jamás se fiara de un Chattan, por lo que estaba segura de que si se acercaban a ella tan solo era para hacerle daño o para intentar conseguir información de sus tierras.

Por ello, Gillian se había obligado a estar sola. Sí le había curado la herida a Cora tan solo por amabilidad por prestarle sus vestidos, pero había

evitado cualquier otro tipo de conversación con otras personas del clan. Sin embargo, a esas horas del día estaba a punto de comenzar a gritar para liberar tensión de su cuerpo.

La joven dejó el libro que, por enésima vez, había intentado comenzar a leer y salió de la biblioteca. El hecho de tener libertad por el castillo hizo que pudiera caminar a través de los pasillos sin tener que dar explicaciones de lo que estaba haciendo, por lo que decidió salir al patio a disfrutar de los pocos minutos que quedaban de día.

En el momento en el que el viento fresco le dio de lleno en el rostro, Gillian esbozó media sonrisa. Necesitaba correr, salir de esas cuatro paredes, ir a buscar hierbas al campo… cualquier cosa menos mantenerse encerrada en ese castillo. Pero tampoco deseaba tener que pedir permiso a Rowan para salir de la muralla. Su orgullo se lo impedía.

Gillian llenó sus pulmones de aire fresco, sintiendo cómo su cuerpo soltaba la tensión acumulada durante el día. Necesitaba hacerlo, pues en cuestión de una hora, más o menos, tendría que volver a reunirse con los Chattan para cenar. Y si lo hacía en esas condiciones, sería capaz de atacarlos a todos. Por ello, primero necesitaba relajarse.

Caminó lentamente por el patio sin mirar a nadie en especial. Descubrió que había más de una decena de guerreros en la muralla, avistando la llegada de algún enemigo, por lo que no se fijaron en ella. A un lado de la muralla había un pequeño pozo en el que, en ese instante, había un sirviente llenando varias jarras de agua. Le sorprendió descubrir que el patio de ese castillo era bastante amplio. Había conocido otras fortalezas de algunos aliados de su padre, pero jamás había estaba en uno como ese. Siempre había considerado que su castillo era amplio, pero el de los Chattan lo superaba. Y eso la molestó.

A pesar de que no quería saber nada de ellos, se preguntó cómo sería la vida en ese lugar. Ella solo había estado allí durante un solo día, y apenas había hablado con nadie, por lo que no conocía qué hacía esa gente para pasar el día. Gillian había estado a punto de tirarse por una ventana al estar todo el día mano sobre mano, algo a lo que no estaba acostumbrada. Siempre solía salir con Reginald o ella sola a dar un paseo por los alrededores. Buscaba hierbas, ayudaba en lo que podía en las labores del castillo, pero jamás se había mantenido sentada sin nada que hacer. Incluso cuando su propio padre le había enseñado algunas técnicas para defenderse

con la espada había disfrutado muchísimo.

Pero ahora… Solo le quedaba mantenerse en un discreto segundo plano para evitarse problemas. Pues si Rowan Chattan lo deseaba, podría acabar con ella en cualquier momento. Él o cualquiera de sus hermanos. Sabía que ninguno de ellos se sentía cómodo con su presencia, pero ella era la primera que deseaba salir de allí cuanto antes.

Gillian suspiró y se cruzó de brazos mientras caminaba por el patio, que estaba comenzando a quedarse vacío. Se preguntó si su padre ya había llegado a su hogar y había dado la noticia de su secuestro a Reginald y su hermano. Se preguntó cómo se tomaría su prometido esa noticia, pues lo conocía y sabía de su odio hacia todos los enemigos. Y eso era una carga más sobre su espalda, aunque ella no pudiera hacer nada en ese momento.

Los pasos de la joven la llevaron hacia las caballerizas. Las suaves gotas de lluvia que comenzaron a caer la hicieron sonreír de nuevo mientras se encaminaba hacia el interior de los establos. El intenso olor a animal le dio de lleno en la nariz, provocando que torciera ligeramente el rostro, pero siguió adelante. En algunas de las cuadras, los animales apenas se veían, mientras que en otras asomaban, dándole la bienvenida.

Desde fuera no había podido imaginar la amplitud de las caballerizas, pero desde dentro descubrió que se trataba de un lugar realmente grande. Siempre le había gustado la compañía de los caballos, por lo que se encaminó hacia uno de ellos y comenzó a acariciarlo. El animal se dejó querer y permitió que lo tocara, apoyando después la cabeza contra la de la joven, que dejó escapar una suave risa.

El animal era completamente negro y parecía contener una fuerza y un carácter en su interior que en ese instante no mostraba. Al contrario, era realmente encantador. Creyó recordar que el caballo en el que había cabalgado hacia allí era negro, por lo que le sorprendió descubrir que ese animal era el que montaba Rowan Chattan.

—No te pareces en nada a tu dueño… —susurró acariciándole la cabeza.

—No sabía que conocías tan bien a su dueño… —dijo una voz profunda a su espalda, sobresaltándola.

Gillian se giró rápidamente, asustada por ser descubierta, y se apretó contra la cuadra del animal mientras dirigía su mirada hacia Rowan, que se encontraba a escasos dos metros de ella sin camisa y limpiándose las manos

con un trapo. La joven tragó saliva e intentó no mostrar el trastorno que le provocaba que el guerrero estuviera semidesnudo frente a ella. Sin embargo, apenas pudo lograrlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gillian.

Rowan arqueó una ceja.

—Olvidas que este es mi castillo, pero si preguntas qué hago en las caballerizas, me gusta trabajar aquí.

—¿Y por qué no has hecho ruido cuando yo he entrado? ¿Me estabas espiando?

Rowan dio un paso más hacia ella, provocando que el nerviosismo de la joven aumentara y se apretara más contra las tablas de madera.

—Me parece que eso mismo podría pensar yo, que me espiabas.

—Yo jamás te espiaría —le aseguró.

—¿Y por qué yo sí lo haría contigo?

—Para comprobar si huía…

Rowan dejó escapar una risa peligrosa y profunda.

—Si quisieras escapar, llegarías únicamente hasta el portón.

Gillian elevó el mentón con orgullo.

—Tal vez encontraría un lugar por el que escapar sin que os dierais cuenta…

—Lo dudo… Conozco este lugar como la palma de mi mano, y dudo que encuentres un lugar diferente por el que salir.

—Dame tiempo…

Rowan la miró un segundo más antes de acortar de nuevo la distancia.

—En eso tienes razón. Estarás aquí el tiempo suficiente como para encontrarlo…

Gillian tragó saliva. Tenerlo tan cerca no le gustaba, pero aún menos al estar casi desnudo. La oscuridad en las caballerizas era casi completa, por lo que ese momento había tanta intimidad entre ellos que Gillian temió por su vida.

—No me subestimes, Chattan.

Rowan apoyó ambas manos a los lados de la cabeza de Gillian, haciendo

que la joven dejara escapar una exclamación de sorpresa. Y, aunque intentó apretarse más contra las tablas, no podía escapar del rostro del guerrero, que se acercó lentamente a ella. En el momento en el que Gillian pensó que iba a besarla, pues estaba realmente cerca, paró y se quedó mirándola.

—Tú a mí tampoco, muchacha. Sería muy fácil acabar contigo. Y tendría la excusa perfecta.

—No hay excusas para matar a nadie. Además, dijiste que soy una invitada, no una enemiga, así que no puedes acabar con mi vida.

Rowan la miró a los ojos e inconscientemente se mordió el labio.

—Podría cambiar de opinión —dijo el guerrero bajando la voz.

Gillian tragó saliva e intentó no temblar.

—Tendrías a mi padre ante tus puertas en menos de dos días.

—Pero tú ya no estarías.

Rowan quería que sintiera miedo por lo que podía pasarle, miedo por él. Pero aún no lo veía en sus ojos. Sin lugar a dudas, aquella muchacha era digna adversaria para él, pues aún mantenía el orgullo en su mirada.

—Tal vez dejaría que mi espíritu se quedara a medio camino para ver cómo vas al infierno…

Rowan entrecerró los ojos.

—En ese caso, tiraría de tu brazo para llevarte conmigo.

—Incluso en espíritu, lucharía contigo, Chattan.

—Me gustaría ver eso… No me tientes a acabar contigo.

—No te sería fácil.

Rowan frunció el ceño.

—¿Nunca dejas que otro tenga la última palabra?

—Jamás, y menos un Chattan.

El guerrero la miró largamente. A pesar de lo que esperaba en un principio, estaba disfrutando demasiado de aquella guerra con esa muchacha. Sin embargo, el recuerdo de su hijo muerto acudió a su mente y rechinó los dientes.

—Tu clan es el responsable de la muerte de mi mujer y mi hijo.

Gillian frunció el ceño, como él.

—¿Qué? Mi padre jamás ha atacado a mujeres o niños, sino a hombres que podrían defenderse por sí mismos.

—No es cierto. Sí que lo hizo. Era tan solo un bebé, ¿sabes? Indefenso, pequeño, sin capacidad para sostenerse él solo. Y mi esposa no os había hecho nada…

El odio que vio reflejado Gillian en los ojos de Rowan provocó que carraspeara, incómoda y temerosa.

—Si yo fuera como los tuyos, acabaría con tu vida ahora mismo. Ojo por ojo.

—Hazlo, entonces, maldita sea. Hazlo y después, cuando descubras la verdad, te arrepentirás de haberlo hecho. Tendrás que vivir con el recuerdo de la muerte de una persona inocente. Hazlo. No puedo esperar a verte enloquecer por mi muerte.

Con un movimiento rápido, una mano de Rowan se dirigió directamente hacia su barbilla, tomándola con firmeza. El guerrero acercó su rostro al de la joven, haciendo que la nariz de ambos se rozara. En esa corta distancia, Gillian pudo sentir la fuerza y peligrosidad de Rowan. Su abuela siempre le había dicho que las personas tenían una especie de aura alrededor de su cuerpo. Le había enseñado cómo leerla y, en ese instante, Rowan Chattan rezumaba tanta oscuridad que su aura era negra. Sus ojos, a pesar de la belleza de su color, eran tan fríos que Gillian creyó sentir el mismo frío penetrando por su piel, justo en la zona de su rostro donde el guerrero tenía sus dedos.

—Creo que me gusta más la opción de tenerte cautiva en el castillo. Soy yo quien manda aquí, así que eres mía. Y no hay nada más reconfortante que pensar en eso.

—Eres un ser maligno salido del infierno.

La sonrisa que mostró el guerrero fue tan calculadora que Gillian creyó temblar.

—Me han dicho cosas peores, pero sí, lo soy. Y una muchacha como tú debería tener cuidado con un ser tan oscuro como yo. Podría embrujarte y obligarte a ser mía. En todos los sentidos.

Gillian arrugó el rostro y levantó las manos para apartarlo, pero Rowan se mantuvo en su sitio.

—Aléjate de mí.

Rowan sonrió de lado. La escasa luz del lugar provocó que su rostro pareciera ligeramente perturbador.

—Te repito que todo esto es mío, incluida tú, y seré yo quien decida cómo y cuándo apartarme.

—Si no lo haces, gritaré.

—¿De verdad crees que mis hombres vendrían a ayudarte?

—Sí, si son hombres de honor.

—Y según tú, ¿los Chattan tenemos honor?

Gillian tragó saliva.

—No…

Rowan apretó los dientes, provocando que su mandíbula se viera más cuadrada. Y acabó apartándose de ella.

—Entonces, huye antes de que decida cazarte…

Y sin esperar a que lo dijera dos veces, Gillian se dirigió hacia la salida de las caballerizas. Habían sido tan solo unos momentos, pero sentía que había estado dentro de ese lugar durante horas. Cuando salió al exterior y vio que ya casi era de noche, descubrió que le temblaban tanto las manos que era incapaz de mantenerlas quietas. Incluso tenía la impresión de que las piernas no podían sostener su peso. Necesitó unos instantes para respirar hondo y volver a calmarse, pero ni siquiera haciendo eso, logró serenarse.

Rowan Chattan se había acercado tanto a ella que había podido sentir toda su fuerza interior, como si hubiera podido ver su alma, y había comprobado que era tan poderoso que, por primera vez, su orgullo tartamudeó. Se veía pequeña a su lado, como si todo lo que ella había querido mostrar no fuera más que una fachada, no real. Y sabía que, si él quería, podía pisotearla en cualquier momento.

Con pasos rápidos, se dirigió al interior del castillo. La ligera lluvia había arreciado, por lo que no podía estar por mucho tiempo fuera de los muros, pero solo deseaba esconderse en algún lugar donde no tuviera que ver jamás a Rowan. Sabía que su enemigo era un hombre excepcional, y que no podría vencerlo con facilidad para escapar de allí. Pero lo peor de todo no era ese poderío, sino lo que había logrado sentir entre aquellos brazos y ese pecho desnudo; algo que no lograba poner en palabras, pero que le resultaba

tan abrumador que todo su cuerpo vibró. Y eso… sí era aterrador.

CAPÍTULO 8

Gillian dejó escapar un suspiro cuando llegó a su dormitorio y se quitó los zapatos para caminar descalza y poder sentir el frío de la piedra bajo sus pies. Aquella había sido la cena más incómoda de toda su vida y no sabía cómo poder quitarse de encima ese sentimiento que llevaba sobre sus hombros.

La joven caminó lentamente hacia la jamba de la ventana y se sentó en el esconce que hacía esta. Más allá del cristal, la noche era tan cerrada que apenas podía ver más allá, pero sabía que fuera de allí había tanto peligro como dentro de esos muros, aunque durante la cena sintió que realmente no era así, sino que todo el peligro del mundo estaba concentrado entre esas cuatro paredes.

Después de su encuentro con Rowan en las caballerizas, Gillian se había escondido en su dormitorio para evitar ver a cualquier persona de la familia, pero, sobre todo, al laird. Había llegado con los nervios de punta y no podía calmarse. No obstante, pensó que lo peor había pasado, pero se dio cuenta de que no era así después de acudir a la cena. A pesar de que el resto de la familia Chattan había intentado cenar tranquilamente, entre Rowan y ella había una guerra que aún no había acabado. Y podía notarse en el ambiente.

Los demás habían hablado de diferentes temas del clan, evitando hablar de algunos más delicados delante de ella. No obstante, ni el laird ni ella eran conscientes de aquella conversación. Ambos se habían mantenido en silencio, intentando fingir algo que realmente desconocían. Pero su guerra era más que evidente.

La tensión que había reflejado el cuerpo de Gillian desde que entró era exactamente la misma de Rowan. Este la observaba desde el otro extremo de la mesa, sin apartar su mirada ni un solo instante. Y le pareció tan asfixiante que, en más de una ocasión, pensó en levantarse y marcharse del salón. Sin embargo, se recordó que ese simple gesto sería una evidencia de lo que Rowan le hacía sentir, una muestra de debilidad, así que se mantuvo en el sitio y lo atravesó con la mirada.

Apenas había comido. Pasaban los minutos y Gillian solo había podido degustar una parte de su plato, aunque, de todas formas, sintió que se le había cortado el hambre de golpe. Mientras era observada por el guerrero,

la joven recordó su proximidad en las caballerizas, cómo la nariz de este había rozado la suya y el aliento de Rowan sobre su rostro. Ni siquiera Reginald se había aventurado a tanto con ella. Y que el laird Chattan se hubiera atrevido a cruzar esa línea, casi desnudo, había provocado que se irritase.

Lo odiaba. Ese día lo odiaba más que nunca. ¿Cómo se atrevía a tratar así a una dama? Era la hija de su enemigo, sí, pero nada le daba derecho a acercarse tanto a ella.

Desde lo sucedido en los establos hasta la cena, Gillian no había podido quitarse de encima esa sensación. Un intenso calor había recorrido su cuerpo de arriba abajo, como una especie de embrujo que había provocado que no pudiera olvidar los ojos grises de Rowan sobre ella.

Gillian tragó saliva. Había pensado que al volver a verlo podría olvidar por completo esa sensación, ya que estaba segura de que el odio que sentía por él sería más fuerte. Pero no había sido así. A pesar de la frialdad que rezumaba el guerrero por cada poro de su piel, Gillian había sentido calor; un poderoso y excitante calor que recorría su cuerpo para posarse, finalmente, en su bajo vientre. Era la primera vez que sentía algo así, por lo que no podía ponerle nombre, pero que fuera Rowan Chattan quien lo provocaba no le gustaba en absoluto.

Gillian levantó sus manos y se tapó el rostro con ellas. No sabía qué le había sucedido, pero solo quería desaparecer. Se masajeó las sienes con los dedos y respiró lento y muy hondo para calmarse.

Dejó pasar el tiempo mientras miraba a través de la ventana y, cuando sintió los primeros signos del sueño, se desvistió para ponerse el camisón. Sin molestarse en recoger su ropa, se metió en la cama y se arropó con las sábanas. Estaba segura de que no iba a poder dormir en toda la noche, pues no estaba cansada como otros días en los que había trabajado. Sin embargo, el sueño poco a poco la fue venciendo hasta hundirse en una oscuridad que la arrastró a un abismo difícil de salir.

Rowan se encontraba en su dormitorio cuando por fin todo el mundo se marchó a dormir. A pesar de que había sido un día tranquilo, tenía la impresión de que había sido especialmente largo, sobre todo, después de haber visto a su prisionera en las caballerizas.

Cuando entró en ellas para intentar calmarse y despejar la mente, jamás pensó que ese momento se convertiría en uno realmente intrigante e interesante. Se encontraba en una de las cuadras cuando escuchó que había otra respiración en el mismo ambiente que el suyo. Al salir a comprobar quién era, se sorprendió cuando la cabellera morena de la mujer que acechaba sus pensamientos ondeaba mientras acariciaba a su caballo. Rowan frunció el ceño en ese instante. ¿En qué momento le había dado permiso para tocar su caballo? No solía dejar que nadie lo acariciara, salvo el mozo de cuadras, pues era uno de sus bienes más preciados y queridos. Entonces, ¿por qué su enemiga se atrevía a tocarlo?

La vio acariciarlo con suavidad y tratarlo con respeto, un gesto que jamás habría esperado por su parte. Descubrió una parte de ella que siempre estaba oculta, su amabilidad. En ese instante, no parecía estar tensa ni a punto de atacar como siempre, y, a pesar de que la odiaba con todas sus fuerzas, sintió algo diferente, como una especie de hilo que tiraba hacia ella.

El guerrero refunfuñó al recordar ese momento. Se había sentido atraído por ella, y debía ser al contrario. La odiaba con todo su corazón. Gillian era su enemiga y, a pesar de eso, desde el primer instante en que la vio se convirtió en una especie de obsesión para él. Cada momento en el que la joven se encontraba en la misma estancia, tenía la imperiosa necesidad de que los ojos de Gillian se dirigieran hacia él, que lo mirara, que lo retara, que hiciera algo para sacarlo de sus casillas. La joven se había convertido en algo diferente en su vida, había logrado despertarlo de una especie de letargo en el que se había sumido hacía tiempo. Aquella joven en sí era un auténtico reto para él; y eso que la conocía de tan solo un día.

Cada momento en el que Gillian dejaba caer sus ojos sobre él, Rowan sentía algo tan extraño que no podía poner nombre. No lo entendía.

El guerrero había esperado que, después de lo sucedido en las caballerizas, Gillian no acudiera a la cena, pero lo sorprendió siendo la primera en aparecer en ella. No había podido dejar de mirarla. Ya no solo preguntándose qué era lo que tenía esa muchacha para llamar tanto su atención, sino porque deseaba, como siempre, vencerla. Pero no podía lograrlo. Ella siempre le sostenía la mirada con orgullo, mostrándole con los ojos que no le importaba el peligro que intentara rezumar por cada poro de su piel. Y eso lo enfurecía.

Rowan se apoyó de nuevo contra la chimenea después de dar un pequeño

paseo cerca de ella. Sus puños apretaron la repisa de la misma y suspiró largamente. Dejó caer los hombros y su mirada se posó sobre el fuego, ese mismo fuego que parecía tener su prisionera y él era incapaz de apagar.

En ese instante, se planteó la pregunta sobre si realmente había hecho bien en llevarla al castillo y retenerla como seguro para evitar ataques por parte de los Comyn, pues sentía que estaba perdiendo el juicio. Y eso que llevaban tan solo un día.

Se preguntó también por qué no podía quitársela de la cabeza. Era un hombre que siempre había estado al margen del tema de las mujeres, por lo que nunca se había preocupado más de lo normal por alguna de ellas. Ni siquiera por la mujer con la que se vio obligado a casarse. Pero esa joven… le había robado el aliento, el sosiego y la capacidad de pensar con una sola mirada.

Rowan suspiró de nuevo y se apartó de la chimenea. Se dijo que debía acostarse y dormir, pues la noche anterior tampoco había pegado ojo, pero en ese instante no podía. Por ello, de forma casi inconsciente, se dirigió hacia la puerta y salió al pasillo vacío. Todo estaba en completo silencio y casi a oscuras. Gracias a las antorchas encendidas pudo ver con algo de claridad en el pasillo, pero una vez se encontró allí, no supo qué hacer.

De nuevo, sus pies se pusieron en marcha sin que él les diera la orden, especialmente al dirigirse hacia donde se encaminaban. Se aproximó al dormitorio de Gillian Comyn y, en el momento en el que estuvo junto a la puerta, se preguntó qué demonios estaba haciendo. No debía estar allí, ni siquiera debía pensar en ella más que para odiarla, y, sin embargo, allí estaba sin moverse. El guerrero apoyó las manos a ambos lados de la puerta y dejó caer la cabeza hacia adelante. Cuando su frente se pegó a la puerta, Rowan apretó los puños, preguntándose nuevamente qué demonios hacía allí. Se golpeó mentalmente, pero, ni siquiera con eso, logró moverse de allí.

Y en el instante en el que se apartó de la puerta para volver a su dormitorio, escuchó algo en el interior del dormitorio de Gillian. Pareció una especie de gemido o queja que le indicaba que algo no andaba bien. De repente, pensó que tal vez alguno de sus hombres había intentado vengarse de la joven tras la pérdida de algún familiar, por lo que abrió la puerta de golpe. Sin embargo, se encontró con la soledad más absoluta.

Con el ceño fruncido, Rowan entró en el dormitorio y cerró la puerta tras él. Caminó con pasos lentos hacia la cama con la mirada fija en el centro de esta. Alrededor no había nadie más. Gillian estaba completamente sola y el silencio de la habitación tan solo estaba roto por el crepitar del fuego, que estaba a punto de apagarse. Con el ceño fruncido, Rowan se dirigió hacia un tronco de madera y, sin hacer ruido, lo dejó sobre el fuego para impedir que este se apagara.

De nuevo, su mirada se posó sobre la cama cuando se giró hacia ella. En el centro de la misma, una incómoda y nerviosa Gillian parecía estar teniendo una pesadilla. La joven había comenzado a sudar y había apartado ligeramente las sábanas de su cuerpo, dejando medio cuerpo a la vista.

La mirada de Rowan recorrió su anatomía y relamió sus labios inconscientemente. A pesar de estar frente a su enemiga, debía reconocer que era realmente hermosa. Sin lugar a dudas, no había heredado la fealdad de Elijah Comyn. Se preguntó si ella sería consciente de su belleza, y no pudo evitar apretar los puños al recordar que estaba prometida a un Comyn, como ella. No sabía por qué le molestaba tanto, pero no le había gustado el mero hecho de mencionarlo el día anterior.

Rowan se acercó a la cama y apoyó el hombro en uno de los barrotes del dosel mientras la observaba. La joven movía la cabeza de un lado a otro y, durante un instante, dudó sobre si debía despertarla o no, aunque sabía que después tendría que dar demasiadas explicaciones. Por ello, se quedó quieto, mirándola.

En un momento dado, vio cómo de sus ojos cerrados caía una lágrima, que no fue más que el comienzo de un llanto en medio del sueño. Rowan deseó saber qué estaba soñando, pero siguió sin moverse, especialmente cuando la joven comenzó a hablar.

—No me deje sola, madre…

Rowan frunció el ceño. Durante un instante, sintió que estaba violando la intimidad de Gillian, pero no pudo evitar seguir quieto y con el oído totalmente abierto a lo que estaba pasando.

La joven dejó escapar un lamento en sueños y se movió hacia un lado de la cama. El guerrero tragó saliva y se apartó del dosel con los brazos cruzados sobre el pecho. Miró de reojo hacia la puerta. Debía irse. Su mente lo gritaba una y otra vez, y, sin embargo, siguió parado.

—Me van a hacer daño, madre. No son buenos.

El ceño del guerrero se arrugó aún más. ¿Acaso estaba hablando de ellos? ¿O a quién demonios se refería?

—Mataron a Ryan, madre. Y me van a matar a mí también.

El hecho de confirmar que, efectivamente, estaba hablando de los Chattan provocó que Rowan arrugara el rostro. No supo por qué, pero momentáneamente se sintió culpable del dolor que estaba sufriendo aquella joven en sueños, pues, si lo dejaba salir mientras dormía, era porque aún no lo había curado.

—Tengo miedo, madre. No puedo con todo el peso de mis hombros.

La joven negó con la cabeza, como si respondiera a algo que Rowan no había escuchado.

—Está muerta por mi culpa. No pude salvarla, madre. Si hubiera estado viva, padre jamás habría enfermado y yo no habría tenido que venir con él. Todo esto es por mi culpa. Y padre va a morir también porque no logro curarlo…

Rowan sintió algo extraño en su pecho al escuchar esas palabras. ¿Elijah Comyn estaba enfermo? No le había parecido en la reunión, sin embargo, sí le llamó la atención que la joven lo ayudara a levantarse, al igual que creyó escuchar algo de unas hierbas cuando los alcanzaron en medio del camino. Por lo tanto, tal vez era cierto que su enemigo estaba enfermo. Y, a pesar de que debía sentir felicidad ante ese hecho, pues moriría sin necesidad de derramar sangre, Rowan torció la cabeza.

Dio un paso atrás con la intención de marcharse de allí. No debía estar en el dormitorio escuchando algo tan íntimo como la conversación entre una madre muerta y su hija en medio de un sueño, pero estaba descubriendo una pequeña parte del alma de su enemiga y no podía evitar seguir escuchando.

—Me quiero ir a casa, madre. Solo quiero vivir en paz… Ni siquiera busco ya la venganza por la muerte de Ryan…

La joven dejó escapar un gemido por el llanto.

—Solo paz… no los hemos atacado como dicen, madre.

Las cejas de Rowan se arquearon de golpe ante la sorpresa. Aunque era un sueño y no podía fiarse por completo de sus palabras, era el espíritu de la joven quien hablaba en ese momento, y estaba seguro de que decía la

verdad. Entonces, si los Comyn no los atacaban, ¿quién demonios se hacía pasar por ellos?

Un cambió en el aliento de Gillian le indicó que algo pasaba en el sueño. El guerrero dejó escapar el aire contenido y dio otro paso atrás. Tenía que irse de allí, pero sus pies no respondían a su súplica. Y cuando por fin parecieron moverse hacia la puerta, volvieron a pararse al escuchar algo que no pensaba oír.

—Ya viene, madre. Rowan Chattan se está acercando para matarme.

El aludido se giró lentamente hacia la cama, con la mano aún levantada en dirección al pomo de la puerta.

—Está lleno de sangre, madre. Mírelo. Es un demonio. Ayúdeme, por favor, no se aleje.

Rowan vio el auténtico pánico reflejado en el rostro de Gillian. A pesar de que era tan solo una pesadilla, para ella era tan real que el guerrero no pudo evitar que algo se alterara en su cuerpo al comprobar que realmente la joven sentía miedo hacia él. Entonces, ¿cómo lograba conseguir sentir orgullo cuando se sostenían la mirada? En ese instante, Gillian lloraba en sueños por su presencia cerca de ella. No obstante, cuando en la realidad se miraban, ella se mostraba de todo menos asustada.

—Viene a por mí, madre. Como en medio de ese camino. Viene a matarme, pero yo no he hecho nada. Nuestro clan no ha hecho nada, madre. Ayúdenos.

Gillian gimió de nuevo.

—Lleva la sangre de los nuestros sobre su rostro. Aún está fresca.

Rowan sintió que la mano que estaba levantada hacia el pomo comenzaba a temblar. El miedo que reflejaba la joven hacia él no le gustó a pesar de que había intentado acabar con su orgullo desde que la conoció. Pero ahora… Era extraño. Haber conocido algo más sobre ella le hizo cambiar de golpe el pensamiento, y se sintió ligeramente mal por la joven.

Su padre siempre le había enseñado que en una guerra quien debía sufrir era el guerrero al que te enfrentabas, no la familia de este, especialmente mujeres y niños. Y él había roto aquella promesa que había hecho años atrás. Pero no había marcha atrás. Ahora estaba en su poder, y solo le quedaba protegerla, incluso de sí mismo y la maldita obsesión que sentía

por ella.

Se había hecho de noche de repente. Apenas podía ver entre la intensidad de la lluvia que caía a su alrededor. Frente a ella, un gran valle se extendía, verde, hermoso y flamante. Tras ella, el infierno. En ese valle había visto a su madre. Solía ocurrirle muchas veces desde que esta había muerto. A veces la veía en sueños, en ese mismo valle, pero tras ella siempre solía haber el mismo verdor brillante y hermoso. Excepto ese día. Sabía que era un sueño, pues no era posible que su madre estuviera con ella. De hecho, siempre solía verla en la lejanía y ni una ni otra podían acercarse para abrazarse.

Gillian lo había intentado infinidad de veces. Quería correr hacia ella y abrazarla, darle un último beso, pero nunca podía caminar más que un par de metros. Y su madre, siempre respondía a ello con una amplia sonrisa y una cara amable. A pesar de que hacía tiempo que había muerto, Gillian siempre la veía de la misma manera, no había envejecido. Lo que sí había cambiado en ella era su enfermedad. No parecía haber rastro alguno de ella y su rostro había retomado su lozanía que tenía antes de enfermar.

A pesar de ser un sueño, y Gillian saber que se trataba de uno, jamás había sentido miedo, pues volver a ver a su madre era realmente increíble. La adoraba y solía conversar con ella, pero ese día era un sueño diferente. No sabía exactamente por qué, hasta que miró hacia atrás por encima de su hombro y vio el infierno que se extendía.

De repente, el hermoso valle que solía ver en sus sueños había desaparecido tras ella, volviéndose un lugar yermo, lleno de fuego, gritos y dolor que parecía querer envolverla. Gillian sintió miedo. Habló con su madre nuevamente, pero esta parecía haberse alejado. Las manos le temblaron y su corazón latió deprisa, más que nunca, ante la inmensa oscuridad que se extendía frente a sus ojos. Era un lugar aterrador, frío y oscuro y de él surgió una imagen que no le era extraña.

Una sombra, un cuerpo conocido, surgió de entre esas mismas sombras. Y a ese cuerpo le siguieron otros. Al fondo, creyó que se dibujaba el castillo de los Chattan, por lo que entrecerró los ojos para comprobar que así era. Y de entre las sombras, aquellas personas se acercaron a ella. Estaban lideradas por uno solo: Rowan Chattan. Los demás eran sus familiares. Todos tenían sangre en el rostro, incluidas la propia Cora y Amelia. Pero su

atención se fijó únicamente en el laird que se aproximaba a ella.

Rowan tenía la mirada fija sobre ella y en su rostro se veía claramente la necesidad de venganza. Gillian sintió verdadero miedo y llamó de nuevo a su madre, pero esta ya no le respondió. En un momento dado, una sombra poderosa lanzó sus garras sobre Cora y se la llevó mientras la joven gritaba desesperada. Después, el fuego se intensificó, provocando que algunos rostros de los Chattan se emborronaran. Pero el de Rowan siguió allí, acercándose a ella peligrosamente.

Gillian intentó escapar, dar un paso hacia atrás, pero no pudo. Sus pies parecían estar clavados al suelo, y no podía moverse.

—No te hemos hecho nada, Rowan Chattan. Déjanos en paz.

Pero el guerrero no respondió, sino que siguió acercándose, ajeno a lo que había sucedido con su familia. Gillian intentó no temblar más ante la visión tan peligrosa y oscura de Rowan, pero el guerrero no respondió en ese momento, sino que se acercó más a ella.

—¿Me vas a matar?

Rowan abrió la boca para responder, pero un fuerte viento los sacudió a ambos, impidiéndole escuchar lo que el guerrero le respondió. Gillian gritó, pidiéndole que se lo repitiera, pero no logró escuchar las palabras del laird Chattan. Este siguió acercándose a ella, provocando que el miedo hacia esa visión se intensificara. La sangre fresca en el rostro de él le hizo dar un paso atrás, pero Rowan tan solo necesitó alargar una mano para sujetarla.

—¡No! —vociferó la joven intentando soltarse.

El viento le impidió de nuevo escuchar las palabras de Rowan. Gillian pensaba que iba a matarla en algún momento, pues su rostro lleno de sangre era realmente abrumador. Sin embargo, en un momento dado, Rowan la sujetó con ambas manos y la acercó más a él. Sin apartar la mirada de los ojos de Gillian, agachó la cabeza. Y cuando pensaba que iba a golpearla de alguna manera. La besó.

Gillian se despertó de golpe con el corazón acelerado. Estaba sudando a chorros y tenía el rostro ligeramente mojado por las lágrimas que había dejado escapar durante esa pesadilla. Se había desarropado por completo y tenía el pelo revuelto, además de que su camisón se había subido, dejando al descubierto sus muslos.

Sin embargo, todo eso quedó en un segundo plano cuando recordó la última parte de su sueño. Los labios de Rowan sobre su rostro se habían sentido tan reales que necesitó tocárselos para comprobar si estaban hinchados. Sin embargo, no vio nada extraño. Necesitó de varios minutos para serenarse, y cuando por fin sintió que los latidos de su corazón se aplacaban, Gillian apretó los puños contra las sábanas, pues lo peor de todo no había sido el sueño, sino lo que los labios del guerrero le habían hecho sentir. Había tenido la peor de todas las pesadillas, pero no por lo que había visto, sino por lo que se despertó en ella: un poderoso y ardiente calor que hacía temblar los cimientos de su vida.

CAPÍTULO 9

Gillian se había levantado aún más nerviosa de lo que se había acostado la noche anterior. Suspiró mientras miraba su reflejo en el espejo y terminaba de atar la cuerda de su vestido. Sentía en su pecho algo tan extraño que no podía entender. El maldito sueño que había tenido con el que consideraba que era su captor la había trastocado por completo. ¿Cómo se atrevía a besarla, aunque se tratara de un sueño? Jamás le había pasado algo así, ni siquiera con Reginald, al que, por supuesto, no pensaba contar ese sueño o rompería su relación con ella.

La joven se alejó del espejo con los nervios a flor de piel. Se aproximó a la ventana y observó lo que sucedía fuera. Para su sorpresa, el día había amanecido ligeramente soleado, aunque el horizonte amenazaba lluvia a lo largo de la mañana. Sin embargo, le pareció un día estupendo para salir a dar un paseo fuera de allí, pues si seguía encerrada entre esas paredes llenas de enemigos iba a acabar perdiendo el juicio.

Gillian recorrió el patio con la mirada, intentando descubrir si Rowan se encontraba en el mismo para pedirle permiso antes de salir. Sin embargo, no lo vio. Y, puesto que no le apetecía verlo después de la noche que había pasado soñando con él, Gillian se dijo que le pediría permiso a otro guerrero para que la acompañara.

Decidida, la joven abandonó su dormitorio y bajó las escaleras, temerosa de encontrarse en el pasillo con el hombre que había provocado que su sueño fuera una terrible pesadilla. Sin embargo, pudo recorrer el pasillo de forma silenciosa y casi sin cruzarse con nadie hasta poder salir al patio.

Gillian torció la cabeza al darse cuenta de que no había reparado en que se había dejado la capa en su dormitorio, pero no le apetecía subir de nuevo para evitar perder el tiempo. Tras carraspear ligeramente y poner un pie fuera del castillo, Gillian se dirigió hacia el portón, donde se encontraban varios guerreros del clan que podían acompañarla a dar un paseo.

Estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio al ver que ninguno de ellos era el laird del clan, por lo que no tendría que aguantarlo en una hora tan temprana. Sin embargo, dos de los rostros allí presentes sí los conocía bastante bien, pues eran los hermanos gemelos del hombre del que pretendía escapar. Rápidamente, Arran y Kester se giraron hacia ella cuando uno de sus compañeros señaló detrás de ellos.

Ambos hermanos se miraron entre sí de reojo al ver que la joven se dirigía directamente hacia ellos y con paso decidido.

—¿Debemos desenvainar nuestras espadas o no pretendes atacarnos?

Los pies de Gillian se pararon de golpe, a unos metros antes de llegar a ellos. La joven frunció el ceño, pero sobre todo al ver que ambos hermanos intentaban contener la risa.

—Vuestro hermano me quitó la espada. No vengo a atacaros.

Arran miró sonriendo a su hermano.

—¿Tú la crees?

Kester fingió pensarlo, y acabó negando con la cabeza.

—No estoy seguro. Es muy extraño que venga hasta aquí tan solo para disfrutar de nuestra belleza.

Gillian arqueó una ceja, incapaz de creer que esos dos se estuvieran burlando de ella en su cara. Por eso, acabó resoplando y se giró, dispuesta a marcharse, aunque la voz de Kester la detuvo.

—¿Ya te has cansado de mirarnos, muchacha?

Gillian se giró hacia ellos y clavó su mirada en él.

—Me temo que el amor que sientes hacia ti mismo es tan ciego que te ha impedido ver otra cosa que no seas tú. No he venido a observaros a ninguno de vosotros. Ni tengo un interés oculto. Simplemente…

Arran elevó ambas cejas, esperando a que terminase.

—Vuestro hermano me impidió salir sola del castillo, y no puedo estar por más tiempo en estas cuatro paredes. Necesito salir de aquí, así que había pensado que alguno de vosotros podría acompañarme a dar un paseo para despejarme. No obstante, ya veo que tal vez vuestro interés está puesto en otros menesteres.

Gillian volvió a darles la espalda para marcharse, pero Kester la detuvo.

—¿Rowan sabe esto?

—Te acabo de decir que fue él quien me prohibió salir sola.

Kester sonrió de lado.

—Me refiero a que estás aquí pidiéndonos salir fuera de la muralla.

—Lo he buscado, pero no lo he visto —mintió descaradamente mirándolo

a los ojos.

Ambos guerreros se miraron entre sí.

—¿Es una estratagema para escapar?

Gillian frunció el ceño.

—Por supuesto —dijo con tono irónico—. Mi intención es que uno de vosotros me acompañe fuera. Después, lo golpearé con una piedra que llevo entre los pliegues de mi vestido. Y cuando esté muerto y rematado, correré hacia el primer pueblo para robar un caballo. Y después, volveré a mis tierras donde pediré a mi padre que reúna a todos sus hombres y acaben con todos vosotros.

Arran arqueó una ceja mientras que Kester sonrió de lado y se cruzó de brazos por encima de su pecho.

—Vaya, la verdad es que me sorprende ver que los Comyn sois tan buenos ideando planes… —siguió él con el mismo tono irónico.

—Está claro que los Chattan no sois capaces de ver más allá de vuestras narices. Por eso podemos venceros…

Gillian les dedicó una sonrisa autosuficiente y se giró para entrar de nuevo en el castillo. Estaba claro que nadie querría acompañarla a dar un paseo fuera de allí, por lo que no iba a perder su tiempo con esos guerreros, sin embargo, la voz de Kester la detuvo de nuevo, provocando que de sus labios escapara un resoplo.

—Dejad de burlaros de mí. Ya sé que no estáis de acuerdo con lo que he propuesto.

—Entonces, ¿ya no deseas salir, muchacha?

Gillian se acercó nuevamente con la mirada puesta sobre los ojos grises del guerrero.

—¿Me vais a acompañar?

Kester torció la cabeza.

—Vas a provocar que me pierda el desayuno, pero está bien. Yo te acompañaré.

—¿Lo dices en serio?

—Si vuelves a dudar de mi palabra, te quedarás encerrada para siempre…

Gillian sonrió fugazmente.

—Está bien. Me callo.

Kester dejó escapar un suspiro.

—Si vas a ser un muerto y no me vas a hablar durante el paseo, también nos quedaremos aquí.

Gillian puso los ojos en blanco. Aquellos dos gemelos eran tan diferentes a sus hermanos mayores que parecían ser de otra familia. Su carácter era mucho más abierto, amable y risueño que los demás, por lo que no pudo evitar que, a pesar de las diferencias entre los clanes, sintiera cierta simpatía por ellos.

Con gesto divertido, Kester se hizo a un lado al tiempo que abrían el portón. De forma burlona, le hizo un gesto con la mano para que fuera la primera en salir, por lo que, sin esperar a que lo dijera dos veces, la joven atravesó de nuevo la muralla. La primera y última vez que lo hizo pensaba que iban a meterla en una mazmorra, por lo que poder salir como en ese instante le provocó cierta satisfacción.

A medida que el portón se cerraba a su espalda, Gillian observó a Kester. Era algo más bajo que su hermano Rowan o Sloan y su pelo reflejaba cierto color rojo, aunque no tanto como su hermana Cora, que era pelirroja totalmente. Su cuerpo no se había desarrollado tanto como el de sus hermanos, pero poseía la misma fuerza interna. Sin embargo, no rezumaba la misma peligrosidad que Rowan, por lo que sintió que no debía estar tan alerta como con el hermano mayor y laird.

—¿Me vas a decir lo que estás pensando o vas a seguir mirándome con esos ojos?

—No tengo otros… —le espetó la joven haciéndolo reír.

Kester negó con la cabeza al tiempo que miraba al frente con la sonrisa aún en los labios.

—Si no fuéramos enemigos, podríamos forjar cierta amistad. Me caes bien. Y lo mejor de todo es que sabes cómo enfurecer a Rowan. Eso tiene mucho mérito porque no todo el mundo es capaz de poner a prueba su paciencia.

—Creo que no se me dará demasiado bien cuando aún no ha decidido tirarse por el primer acantilado…

Kester llevó las manos a la espalda y caminó hacia un lago que había

cerca de allí y le pareció que tal vez le agradaría a la joven.

—Si aún no lo ha hecho teniendo en cuenta cómo somos Arran y yo, no lo hará jamás.

Gillian chasqueó la lengua.

—Vaya… es una pena. Tendré que poner más empeño en ello…

Kester la miró de reojo mientras sonreía.

—Pero a pesar de todo, no te quejarás del trato de mi hermano… El tuyo mató a nuestro padre y no te ha metido en una mazmorra… Podría haberlo hecho.

—Supongo que ha perdido el juicio…

Kester fingió meditarlo y respiró hondo, disfrutando del intenso olor a tierra mojada que se aproximaba al castillo. El tiempo sobre sus cabezas estaba comenzando a cambiar demasiado rápido, pero siempre le había gustado eso.

—Bueno, la verdad es que creo que todos hemos perdido un poco el juicio con esta guerra. ¿No crees?

—Solo nos defendemos…

—Sí, pero todos sufrimos. En todos los clanes que luchamos hace dos años hemos perdido a gente importante para nosotros.

Gillian paró sus pies junto a la orilla del lago, pero sus ojos no estaban puestos sobre la belleza del lugar, sino sobre el guerrero.

—¿Tú no estás de acuerdo con esta guerra?

—¿Sinceramente? —preguntó agachándose para tocar el agua—. Prefiero la paz. Es mucho más gratificante cuando te acuestas y sus alas te envuelven. ¿Volvería a luchar nuevamente? Claro que sí, por mi honor y por mi clan, pero si todos seguimos las indicaciones del rey, no deberíamos volver a hacerlo.

—No todos siguen esas órdenes.

Kester sonrió y se incorporó de nuevo.

—Tu padre, por ejemplo…

Gillian resopló y se alejó de él con gesto iracundo.

—Eso no es cierto. Mi padre está… —La joven se golpeó mentalmente al

haber estado a punto de confesar que estaba enfermo—. Mi padre jamás os ha vuelto a atacar. Mi madre enfermó tras la muerte de mi hermano. No logró superarlo y acabó muriendo. Mi padre tampoco ha superado esa pérdida, así que jamás ha ordenado atacar.

—¿Y quién crees que es ese grupo de guerreros que lleva vuestro emblema y colores?

Gillian se encogió de hombros.

—No lo sé, maldita sea. Ojalá supiera quiénes son porque iría tras ellos para matarlos.

Kester arqueó una ceja ante ese arranque de ira y acabó sonriendo. La miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—¿A qué viene ese gesto?

—A que no me creo que alguien como tú pueda acabar con la vida de esos atacantes.

Gillian resopló y se acercó de nuevo a él, enrabietada.

—Soy capaz de eso y más.

—Supongo que podrías matarlos solo con tu intención, pero eso no mata a un hombre. Y no pareces muy ducha con la espada a pesar de que llevabas colgada una en tu cadera. ¿Me equivoco?

—Mi padre me ha enseñado muchos movimientos.

—Eso sigue sin matar a un hombre si no sabes cómo pelear de verdad.

Gillian sintió que no tenía palabras para rebatirlo, por lo que se alejó de él y miró al agua.

—Aunque reconozco que serías capaz de matar a alguien tan solo con ese odio que guardas en tu corazón.

La joven giró la cabeza hacia él, mirándolo y con gesto extraño.

—Tú no sabes lo que yo siento o dejo de sentir…

—Soy muy observador.

—Apenas me conoces.

—Lo suficiente como para afirmar que sí, que tienes mucho odio —rebatió con rapidez—. La verdad es que siento cierta curiosidad por saber qué os dicen de los Chattan en el clan Comyn.

Gillian se encogió de hombros y miró hacia el agua en calma. Dejó vagar su mirada sobre ella y su mente se quedó en blanco durante unos segundos. No quería pensar ni recordar lo que siempre había escuchado sobre unos clanes y otros. Sobre los que eran aliados, todo eran maravillas. Pero sobre los que eran enemigos, no había más que palabras de odio y malos deseos.

En ese momento, se dijo que no había sido buena idea salir a pasear con nadie. Lo mejor habría sido quedarse en el dormitorio, sola y sin hablar ni entablar conversación con nadie.

—No hace falta que te diga lo que se dice de vosotros en nuestras tierras. No es agradable.

—Y tú, ¿qué piensas de nosotros?

Kester se acercó a ella con las manos atrás y la miró detenidamente. Intentó adivinar sus pensamientos, pero era tan hermética como su hermano Rowan o Sloan. En sus ojos sí logró ver cierta duda o lucha consigo mismo respecto a la respuesta que debía dar. Supuso que temía que la atacara si decía toda la verdad, por lo que siguió sonriendo para evitar asustarla.

—Ya te imaginas lo que siento…

Kester dejó escapar una carcajada.

—Lo quiero escuchar.

—¿Te gusta oír insultos?

—Soy el raro de la familia…

Gillian lo miró largamente antes de volver a dirigir sus ojos hacia el agua. Después, dejó escapar un suspiro y sus hombros bajaron.

—Para mí sois unos asesinos y ladrones que no pensáis en el dolor que provocáis con vuestros actos. No conocéis ni el miedo ni el respeto hacia los demás. Y, por supuesto, pienso que sois unos desgraciados que solo pensáis en vuestro propio beneficio y no en dejar vivir libremente a los demás.

Gillian elevó el mentón al ver la diversión reflejada en el rostro del guerrero.

—¿Me vas a golpear ahora por decirte la verdad?

Kester lanzó una carcajada.

—¿Golpearte? ¡No! De hecho, me hace gracia. Nos han llegado a decir

cosas peores, pero he de reconocer que tus insultos son relativamente decentes. Algo me dice que te has guardado los peores para Rowan.

—Tal vez…

Kester asintió con una sonrisa.

—Vaya, no pensaba que un simple paseo me divertiría tanto…

—Así que te divierte que te insulten…

—¡No! Me diviertes tú. Lo reconozco. Pensaba que saltarme el desayuno sería mucho peor, pero me gusta. Eres una mujer extraña. Aunque, si te soy sincero y, siendo buena persona, déjame decirte que no te enfrentes así a Rowan. Podría tomarse esos insultos de otra manera…

—Tu hermano me ha traído aquí en contra de mi voluntad, así que espero que se atenga a las consecuencias. Y, si lo insulto, tendrá que soportarlo.

Kester sonrió, aunque no respondió.

—De todas formas, me sorprende la forma con la que te tomas las cosas. Cualquier otro guerrero me habría golpeado o incluso matado después de haber insultado no solo a él, sino a todo su clan.

—Tal vez es que los Chattan no somos como te han dicho a lo largo de estos años… O puede que yo sea el hermano raro que prefiere la amabilidad en lugar de la guerra.

Y cuando Gillian lo miró y vio el gesto divertido que él hacía, no pudo evitar sonreír al tiempo que negaba con la cabeza. Él mismo lo había dicho y tenía razón: si se hubieran conocido en otra circunstancia en la que sus clanes no fueran enemigos, tal vez podrían haber sido amigos.

Rowan bajó a desayunar cuando ya pensaba que los demás lo habían hecho. Se había detenido a propósito con la intención de no cruzarse con Gillian. Y no pudo evitar golpearse mentalmente al darse cuenta de que se estaba escondiendo de una mujer, que era su enemiga, en lugar de enfrentarse a ella.

Sus pies resonaron en la piedra de las escaleras y caminó tranquilamente hacia el salón para desayunar antes de dedicarse a sus quehaceres. Sin embargo, y al contrario de lo que esperaba, las voces procedentes del interior del salón le indicaron que no era el último en desayunar ese día.

El guerrero torció la cabeza. No le apetecía cruzarse con nadie en ese instante, sobre todo, después de lo sucedido en la noche anterior. Jamás admitiría ante nadie que había penetrado en el dormitorio de la joven para observarla mientras dormía, pues no quería que nadie se burlara de él. Pero durante el resto de la noche no había podido quitársela de la cabeza.

Su mente aún recordaba la piel blanca de la joven debajo del camisón, que parecía casi transparentarse cuando las sábanas se deslizaron por su cuerpo y dejaron parte de su cuerpo al descubierto.

Rowan sacudió la cabeza con fiereza y se obligó a pensar en otra cosa, manteniendo una pose fría como el hielo.

Su mano empujó la puerta, haciendo que esta chocara contra la pared y provocando que su madre diera un respingo desde su asiento.

—Buenos días a ti también, hermano —dijo Cora con gesto irónico—. Es un placer ver que te has levantado de tan buen humor…

Rowan la miró de reojo mientras caminaba hacia su asiento. Descubrió que la mujer que le había quitado el sueño no se encontraba allí, por lo que no pudo evitar suspirar de alivio.

—De no ser porque madre está aquí con nosotros y puedo corroborar el parecido que tienes con ella, diría que no eres mi hermana, Cora —gruñó.

La aludida respondió con una sonrisa aún más amplia.

—Te entiendo. Supongo que al ver que soy más hermosa, simpática e inteligente tienes ciertas dudas… Tranquilo, es normal.

Arran lanzó una carcajada, mientras que Sloan y Alasdair la miraron serios desde su asiento. Sin embargo, Cora se limitó a mirar a este último por encima de su cuchara al tiempo que comía su avena. Incluso llegó a guiñarle un ojo para después ignorarlo por completo.

Cuando Rowan llegó a su asiento y se sirvió algo de comida, miró a Sloan.

—¿Todo en orden?

—Sí, los guerreros han hecho guardia esta noche en nuestras tierras y no han visto movimientos extraños. Tal vez podemos relajarnos un poco si los atacantes se han alejado.

—O puede que ahora no ataquen al tener en nuestras manos a la hija de su laird… —sugirió Alasdair, que rompió la mirada que sostenía a Cora.

Rowan torció la cabeza.

—Entonces, ¿piensas que son los Comyn?

—Está claro. Dos días sin ataques. Eso solo indica que los culpables son ellos, así que tal vez esa muchacha está metida en todo esto…

Amelia respiró hondo y dejó la cuchara sobre su plato.

—A mí me parece que esa muchacha es buena persona. Tan solo está escondida debajo de muchas capas de odio.

—Es la hermana del guerrero que mató a padre.

—No tiene por qué ser como él.

—No me diga, madre, que la ha convencido para estar de su parte.

Amelia sonrió y negó con la cabeza.

—La verdad es que apenas la he visto. Y mira que me ofrecido a acompañarla en varias ocasiones para que su estancia aquí no sea tan aburrida. Así que no, no me ha convencido de nada.

Rowan suspiró y miró hacia la silla vacía de la joven, pero también se dio cuenta de que la silla de Kester estaba vacía, algo que realmente lo sorprendió, pues su hermano jamás se saltaría una comida.

—¿Kester está enfermo?

Arran lanzó una carcajada y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Rowan, aunque Kester estuviera con las tripas fuera, estaría sentado aquí engullendo todo lo que pudiera. Ha salido a dar un paseo.

Sloan levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Pasear? ¿Y dices que no está enfermo?

Arran apoyó los codos en la mesa y miró de forma pícara a Rowan, que tuvo la impresión de que no iba a gustarle la respuesta.

—Es que no ha ido solo, Sloan. Lo acompaña nuestra querida invitada del clan Comyn.

Rowan intentó, por todos los medios, que la rabia que sintió en ese momento no se reflejara en su rostro. Al contrario que su madre o su hermana, que no pudieron evitar mostrar su sorpresa, él se obligó a mantenerse quieto. Recorrió el rostro de Arran en busca de un signo que le indicara que se trataba de una broma, pero no era así. Su hermano hablaba

con seriedad a pesar del brillo divertido de sus ojos.

—¿Sorprendido? —preguntó Arran.

—¿A qué te refieres con que esa muchacha ha salido a pasear con Kester?

—A que ha venido a nosotros preguntando si podíamos acompañarla a dar un paseo. Yo no las tenía todas conmigo porque nos ha confesado que no te había dicho nada, pero Kester ha aceptado.

—¿Y se puede saber por qué demonios ha aceptado semejante estupidez?

Arran miró a de reojo a Sloan, que estaba comenzando a ponerse rojo por la rabia.

—No es una estupidez. Ha salido a dar un paseo con tu propio hermano, no con cualquier guerrero del clan. Kester sabe lo que hace, no se dejará embaucar por ella si lo que desea es huir.

—Esa muchacha no puede salir del castillo si no es con Rowan —intervino Sloan con gesto iracundo.

Arran resopló.

—Lo puedes ver por el lado bueno, querido Rowan. Al menos, te has librado de aguantarla en este paseo…

El aludido dio un manotazo sobre la mesa.

—Dije que nadie saliera con ella, y que, si quería pasear, sería conmigo. Con nadie más…

Arran mantuvo la calma, pues no quería enfadarse con su hermano.

—Si eso se lo dijiste solo a unos pocos, serán ellos quienes obedezcan. Si a nosotros no nos lo dijiste, lógicamente no sabremos nada… De todas formas, Kester no tardará en llegar. No creo que estar con esa muchacha lo llene de alegría.

Rowan abrió la boca para decir algo, pero fue su madre quien intervino y lo cortó, evitando así un enfrentamiento entre los hermanos.

—Arran tiene razón. A veces las órdenes las das solo a unos pocos, esperando que los demás adivinen tus intenciones. Esa joven ha salido con tu hermano. Está a salvo.

—Podría atacar a Kester.

Amelia arqueó una ceja.

—¿Acaso crees que tu hermano la ha llevado a la frontera con los Ross? Por Dios, Rowan, habrán ido al lago. Tu hermano siempre lleva allí a las mujeres a las que quiere conquistar.

Rowan apretó los puños contra la mesa. Que su madre dijera precisamente esas palabras no lograron frenar su ira. No sabía por qué, pero sintió un pinchazo en el pecho. Por ello, se obligó a serenarse. Sin embargo, cuando estaba a punto de comenzar a degustar su desayuno, Nicolas entró en el salón con gesto demudado.

—¿Qué demonios ocurre ahora?

Nic tragó saliva ruidosamente.

—Acaba de llegar un guerrero del clan Comyn.

Rowan y Sloan se miraron entre sí con gesto ceñudo.

—¿Un guerrero? ¿Quién?

—El prometido de Gillian Comyn.

CAPÍTULO 10

El silencio se hizo en el salón donde estaban todos reunidos desayunando. Los rostros de Amelia y Cora se sorprendieron, mientras que los de los hombres allí presentes se sonrojaron por la ira que les produjo aquella visita sorpresa. Todos los ojos se dirigieron a Rowan, que se había quedado completa y extrañamente callado.

El guerrero no había pensado en la posibilidad de que nadie del clan Comyn pudiera acudir a su castillo para reclamar a Gillian, pues le había dejado las cosas muy claras a su laird. Y mucho menos esperaba que el que fuera en busca de la joven fuera el prometido de esta.

—Llévalo a mi despacho… —dijo el laird con voz tensa.

Rowan se levantó de la silla con la intención de rodear la mesa para ir a su despacho y hablar con el recién llegado, pero Nicolas carraspeó con incomodidad.

—Lo siento, mi señor, pero el prometido de la joven ha insistido mucho en veros y amenazaba con buscaros por todo el castillo. No quería esperar…

Los pies de Rowan pararon al instante y clavó su mirada en su guerrero.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que el guerrero Comyn está esperando ahora mismo en el pasillo para entrar aquí.

—Pero las visitas entre clanes se reciben en el despacho, no en el salón donde está desayunando toda la familia —lo amonestó.

Nicolas asintió, mirando al suelo.

—Lo sé, mi señor, pero para ello tendríamos que haberlo llevado a rastras hasta el despacho. Y como no queremos problemas con los demás clanes, como indicó el rey, hemos accedido a que venga al salón.

—Lleva prisa por regresar… —murmuró Sloan desde su asiento.

Rowan se giró hacia su hermano. En su rostro se veía reflejada la ira de ese instante. Ni le gustaba ni aceptaba que sus enemigos se sintieran con libertad en su castillo cada vez que iban a las reuniones, y menos si ese guerrero era el prometido de la joven Comyn, que parecía creerse con algún tipo de derecho tan solo porque su futura esposa se encontraba en su

fortaleza.

—Pues podría marcharse antes de verme si tiene tanta prisa…

Nicolas torció la cabeza.

—Eso es lo que hemos pensado todos, pero dice que quiere llevarse a su prometida y que no va a parar hasta regresar con ella.

Rowan suspiró y miró a toda su familia allí reunida. No quería que su madre o su hermana vieran lo que pasaba con el guerrero Comyn, pero tampoco estaba dispuesto a expulsarlas del salón donde se encontraban desayunando. Por ello, apretó los puños y rechinó los dientes.

En ese instante, su hermano Arran se levantó de su silla con gesto demasiado serio para un rostro en el que siempre había dibujada una sonrisa. Lo vio dirigirse hacia la puerta ligeramente tenso, por lo que Rowan dedujo que se encontraba así después de su pequeña discusión tras descubrir que el gemelo de este se había marchado a pasear con Gillian.

—Si me disculpáis, este tema no es de mi incumbencia… —dijo con tono neutro, aunque todos pudieron ser conscientes de su tensión.

—Cuando Kester llegue con la muchacha Comyn —comenzó Rowan—, dile que la traiga directamente al salón. Y a él dile que quiero mantener una conversación sobre lo que ha pasado…

Arran lo miró por encima de su hombro y asintió antes de abandonar el salón.

Rowan suspiró y se pasó las manos por el rostro para después dirigirse a Nicolas.

—Pídele que entre…

El guerrero asintió con seriedad y salió al pasillo para llevar a cabo su orden. Instantes después, el prometido de la joven entraba en el salón, dejando la puerta abierta como modo seguro para evitar quedarse completamente a solas con los que consideraba que eran sus enemigos.

Reginald paseó su mirada verde por todos y cada uno de los presentes en ese salón, deteniéndose especialmente en Cora, frunciendo el ceño por su presencia allí mientras que su futura esposa se encontraba Dios sabía dónde. No le pasó desapercibido el gesto iracundo y el crujido de huesos de la mano de un guerrero que había sentado justo enfrente de la hermana del laird Chattan, al igual que tampoco obvió la ira que reflejaban los ojos de

Sloan.

Sin embargo, la atención de Reginald se centró únicamente en Rowan. Este lo observaba en silencio, y aunque intentaba mostrar calma, la tensión de sus músculos era más que evidente a través de la tela de su camisa. Reginald se mostró indiferente ante la frialdad y peligrosidad que reflejaban los ojos grises de Rowan, pero no pudo evitar sentirse ligeramente pequeño ante su imponente imagen.

Rowan, por su parte, lo observaba atentamente, preguntándose qué demonios había visto la joven que tenía en su castillo en ese petimetre para querer casarse con él. El hombre que había frente a él era alto, aunque no tanto como su propia estatura. Apenas había desarrollado músculos en los entrenamientos. Por otra parte, el gesto de su rostro no mostraba amabilidad, sino más bien antipatía y asco. De la misma manera, su frialdad no era parecida a la suya, sino que parecía ser más calculador, con una mirada que reflejaba algo de obscenidad. A Rowan le gustaban los enemigos que intentaban ponerse a su misma altura. Sin embargo, ese hombre, aunque no estuviera a su misma altura, ni lo estaría jamás, daba la impresión de que realmente era peligroso no para alguien como él, sino para una mujer. Y eso no le gustó.

—Me han dicho que tienes demasiada prisa como para dejarme terminar el desayuno…

Reginald dio un paso hacia él, pero al ver que Sloan se levantaba de su asiento, preparado para lanzarse contra él si intentaba algo, se quedó en el sitio.

—Mi nombre es Reginald y, como ya te habrán informado…

—No te he pedido que me tutees —lo cortó Rowan con tono firme.

El aludido apretó los puños y torció el gesto.

—Tú sí lo has hecho conmigo.

—Yo soy laird.

—Y yo soy el prometido de la mujer a la que tienes secuestrada, así que eso me da derecho a tutearte y mucho más…

Sloan caminó lentamente hacia su hermano, hasta colocarse justo a su espalda. Cruzó los brazos por delante del pecho y clavó su mirada en él. Para sorpresa del recién llegado, el otro guerrero que había sentado a la

mesa también se levantó e hizo lo mismo que Sloan, provocando que Reginald comenzara a ponerse nervioso.

—¿A qué otras cosas te refieres? —preguntó Rowan.

—A declararos la guerra… El rey ordenó que los clanes se respetaran entre sí a partir de aquel día. Nosotros lo hemos hecho, algo que vosotros, claramente, no. Habéis secuestrado a la hija del laird tan solo para aseguraros de que no os atacamos, pero no somos nosotros…

—Tú laird estuvo de acuerdo con que su hija viniera con nosotros, pues estaba seguro de sus actos.

—Pero si os atacan, deberíais quejaros al rey, no secuestrar a la prometida de alguien como yo.

Rowan llevó las manos a su espalda y lo miró de arriba abajo. Le parecía tan poca cosa que estaba seguro de que se haría aguas menores encima si lo viera desenvainar su espada.

—Que esa muchacha esté en este castillo no es asunto tuyo. Y no es un secuestro, sino, como tú mismo dices, un motivo para asegurarnos de que no nos vais a atacar. Y no insistas tú también en que no nos atacáis. Estáis empezando a aburrirme. Es demasiado agotador.

Reginald resopló y pasó la lengua por sus labios, intentando calmarse. Paseó su mirada de nuevo por el salón y la posó finalmente en Rowan.

—Gillian es mi prometida, por lo que sí es asunto mío. Está bajo mi protección.

—Entonces, debiste venir con ella y con su padre a la reunión en lugar de dejarla sola con su padre —le espetó Rowan con firmeza—. Aunque, claro, no todo el mundo tiene los cojones suficientes para venir a nuestras tierras.

Reginald dio un paso hacia adelante con gesto adusto. Inconscientemente, llevó la mano a la empuñadura de la espada, sin intención de sacarla, pero provocando que la tensión en el salón aumentara visiblemente.

—Nuestro castillo necesitaba protección —se defendió.

—Lo entiendo. Es más fácil quedarse detrás de la muralla. Tu prometida ha mostrado más valentía al enfrentarse a mí.

Reginald frunció el ceño ante las palabras de Rowan.

—¿Qué le has hecho? ¿Le has provocado algún daño?

—Si lo que preguntas es si está encerrada, la respuesta es no. Y tampoco le hemos hecho daño. La tratamos como una invitada más en nuestro castillo.

Reginald resopló y señaló a su alrededor.

—Para ser una invitada más no la veo desayunar con los anfitriones…

Rowan tragó saliva antes de responder, pues estaba seguro de que no le iba a gustar lo que iba a comunicarle, ya que a él mismo también le molestaba.

—Ha salido a pasear.

Reginald arqueó una ceja.

—¿Sola?

—No, con uno de mis hermanos.

Los ojos del guerrero del clan Comyn se abrieron desmesuradamente.

—¿Está sola con un hombre? Podría aprovecharse de ella.

—No es con cualquier hombre. Te repito que es mi hermano, y confío plenamente en él. Además, no es el tipo de mujer que le gusta…

Reginald dio otro paso hacia él.

—¿Ahora la llamas fea?

Rowan tenía la impresión de que era la conversación más extraña que había tenido nunca. Estaba comenzando a perder la poca paciencia que tenía. Quería que ese desgraciado se marchara de su casa y los dejara en paz para seguir su vida, quería que desapareciera también de la vida de Gillian y no volviera a pensar en ella, pero, sobre todo, deseaba hacer desaparecer de su rostro aquella expresión asqueada.

—¿En qué quedamos, muchacho, quieres que la respetemos o que la violemos?

—Lo que quiero es que la soltéis.

Rowan dio un paso también hacia él sin apartar la mirada de sus ojos.

—Repito que es nuestro seguro contra vosotros.

Reginald dio otro paso más.

—Y yo repito que es mi prometida —respondió haciendo hincapié en el posesivo.

Rowan torció la cabeza. Sentía cómo la oscuridad de su alma se apoderaba de todo su cuerpo y comenzaba a hacerlo temblar. Solía ocurrirle cuando estaba a punto de perder la paciencia, y siempre le resultaba imposible contenerse.

—Enhorabuena por esa futura boda, pero aún no se va a celebrar…

Reginald dio un paso atrás y señaló a Cora, acercándose a ella.

—Entonces, podría llevarme a tu hermana como seguro para evitar que le hagáis daño a Gillian.

Cora arqueó una ceja sin moverse del sitio, pero le sorprendió ver que de la garganta de Alasdair escapaba el gruñido de un animal. La joven intentó responder a esas palabras, pero fue el propio Alasdair quien puso la atención de Reginald sobre él.

—La idea de ir a por tu prometida fue mía, no de Rowan. ¿Por qué no ajustas cuentas conmigo?

Los ojos de Reginald lo recorrieron antes de responder.

—Tú no eres nadie para entrometerte.

—Alasdair es uno de mis mejores hombres. Tiene todo el derecho a hacerlo.

Los puños del recién llegado se apretaron fuertemente.

—Tengo la impresión, Chattan, de que no has traído a mi prometida solo como seguro para evitar ataques.

Rowan frunció el ceño.

—¿Y para qué la he traído, según tú?

—Si está aquí es porque te sentiste atraído por ella cuando la viste en la reunión.

El laird Chattan no pudo evitar apretar los puños con fuerza y rechinar los dientes.

—O tal vez quien se sintió atraído por ella fue el que ideó el plan.

Alasdair resopló y miró hacia otro lado, topándose con los ojos inquisidores de la propia Cora, que desvió su mirada hacia sus propias manos.

—No tengo por costumbre fijar mi interés en mis enemigas —respondió Rowan intentando mantener una pose calmada.

—Pues es lo único que explica todo este montaje. No creo que la belleza de Gillian haya pasado desapercibida a ninguno de vosotros.

En ese instante, y al ver que sus hijos y Alasdair se mostraron iracundos, Amelia se incorporó y rodeó ligeramente la mesa para ponerse del otro lado y no acercarse a Reginald. Lo encaró con una sonrisa que intentó ser amable y asintió.

—Tienes razón, muchacho. Tu prometida es muy hermosa, pero también lo son las mujeres de nuestro clan y debemos cuidar de ellas y sus hijos, por eso tu prometida está aquí. Desde hace meses, alguien está atacando nuestras tierras nuevamente y todo parece indicar que es el clan Comyn.

Amelia levantó una mano para pedirle que callara cuando intentó intervenir para rebatir sus palabras.

—No os estoy señalando. Quienes os señalan son quienes se visten con vuestros colores y se hacen pasar por vosotros. Es eso lo que debemos averiguar entre vuestro clan y el nuestro. Me parece justo que Gillian se encuentre entre nosotros para evitar problemas. Es solo un mero trámite. La estamos tratando con el respeto que merece. No le vamos a hacer daño.

Reginald la miró de arriba abajo.

—Usted no se meta, señora.

Rowan dio un paso al frente y llevó la mano a la empuñadura de la espada. La desenvainó y le mostró la punta de la misma. En ese instante, Cora se levantó para apartarse de una posible pelea entre ellos, pues estaba sentada justo en medio, pero cuando intentó apartarse, Reginald alargó la mano y tiró de su brazo para empujarla contra él. La joven dejó escapar una exclamación de sorpresa y dolor cuando la punta de la daga del guerrero Comyn se posó sobre su garganta.

Instantáneamente, Sloan y Alasdair también desenvainaron sus espadas. La mirada del segundo estaba puesta en el pequeño hoyuelo que se formaba en la piel de la joven cuando Reginald apretó la punta contra ella.

—Creo que has comenzado a perder el juicio, muchacho. Suelta a mi hermana.

Ni siquiera la profunda y oscura voz de Rowan logró provocar que Reginald la soltara, sino que la apretó más contra sí.

—No pienso hacerlo, Chattan. Si tú tienes a mi prometida, yo puedo

llevarme a tu hermana.

—Estás loco si crees que vamos a dejar que salgas de aquí con ella —masculló Alasdair con ira apenas contenida.

—Reginald, desde que has entrado en este castillo, se te ha respetado. Podrías hacer tú lo mismo con nosotros… —dijo Rowan acercándose a él.

—Ninguno de los aquí presentes merece respeto alguno por parte de un Comyn.

—Ten cuidado con tu lengua. No te voy a permitir que nos insultes en nuestra propia casa y te atrevas a hacer daño a mi hermana…

Cora intentó soltarse con todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue que la daga de Reginald le hiciera un corte en el cuello.

—Sois vosotros quienes nos habéis insultado a los Comyn al secuestrar a mi prometida. Dime la verdad, ¿qué piensas hacer con ella?

Rowan resopló con fuerza.

—Pero ¿acaso no escuchas? La estamos tratando como una invitada. Nada más.

—Y yo tengo que creerte, ¿no? Y después, ¿qué? ¿Tendré que recoger sus restos, lo que dejéis de ella?

—Si no nos atacáis, no le haremos nada. Y ahora mismo, te la estás jugando…

Reginald dio un paso atrás, arrastrando con él a Cora, que intentaba escapar de alguna manera.

—No me refiero a eso, Chattan, sino al hecho de que vayáis a convertirla en una furcia para los hombres del clan.

Rowan negó con la cabeza.

—Te estás equivocando. La estamos respetando, y me estoy hartando de repetirlo.

—La respetáis de momento… Pero después querrás meterla en tu cama y yo tendré que recoger las migajas.

Rowan frunció el ceño. Su corazón latía a una velocidad vertiginosa. No solo por el hecho de que su hermana estaba siendo amenazada por Reginald, sino por lo que significaban las palabras que el guerrero Comyn acababa de soltar por su boca. El simple hecho de pensar en que alguien del

clan Chattan pudiera aprovecharse de Gillian provocó que todo su ser enloqueciera. Sintió un poderoso sentimiento en su pecho que no supo explicar, pero era algo tan parecido a los celos que incluso llegó a desear matar a Reginald por intentar llevársela. Sin embargo, se obligó a mostrarse tranquilo.

—Me sorprendes. Has pasado de insultar a los Chattan para pasar a insultar a tu prometida…

—Es que no quiero una furcia a mi lado. Me quiero casar con una mujer honrada.

Rowan contuvo un resoplo.

—Es que Gillian es una mujer honrada.

Reginald entornó los ojos.

—¡La llamas por su nombre! —bramó el guerrero Comyn—. ¿Ya se ha encamado contigo?

—Te recuerdo que estás hablando de tu prometida y de mí mismo. Muestra respeto…

Reginald negó con la cabeza, moviendo también la mano que sostenía su daga.

—¡Qué respeto voy a mostrar por un desgraciado y su furcia!

Rowan lo miró al tiempo que elevaba su espada, dispuesto a atacar en cuanto tuviera una mínima oportunidad. La molestia que sentía en su pecho ante esas palabras se acentuó y apenas podía contenerse ya. No le molestaba el hecho de ser insultado. Muchos otros lo habían hecho antes y ya no le afectaba, pero que insultara a la joven, que no había hecho nada, le hizo sentir una profunda rabia que estaba a punto de culminar.

—¿Has venido aquí en busca de tu prometida o solo deseas insultarnos? ¿En algún momento la has querido de verdad o solo deseas su estatus?

—¿Qué dices?

—Lo que digo es que si la amaras tanto como dices para venir a por ella, la respetarías y apoyarías en un momento así.

—Eres tú quien no la respeta.

Esas palabras provocaron que Sloan resoplara con fuerza, sin embargo, fue Rowan quien siguió respondiendo.

—No soy yo quien la ha llamado furcia, así que espero que la respetes.

Reginald lo apuntó con la daga que tenía entre las manos.

—¿Por qué te molesta tanto que la llame así? Reconoce de una maldita vez que te gusta…

—Has perdido el juicio de camino hacia aquí…

—Sientes lujuria. La veo en tus ojos.

—Y yo veo tu locura.

Reginald lanzó un gruñido de rabia, volviendo a colocar la punta de la daga en el cuello de Cora, que siseó de dolor.

—¿Dónde está? ¿Dónde está esa furcia? Quiero ver si ella siente lo mismo que tú.

—Por lo que veo, nosotros respetamos a tu prometida más que tú mismo.

—Sois unos desgraciados. Yo tenía unas aspiraciones y lo único que habéis hecho ha sido destrozarlas. Si vosotros me habéis quitado a mi prometida, yo pienso quitaros también algo.

Y en el momento en el que Reginald levantó el brazo para clavarle la daga a Cora, la joven se movió rápidamente, dejando un hueco entre ella y el guerrero Comyn, por lo que Rowan se adelantó con la espada en alto y logró clavársela a Reginald en el centro del pecho justo en el momento en el que el grito de una mujer rompió el silencio desde la puerta.

CAPÍTULO 11

En el rostro de Gillian se dibujaba una sonrisa mientras cruzaba el umbral del enorme portón del castillo. Kester caminaba a su lado con el mismo gesto y, a pesar de que habían salido de allí como enemigos entre los que solo cabía el odio y la ironía, ahora mostraban respeto y amabilidad el uno por el otro.

Gillian había conocido a un guerrero divertido y amable con el que podía dar rienda suelta a su imaginación e ironía, ya que siempre lograba conseguir una respuesta con el mismo tono que ella. La imaginación del guerrero era brutal, demostrándole que, a pesar de todo lo que le habían contado sobre los Chattan, realmente había personas buenas entre sus filas. El propio guerrero le había mostrado hasta dónde podía llegar con él, ya que no pensaba dejarla escapar. Se había mostrado pendiente de todos y cada uno de sus movimientos y, a pesar de que Gillian había buscado una vía de escape, sabía que no habría podido escapar. No obstante, reconoció para sí misma que había encontrado a un potencial aliado dentro de esos muros. O al menos a alguien con quien pasar un buen rato.

Pero a pesar de lo que sentía en el instante en el que cruzaba el portón, no quería ni podía olvidar que ellos eran sus enemigos, familiares del hombre que mató a su hermano. Habían provocado una guerra entre varios clanes y estaban a punto de llevarlos a otra después de señalarlos como culpables de robo.

—Nunca pensé que una Comyn podría ser una buena compañía. Y si reproduces estas palabras en cualquier otro lugar, las negaré en rotundo…

Gillian sonrió y asintió.

—Supongo que debo decir lo mismo, pero teniendo en cuenta que eres un Chattan y yo soy tu enemiga, prefiero cortarme la lengua antes que hacerlo.

Kester dejó escapar una risa, que rápidamente fue cortada por la voz de su hermano gemelo.

—Me temo que esa sonrisa se os va a borrar pronto de los labios…

Gillian rodó los ojos, aunque una parte de ella se enorgulleció por el motivo de esas palabras.

—Supongo que tu hermano Rowan está furioso por nuestro paseo.

Arran la miró y asintió.

—Lo está, y de hecho quiere hablar con Kester por ello. No obstante, no es el único motivo…

—¿Ha pasado algo? —preguntó Kester.

—Sí, que tenemos visita en el salón —respondió Arran sin apartar la mirada de Gillian.

La joven leyó sus ojos y su corazón se aceleró rápidamente.

—¿Es mi padre?

Arran negó con la cabeza.

—Tu prometido…

Gillian lanzó una exclamación de sorpresa y nerviosismo. Al instante, se encaminó hacia la entrada de la fortaleza, seguida de Kester, que sabía que recibiría una amonestación por su salida con la joven. Pero esta no era consciente de sus pasos, sino del repiqueteo de su corazón en su pecho. ¿Era cierto que Reginald se había presentado en el castillo? Tal vez querría enfrentarse a Rowan para que la soltara, algo que la hizo amarlo aún más, aunque también sintió un revuelo en el estómago al imaginar a Reginald enfrentándose a Rowan con la espada.

Gillian apretó el paso. Conocía ya el camino a la perfección y pronto escuchó gritos desde el salón. A medida que se acercaba, tenía la impresión de que la estancia se alejaba más y más de ella, pero lo peor de todo llegó cuando escuchó un último grito y un gorgojeo justo en el momento en el que entraba al salón como una exhalación.

De su boca escapó un grito, aunque ni ella misma se dio cuenta de eso. Tan solo fue consciente del enorme gorgoteo de sangre que escapó de la garganta de Reginald mientras su mirada se dirigía desesperadamente a ella. Ni siquiera se dio cuenta de que el resto de la familia Chattan se encontraba allí. Solo logró empujar ligeramente a un extraño Rowan, que se había interpuesto en su camino.

Gillian se arrodilló junto a su prometido y le sostuvo la cabeza mientras moría. Sabía que eran los últimos momentos de Reginald en el mundo y no quería que la viera gritar ni sufrir en ese instante. Solo deseaba que se marchara de este mundo viendo una sonrisa en sus labios. El agujero que había abierto en su pecho era demasiado profundo y grave como para

intentar curarlo con alguna de sus hierbas, y no pudo sino odiar aún más al hombre que lo había hecho. Ya eran dos personas a las que amaba que morían bajo el yugo de su maldita espada, y se lo haría pagar muy caro.

Justo cuando una lágrima acudió a sus ojos, Reginald abrió la boca para decir algo, pero apenas pudo decir nada coherente.

—Estoy contigo, amor mío —susurró, ignorando la presencia de los demás en el salón.

Todos se encontraban en completo silencio mientras ella sentía que todo su mundo se venía abajo una vez más. No pudo evitar dejar escapar un sollozo cuando los ojos de su prometido se cerraron para siempre. Lo sacudió ligeramente, pero él ya no respondió. Sus ropas, antes blancas, ahora formaban un círculo rojo que se había extendido al suelo, manchando el suelo.

Su prometido había muerto, dejándola completamente sola en ese maldito infierno de castillo y en su propio clan. Estaba segura de que ya nadie la miraría con los mismos ojos después de eso. La culparían de la muerte de Reginald y no podría hacer nada para evitarlo.

Gillian dejó caer suavemente la cabeza de su prometido al suelo. Calculando cada movimiento de su cuerpo, la joven se levantó poco a poco del suelo. Miró una vez más al guerrero muerto y se giró lentamente hacia los demás. Las miradas de todos estaban puestas sobre ella, pero la joven solo tenía ojos para el culpable de todo eso.

De soslayo, vio que la madre del guerrero se acercaba lentamente.

—Gillian, creo que deberías saber lo que ha sucedido aquí —comenzó diciendo con voz suave.

—Lo que ha sucedido es que el desgraciado de tu hijo, no contento con haber matado a mi hermano, ha hecho lo mismo con mi prometido.

Y mirando a Rowan, le espetó:

—¿En algún momento vas a cansarte de hacer daño a mi familia? ¿Para esto querías que viniera aquí? ¿La próxima soy yo?

Rowan se mantuvo en silencio, sosteniéndole la mirada. Y dejó que Cora fuera la siguiente en dirigirse a Gillian.

—No es lo que crees. Tu prometido…

—¡Mi prometido está muerto! —vociferó—. Y nadie ha hecho nada por impedirlo. Sois todos iguales. Los Chattan lleváis a todo el mundo a la ruina y a la muerte. Representáis el dolor y el infierno. No sabéis lo que es la piedad ni la empatía. Actuáis acorde a un salvajismo más propio de nuestros antepasados.

—Estás equivocada —dijo Rowan por fin—. No lo he matado por placer.

—¿Y por qué lo habrías matado? —gritó fuera de sí—. Déjalo. No respondas. No quiero saberlo. Seguro que Reginald te ha llevado la contraria en algo y lo has matado por eso.

—Tu querido prometido no es como tú pensabas… —dijo Rowan acercándose a ella lentamente después de tirar la espada al suelo.

Y a pesar del peligro que vibraba alrededor de Rowan en ese instante, Gillian se mantuvo en el sitio, sosteniéndole la mirada con orgullo y furia. Esta dolida. Sus ojos no dejaban de derramar lágrimas mientras intentaba mirar a todos a través de ellas. Llegó a ver comprensión en los ojos de Amelia, pero no la creyó. No quería creer a nadie. Eran unos asesinos, y sabía que la siguiente sería ella.

—No te atrevas a insultar a alguien que ya no puede defenderse, Rowan Chattan —dijo señalándolo con el dedo—. Eres un hombre sin valores, sin educación y un maldito asesino. Pero pagarás por todo lo que nos has hecho. Te lo juro.

Rowan la tomó de la mano que lo señalaba y la acercó a él, provocando que trastabillara y se diera de bruces contra su pecho. Rápidamente, Gillian intentó soltarse de él, pero Rowan la apretaba con tanta fuerza que, durante un segundo, creyó escuchar el crujido de su muñeca.

—¡No te atrevas a tocarme, desgraciado! —vociferó.

—El que ha estado a punto de asesinar a alguien a sangre fría en este salón es tu prometido.

Gillian elevó sus ojos hacia él, clavándolos en el acero forjado que habitaba en los de Rowan, que sorprendentemente mantenía la calma.

—¡Eso no es cierto! —exclamó, incapaz de verlo a través de las lágrimas a pesar de la cercanía entre ellos—. Reginald era un hombre amable y considerado. ¡No como tú, que eres una maldita bestia!

Gillian levantó su mano libre para golpearlo con fuerza en el pecho. Y al

no ver reacción alguna por su parte, volvió a hacerlo. Estaba cansada, herida, deseosa de regresar a un lugar donde sentirse segura; sentía rabia, dolor y un profundo agujero en su alma por no haber podido salvar a tres de las personas más importantes de su vida. Su hermano, su madre y su prometido habían muerto sin que ella pudiera hacer algo para salvarlos. No había hierbas suficientes en el mundo para hacerlo, y sentía una inmensa culpa en su interior.

—¡Te odio, Rowan Chattan! —exclamó golpeándolo de nuevo—. Algún día pagarás por todo el dolor que has sembrado a tu alrededor.

Cuando la joven intentó golpearlo de nuevo, el guerrero atrapó su otra muñeca y la miró a los ojos.

—Si me dejaras explicarte lo que ha sucedido, entenderías por qué tu prometido ha acabado con un agujero en el pecho.

—¡No quiero escucharte! ¡Suéltame! ¿O como soy una prisionera no tengo derecho a llorar a mis muertos en soledad?

En ese mismo instante, los dedos de Rowan dejaron de sujetar a Gillian, que, sin mirarlo de nuevo, corrió hacia la salida del salón con ojos llorosos. Rowan suspiró largamente y bajó su mirada hacia el cuerpo de Reginald. Mentalmente lo maldijo por haber provocado que la joven los odiara aún más. La culpa era de él y no suya. Había llegado insultando y después había intentado matar a su hermana. Su deber era proteger a los suyos de sus enemigos, pero después de ver el verdadero dolor en los ojos de Gillian por primera vez en su vida dudó sobre si había hecho lo correcto.

Rowan sintió en su hombro una mano demasiado pequeña para la anchura de su cuerpo. Levantó la mirada y vio a Cora, que lo observaba con cierta timidez y culpabilidad.

—Intentaré hablar con ella cuando las cosas se calmen. Debe saber la verdad.

Rowan la miró largamente en silencio, como si estuviera pensando una respuesta coherente. Y acabó asintiendo sin añadir nada más. Después, se giró hacia Sloan y Alasdair para decirles:

—Que alguien recoja su cuerpo y lo envíe a sus tierras con una misiva contando lo que ha pasado.

Sloan se acercó a él.

—¿Eso no podría llevarnos de nuevo a la guerra?

—Después de lo que ha pasado, no quiero que vuelvan a llamarme asesino a la cara. Solo he defendido a mi familia de un hombre que pretendía hacernos daño. Nada más… De ellos depende mantener la paz o marchar a la guerra.

Sloan asintió y Rowan miró a su madre de soslayo de manera fugaz, pero esta lo paró cuando lo vio dirigirse hacia la puerta.

—Hijo…

—No quiero escuchar un sermón, madre, como si fuera un niño pequeño.

Amelia sonrió ligeramente y negó con la cabeza.

—No voy a sermonearte, Rowan. Solo quiero que sepas que estoy orgullosa de ti y que dejes de hacer tuyas las palabras de los demás.

—No la entiendo…

Amelia miró a su alrededor y vio cómo los demás se movían, excepto Kester, que los miraba desde el pasillo. La mujer suspiró y volvió a dirigir su mirada a su primogénito.

—Que siempre has creído todo lo que han dicho de ti. No eres un asesino ni eres mala persona. Tan solo eres un laird que tiene que cuidar de su gente, pero eso no te hace malo, sino que te obliga a tomar decisiones difíciles en la vida. Y el peso que cargas sobre tu espalda es demasiado.

—Acabo de matar a un hombre. Sí, soy un asesino.

—Has defendido a tu hermana. Si está viva es gracias a ti. Veo cómo te rompes cada día, Rowan. Y no me digas que no —Levantó una mano para callarlo—. Muestras ante todos a un hombre que no es real. Tú no eres así, hijo. Te conozco. Te he criado y sé lo que tienes en el corazón. Pero está tan escondido bajo capas de acero que será difícil sacarlo de nuevo.

—Eso está muerto, madre. Murió con mi mujer y mi hijo.

—No metas a Elisabeth en esto porque jamás la amaste. A John, sí. Perder a un hijo es lo peor que te puede pasar. Te rompe por dentro, pero no puedes morir con ellos. Tu deber es seguir adelante, Rowan, porque tú sigues vivo y aún tienes cosas que hacer en este mundo antes de cruzar al otro lado. Vive, Rowan, aunque te rompa por dentro. Vive.

Rowan miró a su madre durante unos segundos en silencio, hasta que

acabó asintiendo levemente. Después, se dirigió hacia la salida del salón y clavó su mirada en Kester, que apretó la mandíbula con fuerza.

—Ven a mi despacho —le ordenó con voz profunda.

Kester asintió y lo siguió hasta allí, donde ya no se escuchaba el ruido del salón ni del resto del castillo. El silencio los rodeaba, como si fueran dos extraños que estaban a punto de conocerse para entrar a luchar en una batalla.

Rowan dejó que su hermano entrara antes en el despacho para cerrar él la puerta a su espalda. Kester paró en medio del mismo con los brazos a la espalda y los hombros cuadrados. Su rostro estaba tan serio que el propio Rowan pensó que ese hombre que había frente a él no era su hermano.

—Ya sé lo que me vas a decir —comenzó Kester.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí, que no debí salir a pasear con la muchacha Comyn sin tu permiso.

—Y si sabes eso, ¿qué crees que voy a decir después?

Kester se encogió de hombros.

—Supongo que querrás castigarme por desobedecer.

Rowan lo miró largamente. Su hermano le sostuvo la mirada y, durante un instante, volvió a ver al pícaro niño que había aún escondido en su hermano. Aunque los gemelos eran más pequeños que él, siempre los había protegido, pues temía que perdieran ese humor y amor por la vida que habían demostrado desde pequeños. Aún resonaban en su memoria las risas de ambos cuando hacían una travesura en el castillo y lo ponían patas arriba. En parte, solo en parte, había envidiado esa libertad que ellos tenían, ya que no debían demostrar su valía ante nadie, lo cual los dejaba ser espontáneos, algo que él jamás había podido disfrutar.

—Si fueras cualquiera de mis hombres, sí, te castigaría por salir con la joven a pesar de haber dejado claro que debíais informarme para ser yo, y no otro, quien saliera con ella. Pero eres mi hermano…

—No quiero ningún trato de favor, Rowan —le espetó Kester mirándolo a los ojos.

El aludido suspiró de forma profunda.

—Solo quiero saber qué has descubierto de ella.

Kester arqueó una ceja.

—¿Perdón?

—Has paseado con ella y supongo que no habéis estado callados. Te conozco. Siempre intentas conocer en profundidad a las personas, Kester. Es algo que se te da muy bien. Quiero saber qué has descubierto de ella.

Su hermano acabó sonriendo y negando con la cabeza.

—Creo que prefiero limpiar boñigas de caballo antes que hablar de esa muchacha contigo.

—¿Te gusta?

—¿Qué? —preguntó, horrorizado—. ¡No! Es hermosa, sí, pero no es el tipo de mujer en el que me fijaría.

Rowan estuvo a punto de sonreír al escuchar esas palabras, pues habían sido las mismas que él había pronunciado ante Reginald minutos antes. No obstante, algo en su interior necesitaba escucharlas por algún motivo. Conocía a su hermano y sabía de sus diferentes amoríos con algunas de las sirvientas, por lo que deseaba saber si quería algo con Gillian.

—He de reconocer que no tiene nada que ver su forma de ser contigo a como ha sido frente a mí. En un principio, era fría como el hielo, pero he descubierto a una buena contrincante con la que mantener una conversación irónica en cada momento. Siempre sabe qué responder y cómo hacerlo. Es muy buena…

Poco a poco, la tensión entre ambos hermanos fue desapareciendo y Rowan se apoyó en la mesa para escuchar todas las palabras de Kester, que eran las mejores hacia la joven.

—Hemos paseado hasta el lago y creo que hemos perdido la noción del tiempo. Por eso hemos tardado tanto en regresar.

—¿Y te ha contado algo de su familia?

Kester se carcajeó.

—¡No! He preguntado varias veces, pero directamente me decía que no me iba a contar nada sobre ellos. Aunque se ha abierto un poco, nos sigue viendo como enemigos. Bueno… ahora incluso más.

Rowan torció la cabeza, pero no respondió.

—¿Crees que puede ser un peligro para el clan tenerla aquí?

Kester arqueó una ceja.

—No lo sé. Mientras estábamos en el lago he conocido a una persona amable. Sabe muchísimo sobre plantas, así que podría ayudarnos con las heridas. Se preocupa por todos y llega a ser muy divertida. Pero de ahí a querer vernos muertos… Podría ser después de lo sucedido con su prometido. Tenía mucho odio en su mirada. ¿Qué ha pasado?

—Nos ha insultado a todos y ha estado a punto de matar a Cora.

Kester silbó y torció la cabeza.

—Será difícil convencerla de lo que ha pasado, pero puede que madre y Cora lo consigan.

—Intentaré hablar con ella yo también, aunque dejaré pasar unos días hasta que se calmen las aguas…

Kester asintió.

—Y ahora, dime. ¿Cuál es mi castigo?

—No voy a castigarte, hermano. Pero espero que no vuelvas a salir con ella sin avisar.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Prefieres pasar el resto de tu vida limpiando las cuadras?

—No.

—Pues cállate y márchate antes de que me arrepienta.

Kester sonrió y le guiñó un ojo. Se giró hacia la puerta y salió de allí, dejándolo solo.

En ese instante, Rowan se pasó las manos por el rostro. Caminó hacia la jamba de la ventana y se dejó caer sobre ella. En su ropa había manchas con la sangre de Reginald. Sabía que debía cambiarse, pero en ese momento necesitaba estar completamente solo y alejado del ruido del castillo.

Jamás había sentido algún tipo de aprecio por sus enemigos, pero después de ver el dolor en los ojos de Gillian tenía la impresión de que había abierto una enorme brecha entre ellos. Una brecha que sería imposible cerrar y que, sin saber el motivo, le dolía terriblemente. Desde la muerte de su hijo no había vuelto a sentir semejante dolor. Ni siquiera cuando su padre fue asesinado por el hermano de Gillian logró sentirlo. En aquel momento fue

la rabia lo que lo consumió, pero no el dolor.

Casi podía sentir aún los pequeños puños de la joven contra su pecho y los gemidos de dolor y miedo que lanzaba en su pesadilla sin ser consciente de que él la estaba observando. Esos eran los únicos momentos en los que había visto un resquicio del alma de la joven desde que la conocía. Y, en parte, sentía celos de Kester por haber mantenido una conversación con ella de forma pacífica, algo a lo que él ya no podría aspirar.

Rowan lanzó un rugido que llenó de dolor el espacio del despacho. ¿En qué momento esa joven había logrado meterse tanto en su piel que le resultaba imposible no pensar en ella? Tenía la seguridad de que había sido en ese primer encuentro en medio de la reunión entre los clanes, que parecía haber ocurrido meses atrás y no hacía tres días. Había sido una conexión tan repentina e instantánea que no lograba entender qué demonios estaba pasando, pero había sentido tanto odio hacia Reginald cuando lo escuchó insultarla que solo deseó vengarla. Por Dios, lo había escuchado insultar a su prometida sin un motivo claro. Simplemente, pensó que había perdido el juicio por completo y que no sabía lo que decía. Y ahora que la había vengado por aquellos insultos, una parte de su alma podía descansar en paz. No obstante, esa paz era amarga, pues había logrado hacer que la joven lo odiara aún más. Y ahora sí que no sabía qué hacer.

Le habría gustado seguirla y obligarla a que lo escuchara, pero sabía que sería en vano en ese momento, ya que sentía tanto odio y dolor que no iba a escuchar ninguna de sus palabras. Por ello, quiso delegar en Cora esa misión. Confiaba en su hermana y deseó que pudiera convencerla de lo que realmente había sucedido.

Rowan tomó aire profundamente y lo dejó escapar lentamente. Su vida volvía a ponerse patas arriba y pensó en que tal vez podría haber una guerra contra los Comyn por el asesinato de Reginald, pero en ese instante no le importó. Incluso habría dejado que lo mataran tan solo para dejar de sentir dolor.

Vive, Rowan, aunque te rompa por dentro, le había dicho su madre. No era la primera vez que Amelia le decía aquella frase. Cuando murió su padre y él se convirtió en laird, también la escuchó de sus labios, pero Rowan tenía la impresión de que no vivía el día a día, sino que sobrevivía a los demás y a sí mismo. Lo habían forjado en acero desde que era tan solo un niño. Y se había revestido por completo con ese acero. Era un peligro para

sí mismo y también se había convertido en uno para los demás. Tan solo necesitaba descubrir por qué le dolía tanto haberse convertido en un peligro igualmente para Gillian Comyn.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente, el castillo parecía haber vuelto a la normalidad. Habían enviado el cuerpo de Reginald a tierras Comyn junto con una misiva en la que explicaban lo que había sucedido, aunque Rowan no tenía mucha esperanza en que creyeran sus palabras, por lo que solo les quedaba esperar la reacción de su clan enemigo.

Y a pesar de que todo en el castillo funcionaba con normalidad, la mesa en la que estaban desayunando parecía estar repleta de personas que se encontraban en un funeral. Toda la familia Chattan, incluido Alasdair, se encontraban comiendo en silencio el maravilloso desayuno que había frente a ellos. Ninguno de los presentes quería pronunciarse sobre lo que había sucedido el día anterior y la incomodidad y la tensión en la que se habían sumido el resto de horas del día.

Incluso Arran y Kester estaban más serios de lo normal y no se atrevían a hacer broma alguna de nada.

La gran ausente en la mesa era Gillian, que se negaba a comer desde el día anterior. A pesar de que las sirvientas le habían subido varias bandejas con comida, siempre las recogían igual. Tampoco deseaba ver a nadie ni hablar con Cora, que había intentado varias veces subir a hablar con ella para aclarar lo sucedido.

Y durante toda la noche anterior, Rowan llegó a pensar en que lo mejor para todos era devolverla a su hogar junto al cadáver de su prometido. Sin embargo, algo en su interior no se lo permitía, ya que estaba seguro de que no volvería a verla. ¿Qué demonios le estaba pasando? Estaba completamente obsesionado con ella desde el primer momento y sabía que no podía seguir por el mismo camino, pero necesitaba tenerla allí, pues tenía la impresión de que solo en ese castillo estaría protegida.

Junto a él, su madre dejó la cuchara sobre la mesa y carraspeó.

—He pensado que tal vez podría invitarla a pasear por los alrededores o incluso llevarla al pueblo para mostrar un mínimo de normalidad.

Cora arqueó una ceja y suspiró.

—Madre, esa muchacha ahora mismo está pasando por un duelo y no quiere saber nada de nosotros o del mundo.

—Pero no puede encerrarse por siempre en una habitación. No somos sus captores, sino sus anfitriones.

—Su prometido ha muerto, madre —insistió Cora—. Si el hombre al que amo muriera, no querría seguir viviendo.

Frente a ella, Alasdair levantó la mirada y apretó la cuchara tan fuerte que estuvo a punto de partirla. Al lado de este, Arran la miró con una ceja enarcada.

—¿Y a quién ama mi hermanita para querer morir junto a él? —El guerrero hizo adrede la pregunta, con la intención de calmar los ánimos y cortar la tensión que se respiraba en el ambiente.

Cora se sonrojó y desvió su mirada hacia un lado, topándose con los ojos de Alasdair, que la miraban con interés.

—No amo a nadie. No digas tonterías.

—Entonces, ¿por qué has dicho eso?

Cora resopló y apartó su plato, tan nerviosa de repente que era incapaz de seguir desayunando.

—Eran solo palabras. Me he puesto en la piel de Gillian, pero no quiere decir que ame a nadie.

Kester sonrió y la miró desde su asiento.

—Te he visto muy acaramelada con Nicolas…

Cora se levantó de su asiento con rapidez y los encaró.

—Dejad de meteros en mi vida, de la misma forma que yo no me meto en lo que hacías con Nora, la sirvienta, en uno de los cuartuchos cercanos a las mazmorras…

Kester sonrió ampliamente y se encogió de hombros, restándole importancia.

—Y no es la primera sirvienta con la que me encamo…

Cora resopló, enfadada, y se dirigió hacia la puerta, haciendo caso omiso a la voz de su madre, que le pedía que regresara a la mesa.

—¿En algún momento dejaréis de burlaros de ella?

—Es la pequeña de la familia. Nuestro deber como hermanos mayores es enrabietarla…

Kester le guiñó un ojo a Arran para decirle que estaba de acuerdo con sus palabras, aunque rápidamente se puso serio tras una mirada de su madre.

Por su parte, Alasdair se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis, tengo que irme a trabajar.

Rowan asintió y lo dejó marchar.

—Madre, deje un tiempo sola a la muchacha Comyn. No quiero que se sienta presionada por nosotros más de lo que ya debe sentir. Ella sola saldrá de su dormitorio cuando lo necesite.

—De acuerdo. No quiero que las cosas se tuerzan más de lo que ya están. Pero ¿y si su padre nos declara la guerra después de lo sucedido con su prometido?

—Iremos a ella.

—¿Cumplirás tu promesa y la matarás?

Rowan sintió aquella pregunta como un golpe de lleno en el rostro. Levantó la mirada hacia su madre al tiempo que aferró la cuchara con fuerza para evitar que cayera de entre sus dedos. Tragó saliva ruidosamente y frunció el ceño. Le había jurado al padre de la joven que la mataría si se atrevían a atacarlos. Y ahora que ellos habían matado a Reginald, podrían haberles dado un motivo para hacerlo. Entonces, ¿la mataría? ¿Sería capaz de empuñar el arma que le arrebatara la vida? Tenía una respuesta clara para esa cuestión:

—Padre siempre nos enseñó a respetar a las mujeres tanto en la paz como en la guerra. Si amenacé a Elijah Comyn con matarla fue para evitar que nos atacaran, pero jamás le haría daño.

Amelia le sonrió, y fue una sonrisa tan extraña que el propio Rowan se sintió incómodo y apartó la mirada.

—Algo me dice que esa joven podría enseñarnos muchas cosas a los Chattan si pudiera abrirse a nosotros. Además, sería bienvenida a la familia si alguno de vosotros lo deseara…

Sloan resopló y puso cara de asco, mientras que Arran y Kester rodaron los ojos. Sin embargo, Rowan respondió a esas palabras con un ceño fruncido y unos ojos entornados que intentaron adivinar lo que su madre quería decir.

—¿A qué se refiere, madre?

—A que esa muchacha se ha quedado sin prometido. Y tal vez sería un buen partido para alguno de vosotros como forma de demostrarle a los Comyn que queremos la paz.

—Ninguno de nosotros quiere casarse, madre —respondió Sloan.

—Tranquilo, hijo, solo es una sugerencia. Los matrimonios entre clanes para asegurar las alianzas siempre han estado a la orden del día, pero yo no voy a obligaros. Vosotros mismos conocéis lo que debéis hacer o no…

Rowan siguió callado, pero la mirada de su madre, que seguía sobre él, logró exaltarlo demasiado. ¿Acaso quería decirle algo con aquellas palabras? Rápidamente, apartó su mirada y la mantuvo sobre su plato. Pensar en que alguno de sus hermanos quisiera casarse con ella lo enfurecía, pero él tampoco deseaba hacerlo con una enemiga. Ni con una enemiga ni con nadie. Simplemente, pensaba lo mismo que Sloan.

—Debemos aumentar la seguridad en el castillo y en el resto de nuestras tierras —cambió de tema abruptamente—. Si los Comyn se enfurecen, querrán atacar. Así que debemos estar alerta.

Sloan asintió.

—Hablaré con el resto de guerreros.

—Y que vigilen cada salida del castillo. Si esa muchacha está tan enfurecida con nosotros, tal vez pretenda escapar.

Cora salió del castillo y se dirigió a una zona del patio que solía ser poco transitada. Después de lo sucedido el día anterior, aún tenía los nervios a flor de piel y se reconocía a sí misma que no había actuado en el salón de la mejor manera. Había salido precipitadamente para evitar seguir siendo el foco de burlas, pues su humor no había mejorado tras el desayuno.

La joven dejó escapar un suspiro y se llevó las manos al rostro para intentar calmarse. Se encontraba justo detrás de la paja y las maderas que usaban para calentar el castillo, por lo que ni siquiera los vigías de la muralla lograrían verla. Tenía la impresión de que desde que aquella joven estaba en el castillo todo el mundo había perdido el norte, incluso ella misma.

Apenas podía soportar la tensión en el ambiente. Eso era algo que nunca había logrado gestionar, sobre todo desde la muerte de su padre. Cuando

todo parecía romperse bajo sus pies y todos perdían el norte, era incapaz de aguantarlo. Lo había intentado, pero su carácter se agriaba cada vez que lo hacía. Le dolía la espalda terriblemente y necesitaba que alguien pusiera una mano en su hombro y le dijera que todo estaba bien, que no iba a suceder nada. Pero esa persona no existía. No tenía un ancla al que agarrarse cuando todo se tambaleaba. Ese ancla había muerto en la última batalla dos años atrás y desde que su padre ya no estaba, no había logrado serenarse.

Cora desanudó el cordón de su camisa, pues tenía la impresión de que se estaba ahogando. Su respiración se aceleró y su cuerpo se llenó de un terrible calor que le era imposible apartar. Su mente voló lejos de allí, pues era algo que siempre la había ayudado en esos momentos en los que sentía que se asfixiaba. Y, segundos después, logró calmar los rápidos latidos de su corazón y su respiración logró serenarse.

—Toda tu familia se ha percatado de lo que te traes con Nic.

A pesar de que se encontraba de espaldas, Cora reconoció la voz a la perfección. La joven cerró los ojos unos instantes para después girarse hacia Alasdair con los brazos en jarras.

—¿Y a ti qué demonios te importa lo que yo tenga o no con Nic?

—Así que reconoces que tienes algo con él.

Cora rechinó los dientes.

—No tengo que darte explicaciones, Alasdair.

El guerrero se acercó a ella con gesto adusto.

—Eres la hermana del laird y él un guerrero que apenas ha ascendido en las filas.

—Déjame en paz, Alasdair, no es el momento.

La joven se alejó de él al sentir de nuevo que su respiración se aceleraba y amenazaba con ahogarla.

—No voy a dejarlo pasar. Siempre huyes cuando algo no te gusta.

—Dé… déjalo —le pidió dándole la espalda e intentando respirar con normalidad.

Había comprobado que cuando se ponía más nerviosa, se le cortaba aún más la respiración. Necesitaba calmarse de alguna manera, pero tener a

Alasdair detrás de ella provocaba que su respiración fuera a peor, pues siempre se alteraba a su lado.

Cora llevó las manos al pecho. Las sintió temblar con fuerza. Un intenso calor recorrió todo su cuerpo, posándose finalmente en sus mejillas, que se tiñeron de rojo ante la falta de aire.

—No puedo dejar algo así. Puede que Rowan no te haya dicho nada, pero estoy seguro de que no quiere…

Alasdair la tomó del brazo y la giró hacia él. Al instante, cuando posó su mirada sobre Cora se dio cuenta de que sucedía algo grave. La boca de la joven se abría y cerraba mientras intentaba recuperar la respiración sosegada. Sus mejillas estaban rojas mientras que el resto de su piel estaba demasiado pálida. Cora evitaba su mirada, pero Alasdair la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

Vio el agobio y el miedo en su mirada y frunció el ceño.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, horrorizado.

Cora negó con la cabeza e intentó alejarse de él, pero Alasdair la mantuvo junto a él, especialmente al notar que las piernas de la joven comenzaron a temblar, al igual que el resto de su cuerpo.

—Dime qué te pasa, por Dios.

—No puedo… respirar —dijo con dificultad.

—¿Es la primera vez que te ocurre?

Cora negó con la cabeza y apretó los puños. Tenía la impresión de que todo a su alrededor comenzaba a dar vueltas y se emborronaba, excepto el rostro de Alasdair, que estaba a centímetros del suyo. El guerrero la tomó del rostro con ambas manos e intentó serenarse él primero antes de hacerlo con ella.

—Cora, mírame.

La joven se negó a hacerlo, por lo que insistió.

—Mírame.

Finalmente, la aludida levantó su mirada y la clavó en él. El guerrero dejó escapar el aire lentamente.

—No dejes de mirarme, ¿de acuerdo?

Cora asintió, luchando contra el aire para volver a respirar.

—Intenta relajarte, Cora.

—No… puedo…

Para su sorpresa, Alasdair esbozó media sonrisa.

—Sí, puedes. Mírame. Claro que puedes. Yo sé que lo vas a lograr. Piensa en algo agradable que te aleje de aquí ahora mismo.

—Cualquier sitio donde tú no estés…

Alasdair dejó escapar una risa.

—Exacto. Donde yo no esté. Respira. Todo está bien.

Pero Cora negó con la cabeza nuevamente.

—Nada está bien.

—Te equivocas. Estás viva, tienes comida y un techo caliente. Estás sana, estás bien y toda tu familia lo está. Hay calma y la vas a encontrar de nuevo. Hay un cielo resplandeciente sobre ti. Los pájaros cantan. El viento nos trae a los espíritus de la vida que nos dan todo lo que necesitamos. Hay agua a nuestro alrededor, pero, sobre todo, hay aire. Y ese mismo aire entra por tu boca y llega al centro de tu pecho. ¿Lo notas?

Cora no podía apartar la mirada de esos ojos, y asintió. Era real. Desde que se había centrado su atención en Alasdair, como le había pedido, sentía que comenzaba a calmarse y su respiración se serenaba lentamente.

—¿Te sientes mejor?

Cora se sonrojó al comprobar que, efectivamente, había logrado calmarse y volvía a respirar con normalidad.

—Sí, ya no me ahogo.

Alasdair asintió e, incómodo, bajó las manos del rostro de la joven y dio un paso atrás. La siguió mirando con el ceño ligeramente fruncido. Jamás la había visto en semejante estado, por lo que ahora no sabía cómo actuar. Carraspeó y llevó las manos a la empuñadura de la espada.

—Bueno… hay quehaceres que requieren de mi atención —dijo con voz ligeramente ronca.

Cora asintió también y dio un paso atrás, tan incómoda como él. Y al ver que se giraba y le daba la espalda para marcharse, la joven se adelantó y lo tomó del brazo. Alasdair miró primero hacia donde estaba la mano de Cora y ascendió hacia sus ojos lentamente.

La vio sonrojarse y la oyó carraspear.

—Esto… gracias.

Alasdair asintió en silencio sin saber qué decir.

—Confío en que no le contarás a nadie… bueno, lo que ha pasado.

El guerrero dudó un instante, pero acabó asintiendo y se marchó sin añadir nada más, dejándola sola y pensativa. Sus manos y sus piernas seguían temblando, pero habían pasado de temblar ante la posibilidad de ahogarse a otro motivo bien distinto.

Cora aprovechó para respirar profundamente y llenar su pecho de aire. Por fin podía respirar con normalidad y se golpeó mentalmente por no haber podido calmarse antes de que Alasdair llegara a ella. Ahora sabía que a veces le ocurrían esas cosas, por lo que rezó para que nunca quisiera aprovecharse de ello y amenazara con contarle a su familia lo que le ocurría cuando se alteraba demasiado.

Se dijo que debía aprender a calmarse y serenarse antes de llegar al punto de casi asfixiarse. No sabía por qué le ocurría eso, pero tenía la impresión de tener tanto peso en su espalda que a veces le resultaba demasiado complicado seguir adelante. Y lo peor de todo era que sentía que no podía cambiar las cosas en su hogar.

Gillian no había querido salir de su dormitorio desde el día anterior. No podía ni quería soportar la presencia de los Chattan a su alrededor. Los odiaba con todas sus fuerzas, incluso más que antes. ¿Cómo habían podido matar a su prometido a sangre fría? A pesar de que habían intentado contarle algo, no había querido escucharlos, ya que estaba segura de que únicamente contarían mentiras sobre él.

Reginald siempre se había comportado con ella como el mejor de los caballeros, y no cabía en su cabeza que pudiera haber hecho algo contra los Chattan si lo que pretendía era salvarla a ella. Era amable y disciplinado y seguramente Elijah le había pedido ser educado con los Chattan para evitarse más problemas con ellos. Por ese motivo, no estaba dispuesta a escuchar mentiras sobre él.

Desde la jamba de la ventana sobre la que se encontraba sentada, mirando con anhelo el exterior, Gillian observó la bandeja de comida que había

sobre la pequeña mesa. No la había tocado en todo el día, pues tenía el estómago cerrado. No era capaz de probar bocado, incluso se le revolvía el estómago si imaginaba tan solo tocar esa comida.

Aún podía escuchar los últimos estertores de Reginald mientras la vida escapaba de su cuerpo. Su mirada cristalina sería algo que no olvidaría jamás; de la misma forma que tampoco olvidaría aquella mirada de Rowan Chattan. Esta había cambiado en el momento en el que ella entró en el salón. Y a pesar de que estaba realmente impactada por la muerte de Reginald, fue consciente de que primero miraba con odio a su prometido y, cuando ella entró, su mirada se volvió ligeramente arrepentida y dolida. Aún tenía esa mirada en su cabeza, como si se hubiera metido y se negara a marcharse. Pero no pensaba perdonarle jamás lo que había hecho, aunque se arrodillara para pedirle perdón.

Gillian suspiró y elevó ambas manos para secar su mojado rostro. No había dejado de llorar desde el día anterior. Estaba segura de que se iba a quedar seca por dentro, ya que había llorado más que cuando murió su madre. Sabía que habían intentado visitarla Amelia y Cora en más de una ocasión durante el día, pero no había querido verlas. Se sentía tan sola y acorralada por el enemigo que solo deseaba escapar de allí. Y en ese instante, Gillian pareció despertar del letargo en el que se había sumido desde que se encontraba en ese castillo.

Desde que su padre había aceptado que fuera con los Chattan, parecía haber perdido parte de su carácter, dejando a un lado su fortaleza. Por ello, se levantó de la jamba de la ventana y miró de nuevo al exterior. Sus ojos se dirigieron hacia el cielo, comprobando cuánto tiempo quedaba hasta el cambio de guardia en el castillo. Puesto que el día anterior se había quedado encerrada en su dormitorio, había logrado ver el cambio de guardia justo antes del anochecer.

Tras comprobar que en ese momento quedaba menos de una hora de día en el horizonte, Gillian se dijo que debía hacer lo que fuera para regresar a su hogar. No podía estar por más tiempo bajo el mismo techo que el asesino de su hermano y su prometido. Necesitaba salir de allí o ella misma acabaría muerta. Y cuando llegara a su hogar y pudiera convencer a su padre para reunir a varios guerreros, irían a la guerra contra los Chattan para vengarse de todos sus muertos.

La joven corrió hacia el baúl que había a los pies de la cama y se agachó junto a él. Lo abrió y sacó de él su capa marrón. La dobló todo lo que pudo y la escondió entre los pliegues de su ropa, pues si alguien la veía con la capa puesta desde que saliera de su dormitorio, descubrirían sus intenciones al instante.

Con el corazón latiendo a gran velocidad, Gillian recompuso su peinado y limpió su rostro de lágrimas. Eran las últimas que estaba dispuesta a dejar escapar, pues a partir de ese momento pensaba convertirse en una mujer dura contra la que ningún Chattan podría hacer nada. Iba a escapar sin mirar atrás, y después regresaría para acabar con todos.

Con paso lento, para evitar llamar la atención, Gillian bajó las escaleras. Mentalmente, rezaba para evitar que alguien de la familia del laird se cruzara en su camino, pues no quería que se dirigieran a ella. Pero la suerte estuvo de su lado y tan solo un par de sirvientes caminaron cerca de la joven mientras trabajaban, por lo que tampoco consiguió su atención.

Gillian se dirigió hacia la puerta de salida del castillo. El corazón le latía a tal velocidad que temía ser descubierta tan solo por eso. Cuando salió al exterior, barrió con la mirada todo el patio, divisando un lugar desde donde podría vigilar el portón sin ser descubierta. Al instante, sacó su capa y la colgó sobre sus hombros. Cubrió su cabeza con ella, agradeciendo al tiempo la ligera lluvia que caía sobre ellos, pues gracias a ella podría llevar la capa sin llamar la atención.

A pesar de que quería salir ya de allí, Gillian caminó despacio y se detuvo al llegar a ese pequeño lugar donde podía divisar el portón con claridad. Logró ver a dos de los guerreros que vigilaban quién entraba y salía del castillo, mientras que los demás se encontraban en lo alto de la muralla. A pesar de su escasa paciencia, Gillian esperó a que el día cayera un poco más. Sabía que el cambio de guardia estaba próximo, por lo que, mientras tanto, miró a su alrededor y comprobó que nadie la observaba.

Cuando llegó el momento, los dos guerreros que había en el portón caminaron hacia el castillo para ser sustituidos por otros. La joven sabía que disponía de apenas unos segundos para escapar de allí, así que caminó con paso firme a medida que los guerreros de la muralla se dirigían hacia las escaleras para bajarlas y llamar a sus compañeros para cambiar el turno.

Casi sin apenas abrir el portón, Gillian logró cruzarlo y, sin mirar atrás, caminó hacia los árboles más cercanos para poder esconderse y, desde allí,

correr hacia sus tierras. No le importaba el peligro del camino, ni siquiera el hecho de tener que hacerlo caminando. Tan solo deseaba escapar de allí y volver a un lugar seguro, donde no hubiera enemigos, para poder abrazar a su padre y clamar venganza por la muerte de su prometido.

CAPÍTULO 13

Rowan y Kester regresaban de una tarde de caza después de haber pasado uno de los peores días de su vida. Enviar al prometido de Gillian a sus tierras con una misiva en la que explicaba algo que sabía que no creerían le había robado parte de su energía, por lo que había necesitado salir de allí para despejarse. Y saber que su prisionera no había comido nada, no había salido del dormitorio y no había querido hablar con nadie no ayudaba en absoluto. Se había repetido hasta la saciedad que él no era responsable de ella, pero no podía evitar sentirse así después de todo.

Cora le había prometido hablar con ella en cuanto la dejara hacerlo, pero sabía que sería muy complicado hacerle ver a la joven que habían acabado con la vida de su prometido porque él mismo la había insultado, además de que había amenazado a su hermana con una daga.

El rostro de Rowan se mantenía serio y cejijunto a medida que se acercaban al castillo. Aún quedaban unos minutos para divisarlo, y, a pesar de que había logrado despejarse, no quería regresar. Y eso podía sentirlo Kester, que lo observaba de reojo.

—Creo que, si no fueras mi hermano, cabalgaría en dirección contraria tan solo para no tener que aguantar más tiempo tu expresión…

Rowan giró la cabeza en su dirección y entrecerró los ojos aún más, provocando la risa de Kester.

—Me gustaría que pudieras ver tu reflejo, hermano. Das miedo.

—Si de verdad diera miedo, no te burlarías de mí.

Kester puso los ojos en blanco.

—Rowan, solo intento cortar un poco la tensión. De verdad que te agradezco que me hayas pedido ir a cazar contigo, pero reconoce que te hubiera gustado más ir solo.

—La verdad es que no, Kester. Hoy no quería estar solo.

El aludido arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Rowan se encogió de hombros, no queriendo entrar en detalles.

—Porque no quiero enloquecer.

Su hermano lo miró largamente en silencio, hasta que su rostro se volvió demasiado serio.

—¿Tanto te importa lo que esa muchacha piense de ti?

Rowan frunció el ceño.

—¿A qué muchacha te refieres?

Kester resopló con una sonrisa.

—Venga ya, Rowan. A la Comyn… Estás así desde ayer, y no creo que sea porque estés preocupado por si su clan nos declara la guerra.

—Su opinión no me importa —dijo con cierta dificultad, provocando que su garganta doliera al pronunciarlas.

Kester inspiró con fuerza y lo observó nuevamente.

—Si hay algo de lo que puedo presumir es de conocer el alma humana…

—Piensa dos veces lo que quieres decir —le advirtió Rowan.

—Y a ti te conozco doblemente porque eres mi hermano. Y esa muchacha no te resulta tan indiferente. Nunca te he visto así con una mujer. Reconoce que llamó tu atención el primer día.

Rowan apretó las riendas del caballo con fuerza y rechinó los dientes.

—Lo que sugieres es una maldita locura. Y espero que no seas tan insensato como para repetirlo dos veces.

Kester se mordió el labio antes de responder.

—Hoy has tenido a tiro de flecha a dos conejos y has fallado. Tú jamás fallas un tiro.

—Siempre hay una primera vez.

—No para ti, Rowan. Estabas distraído. Y tú nunca te distraes. Eres perfecto en todo lo que haces. Tu mente estaba con esa muchacha. Vi cómo te cambiaba la mirada al saber que te iba a odiar por el resto de su vida.

Rowan gruñó entre dientes.

—No digas sandeces, Kester. Es nuestra enemiga.

—Pero es muy hermosa.

—No deja de ser enemiga.

—Y tú no has negado su belleza.

Rowan gruñó más alto y lo miró de reojo, clavando en él su mirada de acero.

—Si continuas por ese camino, tendré que azotarte el trasero como cuando eras pequeño…

El guerrero abrió la boca para añadir algo más, pero algo que se movía entre los árboles llamó poderosamente su atención. Estaban a punto de llegar a su castillo, pero a unas decenas de metros de ellos algo se movió y corrió de un árbol a otro.

Al ver el cambio en su mirada, Kester giró la cabeza en la dirección que marcaban los ojos de su hermano e inconscientemente llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero se quedó completamente anonadado al ver lo que estaba pasando.

—¿Es quien creo que es?

A su espalda, Rowan gruñó como un animal a punto de atacar y resopló, enfadado.

—Si no la hubieras nombrado, no habría aparecido…

Kester lo miró de reojo con una ceja arqueada.

—¿Me estás culpando de que haya escapado?

Su hermano lo miró con rabia, pero no respondió, sino que se limitó a instigar a su caballo para que cabalgara hacia ella. Con una sonrisa irónica, Kester lo siguió y en cuestión de segundos, la joven fue consciente de que estaba siendo perseguida.

Cuando Gillian escuchó el sonido de unos cascos de caballo, se dijo que lo mejor era esconderse hasta que el cielo se tornara oscuro para evitar ser vista por alguien. Sin embargo, al girar ligeramente la cabeza se encontró con dos jinetes que cabalgaban hacia ella. Con gesto horrorizado por haber sido descubierta, la joven comenzó a correr. Ni siquiera se había dado cuenta de quiénes eran, pues lo único que deseaba era escapar e intentar despistarlos.

La capucha cayó de su cabeza, descubriendo su identidad. La joven dejó escapar una queja ante ello, pero siguió corriendo sin parar. En un momento dado, mientras se acercaba a un riachuelo, Gillian giró la cabeza hacia atrás y comprobó con horror que el primer jinete, que estaba a punto de alcanzarla, era Rowan, mientras que el otro era su hermano Kester.

Desesperada, la joven intentó correr más deprisa, pero rápidamente ambos guerreros la interceptaron y rodearon. Rowan dirigió su caballo hacia adelante y Kester se quedó a la espalda de la joven. En su rostro vio dibujada una expresión de auténtica admiración por haber logrado escapar, pero no así en el rostro de Rowan, que estaba realmente iracundo.

Gillian tragó saliva al ver que el laird de los Chattan desmontaba de su caballo y se acercaba a ella lentamente.

—No sé cómo lo has conseguido, pero pienso castigar a aquellos que te hayan ayudado…

Gillian frunció el ceño, iracunda ante la posibilidad de meter a alguien en un lío, aunque fueran Chattan.

—Entonces no castigarás a nadie porque he salido sin ayuda.

La respiración de la joven era apresurada, al igual que la de Rowan, que se acercó tanto a ella que Gillian dio un paso atrás, topándose con el lomo del caballo de Kester. Inconscientemente, la joven levantó la mirada hacia él, pero este solo le guiñó un ojo. Cuando bajó de nuevo su mirada hacia Rowan, este se había quedado parado a centímetros de ella, provocando que su corazón se acelerara aún más.

—¿Y también debo pensar que estás aquí dando un paseo sola?

Gillian frunció el ceño y acabó negando con la cabeza, elevando el mentón con orgullo.

—No, estoy escapando…

A su espalda pudo escuchar la suave risa de Kester, pero frente a ella, un iracundo Rowan apretaba los puños con fuerza.

—Has roto el pacto que hiciste con mi padre.

—Yo no pacté con él mantener con vida a su futuro yerno si nos atacaba.

—¡Lo mataste a sangre fría!

—¡Ese desgraciado te llamó furcia delante de mi familia e intentó matar a mi hermana! De nada por querer salvar tu honor que debería traerme sin cuidado.

Gillian lo miró, horrorizada.

—Reginald jamás me llamaría algo así. Era muy respetuoso.

—Conocías una parte de él. La otra nos la mostró a nosotros.

La joven negó con la cabeza.

—Me estás mintiendo. Eso no es cierto. Mi padre vendrá a por mí y os atacará.

Rowan arrugó la frente.

—Entonces, tendrá que atenerse a las consecuencias porque no es el trato que hicimos. Y si en algún momento de su vida ha sentido amor por ti, debería tener cuidado.

Gillian elevó aún más el mentón.

—Así que piensas matarme…

Rowan se acercó aún más, provocando que su nariz tocase la de la joven.

—Lo que yo haga es asunto mío.

—No cuentes conmigo. Regreso a mis tierras.

La joven intentó rodearlo, pero estaba tan cerca del guerrero que este solo necesitó alargar ligeramente la mano para apresarla de la cintura. En ese instante, y a pesar de las capas de tela que llevaba sobre su cuerpo, Gillian logró sentir el fuego que desprendía su mano, como si la hubiera quemado.

La joven se sobresaltó y tuvo la sensación de que el propio Rowan hacía lo mismo ante ese contacto. Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Gillian rompió el silencio.

—No me voy a dejar matar fácilmente, de la misma manera que la muerte de Reginald no quedará impune.

Rowan fue consciente de la amenaza implícita en sus palabras y vio la verdad en sus ojos. Por ello, la acercó hacia sí, provocando que el cuerpo de la joven se diera de bruces contra su amplio pecho.

—Sé cuidar mis espaldas.

—No de mí…

—Eso está por ver…

Junto a ellos, Kester carraspeó con fuerza.

—No hará falta que tu padre nos ataque para que acabes muerta, muchacha. Retando a Rowan conseguirás la muerte por ti misma.

Gillian intentó girar la cabeza para mirarlo, pero el laird tiró de ella hacia adelante para llevarla hacia su caballo. Sin soltarla, Rowan la subió al

caballo frente a su insistencia por soltarse, pero acabó montando tras ella y volviendo por donde habían venido.

Con una sonrisa, Kester los siguió y clavó su mirada en la espalda de su hermano. Aunque él lo negaría hasta la saciedad y por toda la eternidad, aquella muchacha que lo retaba con semejante descaro no le era indiferente. E iba a disfrutar de ese tiempo como nunca.

Sloan y Alasdair no pudieron evitar una mueca de sorpresa cuando vieron llegar a Rowan con la joven Comyn sobre su caballo. Sabían que habían salido Kester y él, por lo que desconocían cómo había llegado Gillian a sus manos. Lo vieron desmontar rápidamente del caballo cuando llegaron al centro del patio y, rápidamente, se acercaron a ellos.

Kester le dio las riendas al mozo de cuadras e intentó no sonreír para evitarse un puñetazo de su hermano Rowan, pero ver cómo este tenía cierta dificultad para sujetar a la joven, que seguía intentando escapar, le hacía mucha gracia.

—¿Se puede saber qué ha pasado para que haya podido huir? —bramó Rowan aferrándola del brazo.

Sloan frunció el ceño y la miró de arriba abajo, sorprendido.

—Habrá aprovechado el cambio de guardia, Rowan. No hemos visto nada…

Gillian le dedicó una sonrisa al iracundo guerrero, que apretó los puños con fuerza mientras Alasdair la miraba, sorprendido.

—Nadie ha salido desde que hemos empezado nosotros —dijo el guerrero —. Y antes tampoco… Ha debido de ser en el cambio.

Rowan miró a Gillian, que le sostuvo la mirada. El guerrero renegó entre dientes y la acercó a él.

—Si vuelves a intentar escapar, tendré que hacer contigo una visita a las mazmorras.

—Mejor al cadalso, como hiciste con Reginald.

Gillian sintió contra su brazo la fuerza que empleó Rowan al apretar más los dedos contra ella, pero se negó a mostrar en su rostro el dolor que atravesó todo su brazo hasta la palma de la mano.

—No acabes con mi paciencia…

—No debiste haber acabado tú primero con la mía.

Rowan apretó la mandíbula.

—¿Siempre tienes respuesta para todo?

—Sí, si se trata de mis enemigos.

Le habría gustado seguir con la pelea verbal, pero Rowan la soltó de golpe y miró a Kester.

—Llévala a su dormitorio. Tengo la impresión de que está cansada.

Su hermano asintió y le señaló el camino. Antes de comenzar a caminar, Gillian le sostuvo la mirada a su enemigo y se encaminó al interior del castillo.

—Mejor no preguntamos cómo ha ido la tarde de caza… —dijo Alasdair cuando se quedaron solos…

Rowan resopló.

—No, mejor no preguntes nada de nada.

Tres días después en los que Gillian había intentado, sin éxito, ignorar a la familia Chattan, sentía que estaba a punto de perder el oremus. Le sorprendió que su padre aún no hubiera atacado las tierras en las que se encontraba o tal vez que hubiera enviado alguna misiva exigiendo que Rowan pagara por la muerte de Reginald.

Su odio parecía ir en aumento a medida que pasaban las horas y a pesar de que Amelia y Cora habían intentado hablar con ella sobre lo que había sucedido, Gillian siempre se las ingeniaba para escapar de ellas. No así de Rowan, cuya mirada siempre estaba puesta sobre ella. Había decidido no quedarse más en su dormitorio para intentar aprenderse todos los movimientos de los sirvientes y de los habitantes del castillo. Quería escapar de nuevo, pero tendría que tener un buen plan para ello o acabaría muriendo antes de alejarse de allí.

Por ello, esa tarde se encontraba en lo alto de la torre más alta del castillo. Necesitaba comprobar si, en la lejanía, podía verse algún batallón que tal vez envió su padre para vengarse por la muerte de Reginald, pero el horizonte únicamente le devolvía soledad; la misma soledad que sentía

desde hacía días.

Llevaba ya una semana en ese lugar y no podía aguantar por más tiempo. Gillian parpadeó varias veces cuando sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Miró hacia el cielo cuando un relámpago cruzó cerca de allí y deseó que alguno de ellos le diera certeramente en el pecho.

Su ánimo había comenzado a decaer de nuevo y ya no sabía qué hacer para mantenerse cuerda. Gillian suspiró y se arrebujó bajo la capa que había sobre sus hombros, rezando para no tener que encontrarse de nuevo con Rowan. Había algo en él que la alteraba, independientemente de quién era. Su mirada, su oscuridad y peligro parecían llamarla de alguna manera, como si todo eso lanzara una cuerda sobre ella que la atraía. Y provocaba que se odiara a sí misma.

—Espero que no estés pensando en tirarte de la torre —dijo una voz a su espalda.

Gillian se sobresaltó, asustada al pensar en que tal vez había adivinado sus pensamientos y habían descubierto que lo que realmente pretendía era descubrir si su padre estaba en camino para vengarse.

La joven se giró para ver la sonrisa que se dibujaba en el rostro de Cora al subir el último escalón y aproximarse a ella. Gillian tragó saliva, pues lo único que deseaba era estar sola allí arriba, como un modo de escape al encierro en el que se encontraba en ese castillo.

—Lamento interrumpir tus pensamientos —se disculpó la pelirroja acercándose a ella—, pero es la única forma y el único momento que he encontrado para poder hablar contigo.

Gillian dio un paso atrás.

—Creo que lo mejor es que me vaya… —susurró con intención de marcharse de allí.

Sin embargo, Cora se interpuso en su camino sin borrar su sonrisa amable y pidió disculpas con su mirada.

—Solo te pido unos minutos, por favor. Sé que no deseas hablar con nadie de mi familia y que nos ves como tus enemigos, pero quiero darte nuestra versión sobre lo ocurrido.

Gillian sintió que el agujero de su pecho se hacía más grande. Necesitó tragar saliva un par de veces para evitar que las lágrimas de pena acudieran

de nuevo a sus ojos, ya que no deseaba que la vieran débil.

—Si tu hermano te ha pedido…

—Rowan no me ha pedido nada, pero me temo que tengo que hablar contigo por haberme visto envuelta en lo que sucedió. Si tu prometido está muerto, creo que es por mi culpa.

Gillian la miró sin comprender y frunció el ceño. La sonrisa de Cora se volvió más amable y ligeramente tímida, pero se apartó de ella y le dijo:

—Eres libre de marcharse si así lo deseas. Si no quieres escucharme, te entenderé, pero creo que deberías hacerlo o te quedarás siempre con la duda porque no pienso ir detrás de ti eternamente.

Gillian le sostuvo la mirada y vio su determinación, por ello, acabó suspirando y asintiendo levemente.

Cora carraspeó.

—¿Por qué eres tú la culpable de su muerte? Fue la espada de tu hermano la que lo atravesó. Yo lo vi.

—Exacto, pero tengo que comenzar por el principio…

Gillian asintió, esperando a que continuara. La vio caminar por la torre con gesto ligeramente turbado e incómodo, pero pronto inició su relato.

—Mi familia y yo estábamos desayunando en el salón hasta que llegó Nic. Este es uno de los guerreros de mi hermano, y nos comunicó que había llegado tu prometido y que había insistido en verlo inmediatamente. Por regla general, las visitas de ese tipo son recibidas en el despacho de mi hermano, pero tu prometido no quiso esperarlo allí, sino que se dirigió directamente al salón. Eso ya indicó una falta de respeto a nuestra hospitalidad, pero mi hermano lo dejó pasar y decidió recibirlo mientras desayunábamos.

—Reginald nunca se ha comportado así —la acusó.

Cora se encogió de hombros.

—No puedo darte la razón porque no lo conocía anteriormente. Solo puedo hablar de lo que yo vi, y no era precisamente respetuoso. Insultó a mi hermano y exigió tu liberación.

—Eso tampoco es motivo para matarlo.

Cora dejó escapar una risa.

—Tienes un carácter tan parecido al mío que temo que me va a costar mucho convencerte de la verdad.

Gillian miró a Cora y quiso ver su interior a través de sus ojos. La hermana del hombre al que más odiaba la miraba de una forma real, no misteriosa ni intentando ocultar algo, como solía hacer Rowan cada vez que la miraba a ella. Cora parecía una muchacha amable y sincera que solo intentaba contarle algo que había sucedido y que ella no deseaba escuchar.

—Si me tienes que convencer es porque lo que vas a contar no es real.

—No. Si tengo que convencerte es porque, diga lo que diga, no me vas a creer… ¿Me equivoco?

A pesar de todo, Gillian no pudo evitar dejar soltar el aire de golpe, escondiendo una sonrisa que se dibujó en sus labios después de muchos días. La hermana de Rowan tenía razón, se parecían mucho en ese sentido.

—Está bien. Te concedo unos minutos.

Cora asintió y relajó ligeramente los hombros. Se acercó al abismo de la torre y dirigió su mirada al horizonte, tal y como había hecho ella antes de que la interrumpiera.

—Me temo que lo que voy a contarte no te va a gustar, pero te juro por mi vida y por la memoria de mis muertos que es cierto.

Gillian se aproximó a ella y esperó a que siguiera.

—Tu prometido entró en el salón y, como te digo, insultó a Rowan y no trató demasiado bien a mi madre cuando intentó intervenir. Exigió que te liberáramos y, cuando Rowan le dijo que tenía un trato con tu padre para que permanecieras aquí… bueno, sugirió que tal vez mi hermano te había traído aquí porque se había sentido atraído por ti.

Gillian sintió que su corazón se sobresaltaba al escuchar esas palabras. Ni siquiera pudo evitar que en su rostro se dibujara una expresión incómoda, tanto o más que la que mostraba Cora en el suyo.

—No es fácil para mí decir esto porque yo no quiero meterme en los sentimientos de nadie. Y menos en los de Rowan.

—¿Y crees que eso es cierto? —Gillian se golpeó mentalmente por hacer esa pregunta, que no pudo contener bajo su lengua.

—Yo lo que sé es que Rowan no se ha fijado en nadie desde que su esposa y su hijo murieron. De todas formas, no me imagino a mi hermano

sintiendo algo por una enemiga. No te ofendas, por favor…

Gillian se obligó a sonreír y a encogerse de hombros.

—Tranquila. Los enemigos están para odiarse no para amarse.

Cora la miró largamente, aunque con la mente puesta en otro lugar. Finalmente, parpadeó y acabó asintiendo.

—Tienes toda la razón, Gillian Comyn. Sigamos…

La hermana de Rowan necesitó unos segundos para serenarse y retomar el hilo de la conversación.

—Cuando tu prometido dijo aquello, mi hermano se enfureció porque no lo expresó de la manera correcta… De hecho, te insultó.

—Reginald jamás haría algo así, y menos por algo en lo que yo no tengo culpa.

—Te llamó furcia, Gillian. Y repito, te juro por la memoria de mis muertos que es así. No sé qué clase de relación teníais ese guerrero y tú, pero no te trató de la manera correcta y mi hermano le pidió que midiera sus palabras. Tu prometido pareció perder el juicio y siguió insultándote y diciendo que te habías encamado con Rowan. Pero no contento con insultaros a ambos, sacó una daga y me amenazó con ella. Dijo que, si Rowan tenía aquí a su prometida, él podría llevarse con él a su hermana. Cuando intentó matarme, pude escapar y mi hermano lo mató. Jamás le habría hecho daño de no ser porque mi vida corría peligro. Aunque Rowan no tiene paciencia ni permite que lo insulten, demostró más de la que jamás ha tenido con nadie.

Cora clavó sus ojos en Gillian.

—No quería hacerle daño. No lo mató a sangre fría porque intentó que se calmara en varias ocasiones, aunque no lo logró.

La hermana de Rowan se giró por completo hacia ella y la tomó de las manos.

—Ya sé que nuestros clanes son enemigos y que tal vez jamás seamos amigas, pero te aseguro que Rowan no pretendía hacerte daño a través de tu prometido. Jamás lo he visto contenerse tanto como ese día.

Gillian sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No tenía que haberlo matado…

—Lo sé, pero no tuvo opción. En ese caso, yo no estaría hoy aquí. Tuvo que decidir entre tu prometido y su hermana.

Cora le apretó las manos suavemente.

—Mira, yo no gano nada al hablar contigo y contarte esto. Tan solo quiero que las cosas entre ambos clanes estén claras y no te vayas de aquí pensando que hemos matado a sangre fría a tu prometido porque son los malentendidos los que llevan a las personas a la guerra. Y me temo que estoy demasiado cansada de esto. Todos hemos perdido a alguien importante en nuestra vida como para seguir así. Eres libre de creerme o no, pero lo que te he contado es la verdad. Ya sé que Rowan es muy… frío y calculador. Ya sé que lo ves como el asesino de tu hermano, pero debajo de toda esa capa de hielo hay un gran hombre que apenas puede soportar el peso del clan sobre sus hombros.

Cora miró hacia las escaleras y sonrió ligeramente.

—Espero que me guardes el secreto y jamás cuentes que yo he dicho esas palabras porque lo negaré eternamente.

Gillian no pudo evitar una sonrisa en medio de las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Me cuesta creer algo así. Reginald no era mala persona.

—Supongo que a veces tildamos de villano al héroe y al villano lo consideramos un héroe. Yo no quiero juzgar a tu prometido porque está muerto. No sé cómo era antes. Tan solo puedo hablar de lo que pasó. Lamento que te engañara y te mostrara algo que realmente no era. Tal vez perdió el juicio y por eso se mostró así.

Gillian se deshizo de sus manos y se alejó de ella, mirando el horizonte, que estaba a punto de tornarse negro por la noche que se elevaba sobre ellas.

—Es que… me cuesta tanto creerlo —dijo en un hilo de voz—. Reginald era un caballero. ¿Cómo me va a insultar?

Cora se encogió de hombros.

—Supongo que en situaciones en las que nos sentimos nerviosos podemos hacer o decir cosas de las que nos arrepentimos después.

Gillian la miró de reojo.

—¿Lo estás defendiendo?

La joven esbozó una sonrisa fugaz.

—Lo que intento es hacerte sentir mejor.

Gillian arrugó la frente y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—¿Haces esto por tu hermano?

—No. Lo hago porque es lo que me gustaría que hicieran conmigo. Y porque me pareces buena persona. A mí no me importa cuál es tu clan o tu ascendencia. Me importa quién eres tú y la luz de tu alma, Gillian.

Cora se giró hacia las escaleras para dejarla sola nuevamente.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por contármelo.

La joven le sonrió brevemente y la dejó sola con más preguntas que respuestas. No podía creer que Reginald hubiera soltado semejantes improperios sobre ella. Siempre se había comportado de forma caballerosa con ella y su familia. Le había jurado protección cuando se comprometieron. Dijo que la respetaría por siempre, por lo que escuchar que la había llamado furcia no cabía en su cabeza.

Su mente bullía sin cesar, incapaz de entender qué había podido pasar por la cabeza de Reginald para insultarla, si es que lo había hecho. Había visto la verdad reflejada en los ojos de Cora. No parecía mentir en ningún momento. Y saber que el propio Rowan la había defendido ante su prometido no ayudaba tampoco para poder calmarse.

Las lágrimas seguían saliendo de sus ojos mientras observaba la negrura del horizonte. ¿Qué le había hecho pensar a Reginald que Rowan podía estar interesado en ella? ¿De verdad había llegado a pensar que se habían encamado?

Gillian sintió que sus mejillas se tornaban rojas, por lo que agradeció que estaba sola para que nadie viera su vergüenza. Si dejaba a un lado el odio que sentía por los Chattan y miraba a Rowan con ojos de una mujer, debía reconocer que era realmente atractivo y ardiente, pero de ahí a pensar que habían podido tener algo entre ellos…

Gillian sacudió la cabeza y suspiró. ¿Cómo iban a encamarse Rowan Chattan y ella? Eran enemigos, por Dios. Jamás iban a mirarse con otros ojos que no fueran los del odio. La joven se llevó las manos al rostro. El dolor de su pecho era demasiado fuerte. Había amado a Reginald con toda

su alma. Le había costado entender su muerte, pero tardaría mucho más en comprender el motivo.

No podía creerla. Su mente se negaba a creer en las palabras de Cora Chattan. Sin embargo, había visto tanta verdad en ellos que también se veía incapaz de desmentirla. Y mirando al cielo, ya negro, Gillian suplicó a su madre que la ayudara desde el más allá, pues solo con su ayuda podía sobrevivir a sus propios pensamientos.

CAPÍTULO 14

Dos días después, Rowan seguía sorprendido al comprobar que los Comyn no se habían atrevido a entrar en sus tierras para vengar la muerte del prometido de Gillian. Los guerreros a los que habían enviado con el cuerpo ya habían regresado del viaje a tierras Comyn y traían tan pocas y silenciosas noticias que Rowan no sabía qué pensar. Le habían dicho que Elijah había abierto sus puertas para recibir el carro con el cuerpo del guerrero muerto y que había aceptado la misiva. Y a pesar de que los Chattan esperaron una respuesta por su parte, en forma de carta, les dijo que se marcharan, que no tenía nada que añadir.

Tan solo había preguntado por el estado de su hija y, tras eso, los dejó marchar. Y aunque Rowan sabía que debía comunicarle a Gillian que ya habían dejado el cuerpo de Reginald en su clan, no se atrevía a hacerlo.

Lo que sí había hecho a lo largo de esos días era acudir al dormitorio de esta para observarla mientras dormía. Lo hacía desde una posición cercana a la puerta, justo donde la luz del fuego no llegaba y podía mantenerse en la oscuridad en caso de que la joven se despertara en medio de la noche. Y aunque se repetía una y otra vez que no podía hacer eso, no lo podía evitar. Sentía en todo su ser que algo tiraba de él hacia la joven y, después de lo sucedido con su prometido, necesitaba tenerla más cerca aún, pero sabía que tenía que hacerlo desde la distancia, ya que la joven jamás permitiría que se acercara a ella.

Cora le había confirmado que había hablado con ella, pero no había visto sentimiento alguno por su parte ni interés en hablar con él sobre lo ocurrido. No sabía si había creído las palabras de su hermana o si, tal vez, seguía pensando que lo habían matado a sangre fría. Lo desconocía todo. Y Gillian se había sumido en una actitud tan fría como la suya que apenas podía descubrir algo en ella.

La joven se había unido a ellos en las comidas del día, pero apenas entablaba conversación con alguno de ellos. Ni siquiera con Kester, con quien parecía haber hecho relativa amistad días atrás. Todo en ella era tan hermético que no tuvo más remedio que compararla con él mismo, pues él también era así.

Por ello, durante las noches acudía a su dormitorio. En los sueños, Gillian parecía dejar caer la elevada muralla que había construido a su alrededor y

se mostraba tal y como era. Seguía teniendo pesadillas y la veía removerse en la cama, incómoda y llamando a su madre continuamente. Le sorprendió descubrir que soñaba con ella todas las noches, pero no solo eso. En esos sueños siempre hablaba de él. A veces, no lograba entender qué demonios decía, pero en muchas de las ocasiones sí lograba escuchar sus palabras. Y parecía tener una maraña de sentimientos hacia él que se sorprendía enormemente de que pudiera albergar semejante barullo en su interior. Unas veces, la escuchaba hablar de él con cierto temor; en otras ocasiones había rabia, recelo, curiosidad, venganza y, para su propio desvelo y desconcierto, deseo. La había escuchado hablarle a su madre de que sentía algo extraño por él, ese mismo hilo invisible que él sentía hacia ella y que parecía atraerla de alguna manera.

Esa conversación íntima entre madre e hija en sueños, y que él no debería escuchar, le hizo ver que la confusión y obsesión que él sentía por ella, Gillian también podía notarla en su interior. Y algo le decía que era realmente peligroso, pero no podía evitarlo. Sin embargo, esa noche, Rowan se había propuesto quedarse en su dormitorio e intentar dormir algo para enfrentar con claridad lo que pudiera ocurrir en los días venideros. No sabía si los Comyn los atacarían o si seguía habiendo robos en las inmediaciones de las fronteras, y a pesar de que se dijo que tenía que dormir, no pudo.

Su alma, su cuerpo o lo que fuera que tiraba de él hacia Gillian desde aquel primer día en que la vio tiró de nuevo hacia ella. Y aunque se resistió mirando la oscuridad de la noche a través de la ventana, no tuvo más remedio que levantarse y caminar lentamente hacia la puerta.

En el momento en el que salió al pasillo y la frialdad de este, como una brisa, recorrió su cuerpo, lanzó un gruñido. ¿Cómo era posible que aquellas paredes tan gruesas de la fortaleza no fueran capaces de albergar el calor de esta? No obstante, a pesar de ese frío, Rowan recorrió la distancia entre su dormitorio y el de la joven. Lo hizo con pasos lentos, pero meditados. Su oído estaba atento a cualquier movimiento cercano en los dormitorios de sus hermanos y el de su madre. En parte, se sentía como un chiquillo en busca de su amante en la juventud y con la que tenía que esconderse de los ojos ajenos. Por ello, se golpeó mentalmente, aunque siguió adelante.

Cuando llegó frente a la puerta de Gillian, la abrió lentamente. Su corazón latía con rapidez, temeroso de ser descubierto, pero sin poder contener sus ansias por contemplar y, en cierta manera, proteger su sueño.

Rowan dio un paso al frente y cerró la puerta antes de dirigir su mirada hacia la cama. Lo hizo con cuidado para evitar despertarla, pero su sorpresa fue mayúscula al levantar la cabeza hacia el centro de la habitación y descubrir que allí no había nadie.

Con el corazón acelerado al pensar que tal vez podía estar sentada en alguno de los sillones frente a la chimenea, Rowan dio un paso atrás, pero descubrió que estaba completamente solo. Su ceño se frunció al instante, preguntándose dónde podía estar la joven a esas altas horas de la madrugada. Todo estaba en silencio y nadie solía salir de sus dormitorios a ningún lado, por lo que el guerrero pensó que tal vez había vuelto a intentar escaparse.

A pesar de que sabía que tenía que pensar con claridad y no dejar paso a la rabia, pues podía estar en cualquier lugar del castillo, la mente de Rowan se puso a trabajar rápidamente, imaginando escenas en las que la joven estaba nuevamente sola en medio del bosque, sin protección y alejándose irremediablemente del castillo. Y de él. Sin poder contenerse, lanzó un gruñido de rabia, pues no quería imaginar ese escenario de nuevo, así que salió del dormitorio de Gillian con la intención de poner el castillo patas arriba hasta encontrarla.

Gillian no sabía por qué esa noche no podía dormir. Ni siquiera sentía un sueño ligero con el que poder quedarse en la cama, motivo por el cual se encontraba en la cocina bebiendo un poco de agua para intentar calmar el nerviosismo que tenía.

Lo había intentado. Se había quedado hasta muy tarde entre las sábanas, dando vueltas de un lado a otro, pero lo único que su cuerpo pedía en ese instante era caminar un poco en la soledad del castillo. Se había dado cuenta de que no era la mejor prisionera que podía haber sobre la tierra. No podía soportar estar por más tiempo en ese castillo, aunque la dejaran libremente por él. Necesitaba regresar con los suyos en lugar de aguantar los rostros que para ella eran enemigos.

Desde la muerte de Reginald y su conversación con Cora, su sentimiento hacia los Chattan había cambiado muy a su pesar. No podía creer que su corazón hubiera comenzado a sentir cierta amabilidad por ellos, a pesar de que debía ser todo lo contrario. Algo en ella le decía que las palabras de la pequeña de los Chattan eran ciertas, pero seguía resistiéndose a creerla.

Gillian solía ser una mujer a la que le gustaba ser justa con todo el mundo y debía reconocer que, desde que se encontraba en ese castillo, la habían tratado con respeto y la habían llevado al salón a compartir su mesa a pesar de tratarse de una enemiga. Incluso había intentado escaparse y no la habían castigado.

Por ese batiburrillo de pensamientos, no podía conciliar el sueño. Su mente le decía que desconfiara de ellos, que habían matado a sangre fría a Reginald, pero, por otra, su alma le gritaba que confiara en ellos. Pero ¿cómo iba a confiar en alguien a quien había considerado un enemigo a lo largo de toda su vida?

Gillian gruñó entre dientes y dejó el vaso sobre la mesa de la cocina. Caminó de un lado a otro intentando calmar sus pensamientos y esas vocecillas de su cabeza que peleaban entre ellas por conseguir ser la vencedora en su mente…

La joven suspiró largamente y miró hacia la chimenea. Esta se había apagado hacía tiempo, ya que no quedaban encendidos ni los rescoldos de la misma, por lo que de sus labios escapó un suave vapor al soltar el aire. Pero no le importó. En ese momento, quería sentir el frío con la única intención de serenarse.

Desconocía cuánto tiempo llevaba en las cocinas, pero sabía que habían pasado varios minutos desde que había llegado. Se preguntó si sería fácil escapar de nuevo del castillo ahora que era de noche, pero se recordó que llevaba puesto el camisón y apenas aguantaría unos minutos fuera sin apenas protección.

Gillian se llevó una mano al rostro, sintiendo que estaba a punto de perder la razón. Quería que su padre se atreviera a romper su trato con Rowan para que ella pudiera regresar, pero este era un hombre de honor y sabía que ni atacaría a los Chattan ni pediría que la soltaran hasta que estos pudieran descubrir algo más sobre los ataques que sufrían.

La cabeza había comenzado a dolerle. Desconocía si era por la falta de sueño o tal vez por el excesivo pensamiento que bullía en su mente, pero lo que sí sabía era que, en caso de seguir así, iba a enfermar. En ese instante, se preguntó cómo seguiría su padre con la enfermedad que lo asolaba y si su hermano le preparaba bien las hierbas, algo que siempre la había hecho sentir útil en el mundo, mientras que en el castillo Chattan estaba mano sobre mano. Y no lo soportaba.

Gillian apoyó ambas manos sobre la mesa central de la cocina y miró hacia el exterior. La luz de la luna entraba por el cristal de la puerta, permitiéndole ver ligeramente a su alrededor. Le habría gustado salir de allí y correr sin mirar atrás, pero no podía.

La joven cerró los ojos un momento, justo cuando una suave brisa rozó la piel desnuda de sus pantorrillas, pero no le dio importancia. Sin embargo, sí logró sentir cómo una especie de peligro recorría el ambiente de la cocina y se posaba tras ella.

—Espero que no estés pensando en cómo escapar de nuevo —dijo una voz profunda a su espalda.

Gillian se sobresaltó y se giró rápidamente. En medio de la oscuridad de la noche, pudo distinguir el rostro perfecto y cuadrado de Rowan, que la observaba casi sin parpadear. La joven tragó saliva. Era la primera vez que se encontraba con él en un espacio tan a oscuras, en camisón y sin la posibilidad de que alguien del castillo los descubriera, por lo que su corazón se alteró. Dio gracias por la oscuridad, ya que esta impedía que Rowan pudiera ver el sonrojo de sus mejillas ante la vergüenza que le producía estar en camisón delante de él.

Inconscientemente, Gillian se cruzó de brazos con la intención de proteger su cuerpo de la mirada penetrante de Rowan, sin embargo, no se dio cuenta de que con ese gesto consiguió que el volumen de sus pechos quedara más al descubierto.

—Solo he bajado a beber agua —se obligó a responder—. ¿O las prisioneras como yo no tenemos ese consentimiento?

Rowan dio un paso hacia ella, provocando que la joven se echara hacia atrás, pero su espalda se topó con la mesa central, por lo que quedó ligeramente atrapada entre esa mesa y el cuerpo del guerrero, que paró junto a ella. Cualquier posibilidad de escapar de la cocina se había reducido al mínimo en ese instante.

—En su momento, dije que podías recorrer el castillo sin la necesidad de tener a alguien siguiéndote.

—Entonces ¿qué haces tú aquí si no me estás siguiendo?

Rowan no pudo responder inmediatamente, pues no tenía respuesta para ello. Realmente, sí la estaba siguiendo, pero no podía confesar que estaba allí solo porque se había presentado en su dormitorio y, al ver que no

estaba, la había buscado por todas partes.

—Estoy en mi castillo. Puedo hacer lo que yo quiera…

Intentó que su voz sonara neutra, pero el sobresalto de la joven le indicó que había sonado tan profunda y peligrosa como siempre.

—¿Y cuándo piensas devolverme al mío? Mi padre no os ha atacado.

Rowan la miró inclinando ligeramente la cabeza.

—De hecho, curiosamente, no nos ha atacado nadie durante estos días. Un poco extraño, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez era cierto que tu padre era el culpable de esos ataques y ahora que estás aquí ha decidido no volver a hacerlos…

Gillian resopló. Intentó rodearlo, pero el brazo del guerrero se interpuso en su camino. El cuerpo de este se inclinó hacia adelante, provocando que el espacio entre ellos fuera aún menor, sobre todo cuando la atrapó también con el otro brazo tras apoyarlo también contra la mesa que había detrás de la joven.

—¿Vas a seguir negándolo?

Gillian clavó sus ojos en los del guerrero que, en medio de la oscuridad, parecían brillar como la plata.

—Ahora y siempre. Mi padre es un hombre de honor que aceptó la orden del rey y la ha cumplido desde entonces. Pero ya estoy cansada de repetirlo.

La mirada de Rowan descendió por su rostro hasta los pechos de la joven, que parecían querer atravesar la tela del camisón. Al darse cuenta de lo que pasaba, Gillian deshizo el cruce de sus brazos e intentó fundirse contra la mesa que había a su espalda.

—Déjame ir.

La mirada del guerrero ascendió de nuevo y recorrió su rostro. En medio de aquella oscuridad, la belleza salvaje de aquella joven parecía acentuarse. Su rebeldía se hacía aún más profunda y la atracción que muy a su pesar sentía por ella parecía enloquecerlo. Sus dedos se clavaron en la madera de la mesa y soltó el aire lentamente.

—¿Y si no quiero?

Gillian tragó saliva. El rostro de Rowan estaba tan cerca de ella que podía

sentir su cálido aliento sobre su rostro, provocando que un intenso calor recorriera su cuerpo, haciéndola olvidar el frío que hacía en la cocina desde que había llegado.

—Gritaré.

El guerrero apretó los dientes y giró levemente la cabeza.

—No alcanzarías a pronunciar ni un solo grito.

—Atrévete…

Gillian se dio cuenta de su error después de pronunciar aquella palabra. Sin darse cuenta, le había dado permiso a Rowan para hacer algo que conllevara un posterior grito de ella. Y la media sonrisa del guerrero se lo indicó. Los brazos de este estrecharon más su espacio, rozando con ello su cintura a ambos lados de su cuerpo. Gillian tragó saliva y echó su cuerpo atrás cuando vio que Rowan acercaba su rostro peligrosamente a ella.

Su respiración se aceleró, provocando que su pecho subiera y bajara más rápidamente. Todo a su alrededor apreció volverse aún más pequeño, pues la distancia que la separaba de Rowan ya era mínima. Creyó que iba a besarla cuando sus labios estuvieron a punto de tocarla, pero el guerrero desvió ligeramente su recorrido hacia su oído.

Gillian sintió el roce de la barba de este contra su mejilla y el calor que desprendía en todo momento. Tragó saliva ruidosamente, consciente de que Rowan podía notar cada respiración o movimiento suyo, incluso estaba segura de que podía escuchar los rápidos latidos de su corazón.

Cuando la boca de este llegó junto a su oído, lo rozó con sus labios, provocándola, consciente de lo que estaba haciendo, pero sin conseguir la fuerza necesaria para apartarse de ella y acabar con ese momento.

—No me tientes, Gillian Comyn, porque no sabes con quién estás hablando… —susurró contra su oído.

Gillian boqueó con la intención de responder, pero no logró encontrar las palabras en su mente ni la fuerza en la garganta para poder pronunciarlas. Sentía como si se le hubiera secado de golpe y no pudiera decir absolutamente nada.

Lo miró de reojo, pero solo pudo ver el inicio de su barba, topándose también con su pelo. Estaba tan tremendamente cerca que el calor que manaba de él lograba envolverla por completo. Y el roce de sus antebrazos

en su cintura provocaba temblores en su cuerpo.

—Un hombre de honor no lo haría —logró balbucear.

—Tal vez yo no soy un hombre de honor —ronroneó—. Y aún no te he hecho pagar por tu intento de huida…

Gillian volvió a temblar, pues Rowan no se movía ni un solo centímetro de su lado.

—No tengo por qué pagar por intentar recuperar mi libertad.

La barba de Rowan volvió a raspar su mejilla cuando se movió. La nariz del guerrero recorrió su piel, topándose con la de la joven, que no paraba de temblar.

—Y yo no tengo por qué ser un hombre de honor cuando todo el mundo considera que no lo soy.

Al hablar, los labios del guerrero rozaron los de Gillian, que se quedó completamente paralizada. Reginald jamás se había atrevido a tanto. De hecho, la joven sabía que debía empujarlo para alejarlo, pues su propio honor se vería manchado después de eso, pero no podía. Estaba completamente petrificada ante su cercanía, el peligro que rezumaba y la fuerza que manaba de él.

—Entonces, yo no tengo que comportarme como una buena prisionera y tal vez tenga que hacer la vida imposible a mi captor…

—Si te atreves a intentar escapar una vez más, tendré que convertirme en tu sombra para evitar que vuelva a suceder. Y si eso ocurre…

La voz de Rowan se quedó en el aire mientras acercó de nuevo sus labios a su oído, pero cuando Gillian esperaba que terminara la frase, los dientes del guerrero se clavaron en la base de su cuello, arrancándole un gemido de dolor. La joven dio un respingo, pero no pudo moverse.

Y en el momento en el que Rowan se apartó de ella, la miró con autosuficiencia.

—Si te atreves a escapar de nuevo, tendré que morderte de nuevo…

Encontrando fuerzas de donde no sabía que las tenía, Gillian levantó una mano para abofetearlo, pero el guerrero fue más rápido y logró atrapar su mano sin apartar la mirada de sus ojos. Y sorprendiéndola una vez más, acortó la distancia de nuevo y, sin pensarlo, la besó.

Los ojos de Gillian se abrieron desmesuradamente. Su cuerpo volvió a quedarse completamente quieto y su corazón amenazó con salir por su boca cuando Rowan se alejara nuevamente de ella. A pesar de la frialdad que Rowan solía transmitir, Gillian sintió sus labios con demasiada calidez, casi amables. Lentamente, la obligó a abrir la boca y la penetró con la lengua, provocando que un intenso calor recorriera su cuerpo para acabar centrándose en el centro de su vientre.

Toda ella temblaba en ese momento. Casi podía sentir la fuerza que contenía Rowan para evitar tocarla con las manos, que se aferraban con demasiado impulso a la mesa tras ella.

Nadie se había atrevido jamás a besarla, y menos de esa manera tan íntima. Pero, a pesar de su nerviosismo, Gillian no sintió incomodidad ni rechazo hacia él. Se obligó a cerrar los puños, pues estos pujaban por levantarse y tocarlo.

La respiración de ambos se volvió tan desordenada que apenas podían ser conscientes de nada más que de ellos mismos. La rabia que siempre habían sentido el uno por el otro se tornó, en ese instante, en algo salvaje, derritiendo por completo las murallas de ambos. Parecían estar batallando el uno contra el otro, como aquel primer día en el que mantuvieron una guerra de miradas que ninguno podía evitar.

El cuerpo de Rowan se aplastó contra el suyo, pudiendo sentir cada músculo bajo su ropa, pero, sobre todo, su erecto miembro, que pugnaba por salir de entre los pliegues de su kilt. Su garganta la traicionó y dejó escapar un gemido de placer, momento en el que Rowan fue consciente de lo que estaba haciendo. Recuperó el juicio por completo y se separó de ella rápidamente. Sin mirarla, el guerrero se giró y se marchó de las cocinas antes de que Gillian pudiera encontrar la valentía suficiente para abrir los ojos de nuevo y no morirse de la vergüenza.

Cuando logró hacerlo y se encontró sola en la cocina, necesitó de varios minutos en silencio y completamente quieta para ser consciente de lo que había sucedido entre ellos. Elevó una de sus manos para tocar sus labios y al encontrarlos ligeramente hinchados sintió que su respiración se cortaba por completo.

No podía creer que hubiera perdido el juicio. Sin lugar a dudas, Reginald debía de estar retorciéndose en su tumba al comprobar que, efectivamente, tenía cierta razón en lo que había expresado antes de morir. Sus mejillas se

tornaron rojas, pero la oscuridad de la noche las escondió. Gillian se golpeó mentalmente una y otra vez por haber permitido que jugara con ella. Se había aprovechado de su incapacidad para moverse al verlo tan cerca de ella. No obstante, se recordó que ella misma lo había provocado con aquel "atrévete".

Gillian tragó saliva y se apoyó contra la mesa para evitar caer estrepitosamente contra el suelo. Sus piernas temblaban tanto que no podían sostenerla. Y se sentía incapaz de pensar con claridad en ese instante. ¿De qué manera miraría al guerrero a partir de ese momento? ¿Acaso no había pensado en las posibles consecuencias de ese simple y maldito beso? ¿Y si Rowan la reclamaba para él después de ello y le hacía la vida imposible? Era su captor y debía escapar de él, no lo contrario.

—¿Qué has hecho, Gillian? —preguntó en voz alta.

Rowan Chattan, su enemigo, el hombre que la había secuestrado, la había besado. Y lo peor de todo era que lo había sentido como la tierra cuando llovía por primera vez después de mucho tiempo, como un ancla para un barco a la deriva, como la seguridad de los brazos de una madre cuando un niño siente miedo. Y que Dios y todo su clan la perdonara, pero había sido espectacular.

CAPÍTULO 15

Dos semanas después, las cosas entre Rowan y Gillian parecían haber cambiado entre ellos, provocando que la tensión en el castillo disminuyera ligeramente. Sin embargo, cada vez que ambos se encontraban en la misma sala parecía incrementarse hasta límites que antes no habían conocido. Se miraban de forma diferente, sin una guerra entre ellos. No obstante, más de una persona en el castillo se había percatado del cambio en sus miradas cada vez que se cruzaban, aunque nadie se había atrevido aún a decir nada al respecto.

Rowan seguía vigilando en silencio y en la oscuridad los sueños de Gillian. Cada noche caminaba de una habitación a otra para intentar adivinar más cosas sobre ella. Su mente no dejaba de tenerla en todo momento presente y se había convertido en una obsesión casi enfermiza. Internamente, Rowan había comenzado a llamarla *Nàmhaid*, pues era su némesis, su enemiga, pero también se había convertido en la única mujer capaz de obsesionarlo, de robarle la atención y de provocar que su concentración no fuera la misma de siempre. Y eso no podía permitirlo.

Durante esas dos semanas, Rowan se había planteado la opción de devolverla a su clan para no volver a verla jamás. Su clan no había vuelto a sufrir ningún ataque por parte de nadie, por lo que confirmó, sin decirle nada a ella, que quienes lo atacaban eran los del clan Comyn. Y ahora que lo sabía, tenía la certeza de que lo mejor era devolverla a sus tierras. Pero algo en él se lo impedía. No quería soltarla, no quería que regresara junto a los suyos. Simplemente, no quería dejar de volver a verla. La quería a su lado. Por alguna extraña razón, aquella joven lo había despertado de su letargo y ahora no quería soltarla, ya que temía volver a meterse en el pozo del que no había salido en años.

Su mente recordaba una y otra vez el beso que no había podido evitar darle. Tenerla en la oscuridad de la noche, sin nadie que pudiera interrumpirlos o verlos y sin que pudieran escucharla lo había excitado. No sabía en qué momento había decidido acercarse a ella y atraparla entre su cuerpo y la mesa, pero cuando sus brazos tocaron la cintura de la joven y su suave olor llegó a él, sintió que perdía la cordura que lo caracterizaba. Siempre había sido muy metódico en sus movimientos y en todo lo que hacía para evitar meterse en problemas, pero había podido sentir cómo su

cuerpo se dejaba llevar por ese momento y por Dios que la habría hecho suya de no ser porque en algún momento del beso recuperó el juicio y se separó abruptamente para marcharse sin tan siquiera decir adiós.

Pero había sido lo correcto, aunque no para él, ya que desde ese maldito momento sentía un profundo ansia por volver a besarla y, al mismo tiempo, la odiaba más por provocarle semejante locura.

Gillian, por su parte, durante esas dos semanas había intentado pasar lo más desapercibida posible. Había mantenido contacto con Cora y Amelia, pero ligeramente, sin entrar en conversaciones demasiado profundas. No quería encariñarse con nadie, pues sabía que tarde o temprano regresaría a su clan y tendrían que volver a ser enemigas.

Enemistad… esa palabra que parecía haber olvidado desde aquel beso en la oscuridad de la cocina. Esa palabra que debía ir como apellido de Rowan cada vez que pensara en él. Pero no, parecía haberla guardado en un cajón, provocando que su antigua vida en sus tierras quedara como algo lejano. No había ocurrido lo mismo con Reginald, a quien no había podido olvidar, pero, poco a poco, y muy a su pesar, había comenzado a mirar con otros ojos. Tras conocer más en profundidad a los Chattan, su forma de vida y cómo la trataban, había comenzado a creer en las palabras de Cora. Eran personas amables, que se preocupaban por los suyos, tan parecidos a su gente que no podía juzgarlos y verlos de la misma forma que antes.

Y la duda sobre el que había sido su prometido cayó sobre ella como una losa, haciéndola sentir mal. Siempre le quedaría la incertidumbre de saber si fue cierto o una invención entre toda la familia Chattan, pero su prometido estaba muerto y ella debía seguir adelante. Aunque después de aquel beso de Rowan no sabía cómo hacerlo.

Su mente se había quedado en blanco cuando sintió los labios del guerrero sobre ella. Su corazón había saltado por los aires y su garganta no sabía cómo expresar lo que había pasado, pero sí sabía que aquello había provocado que su cuerpo estuviera a punto de arder cada vez que se cruzaba con él.

Durante esas dos semanas había intentado evitarlo, pero el castillo no era tan grande como para hacerlo, teniendo que compartir salón cuando comían o cuando se cruzaban por los pasillos. Sentía la mirada de Rowan de una manera distinta, como un trozo de acero en una fragua que acababa de salir del fuego y quemaba al aproximarlo a ti. Intentaba evitarlo cuando la

miraba como siempre, pero algo en ella había despertado y la obligaba a sostenerle la mirada, aunque no podía hacerlo de la misma manera que antes. Ya no podía sostenerle la mirada durante más de dos segundos seguidos. Tenía que apartarla antes de que sus mejillas se tiñeran de un intenso color rojo, pues parecía sentir que sus labios volvían a posarse sobre ella con tan solo una mirada.

Y aquellos dientes… Hacía pocos días que le había desaparecido la marca que le habían dejado los dientes de Rowan cuando la mordió en el cuello. En aquel momento pensó que no se le notaría, pero le habían dejado tal marca que la propia Cora, inocentemente, le había preguntado si se había golpeado en el cuello. Ese día no había podido evitar que su rostro se tornara rojo por la vergüenza, pero logró salir del paso al admitir que se había levantado a oscuras de la cama y se había caído, golpeándose con el baúl de los pies de su cama.

Pero era mentira. Y Rowan lo sabía. Gillian tenía la impresión de que, si seguía allí, iba a perder el juicio por completo. No dejaba de pensar en él y lo que le había hecho sentir. El guerrero parecía haber tocado algo en ella que había despertado su lado más salvaje y primitivo, y, esperaba que su padre la perdonara, pero lo deseaba con todas sus fuerzas. Su cuerpo había respondido sin querer, deseándolo ardientemente. Necesitaba que volviera a tocarla y, aunque intentaba olvidarlo, no podía. De hecho, tenía la impresión de que, entre sueños, lo veía de pie junto a su cama, vigilando su sueño. No sabía si era cierto o solo formaba parte de sus pesadillas, pero ardía en deseos de que se tumbara junto a ella y la hiciera suya.

Gillian dejó escapar un resoplo mientras salía de su dormitorio. ¿En qué momento se había convertido en una casquivana que, en lugar de odiar a su enemigo, lo deseaba con todas sus fuerzas? Debía odiarlo por la muerte de su hermano y la de Reginald, pero no podía. Había conseguido que dejara apartado eso a un lado y lo viera como lo que era: un hombre más. Su peligrosidad y oscuridad de su alma lo hacían tan atrayente que no podía dejar de pensar en él. Le había traído vida. Siempre había pasado los días de una forma serena y tranquila, pero Rowan representaba la vida salvaje y peligrosa, y había descubierto que la excitaba.

Si su madre levantara la cabeza, moriría nuevamente al escuchar los pensamientos de su hija.

Gillian bajó las escaleras y sacudió la cabeza para intentar dejar a un lado

todos los pensamientos que había tenido desde que había puesto un pie en el suelo. Necesitaba despejarse, salir de allí, hablar con alguien que no tuviera nada que ver con Rowan o que, al menos, no se lo recordara. Lo que fuera tan solo para intentar olvidar que había perdido el juicio y que internamente deseaba que Rowan volviera a hacerla temblar con sus labios.

Gillian carraspeó al sentir que su garganta se secaba al recordarlo nuevamente. Se golpeó mentalmente y siguió su camino hacia la salida del castillo. Necesitaba sentir sobre su rostro el viento de la mañana y que el frío bajara la temperatura de su cuerpo, que aumentaba al pensar en él.

—Ryan va a volver de la otra vida para llevarte a los infiernos, Gillian —murmuró para sí recordando a su hermano.

Y a pesar de que su intención era buena al intentar salir al patio para tomar el aire, el destino quiso que, en ese preciso instante, se encontraran entrenando los guerreros del clan, incluida la propia Cora, que luchaba contra Alasdair.

Sus pies se detuvieron de golpe, sin saber qué hacer. Se dijo que debía marcharse hacia el otro extremo del patio, tal vez subir a la muralla o directamente volver sobre sus pasos para no ver aquello, pero no pudo moverse del sitio al ver la impresionante figura de Rowan en el centro del patio sin camisa, vistiendo únicamente con su kilt y aferrando con fuerza la espada.

En ese instante, sus piernas comenzaron a temblar de nuevo ante esa imagen que parecía ser la de un dios griego. Su cuerpo, tallado por los mismísimos dioses, se contraía con cada movimiento, con cada estocada que lanzaba contra sus propios guerreros, que se enfrentaban a él a pares mientras entrenaban. Jamás había presenciado un entrenamiento tan salvaje como aquel, y le pareció tan espectacular que sus pies se negaron a obedecer sus órdenes para salir de allí antes de que Rowan pudiera verla.

A pesar de la distancia, Gillian pudo sentir la fuerza que manaba del laird de los Chattan. La joven necesitó apoyarse contra la jamba de la puerta de entrada, pues temía que sus piernas fallaran y cayera al suelo estrepitosamente.

No estaba segura de que él lo supiera, pero Rowan era todo un espectáculo en estado puro. Solo con su presencia parecía llenar gran parte del espacio del patio, y eso que era bastante amplio. Su fuerza y su

seguridad en su brazo y su espada eran más que evidentes, provocando que algunos de sus hombres se retiraran rápidamente del combate para evitar ser heridos.

Al no tener la camisa puesta, Gillian pudo ver la contracción de sus músculos cada vez que levantaba la espada para atacar. Y en ese instante, no pudo evitar volver a recordar el momento en el que la besó en la cocina. Había tenido ese cuerpo a milímetros del suyo. Se habían rozado y aquellos labios, que ahora formaban un rictus serio por la concentración, la habían besado. No podía creer que pudiera existir tanta perfección en un solo cuerpo.

En la lucha cuerpo a cuerpo, Rowan parecía ser un hombre extraordinario, y ahora entendió que su hermano Ryan no había tenido ni una sola oportunidad contra él. Ella lo había visto entrenar y luchar y no llegaba ni a la mitad de potencia que Rowan.

A pesar de que Gillian se decía una y otra vez que desviara su mirada para no ser demasiado evidente, no podía. Parecía estar hechizada por aquellos movimientos que no dejaban de sorprenderla. Y en el momento en el que Rowan se giró para atacar por su espalda, este levantó la mirada y sus ojos se chocaron con los de la joven. El guerrero mantuvo la mirada sobre ella, ajeno a su alrededor y provocando que el corazón de Gillian se sobresaltara al saberse descubierta.

Se golpeó mentalmente por no haber huido de allí antes, pero ya era demasiado tarde. Rowan la había descubierto y la penetraba con la mirada. Aquellos ojos como el acero eran demasiado evidentes a veces, tal vez el propio guerrero lo hacía a propósito. Pero Gillian podía sentir el calor que desprendían a pesar de la distancia.

Ambos se encontraban tan absortos en sus pensamientos que ninguno vio la espada de uno de los guerreros que luchaba contra Rowan y que se acercaba peligrosamente a él, ajeno a la mirada de su laird con la joven Comyn.

A pesar del grito de advertencia de sus hombres, Rowan no pudo moverse a tiempo y gruñó con fuerza cuando la hoja del otro guerrero atravesó la carne de su espalda, abriéndole un tajo bastante amplio.

—¡Dominic, no! —vociferó Sloan cerca de ellos al ver el movimiento del guerrero.

Este rápidamente modificó la expresión de su rostro al ver que había herido a su laird.

—Mi señor, ¿estás bien?

Dominic, el guerrero que había abierto la brecha en la espalda de Rowan, se precipitó hacia él y lo miró a la cara, temeroso de su reacción. A su lado, Sloan maldecía en voz alta por lo que había hecho.

—No es culpa suya, Sloan —dijo Rowan con tono bajo y sereno, aunque contenido por el dolor—, sino mía. Estaba distraído.

Su hermano frunció el ceño.

—Tú nunca te distraes, Rowan.

El aludido lo miró a los ojos.

—Esta vez, sí. Tenía la mente en otra parte.

Al ver que Rowan miraba a Dominic para hablar con él, Sloan dirigió la mirada hacia el lugar donde había visto que miraba Rowan antes de ser herido. Y no pudo evitar gruñir al ver a la muchacha Comyn en la jamba de la puerta de salida del castillo. En su rostro pareció ver curiosidad por lo que había pasado, pero había algo en sus mejillas rojas que indicaba algo más que se escapaba a su comprensión.

Sloan miró de nuevo a Rowan, que gruñó cuando le tocaron la herida abierta de su espalda. Su hermano jamás se había distraído con nada, y menos con la presencia de una mujer, por lo que había algo extraño en todo aquello que no lograba entender. Se preguntó qué demonios había pasado entre ellos durante esas dos semanas para que las cosas cambiaran en el castillo. Sí había advertido que la continua guerra entre ellos parecía haber dado una tregua, pero había una tensión en sus miradas cuando se observaban que no le pareció normal.

—No es nada… —dijo su hermano sacándolo de sus pensamientos.

—Sí lo es, Rowan —intervino Cora mirando su espalda—. Parece profunda. Deberíamos llamar a la curandera del clan.

El laird resopló y negó con la cabeza.

—Hermano, eso hay que curarlo —le advirtió Sloan.

—Y lo voy a curar, pero no hace falta llamar a nadie porque ya hay una curandera en el castillo.

Las palabras de Rowan provocaron que el ceño de Sloan se frunciera mientras que Cora esbozó una sonrisa.

—¿No pensarás dejar que la muchacha Comyn te cure? Es nuestra enemiga…

—A mí me curó el labio y no me ha dejado marca, Sloan.

El aludido miró con furia a Cora, pero rápidamente volvió sus ojos hacia Rowan.

—Esa muchacha es nuestra enemiga. No puede curarte. Puede aprovechar para matarte.

Rowan miró a su alrededor para indicar con la mirada a sus hombres que se marcharan de allí y los dejaran solos. Tan solo respondió cuando lo obedecieron.

—¿Me crees tan poco inteligente como para dejarme matar?

—No, pero te has distraído ahora con ella, ¿verdad? Por eso te han herido…

—¿Y qué más da?

Rowan se giró hacia él con la espalda sangrante, dispuesto a enfrentarlo.

—No quiero que olvides que es nuestra enemiga.

—No lo hago.

Al ver que Sloan iba a seguir con la pelea, Cora se interpuso y señaló hacia el interior del castillo.

—Da igual a quién pertenezcan las manos que te curen, pero debes hacerlo ya, Rowan. Tienes la espalda ensangrentada.

El aludido miró a su hermana pequeña y asintió, dirigiéndose hacia la fortaleza y prometiéndole a Sloan que en algún otro momento continuarían aquella conversación.

Desde su posición, Gillian descubrió que Rowan se aproximaba a ella. Una parte de ella, aquella que la animaba a curar a las personas, se había preocupado tanto por esa herida que no había podido moverse del sitio, pero ahora que lo veía dirigirse hacia donde se encontraba, el nerviosismo se apoderó de ella. La mirada del guerrero estaba clavada en ella, haciéndole recordar el íntimo momento pasado en la cocina.

Gillian tragó saliva y se obligó a moverse. La joven se giró para

marcharse de allí, pero la potente voz de Rowan la obligó a quedarse parada en el sitio.

—Tienes que curar mi herida.

Gillian giró la cabeza para mirarlo.

—¿Me dices a mí?

El guerrero llegó hasta ella. La joven se obligó a seguir mirándolo a los ojos, ya que su pecho seguía igual de desnudo que antes, pero con la diferencia de que estaba a escasos centímetros de ella. Y así de cerca parecía tan enorme que tuvo la impresión de que impedía que la luz del día entrara en ese tramo de pasillo.

—Cuando llegaste aquí, dijiste que sabías curar las heridas. Así que serás la responsable de curar la mía.

Gillian dudó y carraspeó antes de hablar.

—Yo soy tu enemiga. No quiero que me culpes de que no se cure bien o de que te quede cicatriz.

Rowan arqueó una ceja. Tenía un gran escozor en la espalda y ni siquiera el frío de la mañana lograba aplacarlo, así que necesitaba que le curaran esa herida cuanto antes.

—Soy yo quien está pidiendo esa ayuda y una cicatriz más en mi cuerpo no me importa. Ve a tu dormitorio a por tus ungüentos y acude al mío para curarme.

Gillian frunció el ceño.

—Puedo negarme a hacerlo…

Rowan siguió adelante, dirigiéndose hacia uno de los salones donde vio que entraban varios sirvientes.

—Puedes hacerlo, otra cosa es que yo ordene lo contrario…

La joven rechinó los dientes. Volvía a mostrarse como el mismo guerrero frío, dominador y autoritario que conoció semanas atrás. Pero su conciencia le impedía desobedecer aquella orden. Al ver cómo se alejaba de ella, le vio completamente la espalda. Le habían abierto en la herida justo en el centro de la misma entre hombro y hombro, y el tajo llegaba hasta la cintura, provocando que el resto de su espalda se hubiera llenado de sangre derramada.

Como enemiga, no quería curarlo para evitarse problemas. Como curandera, tenía la obligación de hacerlo, pues sabía que con sus hierbas podría sanar muy pronto. Pero como mujer a la que había besado semanas atrás… Como mujer debía correr en dirección contraria para evitarse problemas que la iban a arrastrar a las profundidades del peor de los infiernos.

Inconscientemente, miró hacia atrás, al centro del patio, desde donde sentía clavada en ella una mirada. Allí se encontraba Sloan, observándola con ojos iracundos y profundos, prometiéndole una guerra entre ellos si se atrevía a hacerle algo a Rowan. Gillian suspiró y obligó a sus pies a moverse. Se dirigió hacia su dormitorio para coger la alforja donde había guardado todo lo que llevaba consigo para curar cuando se dirigieron hacia allí.

Escuchaba el movimiento de los sirvientes cerca de su dormitorio. Supuso que se encontraban adecentando el de Rowan para la cura, así que, sin perder tiempo, se dirigió hacia su destino con manos ligeramente temblorosas. Siempre había curado heridas de esa profundidad, por lo que no temía realmente la herida, sino al hombre que la tenía. No quería quedarse a solas con él una vez más, y para colmo en su dormitorio.

Cuando llegó junto a la puerta, vio salir a dos sirvientas con cubos vacíos. Estas apenas se detuvieron a mirarla y siguieron su camino. Gillian apretó la alforja contra ella y respiró hondo para prepararse. Cuando sintió que sus nervios disminuían ligeramente, tomó el pomo entre sus manos y abrió la puerta.

En el dormitorio se encontraba únicamente Rowan, que tenía los brazos apoyados contra la chimenea y seguía con el torso desnudo. El guerrero giró la cabeza en su dirección y se incorporó para verla llegar, provocando que el nerviosismo de la joven aumentara.

—Pensaba que habías huido…

Gillian dio un paso hacia él.

—Tenía bien guardadas mis hierbas…

La joven abrió la boca para decir algo más, pero acababa de darse cuenta de algo en lo que no había reparado al entrar. Junto a la chimenea había una bañera preparada para que el guerrero pudiera quitarse los restos de sangre. Y el simple hecho de pensar en que podía desnudarse frente a ella hizo que

se sonrojara irremediablemente.

Intentando disimular, Gillian bajó la cabeza hacia la alforja que apretaba contra sí como si temiera que la robaran. Se acercó a la cama e intentó que el pelo le tapara la cara mientras sacaba los botes necesarios para la cura.

—Puedes sentarte en uno de los sillones…

En silencio y sin apartar la mirada de ella, Rowan se sentó junto a la bañera y esperó. Gillian miró entre sus botes y descubrió que le quedaba poca lavanda, pero tal vez suficiente para esa cura.

—Si tenéis algún lugar donde haya lavanda, me gustaría ir en otro momento. Es muy buena para las heridas. Las limpia en profundidad y evita que se gangrenen…

La joven se giró hacia Rowan y necesitó respirar profundo antes de dirigirse a él. Lo vio asentir ante sus palabras, pero parecía estar tan atento a todo lo que hacía que la puso realmente nerviosa.

—Desconocía que la lavanda tuviera algún otro uso aparte del de aromatizar los baños.

Gillian sonrió y asintió.

—Te sorprendería. Hay muchas plantas que poseen propiedades, pero la gente las desconoce.

Rowan miró aquella sonrisa de la misma forma que haría si hubiera visto dos cabezas sobre sus hombros. Le pareció tan genuina y auténtica que deseó que estas aparecieran en sus labios más a menudo. Por ello, decidió ahondar en ese tema para que la tensión en la joven disminuyera.

—¿Y qué más plantas utilizas?

Mientras Gillian preparaba todo a su alrededor y tomaba un paño para limpiar la herida de su espalda, volvió a sonreír. Era la primera vez que alguien se interesaba por lo que hacía, pues no solían hacerle preguntas. Por lo que olvidó que el interesado era su enemigo y comenzó la cura mientras le respondía:

—Suelo utilizar mucho el árnica. Es muy bueno para los golpes de los guerreros del clan o incluso los niños que viven cerca del castillo. También está la caléndula. Hace unos meses la usé con una de las sirvientas, que tenía unos picores horribles en la rodilla y se le quitaron en unos días.

Rowan siseó cuando sintió el paño junto a su herida. Notó cómo la joven

retiraba el paño, pero rápidamente volvió a limpiar la herida y continuó explicándole el uso de algunas plantas que conocía y otras que no. No sabía por qué, pero algo dentro de él sentía agrado al escuchar la voz de la joven. Por alguna razón, se había convertido en una mujer parlanchina momentáneamente. Parecía haber olvidado el nerviosismo inicial o tal vez quién era él, pero estaba mostrando una Gillian diferente. Y, por alguna extraña razón que no entendía, le gustaba.

—La artemisia es muy buena para cuando no puedes dormir, por lo que si alguno de vosotros duerme mal, puede usarla.

Rowan no pudo evitar dejar escapar una risa suave.

—Creo que no hay suficientes plantas de ese tipo en Escocia para mí.

—¿Duermes mal?

El guerrero la miró por encima del hombro, no queriendo mover el cuerpo. Y en ese instante, Gillian pareció recordar de nuevo con quién estaba hablando. Sus mejillas se tornaron rojas y desvió la mirada de forma incómoda.

—Lo siento. No he debido meterme en eso. He hablado demasiado.

Rowan frunció el ceño ante la joven que volvía a convertirse en la muchacha que había conocido semanas atrás. Él no respondió, pues en caso de hacerlo sería reconocer que le había gustado la distensión que había entre ellos en ese instante. Y no quería mostrar ningún tipo de sentimiento al respecto. Por ello, volvió la cabeza hacia adelante y dejó que lo curara.

El escozor en su espalda le hizo gruñir en varias ocasiones, pero a pesar de eso, podía sentir que las manos de la joven intentaban hacer el menor daño posible. Lo habían herido tantas veces que era capaz de distinguir la forma de curar de unas personas y otras, y jamás habían tenido tanto tacto con él.

Para Rowan, sentir las manos frías de la joven sobre su espalda desnuda, independientemente del dolor, lo llevaba una y otra vez dos semanas atrás y al momento en el que no pudo aguantar las ansias por besarla. Se golpeó mentalmente por pensar en eso justo en ese instante, pero lo peor de todo fueron las palabras de Reginald antes de morir. Este parecía haber podido leer su futuro y lo había visto deseándola, como en ese momento.

Desconocía en qué instante de su existencia había pasado de odiar a

Gillian para desearla de esa forma tan irracional y salvaje. Y él mismo se respondió a esa cuestión: desde el primer momento. La había deseado con esa fuerza desde que la vio clavándole la mirada en la reunión, declarándole la guerra en silencio. Lo había retado. Y a él los retos lo excitaban. Esa obsesión por ella y todas esas noches que acudía a su dormitorio para velar por su sueño solo podían deberse a que la había deseado desde ese primer día. Y no sabía cómo salir de ahí.

—Ya casi está… —dijo la joven interrumpiendo sus pensamientos—. Es menos profunda de lo que parece.

Rowan se sobresaltó, pues temió que Gillian pudiera descubrir lo que pasaba por su mente mientras ella lo curaba. El guerrero carraspeó y asintió.

—Puedo terminar yo si quieres.

Gillian lo miró cuando se inclinó hacia la mesa para coger una tira larga de tela con la que tapar la herida.

—Si yo empiezo a curar, yo acabo. No quiero que lo hagas mal y después me culpes a mí de lo que has hecho.

—De acuerdo —accedió.

Gillian no pudo evitar arquear una ceja.

—¿Así de fácil? ¿No vas a poner impedimentos ni me vas a ordenar que te deje en paz?

—Si quieres, lo haré.

La joven dudó. Durante un segundo, creyó ver una expresión de diversión en sus ojos, pero se dijo que debía de estar equivocada, que eso no podía suceder.

—Termina tú, si es así como sueles hacer.

Gillian asintió frente a él. Tragó saliva y se acercó. Tenía que aproximarse mucho para envolverlo con la tela, y no sabía cómo hacerlo para evitarlo. Bajo su atenta mirada, la joven intentó mantenerse fría y comenzó a envolverlo. Sin embargo, las siguientes palabras de Rowan la dejaron completamente pasmada:

—Me sorprende que no hayas querido hablar del beso…

Las manos de la joven temblaron visiblemente y su sobresalto no pasó desapercibido al guerrero. Intentó disimular, terminando de atar la venda

alrededor del amplio pecho del guerrero, pero este le sostuvo la mano y la acercó más a él. Sus rostros estaban demasiado unidos y Rowan escuchó cómo tragaba saliva ruidosamente.

—No hay nada de qué hablar…

—Yo no estaría tan seguro. No me has insultado por ello, no has intentado golpearme y, ahora que tenías una mísera oportunidad de provocarme daño, no lo has hecho.

—No sabes si lo que he puesto en tu espalda era veneno…

—Si fuera veneno, ya te habrías escapado.

La voz de Rowan sonó como un ronroneo, una ligera caricia salida de los infiernos más tétricos que la envolvió por completo, manteniéndola parada en el sitio.

—Suéltame —casi tartamudeó.

Pero Rowan negó con la cabeza.

—No hasta que hablemos de ese beso.

—Eso no volverá a suceder —respondió rápidamente con voz renovada.

—Y, sin embargo, tus ojos desean fervientemente que te vuelva a besar.

Gillian se golpeó mentalmente. ¿Eran ciertas esas palabras y se notaba claramente que había llegado a desearlo?

—No es verdad —susurró intentando soltarse, pero la mano libre de Rowan atrapó su cadera, provocando que los ojos de la joven se abrieran desmesuradamente.

—Si alguien como tú desearía escapar, lo habría hecho ya, pero tú te has quedado quieta.

—El fuego está detrás y podría caer sobre él.

Rowan negó nuevamente con la cabeza.

—No. El fuego está en el mismo lugar que hace dos semanas cuando te besé… Aquí.

La mano que reposaba en la cadera de Gillian descendió por su trasero y acarició sus piernas. Estas comenzaron a temblar, arrancándole el aliento a la joven, que no podía moverse a pesar de que su mente gritaba para que escapara de allí cuanto antes.

—No es cierto —balbuceó.

—Entonces, estará más arriba.

La mano de Rowan ascendió y tocó su trasero sin ningún tipo de vergüenza, provocando que de la garganta de Gillian escapara un suspiro. El guerrero se inclinó ligeramente hacia ella, acercando sus labios a los de la joven, que no se movió ni un solo milímetro.

—O tal vez también está en tus labios, que desean ser besados.

—No… no está en nada que tenga que ver contigo.

—Y, sin embargo, no escapas…

Gillian deseó golpearlo con todas sus fuerzas, abrirle nuevamente la herida de su espalda o directamente matarlo, pero era cierto. No se movía. Y no podía hacerlo. De repente, su cuerpo se había llenado de un enorme deseo que no podía apagar. Que el padre celestial la perdonara, pero no podía alejarse de él. Rowan era un demonio y se había visto impulsada hacia él, rindiéndose al fuego eterno en el que, sin duda alguna, iba a arder para toda la eternidad.

Tan solo un leve movimiento le hizo falta a Rowan para que la joven perdiera el equilibrio y cayera de bruces sobre él con ambas piernas a los lados del guerrero. Y entonces, las manos de este se fueron directamente a su cadera para acercarla a él sin dejar de mirarla a los ojos, provocándola, incitándola para que tuviera el valor de levantarse y correr lejos de allí. Pero siguió sentada sobre él.

—Te gustó —ronroneó cuando la cadera de la joven rozó su miembro erecto.

Gillian se sobresaltó al sentir contra ella la dura carne del guerrero. Este clavó los dedos en su cadera y ella no pudo evitar dejar escapar un suspiro. ¿Qué demonios estaba haciendo? Debía huir de allí cuanto antes, pues estaba a punto de caer ante su enemigo.

Rowan acercó el rostro de nuevo y rozó los labios de Gillian con los suyos hasta acabar mordiendo uno.

—¿Dónde está tu fuego, Gillian Comyn?

En todo mi cuerpo, le habría gustado gritar. ¿En qué momento había perdido el juicio y había comenzado a desear al guerrero? Este volvió a morder su labio inferior, incitándola, pero sobre todo al mover los dedos de

una mano y rozar con ellos su entrepierna, que estaba expuesta a él.

—¿Qué clase de hechizo lanzaste aquel día en la reunión? —ronroneó contra sus labios.

Gillian no pudo evitar un gemido. Todo su cuerpo ardía y ni siquiera podía escuchar con claridad sus palabras. Tan solo podía ser consciente de lo que sentía, del tremendo fuego que recorría su cuerpo.

—¿Deseas que te bese otra vez, Gillian?

La joven respondió con un suspiro contra sus labios. Sus ojos se cerraron ante semejante calor que apenas podía soportar en el cuerpo.

—¿Quieres que te bese? —repitió.

Y cuando uno de los dedos del guerrero volvió a rozar su entrepierna, gimió y asintió.

—Sí —suplicó.

Sin dejarla seguir, Rowan atrapó sus labios con fiereza. La devoró sin piedad, arrancándole gemidos que atrapaba rápidamente con su boca. La apretaba contra sí, deseando mantenerla de esa manera hasta que se hubiera saciado. La tensión que había acumulado por ella durante esas semanas parecía estallar de golpe en ese momento. Todas las miradas cargadas de odio, los retos y la guerra entre ellos se desvaneció como la muralla de un castillo derrumbada por el enemigo. Sus labios se buscaron con desesperación y urgencia, encajando entre ellos mejor de lo que habían esperado.

Las manos de Gillian ascendieron por su pecho, palpando cada centímetro de su piel, clavando sus uñas entre su vello, arrancándole un gemido de dolor que la excitó aún más. Los brazos del guerrero la atraparon por completo, la rodearon hasta no dejar nada de distancia entre ellos.

Rowan profundizó el beso, penetrándola con la lengua e intentando morder su interior. Absorbía cada suspiro de la joven, guardándolo para él, pues en ese instante, Gillian Comyn era suya. De nadie más. Solo suya. Pero en el momento en el que ella comenzó a arquear la espalda y mover la cadera, restregando su cuerpo contra él, Rowan fue consciente de lo que estaban a punto de hacer. Y sabía que no estaba bien, pues llevaría a su clan a la guerra.

Cuando las manos de Gillian ascendieron hacia su cuello y lo apretó

contra ella, el guerrero la apartó, provocando que lanzara una queja. Ambos se miraron con las respiraciones aceleradas. La joven no sabía qué había pasado para que de repente, la obligara a levantarse de sus piernas y la alejara de él. Lo miró con gesto sorprendido, pero Rowan no se dignó a mirarla, ya que mantuvo sus ojos sobre el fuego de la chimenea.

—Será mejor que te vayas —le espetó.

Gillian boqueó varias veces, incapaz de moverse de nuevo. Su cuerpo seguía en llamas y no podía responder con rapidez. Por eso, no pudo evitar sobresaltarse cuando Rowan vociferó:

—¡He dicho que te vayas!

Rápidamente, Gillian corrió hacia la cama y recogió sus cosas. Lo dejó solo en cuestión de segundos, dando un sonoro portazo.

En el momento en el que Rowan escuchó la puerta cerrarse, dejó escapar un bramido. ¿Por qué demonios había tenido que hacer eso? El guerrero apoyó la frente contra la repisa de la chimenea. Debió dejar que lo curara y se marchara rápidamente. No tenía que haberla besado. Pero haberla tenido tan cerca nuevamente había provocado que perdiera la razón. Esa misma razón que había perdido minutos antes cuando se distrajo y lo hirieron, la misma que perdía cada noche al sentir la necesidad de observarla mientras dormía… Se había vuelto loco, pero la deseaba tanto que, en ese momento, sería capaz de destruir el mundo tan solo para tenerla a ella por siempre.

CAPÍTULO 16

A la tarde siguiente, Gillian se encontraba en la biblioteca buscando algún libro con el que pasar los días y con el que intentar olvidar la vergüenza que le suponía lo que había sucedido con Rowan el día anterior.

Había pasado uno de los peores días de su vida, incluso peor que la muerte de Reginald o de su madre. La vergüenza la acompañaba allá donde iba y no podía quitarse de la cabeza ese momento en el que el guerrero la había tocado en lo más profundo de su ser para después gritarle que se marchara. Había intentado encontrar una respuesta a lo que había sucedido para que cambiara de parecer así de repente y la expulsara a gritos, pero no había encontrado absolutamente nada. Y eso era lo que aumentaba su vergüenza. Se había dejado acariciar por un hombre que era su enemigo y al que debía odiar. La había besado también, y ella lo había aceptado como si fuera su única tabla de salvación. Respondió a ese beso como si se estuviera ahogando y fuera el aliento de vida. Ni siquiera con Reginald se había besado así, y mucho menos tocado. Pero con Rowan sentía esa fuerza salvaje que la hacía olvidar incluso los modales.

Por eso, ese día se había negado a ver o hablar con nadie. No quería que alguien del castillo advirtiera su vergüenza y lograra adivinar qué había pasado, pues se moriría en el instante en el que dieran en el clavo.

Gillian suspiró mientras observaba la enorme hilera de libros que había en la estantería. Se notaba a leguas que hacía mucho tiempo que nadie entraba allí para coger algún libro, pues el polvo volaba de un lado a otro, impregnando todo a su alrededor. Pero a la joven no le importaba, ya que cualquier lugar era perfecto para esconderse del mundo y evitar a Rowan.

No se lo había cruzado el resto del día anterior ni tampoco durante la mañana de ese día, ya que había preferido comer solo o directamente saltarse alguna que otra comida, por lo que mucho mejor así. No sabía cómo iba a reaccionar en el momento en el que cruzara miradas con él, ni tampoco quería imaginar qué haría si lo encontrara solo por el pasillo. Un escalofrío recorrió su espalda y rezó para no tener que volver a verlo jamás. Seguramente, el guerrero pensaba que estaba ante, como dijo Reginald, una furcia del clan Comyn. Tal vez su visión hacia ella había cambiado por completo el día anterior al demostrarle que se dejaba llevar por el juego de

sus dedos. Pero no era así. Ella jamás se había entregado a alguien, ni había perdido el juicio. Siempre había actuado con mesura y teniendo en cuenta su honor. Pero el día anterior lo había olvidado por completo.

Gillian resopló y apoyó las manos en una de las estanterías. Su madre debía de estar revolviéndose en su tumba al ver cómo había echado a perder su honor con el peor de sus enemigos. ¿Con qué cara iba a regresar a su hogar después de eso? ¿Cómo iba a mirar a los ojos a su padre después de dejar que su enemigo la tocara y besara? Se moría de la vergüenza tan solo de pensarlo.

La forma con la que Rowan la había echado de su dormitorio le había dolido en lo más profundo de su alma. Había sido realmente vergonzoso para ella. Se había llegado a sentir como una furcia a la que expulsaban sin pagar. Y al pensar en que Reginald la llamó así se sintió tan mal consigo misma que el día anterior no había dejado de llorar.

Por eso, y para despejar la mente, en ese momento se encontraba en la biblioteca. Quería descubrir si entre los innumerables libros de los Chattan había alguno dedicado al uso curativo de las plantas, pero no encontraba absolutamente nada.

Retomó la búsqueda después de inspirar con fuerza para calmarse, pero se detuvo cuando la puerta de la biblioteca se abrió a su espalda y se cerró con un sonoro portazo. Sobresaltada, Gillian giró sobre sí misma y dirigió su mirada hacia el recién llegado. Sorprendida, no pudo evitar arquear una ceja, aunque su corazón se aceleró al ver el rostro malhumorado e iracundo de Sloan.

Gillian tragó saliva y dio un paso atrás, dándose de lleno con las tablas de la estantería.

—¿Ocurre algo? —preguntó ante el silencio tenso de Sloan.

El guerrero se aproximó a ella lentamente, midiendo cada paso e intentando adivinar los pensamientos de la joven.

—Eso me gustaría saber… —respondió Sloan secamente.

Gillian lo miró sin comprender y se retorció los dedos con evidente tensión, aunque intentó aparentar calma. Carraspeando, la joven caminó hacia la ventana. Necesitaba tenerla cerca, como una especie de lugar seguro entre ellos, pero el guerrero se acercaba más a ella, acorralándola ligeramente desde la distancia.

—No te entiendo. ¿Qué he hecho para que estés así?

—Ser una Comyn, para empezar…

—Eso ya lo sabía —le espetó—. Dime algo que desconozca.

Sloan frunció aún más el ceño. No podía creer la valentía o falta de juicio de esa muchacha que no parecía tener miedo de ellos desde que había llegado al castillo.

—¿Te estás burlando de mí?

—Eso es lo que estoy empezando a pensar que haces tú, que no me quieres explicar qué demonios pasa para que vengas aquí a hablarme así.

—Estoy en mi casa, puedo hablar como quiera.

—No a mí —le aseguró—. Y menos cuando no te he hecho nada.

—¿Y a Rowan? ¿Qué le has hecho a él?

Gillian elevó ambas cejas, sorprendida.

—No lo he visto en todo el día, así que no le he hecho nada.

—No me refiero a hoy, sino a estas semanas.

La joven resopló y miró hacia otro lado, intentando calmarse.

—Mira, si estás intentando decirme algo, dilo directamente y no me hagas perder el tiempo con rodeos.

Sloan frunció el ceño y dio otro paso hacia ella, acortando la distancia, pero Gillian se mantuvo en el sitio, elevando el mentón con orgullo.

—Mi hermano está demasiado raro.

—Entonces, pregúntale a él…

—Prefiero preguntarte a ti porque algo me dice que eres la culpable.

Gillian rodó los ojos, poniéndolos en blanco y se cruzó de brazos, paseándose por la estancia sin separarse de la ventana, pues Sloan había acortado mucho el espacio. Inconscientemente, sus ojos se dirigieron hacia la puerta de salida, pero el guerrero adivinó rápidamente sus pensamientos.

—Si intentas salir de esta sala sin darme una respuesta, no llegarás viva a la puerta.

Gillian clavó su mirada en él. Ese odio hacia ella no lo había visto ni siquiera en Rowan. Tampoco en nadie del clan. Pero Sloan parecía tener un especial odio por ella y todo su clan. Casi podía palpar el dolor que

desprendía de todo su ser, y dedujo que no le había perdonado a su familia la muerte de su padre a manos de Ryan, el hermano de la joven.

—Yo no soy culpable de nada de lo que me acusas —dijo sin responder a lo anterior—. Te recuerdo que fuisteis vosotros quienes me trajisteis aquí.

—Y mucho me temo que mi hermano se equivocó al dejarte libre. Debió meterte en una mazmorra.

Gillian dejó escapar una risa irónica.

—¿Y yo tengo la culpa de sus decisiones? No tengo ese poder…

—Lo has embrujado —le espetó Sloan mirándola a los ojos.

La joven no pudo evitar reír ante semejante comentario.

—¿Embrujado? Tengo mejores cosas que hacer en lugar de ir por la vida embrujando a la gente con la que me cruzo… Definitivamente, eres el hermano con menos juicio en este castillo…

Gillian descruzó los brazos e intentó rodearlo para marcharse, pero la férrea mano de Sloan la agarró con fuerza y tiró de ella, empujándola contra la pared. Gillian dejó escapar un gemido de dolor cuando las piedras de la pared se clavaron en su espalda y en el momento en el que un brazo de Sloan se posó en la pared, justo al lado de su cabeza, y la otra mano la aferró de la barbilla, Gillian fue consciente de que ese guerrero no era como cualquier otro, sino más peligroso, pues su odio era mucho más profundo y enquistado que el de los demás.

—Rowan ha sido demasiado indulgente contigo, pero yo no lo seré tanto.

Gillian intentó apartar la mano de su barbilla, pero no pudo, así que optó por enfrentarlo.

—Lo tendré en cuenta cuando quiera embrujar a alguien.

Sloan clavó los dedos en su carne, provocándole un dolor que estuvo a punto de hacerla gemir, aunque logró contenerse.

—¿Te burlas de mí?

—Eres tú mismo quien se pone en evidencia. No yo.

—Si te atreves a hacer algo contra Rowan, yo estaré detrás para hacértelo pagar.

Sloan la señaló con la mano que había apoyado antes contra la pared.

—Ayer lo hirieron por tu maldita culpa.

Gillian frunció el ceño.

—No es mi culpa que se distrajera en el entrenamiento.

—Te estaba mirando.

—¿Y? —preguntó, incrédula—. Yo solo estaba observando el entrenamiento. Nada más.

Gillian rezó para que Sloan no descubriera en su mirada lo que había sucedido entre Rowan y ella el día anterior, ya que lo sentía capaz de colgarla de una soga por ello.

—A mí no me engañas con esa cara de ángel —le espetó el guerrero.

La joven frunció el ceño al escucharlo.

—Mejor tener cara de ángel que no de asco como la tuya… —soltó con toda su rabia.

Sloan rugió y abrió la boca para responder, pero la puerta de la biblioteca se abrió de golpe, provocando que el guerrero la soltada rápidamente y diera un paso atrás. Ambos miraron hacia la puerta con respiración acelerada y vieron que Cora acababa de entrar. En el rostro de la joven de los Chattan se dibujó una sonrisa incómoda y los miró alternativamente intentando adivinar lo que pasaba.

—¿He interrumpido algo?

Sloan negó con la cabeza en silencio, pero la mirada de su hermana pequeña estaba puesta sobre Gillian, que se apretaba fuertemente contra la pared.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Gillian carraspeó y se obligó a sonreír.

—¡Nada! Todo está bien.

Cora miró entonces a su hermano, cuya respiración estaba más que acelerada y apretaba los puños con odio. Lo conocía a la perfección y sabía que internamente estaba librando una batalla con él y con el mundo, por lo que lo mejor sería aceptar lo que le habían dicho. La joven asintió y esbozó una sonrisa que intentó desviar el tema.

—Venía buscándote para hablarte de un libro que tal vez te interese, si es que mi hermano ya ha acabado de hablar contigo…

Sloan miró a Gillian por encima de su hombro, indicándole con la mirada

que estaría atento a cada uno de sus movimientos. Después, se dirigió hacia su hermana y, cuando pasó justo por su lado, dijo:

—Sí, ya he terminado. Tengo cosas que atender.

Cora asintió, sintiendo la tensión del momento, pero no quiso añadir nada más, ni tampoco preguntar a Gillian, sino que disimuló todo lo que pudo y se acercó a una de las estanterías.

—Cuando era pequeña, pasaba mucho tiempo aquí y leí muchos libros. Esta mañana he recordado uno que estoy segura de que te va a encantar.

Gillian dejó su posición contra la pared y se acercó a ella con gesto ligeramente tenso. Sonrió para disimular y se cruzó de brazos. Algo le decía que su estancia tranquila en ese castillo había terminado. Se había ganado, sin esperarlo, un gran enemigo y sabía que estaría pendiente de todo lo que hacía. Tan solo deseaba que jamás lograra descubrir lo que había ocurrido entre Rowan y ella el día anterior.

Dos días después, Gillian había logrado entablar una ligera amistad con dos de las sirvientas del castillo. Puesto que no podía estar mano sobre mano en su día a día, había acudido a las cocinas para intentar averiguar si podía hacer algo por ellas. Sus nombres eran Claire y Faith y, a pesar de que en un principio la habían visto como a una enemiga, finalmente habían cedido ante su amabilidad.

—No puede hacer nada por nosotras, señorita, todo esto forma parte de nuestro trabajo.

—Lo sé, pero no puedo estar más tiempo mano sobre mano. Necesito sentirme útil.

Faith la miró con una sonrisa.

—¿Útil en un clan enemigo?

Gillian sonrió y se encogió de hombros.

—Suena raro, pero es cierto. Pasan los días y ni encuentro un libro que me guste, ni puedo salir sin alguien pegado a mí como una sombra, ni puedo cabalgar… No puedo hacer nada. Y no me digáis que aprenda a coser porque prefiero tirarme de cabeza desde lo alto de la muralla.

Claire rio suavemente.

—Bordar es muy apasionante.

Gillian arqueó una ceja.

—Es una broma, ¿no? La verdad es que me gustaría ir a algún lugar donde haya plantas que me resulten útiles. Se me acabó la lavanda y no tengo para hacer más curas.

Faith entornó los ojos mientras pensaba.

—¿Lavanda? ¿Vale la que está seca?

—Claro que sí…

Los ojos de Gillian se iluminaron al pensar en que podría volver a conseguir lavanda, ya que era muy importante para las curas y nunca le había faltado como en ese momento.

—Creo recordar que había en uno de los sótanos. Allí solemos guardar lo que no nos hace falta y dejamos varios ramilletes para hacer jabón.

Gillian frunció el ceño.

—Pero ¿qué sótanos?

—Supongo, señorita, que no ha pasado por esa zona. Como digo, no suele ir mucha gente por allí a menos que estén buscando algo que les hace falta, pero ninguna de nosotras podemos acompañarla ahora hasta allí.

—No importa —dijo la joven, emocionada por hacer algo diferente—. Si me indicáis cuál es el pasillo, puedo acercarme yo misma a buscar la lavanda…

Claire asintió, pero fue Faith la que habló.

—¿Sabe cuál es el pasillo de las mazmorras?

—El del ala norte del castillo —respondió Gillian.

—Exacto. Cuando llegue a la puerta de las mazmorras, debe seguir adelante unos metros más. Encontrará otra puerta a la izquierda que la lleva por unas escaleras hacia abajo. Esos son los que nosotros llamamos pasadizos o sótanos, pero no tienen salida al exterior. Es un lugar muy amplio y puede que haya demasiadas cosas, pero si sigue habiendo lavanda, estará colgada en una de las paredes para evitar que los ratones la muerdan.

Gillian asintió. La indicación era demasiado fácil, así que, tras dedicarles una sonrisa, se despidió con la mano y comenzó a moverse. Estar tan parada y sin nada que hacer provocaba que los días se le hicieran eternos, tanto en

su hogar como en ese castillo. Por ello, necesitaba hacer algo con lo que sentirse orgullosa al final del día.

Caminó con paso firme por el pasillo hacia el otro lado de este. Rezó para no encontrarse con Rowan, pues no podría aguantar su mirada. Sin embargo, cuando giró en la siguiente esquina, se dio de bruces con el pecho de alguien. Su corazón se sobresaltó al pensar en que tal vez era Rowan, pero fue el rostro de Sloan el que la miró con seriedad.

—Veo que tampoco miras por dónde vas…

—Tranquilo, es mi forma de decirte que sería muy mala bruja embrujando gente…

—O tal vez es tu forma de intentar desviar mi atención.

Gillian resopló y puso los ojos en blanco.

—Mira, no quiero problemas y tampoco hablar contigo. Tan solo deseo seguir mi camino.

—¿A dónde vas?

Gillian arqueó una ceja.

—¿Vas a hacer esto a partir de ahora?

—¿El qué?

—Molestarme…

Sloan se acercó a ella, pero Gillian se mantuvo en el sitio, encarándolo.

—¿A dónde vas? —le preguntó nuevamente recalcando cada palabra.

La joven acabó resoplando.

—Voy al sótano a buscar lavanda. Las sirvientas me han comentado que puede haber ahí. ¿Tal vez deseas acompañarme? Tranquilo, la lavanda es para curar, no para hacerte brujería…

Sloan rechinó los dientes y miró hacia atrás por encima de su hombro. Después, volvió a mirarla y negó.

—La verdad es que no deseo compartir contigo un espacio tan reducido.

—Entonces, mejor aléjate cuando me veas. Ahora mismo, cualquiera podría pensar que quieres besarme.

Con rostro estupefacto, Sloan dio un paso atrás. Era cierto, estaban demasiado juntos, pero porque se habían chocado y porque había intentado

amedrentarla con su presencia, sin éxito. Jamás en su vida se le ocurriría besarla. Estuvo a punto de gruñir al ver la sonrisa de autosuficiencia de Gillian, que lo rodeó y siguió su camino como si nada. La miró de soslayo por encima de su hombro y la odió con toda su alma.

Por su parte, la joven sonrió ante esa pequeña batalla ganada contra él. Era el hermano más antipático de todos los Chattan. Ni siquiera Rowan se acercaba a él en carácter, aunque después de lo ocurrido en su dormitorio días atrás tal vez estaba demasiado cerca.

La joven continuó su camino y pasó por varios pasillos hasta encontrar el que estaba buscando. Allí parecía haber más frío de lo normal, de la misma forma que la luz también descendía de forma repentina. Pero Gillian no se achantó. Si tenía libertad de movimientos por el castillo, también los tendría allí. Tras mirar a un lado y otro del pasillo y tomar una antorcha de la pared, Gillian caminó hacia adelante, pasando por delante de las mazmorras y agradeciendo que no la hubieran llevado allí el primer día.

Cuando llegó a la puerta que le había indicado la sirvienta, sintió un escalofrío. Estaba a punto de descender a las profundidades del castillo y tenía cierto reparo en hacerlo. Dudó un instante y se dijo que tal vez podría pedirle a Kester o Arran que la acompañaran al exterior a coger lavanda fresca, pero tendría que dar explicaciones a Rowan de su salida, y no estaba dispuesta a ello. Por eso, armándose de valor, Gillian elevó una mano y abrió la puerta.

Al instante, un fétido olor ascendió por las escaleras, provocándole una arcada. ¿De verdad nadie entraba allí? ¿Ni siquiera para limpiar? Estuvo a punto de darse media vuelta y regresar por donde había venido, ya que la lavanda que pudiera haber en ese lugar seguramente estaría echada a perder debido al penetrante olor que ascendía por las escaleras. Pero la curiosidad por ver ese lugar pudo con ella y comenzó a descender.

Ya que había llegado hasta allí no se iría sin ver algo diferente, aunque, eso sí, si había lavanda allí no la usaría para curar heridas, ya que podría hacer más daño que beneficiar a una persona.

El sonido de sus pasos reverberó en la estancia de abajo y gracias a la antorcha que llevaba en las manos pudo ver dónde pisaba. Las escaleras eran de madera y algunas de ellas parecían estar ligeramente podridas, por lo que debía tener mucho cuidado. Tras descender, Gillian arrugó el rostro. Aunque su olfato ya se había acostumbrado ligeramente a ese olor, aún

podía olerlo con claridad y, sin lugar a dudas, le pediría a Cora que enviaran a algún sirviente allí para adecentar todo.

El espacio de esa estancia escondida no era demasiado amplio, pero sí lo suficiente como para albergar utensilios antiguos que ya no hacían falta, pero que seguramente no quisieran tirar debido al cariño que guardaban. Allí pudo ver armas que ya estaban oxidadas o a las que les faltaba alguna de sus partes. Un escudo antiguo y ligeramente roto de los Chattan se encontraba olvidado en una de las esquinas. También pudo ver una mesa rota y varios artilugios cuyo uso desconocía. De las paredes colgaban también algunas cacerolas viejas que ya no servían y, en un lado contrario a las escaleras, vio colgado un ramillete de lavanda.

Gillian sonrió al verlo, pero tenía claro que, con el olor que desprendía ese lugar, esa lavanda era inservible para las curas. La joven se acercó a ella y la observó unos segundos. De hecho, estaba segura de que no serviría ni siquiera para hacer jabones, ya que numerosos bichitos se habían posado sobre ella, indicándole que no estaba en buen estado.

Un artilugio en una esquina de la estancia y que estaba semi escondido llamó poderosamente su atención. Gillian se aproximó a él, pero cuando estaba a punto de llegar, sintió que algo se movía detrás de ella. Y en el momento en el que se giró para ver qué pasaba, un profundo y lacerante dolor de cabeza la atravesó por completo, convirtiendo todo su mundo en la noche más profunda.

CAPÍTULO 17

Cuando ya se había hecho de noche y los sirvientes se encontraban sirviendo la cena, Rowan apareció en el salón después de varios días comiendo en otro lugar para evitar tener que cruzarse con Gillian. No porque temiera que esta dijera algo, sino porque tenía miedo de sí mismo y de lo que pudiera sentir al verla. Después de tenerla sobre sus piernas y sentir parte de su cuerpo contra él, apretándose con fuerza para sentir placer, no había podido quitársela de la cabeza. Durante los minutos más excitantes de su vida la había besado y tocado en lo más íntimo, y le había parecido tan abrumador que había necesitado alejarse para evitar enloquecer.

Estaba seguro de que Gillian lo odiaba por la forma en la que la expulsó de su dormitorio, pero si no lo hubiera hecho así, la habría hecho suya sin pensar. Y sabía que al día siguiente la propia joven se arrepentiría para el resto de su vida, pues jamás podría olvidar que se había encamado con su enemigo.

Rowan suspiró al tiempo que abría la puerta del salón y penetraba en él con gesto serio, aunque calmado. Se dirigió hacia su silla habitual, bajo la atenta mirada de su familia. Incluso el propio Alasdair lo miró de reojo con una ceja arqueada, sorprendido por su presencia.

—Vaya, me sorprende que te dignes a hacer acto de presencia para la cena, hijo…

La ironía en la voz de su madre no pasó desapercibida para nadie, provocando que todos la miraran, sorprendidos, ya que nunca solía emplear ese tono. El propio Rowan la miró mientras se sentaba a la mesa y acabó frunciendo el ceño.

—Estos días tenía cosas que hacer y me impedían venir aquí.

—Entonces ¿llevas días sin comer?

Rowan entornó los ojos y miró directamente a su madre.

—No, he comido.

—Pues podrías haberlo hecho con nosotros, hijo.

Arran escondió una sonrisa tras su mano, especialmente cuando Rowan dirigió su mirada hacia él y lo retó a que dijera algo. Sin embargo, fue

Kester quien no pudo resistirse a hablar:

—Es verdad, hermano. Tú siempre amenizas las comidas con tu carácter abierto y divertido. Lo hemos echado mucho de menos.

Cora fingió una tos cuando le sobrevino un ataque de risa, y tuvo que taparse la cara con una mano mientras fingía remover su cena.

—Yo pensaba que tal vez estabas en los brazos de alguien… —intervino Arran, aunque calló cuando Sloan le dio una patada bajo la mesa.

Rowan negó con la cabeza al tiempo que suspiraba y alargó la mano para servirse la comida. Miró directamente al frente y su mente volvió a llevarle la imagen de Gillian sobre él. Donde siempre solía estar la joven no había nadie. Desconocía si durante esos días había acudido al salón en las comidas, pero no se atrevió a preguntar nada sobre ella por temor a que alguno de ellos pudiera descubrir su interés en la joven.

Frunció el ceño al mirar de nuevo su silla vacía y centró su atención en la conversación que acababa de iniciar Arran.

—¿Se sabe algo de nuevos ataques en la frontera? —preguntó su hermano.

Sloan negó con la cabeza.

—Esta mañana regresó Axel después de vigilar esa zona durante días y, al parecer, los vecinos sí han visto movimientos raros en las tierras Comyn, pero o no se han atrevido a atacar o tal vez están esperando a hacer algo a lo grande. Sea lo que sea, estaremos atentos a lo que pueda suceder.

—Puede que la muerte del prometido de la joven haya levantado más odio hacia nosotros y quieran vengarse —sugirió Alasdair.

—Pero, en ese caso, creo que nos habrían atacado días después de su muerte, no tras dos semanas.

—Pero ¿tenéis claro que son los Comyn? —preguntó Cora sin levantar la mirada de su plato.

Los demás callaron de golpe, provocando que la joven finalmente los mirara. Sin saber por qué, se sonrojó y carraspeó con incomodidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rowan.

Cora se encogió de hombros.

—Nada, es una tontería.

—Si puede darnos una idea, no es una tontería…

Cora tragó saliva y dejó la cuchara sobre el plato para mirarlos a todos.

—Gillian no ha dejado de repetir que su padre jamás nos ha atacado. Simplemente, digo que tal vez alguien intente hacerse pasar por ellos para alimentar una nueva guerra.

—Los Comyn tienen motivos de sobra para atacarnos —rebatió Alasdair.

—Ahora sí tras la muerte del prometido de Gillian, pero antes no.

—¿Y quién podría atacarnos?

—Cualquiera de los clanes contra los que luchamos hace dos años…

—Entre los que se encuentran los Comyn… —dijo Sloan.

Cora lo miró en silencio hasta que acabó suspirando.

—Tenéis razón. Fingid que no he dicho nada...

La joven agachó la mirada hacia su plato y apoyó la cabeza en un puño. No era consciente de la mirada de Alasdair frente a ella hasta que sintió que alguien la estaba observando. Levantó su mirada hacia él y el guerrero rápidamente volvió la atención sobre la conversación, ya que esta cambió ligeramente.

—¿Tal vez esos movimientos en la frontera tienen que ver con la carta que recibiste de Elijah Comyn esta mañana?

Amelia frunció el ceño al escuchar esa pregunta de Sloan.

—¿Te ha escrito una misiva el padre de Gillian?

Rowan asintió seriamente.

—Sí, llegó esta mañana, pero no he podido leerla hasta hace unos minutos. Dice que quiere venir a nuestro castillo a visitar a su hija.

—Me parece normal esa petición —dijo Amelia.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Con lo que está haciendo en nuestras fronteras de verdad quiere atreverse a venir?

—Es su hija y hace semanas que no sabe de ella. ¿Cuándo quiere venir?

—En una semana…

—¿Y qué has pensado? —preguntó Sloan—. ¿Lo vas a dejar?

Rowan suspiró y llevó las manos al rostro.

—Como dice madre, es su hija y no puedo impedírselo.

—Sí que puedes —insistió Sloan—. Son nuestras tierras… Además, esa muchacha es nuestra prisionera. No debería recibir visitas.

Amelia alargó una mano hacia Sloan.

—No la tratamos como tal, hijo…

Cora terminó su plato y dirigió sus ojos hacia la silla vacía de la joven de la que estaban hablando.

—Por cierto, ¿dónde está? No suele faltar a las comidas…

Kester miró también hacia el mismo sitio que su hermana.

—Tal vez ha decidido cenar en su dormitorio.

—Sí, puede que haya adivinado que Rowan hoy estaría aquí y no querría verlo… —se burló Arran.

En ese momento, que las sirvientas estaban ya apartando los platos de la cena, una de ellas se incorporó y miró a Rowan.

—Mi señor, ¿puedo decir algo?

—Por supuesto, Faith.

La joven se mostró nerviosa.

—No he podido evitar escuchar la conversación. La señorita Comyn estuvo en las cocinas con nosotras esta tarde y nos dijo que quería lavanda, pero que tendría que salir del castillo para conseguirla.

—¿Habéis dejado que se marche? —la cortó.

—No, señor. Le dijimos que nosotras guardamos lavanda para hacer jabones en el sótano. Y se dirigió hacia allí.

—Eso es cierto. Yo la vi —admitió Sloan con gesto serio.

Cora clavó su mirada en él y lo observó en silencio, hasta que el propio Sloan notó su mirada y la dirigió hacia ella.

—¿Y no la ha vuelto a ver nadie? —preguntó Rowan, ajeno a la mirada entre sus hermanos.

—Nosotras no la hemos visto.

Amelia suspiró.

—Yo tampoco…

Rowan se levantó de su asiento con gesto serio y el ceño fruncido. Miró a Alasdair y le hizo un gesto con la cabeza.

—Ven conmigo al sótano.

Sloan también se levantó de la silla, pero Rowan puso una mano en su hombro.

—Iremos nosotros, tranquilo.

Cora siguió con la mirada a Alasdair y su hermano, que salieron rápidamente del salón. La joven se quedó ligeramente preocupada ante la posibilidad de que le hubiera pasado algo a Gillian. La última vez que ella había ido a ese lugar había advertido que los escalones estaban medio podridos por la humedad y tal vez llegarían a romperse, por lo que, si Gillian había pisado alguno de ellos, podría haberse hecho daño.

Sin embargo, algo le decía que, de alguna manera, podría haber pedido ayuda si se hubiera caído, así que pensó que tal vez había algo más que nada tenía que ver con un accidente. ¿Y si le habían hecho algo en ese momento en el que sabían que estaba sola en un lugar del castillo no muy frecuentado?

Con gesto adusto, Cora llevó la mirada hacia Sloan que apretaba con fuerza los cubiertos con los que estaba cenando. Los nudillos se le habían puesto blancos y estaba tan tenso que la joven no podía apartar la mirada. En ese momento, Sloan también la miró y frunció el ceño.

—¿Qué miras? —le preguntó de mala manera.

Cora recordó lo que había visto en la biblioteca entre Sloan y Gillian. Estaba claro que este la odiaba y la estaba amenazando, pero no había querido decir nada para evitar problemas.

—Nada… —fue la respuesta seca de la joven.

Gillian gimió con fuerza cuando un potente y penetrante dolor de cabeza la asoló por completo. Sentía que apenas podía moverse, ya que, si lo hacía, todo comenzaba a dar vueltas a su alrededor y su estómago protestaba, amenazándola con vomitar todo lo ingerido ese día.

Tenía la impresión de que el pelo se le había pegado a la cabeza y cuando levantó una mano para tocarlo, lo confirmó. Gimió una vez más al tocar la

carne cerca de la herida abierta, pero no tenía aún las fuerzas necesarias para levantarse.

Gillian intentó abrir los ojos, pero la oscuridad a su alrededor era tal que no podía advertir dónde se encontraba, aunque rápidamente se ubicó y descubrió que estaba en el sótano del que le habían hablado las sirvientas. No sabía dónde se encontraba la antorcha que había llevado hasta allí, por lo que no había luz a su alrededor, aunque desde lo alto de las escaleras pudo ver un pequeño resquicio. Sin embargo, se le hacía tan lejano en ese momento que no podría llegar.

Gillian se obligó a moverse ligeramente, pero todo comenzó a dar vueltas. Las fuerzas escaparon de su cuerpo y perdió la conciencia de nuevo.

No supo cuánto tiempo había pasado hasta recuperarla de nuevo, pero el sonido de unos pasos apresurados la alertó. No obstante, se encontraba en un lugar tan cómodo y feliz que no deseaba abrir los ojos de nuevo.

Una voz profunda y malhumorada llegó hasta sus oídos. Era una voz conocida, pero no tenía la fuerza necesaria para mostrarse tan orgullosa y retadora como siempre. Tan solo quería que la dejaran en paz. Una maldición en gaélico se pudo escuchar más cerca de ella y rápidamente sintió la presencia de alguien que se agachaba junto a su cuerpo, aunque no era el único.

—Muchacha… —la voz de Rowan sonaba demasiado lejos, pero después de lo que había ocurrido entre ellos no quería volver a escucharlo. Deseaba que la dejaran allí y que fuera su padre quien la recogiera.

Deseaba sentirse libre y segura, y en ese instante era algo que veía demasiado lejos. Un intenso mareo recorrió su cabeza cuando las manos de Rowan giraron su rostro. Sabía que eran sus manos porque las reconocería en cualquier lugar, ya que eran las mismas que la habían tocado profundamente, las que ella había deseado.

Gillian gimió de dolor, ya que también rozaron la herida de su cabeza.

—¿Puedes oírme?

Una parte de ella deseó decirle que sí, pero estaba tan mareada que no pudo responder más que con otro gemido.

Rowan tenía la impresión de que su corazón iba salírsele por la boca.

Desde el momento en el que habían descendido las escaleras y la habían visto tirada en el suelo con un pequeño charco de sangre junto a la cabeza, pensó que la habían matado, pero ni siquiera al escuchar su gemido pudo suspirar aliviado.

Su respiración se aceleró y deseó gritar y maldecir a quien fuera que había hecho eso, pero tenía que actuar con serenidad y salvarla. Le movió nuevamente la cabeza y comprobó, con la antorcha que llevaba Alasdair en la mano, que la herida de su cabeza no era profunda, pero sí parecían haberla golpeado con la suficiente fuerza como para arrebatarle la consciencia.

—Si le hubieran dado tan solo unos centímetros más a la izquierda, la habrían matado —dijo Alasdair con seriedad.

Rowan gruñó al escucharlo. Tenía razón. Habían estado a punto de hacerlo de no ser porque tal vez Gillian se había movido antes de que la golpearan.

—¿Quién habrá podido ser? —preguntó su amigo mientras él revisaba el corte e intentaba despertar a la joven.

—No lo sé, pero sea quien sea nos ha podido buscar la ruina. Si esta muchacha muere en nuestras tierras, los Comyn se nos echarán encima. Y eso llevará al resto de clanes a unirse a la guerra.

Rowan renegó entre dientes nuevamente y pasó las manos por debajo del cuerpo de Gillian, que gimió al sentir que la movían.

—Hay que llevarla a su dormitorio y curarla. Tenemos que hacer que despierte antes de que el culpable pueda escapar del castillo.

Alasdair asintió e inició la marcha, ya que llevaba la antorcha e iluminaba todo a su alrededor.

Rowan, por su parte, cargaba a Gillian entre sus brazos y la apretaba con tanta fuerza contra sí que estaba seguro de que le haría daño, pero no podía hacerlo de otra manera. Tenía la impresión de que lo sucedido era culpa suya. Su deber era protegerla en sus tierras, cuidar de ella mientras estuviera a su cargo. Y había fallado. Pero en lo más profundo de su interior sentía algo más salvaje que había provocado la tremenda preocupación por Gillian. Verla tirada en el suelo, sangrando, le había encogido el estómago y había hecho que su pecho doliera, pero no encontraba un nombre para lo que le estaba ocurriendo.

Mientras la cargaba por el pasillo y caminaba deprisa junto a Alasdair, Rowan la miró a la cara. En la oscuridad apenas había podido ver su rostro, pero estaba tan pálida que temió que perdiera la vida. Se le puso un nudo en la garganta que le impidió respirar. Se obligó a tragar saliva para apartarlo, pero lo consiguió a duras penas.

—Alasdair, ve al salón donde se han quedado los demás y avísalos. Mi madre tal vez pueda hacer algo para curarla.

El guerrero lo miró y asintió.

—Ordenaré que preparen todo lo necesario.

Rowan aceptó y siguió hacia adelante, subiendo las escaleras casi de dos en dos para llegar cuanto antes al dormitorio de la joven. La cabeza de Gillian reposaba sobre su hombro y podía notar contra su ropa la sangre que seguía manando de la herida. De una patada, abrió la puerta del dormitorio y la llevó con cuidado hasta la cama. La depositó lentamente, temiendo hacerle daño nuevamente, y al escucharla gemir, rechinó los dientes.

Vio cómo Gillian movía ligeramente la cabeza, pero no lograba despertar. Rowan se inclinó sobre ella y tocó su rostro con los dedos.

—Vamos, abre los ojos, *Nàmhaid* —susurró—. No te dejes ir…

El guerrero no sabía qué hacer para despertarla. Vio su rostro pálido nuevamente y temió que no pudiera superar el golpe. Ya se imaginó la guerra que vendría después de eso, pero lo que más temía en ese instante no era precisamente esa guerra, sino no volver a ver el reto y el orgullo en sus ojos.

Rowan sentía que estaba a punto de lanzar el mayor grito de rabia de toda su vida. No sabía por qué, pero ni siquiera cuando murió su padre sintió esa maraña de ira y venganza en su interior. Quería saber quién demonios había sido el culpable, castigarlo y matarlo lentamente para que sintiera una pequeña parte del dolor que, sin saber por qué, sentía él en ese instante.

—Vamos… muchacha —susurró.

Rowan se golpeó mentalmente por el momento en el que la expulsó de su dormitorio a gritos. En ese instante, quiso que se marchara para evitar hacerla suya y para no volver a sentir ese deseo por ella. Se había repetido una y otra vez que eso estaba mal y que no debía sentirlo, pero no había dejado de desearla desde entonces.

Y verla en ese estado lo mataba. Estaba perdiendo el oremus. Maldijo incluso al propio Alasdair por haber tenido la idea de llevarla allí. Habría preferido iniciar una nueva guerra entre los clanes tan solo para evitar tener que soportar su presencia y para no obsesionarse con la joven.

—*Nàmhaid*… —dijo nuevamente para intentar despertarla.

Tomó su rostro entre las manos y lo giró hacia él. Un nuevo gemido de la joven rompió el silencio de la estancia, provocando que Rowan se sintiera tan frustrado que no podía soportarlo.

Y, soltándole el rostro, el guerrero se levantó de la cama y se paseó por el dormitorio con gesto preocupado. Se llevó las manos al rostro, maldiciendo a todos por la tardanza. Su paciencia estaba próxima a acabarse y estuvo a punto de salir del dormitorio para ir a buscar a su familia, pero también al culpable de ese ataque cuando los pasos acelerados de los demás se escucharon en el pasillo. Por ello, recompuso su rostro y carraspeó, mostrando su habitual frialdad mientras se alejaba de la cama para evitar que adivinaran que había intentado despertarla.

Apenas habían podido seguir cenando después de que Rowan y Alasdair se marcharan del salón. La familia del laird se había quedado ligeramente fría ante la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo a Gillian, aunque ninguno de ellos dijo nada al respecto.

El silencio se hizo a su alrededor y cada uno se metió en sus propios pensamientos. Cora no dejaba de darle vueltas a la poca comida que había quedado en su plato mientras tenía su atención puesta sobre Sloan. Este se encontraba demasiado serio y pensativo y tamborileaba los dedos sobre la mesa con evidente nerviosismo. La joven se preguntó si tal vez había sido él el responsable de lo que pudiera haberle ocurrido a Gillian o de haber enviado a alguien para hacerlo.

Desde que había visto cómo la amenazaba en la biblioteca y se separaba abruptamente de ella para intentar disimular, no había podido evitar seguirlo con la mirada a todas partes. Sabía de su odio por los Comyn debido a la muerte de su padre, pero Cora consideraba que no debía tener más odio que el de ella misma por motivos en los que no deseaba pensar en ese instante. Y, sin embargo, sentía cariño y amabilidad por Gillian, pues le había demostrado ser una víctima más de toda esa guerra.

Todos se pusieron en alerta cuando unos pasos apresurados se acercaron al salón. Cora arqueó las cejas al ver que se trataba de Alasdair y la expresión de su rostro la obligó a ponerse en pie al instante. No obstante, no tuvo tiempo para preguntar, ya que el guerrero habló antes que ella.

—Está herida.

Amelia se levantó de su asiento, lanzando una exclamación de preocupación.

—¿Qué le ha pasado?

—Alguien la ha golpeado por la espalda. Tiene una brecha en la cabeza que necesita curar. Rowan me ha pedido que os diga que vayáis al dormitorio. Iré a las cocinas a coger todo lo necesario para curarla.

Amelia asintió y Cora, desde su lugar, vio que Sloan se ponía en pie y se dirigía a la puerta para seguir a los demás. La joven dirigió una última mirada a Arran y Kester, que se habían quedado extrañamente callados, serios y preocupados, y después siguió a Sloan, que estaba a punto de alcanzar los pasos apresurados de su madre.

Cora lo agarró del brazo y tiró de él para pararlo. El guerrero gruñó con fuerza y clavó su penetrante mirada en ella.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —preguntó sin ocultar su rabia.

Cora lo miró con el ceño fruncido y comprobó que a su alrededor no había nadie más.

—¿Has sido tú?

Sloan entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto, Sloan. Te vi en la biblioteca amenazándola. Disimulé por evitarle la vergüenza a Gillian, pero te conozco. No soportas a los Comyn y quieres exterminar a todos. ¿La has atacado tú?

Sloan puso los brazos en jarras e inclinó ligeramente la cabeza para amilanar a su hermana, pero esta le sostuvo la mirada y lo retó a decir la verdad.

—¿Por quién demonios me tomas?

—Por alguien que claramente la amenazó.

Sloan resopló.

—No digas tonterías, Cora.

—No son tonterías ni imaginaciones mías, hermano. Te vi y decidí callar para evitarte un problema con Rowan. Repito: ¿le has hecho daño?

—¡No! —exclamó—. Es cierto que odio a todos los Comyn, pero no le he hecho daño.

—Espero que sea verdad, Sloan, o se lo diré a Rowan.

—Puedes decirle lo que quieras, incluso que pienso que ojalá esa muchacha estuviera bien este momento.

Cora frunció el ceño.

—¿Por qué piensas eso?

Sloan se acercó a ella y bajó la voz.

—Porque ese ataque quiere decir que hay alguien en el castillo que quiere acabar con su vida.

CAPÍTULO 18

Rowan no perdía detalle del movimiento de las manos de su madre. En la estancia de Gillian se encontraban Sloan, Alasdair, Cora, Amelia y él. Su hermana ayudaba a su madre en todo lo que pedía para curar la cabeza de la joven, que gemía cada vez que la tocaban, pero no lograba recuperar la consciencia.

La paciencia de Rowan estaba bajo mínimos. Lo único que deseaba era que la joven abriera los ojos y lo primero que dijera fuera el nombre de la persona que le había hecho eso. Sin embargo, el tiempo pasaba y Gillian seguía inconsciente. Y las conversaciones a su alrededor no ayudaban en absoluto. Sabía, por boca de Sloan, que Arran y Kester habían recorrido parte del castillo en busca de alguien desconocido que pudiera haber entrado en la fortaleza sin ser visto, pero no habían encontrado absolutamente nada.

Y eso no ayudaba a los nervios y la rabia de Rowan, que cada segundo que pasaba tenía más claro que había sido alguien que estaba dentro del propio castillo. Tal vez algún sirviente, un guerrero, alguien que trabajara en cualquier zona… Cualquier persona podría haber roto la promesa que él le hizo a Elijah Comyn y habría intentado matar a Gillian. Pero ¿quién?

Y lo que le parecía más interesante es que eso había ocurrido justo el día en el que él recibió una misiva del laird Comyn pidiendo visitar a su hija. Rowan no creía en las casualidades, por lo que estaba seguro de que había alguien que quería provocar una nueva guerra.

—Esto ya está… —dijo su madre rompiendo el silencio de la estancia.

Rowan levantó la mirada hacia ella y después la dirigió a Gillian. Esta seguía tan pálida como antes, pero tenía la impresión de que sus mejillas se habían tornado ligeramente más rojas.

—¿Y por qué no despierta? —preguntó Rowan.

Su madre lo observó desde la cama y se encogió de hombros.

—He podido curarla, con dificultad porque realmente no soy curandera. El motivo por el que no despierta no lo sé, hijo. He escuchado noticias de gente que se ha quedado así para siempre después de un golpe o que han despertado a los pocos días o semanas. Pero no sé lo que pueda suceder con ella.

Amelia no fue ajena a la expresión que cruzó por la mirada de su hijo cuando escuchó sus palabras. Lógicamente, por respeto hacia él, no dijo nada delante de los demás, pero se prometió tener una conversación con Rowan en otro momento. Aquella mirada había hablado más que sus labios, pero no quiso ahondar.

Se levantó de la cama y suspiró.

—Solo queda esperar que despierte pronto. Tal vez lo haga en las próximas horas porque no dejaba de gemir, así que tiene dolor. Es capaz de sentir… Si no ha despertado aún es solo por el golpe.

Rowan asintió y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de Gillian. A pesar de que se repetía que debía reaccionar y hablar, el guerrero no podía apartar su mirada de ella.

—Espero que Arran o Kester nos traigan noticias pronto sobre el posible culpable.

Sloan torció la cabeza.

—Si no lo hacen, estaremos en problemas.

—Y mucho más si viene el laird Comyn a ver a su hija en una semana —terció Alasdair—. Si ese asesino está en el castillo, podrían hacerle algo a él. Y entonces sí que estaremos perdidos.

Rowan asintió y se acercó a la ventana. La oscuridad de la noche le produjo escalofríos en ese instante. Siempre había considerado su castillo como un lugar seguro en el que poder esconderse y vivir en paz. Sin embargo, después de descubrir que había alguien que quería ver muerta a la joven sabía que no solo estaba ella en peligro, sino todo el clan y, en especial, su familia.

Rowan los miró a todos lentamente y tragó saliva.

—Debéis tener los ojos bien abiertos. Atrancad las puertas de vuestros dormitorios cuando vayáis a dormir y gritad si sucede algo.

Cora lo miró.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré en este dormitorio —respondió con simpleza.

Sloan entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Te vas a quedar con ella?

—Han intentado matarla, Sloan. Quien sea que lo haya hecho lo hará de nuevo en cuanto se entere de que ha sobrevivido.

—Pero puede quedarse con ella cualquiera de las sirvientas.

Rowan resopló.

—Y tal vez mañana descubramos que esa sirvienta también está muerta a los pies de esta cama.

Amelia sonrió levemente.

—Rowan tiene razón, Sloan. Lo mejor es que un guerrero se quede junto a Gillian en este momento en el que ella no puede defenderse. Si alguien intenta entrar, él lo interceptará y sabremos quién es y por qué ha hecho esto.

—Pero ¿por qué no lo hace otro?

Rowan tragó saliva. No quería que su interés y obsesión por Gillian fuera demasiado evidente ante su familia, por lo que resopló y se apoyó en la jamba de la ventana.

—Soy yo quien dio su palabra a Elijah Comyn respecto a la seguridad y protección de su hija. Ya la han atacado a mis espaldas y no puedo permitir que algo así vuelva a suceder. Nos jugamos demasiado.

Sloan dudó un instante.

—Me puedo quedar yo por ti.

Cora arqueó una ceja y el propio Sloan acabó resoplando.

—Está bien. ¿Alguno más piensa que he sido yo?

Rowan arqueó una ceja, mientras que Alasdair miraba hacia otro lado. Fue su propia madre quien se adelantó y puso una mano en sus brazos cruzados.

—Sloan, te conozco demasiado bien y sé lo que realmente escondes bajo esa capa dura de piedras que hay alrededor de tu corazón. Y a pesar del odio que sientes por los Comyn, sé que jamás serías capaz de matar a una joven indefensa.

Sloan miró largamente a su madre, incómodo por sus palabras. Todos lo vieron parpadear repetidas veces y tragar saliva ruidosamente, hasta que acabó desviando su mirada.

—No puede afirmar eso, madre.

Amelia sonrió.

—Eres mi hijo y te llevé en mi vientre durante meses. Sí, puedo afirmarlo, Sloan.

Sloan apretó los puños y asintió.

—Entonces, si ha quedado claro, espero no volver a sentir sobre mi cabeza vuestras dudas. No le he hecho nada a la muchacha Comyn.

Rowan asintió y se despegó de la pared para acercarse a él.

—Lo sé, Sloan. Confío en ti como si fueras mi propia sombra.

—Lo que no entiendo es por qué la proteges tanto. Pareces obsesionado con ella…

Rowan sintió aquellas palabras como un golpe en su estómago. ¿Tan evidente era? ¿Alguien más se habría dado cuenta de eso? El laird carraspeó y se obligó a dejar escapar una risa, irónica.

—Con lo que estoy obsesionado es con descubrir lo que está pasando. No con ella…

Rowan jamás sabría si sus palabras sonaron reales o en realidad parecieron tan mentira como sonaron en su mente. Había mentido a su hermano mirándolo a los ojos. Y sin duda lo haría de nuevo y repetiría aquellas palabras. No obstante, sí, estaba obsesionado con Gillian Comyn, y lo estaba desde el primer momento en que la vio.

—Ya sabes que me gusta controlar todo a mi alrededor, Sloan. Y esta muchacha forma parte de ese espacio ahora mismo.

—¿Y si se la devolvemos a su padre?

Rowan desvió la mirada momentáneamente, intentando buscar alguna mentira más en su mente y que, después de lanzarla, no se sintiera mal por mentir a su hermano, ya que por nada del mundo querría deshacerse de Gillian ni alejarla de allí hasta descubrir qué le pasaba con ella y cómo demonios podía apagar el fuego que despertaba en él.

—Si mañana le escribiera a su padre informándole de que alguien ha atacado a su hija en nuestro castillo y que, por ese motivo, la devolvemos, Elijah Comyn podría pensar que hemos sido nosotros. La semana que viene vendrá a este castillo y entonces le explicaremos y le pediremos que nos ayude.

Alasdair arqueó una ceja.

—¿Crees que nos ayudará?

—Han atacado a su hija. ¿Tú qué crees?

—Que podría señalarnos igualmente.

Rowan negó con la cabeza.

—Creo que lo mejor es pedirle un pacto entre ambos clanes. Creo que, si nos unimos con una alianza escrita entre nosotros, independientemente de los demás clanes, podremos acabar con las tensiones entre nosotros.

—Y puede que la muchacha regrese entonces con él a su castillo —dijo Sloan.

Rowan tragó saliva y miró a Gillian. La joven fruncía el ceño en sueños y parecía recobrar poco a poco el color.

—Sí, supongo que entonces podrá regresar a su clan.

Sloan asintió y deshizo el cruce de brazos.

—Me iré a descansar, Rowan. Si tienes algún problema, solo tienes que gritar. Estaremos cerca de aquí.

—Es lo mejor que podéis hacer ahora. Los demás velarán por la seguridad del castillo, así que id a descansar.

Amelia asintió y puso una mano en su brazo.

—Ten cuidado, hijo. Atranca tú también la puerta por si te quedas dormido.

Rowan apretó la mano de Amelia contra él.

—No podré dormir, madre.

Rowan observó a cada uno mientras estos cruzaban el dormitorio y salían de allí, dejándolos solos. Solo entonces, logró dejar escapar el aire contenido que parecía haber guardado para sí desde que habían encontrado inconsciente a la joven en aquel lugar. Su mente bullía de pensamientos que no lo dejaban en paz. No dejaba de preguntarse quién demonios la habría atacado, por qué, en qué momento se le ocurrió a Gillian ir a esa estancia perdida del castillo… Incluso llegó a culparla de su propio ataque.

El guerrero se llevó las manos al rostro cuando sus pensamientos comenzaron a ir por otros derroteros y acabó suspirando largamente. Caminó lentamente por la habitación mientras meditaba sobre todas las

preguntas que lo asolaban, hasta que acabó parado a los pies de la cama y con la mirada puesta sobre Gillian.

Por una parte, se sentía iracundo consigo mismo por haber permitido que alguien la hubiera atacado estando bajo su protección. No quería imaginar cómo se pondría Elijah Comyn cuando se enterara de que su hija había sufrido un ataque dentro de su propio castillo. Seguramente, se alzaría en armas contra ellos por haberlo permitido. La seguridad en su hogar era algo que siempre había tenido muy presente, por lo que un ataque así mientras todos estaban dentro lo llenaba de incertidumbre, ya que pensaba que tal vez había entrado alguien para matarla o que alguien del propio castillo la había atacado. Se dijo que debía estar muy atento al comportamiento de todo el mundo para intentar descubrir quién podría haber sido.

Por otra parte, la ira que corría por sus venas nada tenía que ver con el atacante de la joven, sino consigo mismo y lo que sentía en su pecho. Jamás se había sentido así en toda su vida. Estaba realmente alterado. Desde que la conocía se había sentido extraño, casi obsesionado con ella, pero jamás se atrevió a pensar que podría ir más allá. Cuando la vio tirada en el suelo y con un charco de sangre alrededor de la cabeza, pensó que había muerto. Y su corazón se precipitó. Sintió tal preocupación y una profunda e intensa necesidad de protección que había provocado temblores en su cuerpo. Nunca había sentido algo semejante a lo largo de toda su vida. Lo más parecido a ello fue cuando vio a su hijo por primera vez. Y el sentimiento de pérdida cuando supo que había muerto se parecía demasiado a lo que había llegado a sentir cuando la vio tirada en el suelo. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Rowan siempre había presumido de ser un hombre sereno, con los sentimientos claros y fríos; nunca se había dejado llevar por nada ni nadie. Y que se hubiera descubierto a sí mismo preocupándose de esa manera de una enemiga lo llenó de preguntas para las que no tenía respuesta.

Se juró que iba a encontrar al culpable, que iba a cambiar las cosas en los clanes y que la guerra que había quedado en suspenso años atrás iba a terminar antes de que esta acabara con ellos poco a poco. Sospechaba de todos los clanes, aunque a medida que había ido conociendo a Gillian, los Comyn quedaron relegados a un segundo plano. Estaba seguro de que estos no eran los que los atacaban, sino que había alguien que se hacía pasar por ellos. Lo tenía realmente claro y jamás se equivocaba. Entonces, había otros

cinco clanes que podían ser los culpables de los ataques, eso sin contar con que cualquier otro clan podría estar beneficiándose de esa guerra, por lo que podría ser cualquiera.

Rowan se frotó las sienes y se obligó a dejar de pensar en ello. Tenía una larga noche por delante en la que rezaría para que la joven despertara del golpe y pudiera hablar con él sobre lo ocurrido. El guerrero se apoyó en uno de los barrotes del dosel de la cama y la miró fijamente. Los dedos de esta se apretaban con fuerza contra las sábanas y parecía estar viviendo un infierno en sueños. Le recordaba a lo que veía cada noche cuando se colaba en el dormitorio para verla dormir, pero esta vez era mucho peor, ya que no tenía demasiado claro que pudiera despertar. Lo había visto en infinidad de guerreros a lo largo de su vida, y sabía que un golpe así podría acabar con la vida de cualquier persona.

Su corazón se encogió al pensar en esa posibilidad, por lo que se obligó a reconducir sus pensamientos. Dejó su posición en el barrote y se acercó al cabecero de la cama con la mirada puesta en Gillian. Se sentó al borde de esta y rechinó los dientes antes de susurrar:

—Vamos, *Nàmhaid*…

Pero la joven se mantuvo quieta, aunque ceñuda.

Iba a ser la noche más larga de su vida. Rowan lo sabía, y que lo provocara precisamente Gillian lo enervaba y preocupaba a partes iguales.

Había muerto. Eso era una de las cosas que más seguras había tenido a lo largo de su vida. Estaba claro que había dejado la existencia después de aquel golpe. Lo recordaba a la perfección. Su mente repetía una y otra vez el recorrido desde las cocinas hacia ese lugar cercano a las mazmorras del castillo. Y después, escuchó a alguien moverse detrás de ella. Tras eso, un fuerte golpe en la cabeza la llevó a la oscuridad. Y de nuevo comenzaba a recorrer el espacio en el castillo de los Chattan. Lo peor de todo era que en ninguna de esas visiones lograba ver el rostro de la persona que la había golpeado. Ese recuerdo estaba sumido en la más profunda oscuridad.

Pero estaba segura de que había muerto debido a que no sentía dolor. Su cuerpo parecía estar reposando mientras que su alma había salido de él para recorrer una y otra vez el tramo que ella había hecho. No había una explicación clara para eso, por lo que llegó a la conclusión de la muerte. No

se escuchaba ni un solo sonido a su alrededor y la oscuridad seguía cerniéndose sobre ella, asustándola. Había soñado con su madre. La había vuelto a ver donde solía estar cada vez que soñaba con ella, pero esta vez había una gran diferencia: esta lloraba y no podía escuchar sus palabras, como si un extraño e invisible velo se hubiera interpuesto entre ellas. Y eso la agobió.

Gillian gritaba e intentaba entablar conversación con ella, pues sabía que detrás había fuego y no quería consumirse en el infierno, pero no podía. Y cuando tuvo la certeza de que había muerto, intentó moverse, sintiendo instantáneamente un fuerte dolor de cabeza. La joven frunció el ceño y se quedó quieta mientras su cabeza latía constantemente. Apretó los dedos y fue consciente de que había una tela bajo ellos. Y en ese instante, se dio cuenta de que no había muerto, sino que seguía inconsciente.

Rápidamente, Gillian intentó escuchar algo que le indicara que había alguien cerca de ella, pero no logró escuchar ninguna respiración. Se preguntó si tal vez seguía en la estancia donde la habían golpeado, pero el peso de la ropa sobre su cuerpo herido le indicó que no, que estaba sobre una cama.

Gillian sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas al descubrir que seguía viva. Había tenido tanta seguridad al creer que estaba muerta que ahora solo deseaba despertar y seguir con su vida. Sin embargo, era tal el dolor que tenía en la cabeza que no podía abrir los ojos. El fuego crepitaba cerca de ella y las sábanas la incitaban a dejarse envolver nuevamente por el sueño. Pero Gillian no lo deseaba. Quería despertar. Por ello, dejando a un lado el intenso dolor de cabeza, se atrevió a abrir lentamente los ojos. Tardó varios segundos en enfocar la mirada en el dosel sobre su cabeza. Tenía la impresión de que la cabeza iba a estallar, pero la giró ligeramente hacia la derecha para descubrir que estaba en su dormitorio y que la nueva luz del día estaba a punto de entrar por la ventana.

En ese instante, escuchó un leve carraspeo a su izquierda, por lo que movió la cabeza. Gillian gimió de dolor, pero rápidamente ese dolor tornó a convertirse en una de las mayores sorpresas de su vida. Incluso la joven parpadeó varias veces al pensar que se trataba de una visión que no era real. Sin embargo, ese rostro y ese cuerpo eran las cosas más reales que había visto desde que la habían golpeado.

Con rapidez, Gillian se incorporó de un salto y apoyó el cuerpo en el

cabecero de la cama. Su mirada estaba puesta en el hombre que había frente a ella, sentado en el borde de la cama y con la mirada entre iracunda y aliviada. Ese movimiento tan rápido le provocó un intenso dolor de cabeza, por lo que gimió aún más fuerte y llevó una de sus manos al lugar donde latía con fiereza.

—No deberías moverte tan rápido…

La voz de Rowan rompió el silencio y le confirmó que no era una visión, sino algo muy real.

—¿Qué haces aquí?

El guerrero arqueó una ceja.

—Protegerte para que nadie intente hacerte daño de nuevo…

Esa frase, pronunciada en ese tono tan serio y simple, provocaron que Gillian lo mirara largamente antes de responder. Se había quedado sin palabras, con la garganta seca, por lo que tuvo que carraspear para poder hablar de nuevo.

—¿Protegerme… tú?

Rowan apretó los puños visiblemente contra sus piernas.

—Soy el laird de este clan y tú estás bajo mi protección.

—Podrías haber evitado entonces que me atacaran.

—Solo tengo dos ojos. Ojalá pudiera haber intuido que alguien se había colado en el castillo o que alguien de dentro pretendía atacarte. Por ese motivo, me he quedado toda la noche en el dormitorio. No podía permitir que volviera a ocurrir.

Gillian tragó saliva ruidosamente ante ese tono firme. La guerra que siempre habían mantenido entre ellos seguía vigente y aún no había podido olvidar su trato cuando la expulsó de su dormitorio de malas maneras. De ahí que no hubiera podido evitar echarle en cara el ataque.

—Podría haberse quedado otra persona para evitarte mi compañía.

—¿Qué te hace pensar que prefería que lo hiciera otro?

—El trato que me diste la última vez que estuvimos a solas en un dormitorio…

Rowan la observó con seriedad. No había podido olvidarlo. De hecho, se había golpeado mentalmente en varias ocasiones al pensar en ello.

—Eso fue un error.

—Tal vez cuidarme esta noche también lo ha sido… Si hubiera muerto, te habrías quitado un peso de encima.

—Si hubieras muerto bajo mi protección, tu padre nos habría declarado la guerra.

Gillian lo observó unos segundos antes de suspirar y dejar caer la cabeza contra el cabecero de la cama. Tenía tal dolor que sus ojos estaban a punto de llenarse de lágrimas, y su orgullo le impedía mostrarse débil ante él.

—No me apetece seguir con esta guerra ahora.

—No la he empezado yo… —fue la respuesta de Rowan.

Gillian abrió los ojos y lo miró de reojo.

—No lo vi… —dijo la joven—. Permíteme ahorrarte la pregunta.

—¿Sabes si alguien te siguió por el pasillo?

—Al único al que vi fue a tu hermano Sloan, nadie más.

—Él no ha sido.

La joven frunció el ceño.

—No he dicho que lo sea. Tan solo he comentado que lo vi.

Rowan suspiró. La guerra entre ellos lo agotaba cada vez antes, por lo que intentó mantener la calma.

—Desde que estás aquí, ¿has notado si algún sirviente o cualquiera de mis guerreros ha intentado hacerte daño?

—No. La verdad es que todo el mundo se ha mostrado muy amable conmigo a pesar de ser una enemiga.

Rowan asintió con seriedad. Había tenido la esperanza de estrechar el cerco cuando la joven se despertara, pero le dejaba más dudas que respuestas.

—¿Quién me encontró? —la voz suave de Gillian lo sacó de sus pensamientos.

Incómodo, Rowan se puso en pie.

—Alasdair y yo.

La joven dibujó la misma expresión incómoda y se retorció las manos.

—Supongo que debo darte las gracias. Y a ese hombre también.

Rowan se encogió de hombros.

—Se las daré de tu parte.

—Me gustaría darme un baño y levantarme.

—Lo mejor es que descanses al menos este día.

La joven negó con la cabeza.

—Solo me duele la cabeza. Por lo demás, estoy bien. No puedo quedarme aquí mano sobre mano.

El guerrero dudó un instante, pero acabó asintiendo.

—Ordenaré que preparen la bañera y ropa limpia. De todas formas, espero que no hagas movimientos bruscos hoy. Has estado inconsciente mucho tiempo.

Rowan se dirigió hacia la puerta, y cuando llegó a ella recordó algo que aún no le había comentado.

—Por cierto, tu padre llegará al castillo en una semana.

Al contrario de lo que había esperado, el rostro de la joven se quedó congelado al escuchar sus palabras. Gillian se quedó boquiabierta al oírlo y tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Mi padre? ¿Ha pasado algo?

—Que yo sepa, está bien.

—¿Volveré con él?

—Aún tengo una semana para decidirlo.

Y a pesar de que esperaba una sonrisa o cualquier gesto de alegría por parte de Gillian, esta se mostró ligeramente seria y pensativa, por lo que Rowan la dejó sola y siguió su camino antes de que algo dentro de él lo instara a quedarse por más tiempo con ella.

CAPÍTULO 19

Dos días después, Gillian tenía la impresión de que las cosas en el castillo habían cambiado ligeramente. Amelia y Cora intentaban pasar tiempo con ella a toda costa, como si temieran dejarla sola en algún momento. Sin embargo, la propia Gillian deseaba estar sola para poder investigar por su parte. Había pasado tiempo con ellas, pero en ese instante, después de negarle a Cora un paseo por los alrededores, Gillian se había escapado a un pasillo poco transitado para poder evitarla de nuevo y no seguir con el tema.

Habían sido dos días realmente extraños. Por una parte, la cabeza de Gillian se encontraba mejor y el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo. Podía hacer más movimientos bruscos o agacharse y después no sentía más dolor. Sin embargo, por otra, se sentía incómoda. A pesar de que Rowan solía no apartar la mirada de ella, la joven lo descubrió observándola en varias ocasiones desde la distancia. Casualmente, se habían encontrado en más de una ocasión y este siempre acababa siguiéndola con la mirada. Incluso le había sorprendido que este le preguntara cómo se encontraba y que le diera explicaciones de cómo iban las investigaciones.

Siempre habían intentado evitarse y que ahora el guerrero apareciera cada cierto tiempo frente a ella la llenaba de dudas, especialmente después de lo sucedido en su dormitorio. Gillian no sabía cómo interpretar ese comportamiento. Por una parte, la incomodaba, ya que no deseaba tenerlo cerca. No obstante, había otra parte de ella que no había dejado de desearlo. Aún recordaba sus dedos contra ella y, a pesar de que intentaba olvidar lo que había pasado entre ellos, Gillian aún lo deseaba, pero jamás lo reconocería.

Mientras caminaba por el pasillo, recordó las palabras de Rowan contándole que su padre llegaría en unos días. Eso la animaba y la hacía feliz, pues estaba segura de que traía alguna idea para que regresara por fin a su hogar.

Una sonrisa se dibujó en sus labios en ese instante, mientras caminaba despacio, cuando vio que en el otro extremo del pasillo cruzaba Sloan. El hermano de Rowan la había evitado a toda costa durante esos dos días. Apenas le dirigía la mirada y, si lo hacía, era para lanzarle reproches con los ojos, como si ella fuera la culpable de todos sus males. Desde que habían estado a punto de matarla no había puesto un pensamiento en palabras. Y

aunque Rowan le había negado que su hermano tuviera algo que ver, Gillian no podía olvidar sus amenazas en la biblioteca tiempo atrás. Sloan era el único con el que se había cruzado por los pasillos antes del ataque, por lo que tenía existía mucha probabilidad de que fuera él el culpable.

Por ello, Gillian apretó el paso y lo siguió. Al llegar a la esquina del pasillo, lo observó de lejos y descubrió que subía las escaleras, rumbo a los dormitorios. Decidió seguirlo nuevamente y, tras comprobar que no había nadie más cerca, subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó al piso superior, la joven escuchó el sonido de la puerta del dormitorio de Sloan al cerrarse. Se dirigió hacia allí y cuando estuvo frente a ella, no levantó la mano para llamar, sino que entró directamente al interior de la estancia.

Rápidamente, Sloan se giró hacia ella llevando la mano a la empuñadura de la espada. Sin embargo, al ver que quien cerraba la puerta tras ella era Gillian, la expresión de su rostro cambió de iracunda a sorprendida.

—Pero ¿qué demonios haces tú en mi dormitorio? ¿En tu clan no enseñan a llamar la puerta?

La voz rabiosa de Sloan provocó que Gillian pusiera los ojos en blanco y puso los brazos en jarras.

—En relación a la primera pregunta, quiero hablar contigo. Y en relación a la segunda, sí, nos enseñan a llamar a la puerta, pero no he querido hacerlo esta vez porque sabía que jamás me darías paso.

Sloan entornó los ojos.

—Efectivamente, nunca dejaría que entraras en mis aposentos. No sé si eres consciente de que estar a solas conmigo en mi dormitorio podría traerte problemas.

—Creo que después de que alguien intentara matarme, mi honor es lo menos importante.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Y qué quieres?

Gillian caminó hacia él sin bajar las manos de su cadera. Su mirada y sus pasos fueron seguros, por lo que Sloan la observó cruzando los brazos a la altura de su pecho.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Fuiste tú quien me atacó?

El ceño del guerrero se frunció tanto que apenas pudo distinguir dónde

terminaba una ceja y empezaba otra. Sloan se acercó a ella lentamente también y cuando su ropa rozó la de la joven, paró.

—¿Tú también vas a dudar de mi palabra?

—No solo dudo de tu palabra, sino de todo lo que tenga que ver contigo. Me amenazaste.

—Sí, pero no he sido yo quien te ha atacado. De haberlo hecho yo, el final habría sido diferente.

Gillian resopló.

—¿Ah, sí? ¿Cómo habría acabado?

—Contigo muerta y el cuello roto…

—No te creo. Lo dejaste muy claro en la biblioteca.

—Me temo que no soy el único que odia tener a una enemiga bajo su techo. Tal vez alguien de aquí también odia a tu familia y quería quitarte del medio.

—Así que reconoces que el atacante es del castillo.

—Es evidente, aunque mi hermano no quiera reconocerlo. Nadie se ha colado jamás en el castillo, así que tu atacante está dentro…

—Claro, tú mismo…

Sloan dejó escapar un rugido.

—Yo no te he atacado, pero ojalá lo hubiera hecho. No te soporto desde el primer día. No quiero que estés aquí y tampoco deseo que…

Gillian entornó los ojos al escuchar que callaba.

—¿Qué?

Sloan dudó un instante, aunque acabó respondiendo.

—Tampoco quiero que Rowan esté tan pendiente de ti. No eres nadie para nosotros y ninguno quiere compartir techo contigo. Si Rowan ha sido condescendiente contigo es solo para sacar información de tu padre, no por ningún otro interés.

Gillian sintió aquellas palabras como un fuerte puñetazo en el estómago. Dio un paso atrás y bajó sus manos sin poder apartar la mirada de Sloan, que estaba a punto de sonreír ante su estupefacción y no pudo evitar meter más el dedo en la llaga.

—El único motivo por el que mi hermano ha sido amable contigo era para intentar averiguar cosas sobre ti, pero sigues siendo nuestra enemiga.

Gillian sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. El nudo de su garganta apretó tan fuerte que casi le arrebató el aliento. Le dolía terriblemente. No podía tragar con normalidad. Incluso tenía la impresión de que estaba a punto de desfallecer ante Sloan. Pero no estaba dispuesta a mostrarse débil ante él, por lo que se obligó a tragarse las lágrimas y mirarlo con el mentón elevado.

—¿De verdad crees que yo me he creído vuestra hospitalidad? Sois Chattan, por Dios, no se os puede dar la espalda porque sois tan traicioneros que clavaríais la espada en el vientre de vuestra propia madre…

Sloan apretó los puños con fuerza, pero cuando pudo reaccionar, Gillian ya estaba en la puerta.

—Tranquilo. Esta Comyn hará lo posible para que no te cruces con ella jamás…

Y cuando Sloan escuchó el portazo de la joven, dejó escapar el aire contenido. Acababa de meterse en un buen lío si esa muchacha se atrevía a contarle a Rowan lo que él le había espetado. Pero no había podido contener su lengua. Desde hacía días notaba algo extraño en el comportamiento de su hermano. Tras encontrar a Gillian inconsciente había estado demasiado pendiente de ella. Y eso no le gustaba. Era el único hermano que se preocupaba del interés de Rowan en aquella joven. Y lo que deseaba era que se marchara de allí cuanto antes, así que rezó para que el padre de la muchacha acudiera en unos días y pudiera llevársela de allí para siempre.

Cuando Gillian salió del dormitorio de Sloan apenas podía controlar su rabia, pero tampoco la desilusión que flotaba en su pecho. Sin saber realmente por qué, le habían dolido profundamente sus palabras. Por algún extraño motivo que seguía sin conocer, Gillian había comenzado a desear a Rowan semanas atrás. Pero desde que la había tocado su mente casi se había obsesionado con él. A pesar de lo que después había pasado entre ellos y la frialdad del guerrero tras eso, Gillian había continuado deseándolo en silencio. Y que Sloan le hubiera confesado que todo formaba parte de un plan para conocer información valiosa sobre su clan había provocado que su

rabia volviera a flote.

Se golpeó mentalmente por haberse dejado llevar por aquella amabilidad fingida, por el interés y por la falsa protección de Rowan. Sin lugar a dudas, había hecho muy bien su trabajo. Y ella había caído en su red de cabeza. Se dijo que jamás debió olvidar quién era realmente y por qué estaba en ese castillo. La habían secuestrado y ella había dejado a un lado esa información después de dejarse llevar por lo que despertaba en ella la peligrosidad de Rowan.

—Eres una imbécil, Gillian Comyn —se dijo en un murmullo.

Bajó las escaleras deprisa sin ningún rumbo fijo. Por una parte, deseaba ir donde estuviera Rowan para propinarle una bofetada. Sin embargo, en ese instante no quería verlo, pues no sabía de lo que sería capaz de hacer si lo encontraba de nuevo.

Solo quería huir de allí, escapar a algún lugar recóndito donde nadie pudiera verla. Por ello, se encaminó hacia uno de los salones donde nadie solía pasar. Solo allí estaría sola y podría pensar con claridad en las palabras de Sloan y los hechos de Rowan.

Gillian resopló cuando cerró la puerta tras ella y recordó la amabilidad de Cora y Amelia. ¿sus palabras también formarían parte de aquella pantomima? Las había creído por completo y pensó que tal vez podrían ser unas buenas aliadas en el caso de que la guerra entre los clanes volviera a alimentarse. Pensó que tal vez podría pedir su ayuda para acabar con eso, pero ahora había descubierto que tal vez era mentira.

Una lágrima solitaria bajó por su mejilla y renegó entre dientes. Había querido creer en la bondad de las personas, pero se había vuelto contra ella. Si eran ciertas las palabras de Sloan, acababa de descubrir la mayor traición que había sufrido en su vida, y, para colmo, habían acabado con la vida de su prometido. No debió confiar en ellos. Su cuerpo y su mente la habían traicionado también, permitiendo que bajara la guardia ante sus enemigos y comenzara sentir deseo por el mayor de todos ellos.

Gillian se apartó de la puerta y caminó por el salón intentando contener su ira, pero le resultaba casi imposible. Quería hacerles pagar a todos por el daño que le habían provocado durante esas semanas y por la traición. Si Rowan pensaba que estaba jugando con una niña, estaba muy equivocado. Pensaba demostrarle que ella no era una enemiga normal, y que iba a hacer

lo que fuera para vengarse por lo que le habían hecho.

Con la respiración acelerada, Gillian meditó las posibilidades que había para vengarse y salir ilesa de ello. Quería regresar a su casa y olvidar lo que había sucedido en ese castillo. No podía mirar atrás y se obligaría a enterrar en su memoria lo que había ocurrido entre Rowan y ella. Nunca lo recordaría ni nombraría ante nadie. Tenía que vengarse de él y de toda su familia por engañarla y hacerle creer que sus enemigos eran buenas personas. ¿Cómo se había atrevido a confiar en Rowan Chattan después de matar a su hermano y a su prometido?

Gillian puso las manos en la cadera y se dirigió hacia la ventana. Las palabras de Sloan eran lo único que podía explicar el comportamiento de Rowan en su dormitorio cuando la tocó íntimamente y su posterior rechazo. Supuso que había fingido desearla para luego hacerla sentir mal con su desprecio, tal y como alguien trataría a su enemiga.

Desde la ventana podía ver con claridad el patio y vio a varios guerreros haciendo un círculo mientras el propio Rowan se encontraba en el centro de este dando lo que parecían ser instrucciones. Lo vio serio y preocupado, pero diferente. Sus ojos lo miraban desde una perspectiva distinta a minutos antes. Ahora volvía a verlo como el primer día, como un enemigo al que quitarse del medio antes de que intentaran matar a su padre cuando este llegara al castillo.

Debía hacer lo que fuera para salir de ese lugar y regresar a su casa. Solo allí podría sentirse libre y a salvo para poder defender a los suyos. Y cuando una idea cruzó por su mente, la joven sonrió ligeramente. Iba a escapar del castillo de la única y mejor forma que podía emplear para ello, y estaba segura de que nadie se daría cuenta de ello.

Gillian tardó un día en llevar a cabo su venganza. Durante todo ese día se había sentido nerviosa por hacerlo, pero sabía que tenía que ir poco a poco y no precipitarse para evitar lanzar sobre ella alguna sospecha. Había mantenido el mismo perfil de los días anteriores. Se había mostrado amable y ligeramente interesada en las cocinas y en todo lo que allí hacían. Había aprendido el nombre de todas las sirvientas que pasaban por ahí y el tiempo que dedicaba cada una en ese lugar expreso del castillo.

Su odio había aumentado cuando se había cruzado con Rowan en la

noche anterior. Este parecía mostrarse tan serio y frío como siempre, pero ya no la engañaba. Su hermano Sloan le había dejado todo muy claro y no pensaba caer de nuevo en sus embustes para que, de forma inconsciente, traicionara a su familia.

Y sabía que esa misma noche tendría que aguantarlo durante un corto espacio de tiempo si todo salía como ella había planeado. Por ello, decidió prepararse a conciencia y dejarlo todo listo para cuando tuviera la mínima oportunidad de escapar de allí.

La cena estaba a punto de servirse mientras que ella estaba ultimando los detalles. Gillian se puso la misma ropa con la que había cabalgado desde su clan hasta allí semanas atrás. Era una ropa cómoda con la que se había vestido anteriormente en el castillo, por lo que no llamaría demasiado la atención. Peinó su cabello en una trenza que cayó por su espalda como un látigo y, para terminar, buscó su capa en el baúl, ya que le haría falta en medio de aquella ligera niebla lluviosa que había esa precisa noche.

Al cerrar el baúl, divisó su alforja con las hierbas que tenía recolectadas, pero no la podía llevar consigo en ese viaje, puesto que le frenaría su avance. Se dijo que ya recolectaría más hierbas, aunque algunas de ellas fueran de difícil acceso. Se puso en pie y dobló su capa de tal forma que pudiera llevarla en la mano sin llamar la atención. Debía colocarla en un lugar donde poder cogerla antes de salir de allí, por lo que se encaminó hacia las escaleras mientras rezaba mentalmente para no cruzarse con nadie.

La suerte estuvo de su parte y cuando llegó a los pies de las escaleras descubrió que no había nadie en los pasillos. Por ello, y sin perder tiempo, Gillian se dirigió hacia la puerta de salida del castillo. Al llegar allí, disimuló ligeramente para comprobar una vez más que estaba sola. Después, salió al patio con paso excesivamente lento y comedido para no llamar la atención de nadie. Barrió rápidamente el lugar para comprobar si alguien tenía la mira puesta sobre ella, pero al darse cuenta de que nadie le hacía caso, Gillian caminó hacia un pequeño carro que había en un lado del patio. Este se encontraba en una posición perfecta, muy cerca del portón, y donde podría dejar su capa sin que nadie la viera o sospechara de ella.

Fingiendo pasear y disfrutar del aire libre y el frío de la noche, Gillian dejó su capa sobre la carreta y, manteniendo la calma, la rodeó y regresó al castillo con el mismo paso lento. Estaba a punto de alcanzar los primeros escalones de la entrada cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Te diriges al salón para cenar?

Aunque la pregunta era inocente, Gillian temió que hubieran descubierto sus intenciones. Se giró rápidamente y vio llegar a Kester con una sonrisa. Este la miraba como siempre y no vio ningún rasgo en su rostro que le indicara que dudara de ella.

—Para ser una Comyn te asustas con facilidad…

Gillian se obligó a sonreír.

—Para ser un Chattan sonríes demasiado…

Kester se carcajeó y dio una palmada.

—Arran y yo somos los más simpáticos de la familia. Eso no me lo discutirás…

La joven se encogió de hombros.

—No voy a alimentar tu ego.

Kester le guiñó un ojo y señaló el interior del castillo con la cabeza.

—¿Vas a cenar?

—Sí, me dirigía allí ahora.

El guerrero asintió y comenzó a caminar junto a ella.

—Si no te importa, me gustaría acompañarte.

Gillian estuvo a punto de dejar escapar el aire contenido. El alivio la recorrió, pues Kester no la había visto dejar su capa en el carro. No obstante, asintió y sonrió ligeramente.

—Me sorprende que desees mi compañía…

El guerrero la miró de soslayo.

—¿Y por qué no? Me caes bien. No te pareces a la gente de tu clan. Al menos a los que yo he conocido.

—¿Y cómo soy?

Aunque ya no le importaba la opinión de nadie, Gillian no pudo evitar preguntarlo, pues necesitaba comprobar si Kester también se había propuesto engañarla para sacarle información de su clan.

—Pareces una mujer bastante sensata. Y a pesar de estas semanas en lo que se podría llamar cautiverio, eres muy amable con todos. Incluso mi hermano Rowan se ha mostrado condescendiente contigo en muchas

ocasiones. Y te aseguro que él no lo es con nadie… y menos con un enemigo.

Gillian no pudo evitar torcer la cabeza, contrariada por sus palabras.

—¿No me crees?

—Yo lo que creo que es tu hermano ha fingido. Nada más.

—Rowan no es un hombre que finja nada. Él lo dice todo a la cara. Si no te quiere aquí o te quiere matar, lo dice o lo hace. No se va por las ramas.

Gillian sonrió tristemente. Después de su conversación con Sloan, las palabras de Kester no tenían sentido para ella. Estaba segura de que el guerrero solo intentaba confundirla, por lo que únicamente se limitó a seguirle el juego.

—Bueno, no hace falta que me digas esas palabras bonitas sobre nadie. Al final, cuando todo esto acabe, seguiremos siendo enemigos, no amigos.

Kester la miró de reojo con una sonrisa.

—Pues es una pena. Yo quería tener una amiga en el clan Comyn. Para presumir y esas cosas…

La joven no pudo evitar una carcajada justo cuando el guerrero abrió la puerta del salón para entrar en él a cenar. Ya estaban allí toda la familia Chattan, incluido Alasdair. Al escuchar su risa, Rowan levantó la mirada de su plato aún vacío y la clavó en ella, provocando que su sonrisa se borrara instantáneamente, gesto que no pasó desapercibido para nadie, que rápidamente miraron a Rowan.

Kester se dirigió hacia su asiento en la mesa bajo la atenta mirada iracunda de Sloan, pero lo ignoró por completo y se limitó a guiñarle un ojo mientras dejaba caer el cuerpo sobre el respaldo de su silla.

Gillian, por su parte, se sentó en el otro extremo de la mesa, justo frente a Rowan, pero la distancia los separaba como siempre. No obstante, el guerrero observaba todos y cada uno de sus movimientos, intentando averiguar qué era lo que le había dicho Kester para que lanzara una carcajada, pero no pudo descubrir nada.

La joven le dedicó una larga mirada, provocadora y retadora desde el otro extremo de la mesa. Las palabras de Sloan volvieron a flotar sobre su cabeza y lo odió de nuevo, aunque intentó que no se le notara demasiado. Tenía que actuar de la manera más fría y normal posible, ya que, si llamaba

demasiado la atención, Rowan podría adivinar que intentaba escapar esa misma noche.

Con disimulo, mientras los demás hablaban de algo que no lograba entender debido a sus pensamientos intrusivos, Gillian barrió la mesa. Los sirvientes aún no habían dejado la cena, por lo que le quedaban unos minutos de tranquilidad antes de que comenzara el caos. A su lado, Cora charlaba animadamente con su madre sobre transformar un vestido viejo en unos pantalones para entrenar. Los gemelos hablaban entre sí de algo que quedaba por debajo de las voces de Alasdair, Sloan y Rowan y que llamó poderosamente su atención.

—Han aparecido tres ganados muertos cerca de la frontera —comunicó Sloan.

—¿Se sabe qué ha pasado? —preguntó Rowan.

Alasdair negó con la cabeza.

—Nadie ha visto nada, así que pensamos que puede ser algún lobo que ha roto las vallas y se ha colado a la zona del ganado.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Esas granjas están cerca las unas de las otras?

Alasdair negó de nuevo, pero fue Sloan quien respondió.

—La verdad es que se encuentran en tres puntos diferentes muy alejados entre sí.

—Entonces no ha sido un lobo, sino un ataque muy bien hilado.

—¿Y quién puede ser? Porque cada granja colinda con tierras de diferentes clanes: los Comyn, los MacGillivray y los Gunn.

—Tal vez esos tres clanes se han puesto de acuerdo para atacarnos.

Rowan miró rápidamente a Gillian, cuya reacción no tardó en llegar. La joven frunció el ceño y apretó los puños contra la mesa.

—Mi padre no ha atacado a nadie.

Sloan arrugó el rostro.

—Los hechos son otros.

La joven acabó dando un sonoro golpe sobre la mesa que paralizó cualquier otra conversación en el salón. A pesar de que sabía que debía guardar las distancias y no meterse en problemas precisamente esa noche,

Gillian no pudo morderse la lengua por más tiempo.

—Tal vez no conoces realmente a tu padre.

Gillian miró con mala cara a Alasdair, que fue quien hizo ese último comentario.

—Eres tú quien no lo conoce. Mi padre está enfermo, maldita sea. Apenas tiene fuerza suficiente para llevar el clan, pues se está muriendo.

El silencio en el salón fue casi abrumador y no se escuchaba ni un solo sonido mientras la joven habló. De hecho, quien más atento estaba a sus palabras era Rowan, algo que no le sorprendió después de lo que Sloan le había confesado el día anterior.

—Mi padre enfermó después de morir mi madre. Por eso vine con él hace semanas a la reunión, porque soy yo quien lo cuida. Le hice una promesa a mi madre y le juré con sangre que lo cuidaría. He viajado con él a muchos lugares para que no le falten sus hierbas, que aplacan la enfermedad que tiene.

—¿Qué padece? —preguntó Rowan.

—No lo sé, maldita sea. Solo sé que le falta cada vez más el aire. Por eso tengo la seguridad de que él no ataca a nadie. Y os aseguro que el único hermano que me queda no tiene la suficiente potestad para enviar a nadie, por si os lo estabais preguntando. Nuestro clan únicamente desea la paz. Mi padre quiere morir sabiendo que deja un clan lleno de respeto y armonía. Desde que el rey ordenó que la guerra acabara, lo ha seguido a rajatabla por su enfermedad. Ya basta de decir que los Comyn os atacamos. Tenéis un enemigo oculto en algún lugar, así que no miréis más hacia mi clan.

Cuando la joven terminó de hablar, se dio cuenta de que estaba respirando de forma acelerada. Sus manos temblaban y su corazón latía a mucha velocidad. Había revelado demasiada información, pero no le importaba. Tal vez eso era lo que Rowan quería saber de ella, pero ya no le importaba revelárselo. Esa misma noche pensaba abandonar ese castillo sin mirar atrás. Y si deseaban declararles la guerra a los Comyn ella sería la que encabezaría la marcha contra los Chattan.

Rowan la miraba fijamente mientras los demás callaban. La joven le devolvió la mirada y lo retó con ella como el primer día, provocando que el ceño del guerrero se uniera en una sola línea.

—¿La enfermedad de tu padre es cierta?

—¿Crees que bromearía sobre algo tan importante y serio? —fue su respuesta—. Sí, y tengo la impresión de que no te sorprende.

Rowan suspiró.

—El día de la reunión vi cómo lo ayudabas a levantarse. La verdad es que no. No me sorprende…

—Ya sabéis lo que sucede en mi clan. Ahora dejad de culparnos por los ataques a vuestro clan.

Sin embargo, para Rowan no había terminado la conversación.

—¿Es por ese motivo por el que tu padre dejó que vinieras? Porque sabía que no te haríamos daño al tener la certeza de que él no atacaba…

La joven suspiró y tragó saliva ruidosamente.

—Sí. Si no, no habría dejado que viniera porque me quiere demasiado como para perderme por algo así.

—¿Y qué enemigos tiene Elijah Comyn? —preguntó entonces Arran—. Debe de tener uno muy grande como para que intenten matar a su hija en nuestro castillo. Solo así empezaría una nueva guerra entre nosotros.

La joven se encogió de hombros.

—Supongo que es el mismo enemigo que el vuestro. Si me matan a mí, la guerra mataría también al resto de los Comyn y a los Chattan.

Rowan asintió seriamente, y Gillian no pudo evitar hacerle una pregunta.

—¿Ahora sí me crees?

—Yo no he dicho eso.

—Lo dice tu cara. Es suficiente con eso. Podrías haberme creído desde el primer momento.

—Al final, vamos a ser aliados… —bromeó Kester intentando bajar la tensión del salón.

—O nos mataremos… —lo siguió Arran con una sonrisa.

Rowan suspiró y Gillian sintió que la tensión de su espalda aumentaba. En ese instante, se preguntó por qué demonios habían mantenido esa conversación justo esa noche y no antes. Su corazón se aceleró nuevamente y dudó sobre lo que había preparado para la cena. Sus dedos se apretaron

con fuerza contra la mesa e intentó respirar hondo para evitar que el ahogo la asfixiara.

En ese instante, los sirvientes entraron en el salón con los pucheros para la cena y Gillian no pudo evitar observarlos. Eran los mismos que ella había visto durante la tarde en la cocina justo en el momento en el que ella se quedó completamente sola en ella. Lo había hecho a propósito y había dejado caer a los pucheros un par de ramilletes de una hierba que provocaba vómitos a los pocos segundos de consumirla. No era veneno, aunque a gran escala provocaba la muerte. Lo que ella había echado provocaba tan solo un malestar general que acababa por expulsar por la boca cualquier alimento ingerido. Ese era su plan. Escapar de allí mediante lo único que conocía: la hierbas. Sin embargo, en ese instante en el que había confesado todo y vio la reacción de unos y otros, tenía dudas. ¿Y si todo formaba parte de un malentendido entre ambos clanes? ¿Y si unos y otros estaban equivocados y se habían dejado llevar por lo que otros clanes habían provocado?

Gillian vio cómo los sirvientes dejaban los pucheros sobre la mesa y se quedaban a un lado esperando las órdenes de su laird. La joven tragó saliva y observó cómo la familia Chattan llenaba sus platos con el estofado aliñado con esa hierba vomitiva. Sus dudas se disiparon al recordar lo que Sloan le había confesado de Rowan y odió haber sido engañada. La información que había dado hacía tan solo unos segundos salió de su boca por su propia iniciativa, pero que el guerrero se hubiera acercado a ella tan solo para engañarla le dolió en lo más profundo. Se sintió humillada, por lo que dejó que los acontecimientos hablaran por sí mismos.

Gillian se sirvió también parte de ese estofado y lo olió con una sonrisa fingida, como si disfrutara de lo que tenía frente a sí. A su alrededor, Cora y Amelia comenzaron a devorar la cena. La joven intentó ignorar su propio malestar ante lo que estaba a punto de suceder. Tanto Arran como Kester también empezaron a degustar el estofado mientras que Rowan, Sloan y Alasdair cambiaron de tema y comenzaron a hablar del parto de una yegua.

—Ha sido muy complicado, pero por fin tenemos un potro nuevo… —comentó Alasdair.

Gillian rezaba para que ellos también tomaran la comida y así podría escapar de ellos con facilidad, ya que estarían enfermos. Sin embargo, la suerte no estaba de su parte y tuvo que fingir que comenzaba a comer. La joven llenó su cuchara con caldo que fingió degustar. Dio gracias por que el

interés de los demás ya no estaba puesto sobre ella, por lo que podía volver a dejar la cuchara sobre la comida con el mismo caldo sin necesidad de probarlo.

Su corazón martilleaba en su pecho y, con el paso de los minutos, se aceleró aún más. Ni Rowan ni Sloan ni Alasdair habían probado aún la cena cuando el rostro de Arran y Kester comenzó a ponerse ceniciento. Ambos gemelos dejaron las cucharas sobre el plato y carraspearon, incómodos. A su lado, Amelia y Cora hicieron lo mismo, aunque ellas se llevaron las manos al estómago al comenzar a sentirse mal.

Gillian disimuló y llevó la cuchara a la boca, pero la bajó rápidamente al ver que Cora se levantaba rápidamente de la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sloan.

Sin embargo, a su hermana pequeña no le dio tiempo a responder. Ni siquiera pudo llegar a tiempo a la puerta para salir de allí y vomitar tranquila. Justo al lado de esta se agachó y comenzó a vomitar, algo que también hicieron los gemelos y Amelia a ambos lados de la mesa.

Alasdair saltó de la silla y corrió hacia Cora, sujetándole el pelo mientras vomitaba. Sloan corrió hacia su madre y Rowan y Gillian se dedicaron una mirada antes de que el guerrero desviara sus ojos hacia la comida. Agachó la cabeza y olió el estofado antes de gritar.

—¡Alguien ha envenenado la comida!

Las sirvientas se miraron entre sí, asustadas y corrieron hacia las cocinas rápidamente para intentar averiguar qué habían echado. Gillian se levantó de la silla y se llevó la mano al estómago, fingiendo encontrarse mal.

Los nervios que mostraba la joven en ese momento eran reales. Lo que había preparado había dado sus frutos, pero no había salido del todo bien, pues Rowan miraba a un lado y a otro, iracundo y perfectamente sano. Al instante, a Gillian se le ocurrió una idea y miró al guerrero.

—Si estás de acuerdo, iré a llamar a los guerreros para que busquen por el castillo.

Fingió tener cierta dificultad para respirar y casi suspiró de alivio al ver que Rowan asentía mientras se dirigía hacia su madre, preocupado por ella. Enseguida, Gillian salió volando del salón. Tenía muy pocos minutos antes de que las sirvientas descubrieran lo que había echado a la comida. Y si la

señalaban a ella, estaría perdida. También necesitaba alejarse antes de que Rowan pudiera seguirla.

Corrió por el pasillo hasta la puerta de salida. Las manos le temblaban más que nunca. Sabía que en unas horas los Chattan volverían a estar bien, pero temía que Rowan pudiera culparla y acabara con ella sin un juicio justo. Cuando Gillian salió al patio, corrió rápidamente hacia la muralla, donde se encontraban parte de los guerreros. Estos, al verla en ese estado, la miraron con curiosidad.

—¡Rowan os necesita! ¡Alguien ha envenenado la comida!

Tal y como esperaba desde un principio, los guerreros descendieron de la muralla con rapidez y corrieron hacia el interior del castillo, incluidos los que vigilaban el enorme portón de salida. Con una sonrisa, Gillian corrió hacia la carreta donde había dejado su capa y se la colgó de los hombros. Sin perder tiempo antes de que se dieran cuenta de que había escapado, abrió como pudo el portón y se perdió en la oscuridad de la noche, abrigada por la niebla y rociada por la ligera lluvia que caía en ese instante. Semanas de cautiverio y engaños quedaban atrás. Ahora era libre y no volvería a dejarse embaucar por su propio corazón.

CAPÍTULO 20

Rowan jamás se había sentido tan agobiado como en ese momento. Gran parte de su familia se encontraba doblada sobre sí misma y vomitando cuanto podía. No sabía qué hacer mientras intentaban contener los vómitos con sorbos de agua para que sus estómagos se sintieran mejor. Sus hombres habían llegado al salón tras la llamada de Gillian y se habían dispuesto enseguida a trabajar para intentar averiguar algo sobre lo ocurrido. Algunos observaban la comida mientras otros intentaban ayudar a aquellos que seguían vomitando. El salón estaba sumido en un auténtico caos.

Rowan caminó entre sus hombres dando órdenes para que buscaran en el resto del castillo al posible culpable del envenenamiento. Apenas era consciente de los rostros de sus hombres mientras avanzaba entre ellos.

—Tenemos que descubrir si ese veneno es mortal… —dijo Alasdair desde un lado de la puerta sujetando aún el pelo de Cora.

La joven levantó la cabeza y lo miró horrorizada al tiempo que intentaba serenar su estómago.

—¿Me estás diciendo que voy a morir así?

El guerrero la miró y negó con la cabeza.

—Y tú… ¿me estás diciendo que vas a dejar que un simple veneno te mate? Qué decepción, pelirroja.

La joven gruñó entre dientes, aunque rápidamente tuvo que contener una arcada.

—¡Buscad en cada habitación! —vociferó Rowan.

Cuando parte de sus guerreros desapareció por el pasillo y el salón quedó más vacío, el guerrero puso los brazos en jarras y miró a su familia. Estaba iracundo por haber permitido que alguien tuviera acceso a su comida. Y cuando estaba a punto de acercarse a su madre para comprobar su estado, ya que estaba realmente pálida, una de las sirvientas vociferó en el pasillo.

—¡Mi señor!

Rápidamente, este salió del salón y se topó con ella.

—¿Qué pasa, Nora?

La joven tomó aire antes de responder, pues había corrido sin descanso

hasta llegar allí. Enseguida, elevó una de sus manos y le enseñó un ramillete.

—Creo que hemos encontrado en la cocina el causante de los vómitos.

—¿Y qué es?

—Es belladona. Es una planta venenosa que puede causar vómitos si se toma en exceso.

Rowan sintió que su corazón se paraba en ese instante. Con la mirada horrorizada, observó a su familia y temió por su vida.

—¿Puede causar la muerte? —preguntó en voz baja.

Nora asintió.

—Depende de la cantidad que se haya ingerido. Solo hemos encontrado este ramillete, pero no sabemos cuánto han podido echar en la comida.

El guerrero rugió con rabia.

—¿En algún momento habéis abandonado las cocinas esta tarde mientras cocinabais?

La sirvienta torció la cabeza.

—Sí, pero se ha quedado la señorita Comyn vigilando los pucheros.

Rowan paró al instante y posó su mirada en ella.

—¿La señorita Comyn?

—Sí, ha insistido mucho en ayudarnos…

Rowan estaba a punto de comenzar a gritar. Dejó que se marchara la sirvienta y miró a su alrededor, buscando a Gillian. Rápidamente, entró en el salón y volvió a buscarla. Debido al caos anterior con sus guerreros metidos en la estancia no se había percatado de su ausencia, pero ahora que había poca gente allí presente fue consciente de que Gillian no había regresado al salón después de avisar a sus hombres.

—Maldita sea… —gruñó acercándose a Alasdair—. ¿Has visto a la muchacha Comyn?

Su amigo negó con la cabeza, provocando que rugiera de rabia.

—¿Alguien se ha fijado en si Gillian también ha comido algo de su plato?

Su madre, que respiraba de forma más serena en ese instante, levantó la mirada y se apoyó en Sloan para incorporarse.

—Yo la he visto remover el plato, pero apenas ha tomado unos sorbos del caldo.

Rowan le dio una fuerte patada a una silla cercana y miró hacia el plato que había tenido Gillian frente a sí. Apenas lo había tocado.

—¿Crees que ha sido ella? —preguntó Alasdair.

—Si es así, déjame que sea yo quien acabe con ella, por favor —dijo Kester antes de que su estómago se revolviera de nuevo.

—Voy a buscarla… —vociferó Rowan dirigiéndose a la puerta.

—¡Te acompaño! —dijo Sloan.

Rowan lo miró por encima de su hombro y negó con la cabeza.

—¡No! Seré yo quien la encuentre…

—¿Y qué harás?

—¡Provocar una guerra!

Gillian se obligó a parar cuando sintió que su costado iba a explotar por el dolor. Intentó respirar hondo, pero con eso solo consiguió que le diera un ligero ataque de tos. Su corazón latía tan deprisa que estaba segura de que se le iba a salir por la boca. Los oídos le pitaban de tal forma que apenas podía escuchar el sonido de la lluvia o sus pisadas sobre la hierba.

La joven se obligó a tranquilizarse y caminó de un lado a otro mientras recuperaba poco a poco una respiración sosegada. Hacía varios minutos que había abandonado el castillo y lo había dejado atrás, penetrando en el frondoso bosque en medio de la lluvia y la niebla. Cualquiera que la viera diría que corría casi a ciegas, pero el primer día que llegó allí se aprendió el camino de regreso a casa, por lo que, aunque había niebla y lluvia, sabía orientarse a la perfección.

Su ropa se había mojado poco tiempo después de salir fuera del castillo, así que esta se le pegaba al cuerpo, dándole frío a su piel, pero no le importaba, ya que podían más sus ansias por volver y la rabia que sentía por el engaño de Rowan. Aún no podía entender por completo el motivo que la había llevado a sentirse así después de haberse enterado de eso, pero el hecho de pensar en que ese hombre se había acercado a ella únicamente con engaños la había enfurecido y le había hecho perder el norte.

Se preguntó si ya habrían descubierto que había escapado o aún seguían pendientes de la familia de Rowan, pero Gillian supuso que habrían visto ya que el portón estaba abierto y que ella no se encontraba por ningún sitio. Y estaba segura de que la culparían al instante por la hierba que había echado en la comida.

Gillian suspiró largamente y cuando por fin sintió que su corazón había recuperado el sosiego, comenzó a correr de nuevo. No podía quedarse parada por mucho tiempo. Tenía que seguir su camino, puesto que no tenía un caballo con el que poder llegar antes a sus tierras, mientras que los Chattan sí podrían buscarla más rápidamente. Gillian continuó a través de la niebla. Sentía las gotas de lluvia dándole de lleno en el rostro, enfriándolo, pero ella siguió adelante con la esperanza de llegar cuanto antes a un lugar seguro donde poder esconderse de los Chattan.

A pesar de la humedad a su alrededor, Gillian tenía la impresión de que su garganta estaba completamente seca por el nerviosismo. Quería desaparecer de allí y no ser encontrada jamás por sus enemigos, pues solo así podría llevar a cabo su venganza junto al resto de su clan.

Pasado un tiempo, cuando ya se había alejado bastante del castillo y gozaba de una buena distancia, segura, Gillian escuchó el sonido de un pequeño riachuelo cerca de allí. Sus pies pararon de golpe para orientarse y encontrarlo. Necesitaba beber agua para continuar, por lo que cuando supo que ese sonido del agua llegaba desde muy cerca de ella, atravesó la niebla y corrió hacia la orilla del riachuelo. Este era muy estrecho, pero llevaba la suficiente agua como para meter las manos en ella y poder beber.

Gillian se agachó en la orilla y se detuvo unos momentos para refrescar la garganta. Su estómago rugió en ese instante, recordándole que no había comido absolutamente nada desde hacía horas. Sin embargo, no podía pararse a buscar bayas con las que llenar un poco su estómago. Tenía que continuar en cuanto hubiera saciado su sed. Y cuando por fin lo consiguió, lanzó un suspiro de alivio y sonrió, permitiendo que las gotas de lluvia cayeran sobre su rostro nuevamente, disfrutando de ellas como si fuera la primera vez.

Se detuvo unos segundos en esa postura, pero en el momento en el que iba a levantarse para continuar su huida, el relincho de un caballo la sobresaltó. Sus ojos se abrieron de golpe. La luz de la luna dio de lleno en ellos y Gillian agachó la cabeza ligeramente. Se dijo que tal vez había sido

cualquier otro sonido, pero el caballo volvió a relinchar, escuchándolo a la perfección. Lentamente, y temerosa de encontrarse con algo que no deseaba, Gillian giró la cabeza hacia atrás, mirando por encima de su hombro. Sus dedos se tensaron sobre sus muslos y su corazón paró de golpe. La joven contuvo el aliento y estuvo a punto de gemir de auténtico terror.

Si sus ojos no la estaban engañando, Rowan Chattan se encontraba a una decena de metros de ella. Apenas se movía. Tan solo la observaba con el rostro contraído por la rabia y el ceño fruncido. La luna y la niebla le permitieron ver con claridad sus ojos; unos ojos que le declararon la guerra al instante, la amenazaron y la sentenciaron en cuestión de segundos. Lo sabía. Casi podía sentirlo en su piel. La oscuridad y la fuerza del guerrero llegaban hasta ella, provocando que la figura de este fuera tan aterradora que sus músculos se quedaron congelados al instante, obligándola a permanecer quieta, sin poder moverse para escapar de él.

Ninguno dijo nada, pero todo estaba dicho al mismo tiempo. Rowan sabía lo que la joven sentía, mientras que Gillian también había adivinado sus intenciones. No era un encuentro casual, era una cacería, y ella era la presa en ese momento. Gillian se sintió como un conejillo en medio del bosque al que estaban a punto de lanzar una flecha para matarlo. Así lo vio en sus ojos y así lo transmitió Rowan. La culpaba. Y realmente tenía razón. Ella era la culpable de los vómitos de su familia, pero solo lo había hecho como distracción para escapar, no para hacer daño. Sin embargo, sabía que él jamás la dejaría explicarse.

Nunca había sentido a Rowan tan peligroso como en ese momento. Rezumaba fuerza, determinación y venganza. Lentamente, Gillian se puso en pie sin dejar de mirarlo. Temía hacerlo y que, en cuestión de segundos, el guerrero la hubiera alcanzado. No obstante, tampoco quería quedarse allí mirándolo. En algún momento debía reaccionar o estaría perdida para siempre. Su corazón latía con fuerza contra su pecho, le pitaban los oídos y sus piernas temblaban de auténtico miedo. Y, en ese momento, hizo lo que sabía que debía hacer: correr.

Gillian se giró con rapidez y, de un salto, cruzó el pequeño riachuelo que había junto a ella. Deseó poder esconderse a través de la niebla, pero sabía que sería realmente complicado, pues Rowan estaba dispuesto a cazarla como fuera. Escuchó tras ella el sonido de los cascos chocando contra las

piedras del suelo con furia. Y en medio del bosque solitario, con la niebla y la lluvia, ese sonido parecía salido de las profundidades del infierno, logrando erizar su vello. Ese sonido reverberaba entre los árboles, por encima de cualquier otro sonido.

Gillian sentía ahora las gotas de lluvia sobre el rostro como algo molesto que le impedía ver con claridad. Sentía y podía escuchar que los cascos del caballo se acercaban a ella. Rowan estaba próximo y no podía hacer nada, pues sus pies no eran más rápidos que el animal.

Las piernas de la joven se movían con tanta rapidez que apenas podían verse con claridad. Y cuando su pecho estaba a punto de explotar debido a la falta de aire, Gillian sintió cómo algo la empujaba desde arriba, haciéndola trastabillar y cayendo al suelo irremediablemente.

La joven dejó escapar un gemido de dolor cuando las piedras del suelo se clavaron en varias zonas de su cuerpo cuando rodó varios metros, alejándose del caballo. También vio rodar a Rowan, que se había lanzado desde animal para cazarla. Gillian fue la primera en parar de rodar, por lo que rápidamente se puso en pie para continuar huyendo del guerrero, pero este alargó una mano, pudiendo atrapar fácilmente su tobillo. La hizo caer de nuevo al suelo. Gillian lanzó un grito de rabia y frustración, y a pesar de que intentó arrastrarse por el suelo para intentar escapar, Rowan la alcanzó de nuevo y se puso sobre ella. La giró con rabia hacia él, y en ese instante Gillian lo abofeteó con todas sus fuerzas, arrancándole un gruñido de rabia. Rápidamente, el guerrero atrapó sus manos y las elevó por encima de su cabeza. La joven se removió bajo su cuerpo con fuerza, pero apenas logró moverse unos centímetros.

—¡Suéltame! —vociferó rompiendo el silencio a su alrededor.

Rowan le enseñó los dientes con rabia y agachó la cabeza, quedándose a escasos centímetros de su rostro.

—No pienso dejar que huyas después de lo que has hecho.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Nada? Has envenenado a mi familia.

Gillian intentó soltarse de nuevo, pero los fuertes dedos de Rowan la apretaban con tanta fuerza que estaba segura de que le iba a romper las muñecas en cualquier momento. Sentía sobre ella el poderoso peso del guerrero. Toda su fuerza y el peligro que rezumaba la envolvieron,

sintiendo, por primera vez, verdadero miedo de él.

—No los he envenenado.

—Sabía que los Comyn erais unos traidores, pero no tanto como para tener la cobardía de envenenar a personas inocentes.

—¡El traidor eres tú! Y no los he envenenado. Se pondrán bien en unas horas.

—Así que admites haber echado algo en la comida…

El silencio de Gillian fue la respuesta que estaba esperando. Rowan gruñó entre dientes y acercó tanto su rostro que su nariz rozó la de la joven.

—Debería matarte ahora mismo por ello.

—Hazlo. Vamos, hazlo y en unos días tendrás a mi padre con todo su ejército en las puertas de tu castillo, maldito traidor.

—¡Yo no te he traicionado a ti!

Gillian rio irónicamente.

—No me vengas ahora con eso, Rowan Chattan. Lo sé todo. Ahora sé por qué te has acercado tanto a mí estas semanas.

En el rostro del guerrero se dibujó una expresión de no comprensión.

—¿Qué demonios dices?

—¿Por qué sino ibas a besar a una enemiga si no era para sacarle información? ¿Sabes lo sucia que me he sentido? ¿Cómo iba Rowan Chattan a besarme o a tocarme de esa forma si no era para algo en concreto? Maldito traidor, ¡cobarde!

Los dedos del guerrero apretaron aún más sus muñecas.

—Si vuelves a insultarme…

—¿Qué? —lo cortó—. Me vas a matar, ¿no? Pues hazlo ya de una maldita vez. Antes prefiero la muerte que vivir con el asco que siento por mí misma al haberme dejado engañar por ti.

—Te repito que yo no te he engañado. ¿De dónde has sacado eso?

—¡Me lo contó Sloan! —vociferó.

Rowan entornó los ojos y frunció el ceño, sorprendido.

—¿Mi hermano?

—¿Conoces a otro?

El rostro del guerrero se alejó ligeramente. Necesitaba ver sus ojos para comprobar si aquello que estaba diciendo era cierto, y vio tanta verdad en ellos que no dudó ni un instante. Sin embargo, le surgieron demasiadas dudas que no sabía realmente si quería resolverlas. Pero fue Gillian quien continuó:

—Dijo que te habías acercado a mí para embaucarme.

Rowan estaba tan sorprendido que aligeró la fuerza en las muñecas de la joven, permitiendo que Gillian pudiera soltarse con un movimiento rápido y lograra golpearlo en la mandíbula. El guerrero gruñó con fuerza y logró atraparla de nuevo.

—Eso no es cierto. Sloan es mi hermano y jamás diría algo así.

—Pregúntale.

—¿De verdad piensas que voy a creer a la persona que ha envenenado a mi familia?

—¡No van a morir! Es solo una indisposición. Además, el efecto se puede revertir con milenrama.

Rowan entornó los ojos de nuevo y se acercó a ella.

—No me fío de ti. Eres una embustera.

—¡Y tú un cobarde! —le espetó mirándolo directamente a los ojos—. Te acercaste a mí tan solo para sacar información.

Rowan gruñó con más fuerza.

—Eso no es cierto.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Rowan intentó contenerse, pero estaba tan furioso con su hermano, con ella y con él mismo que solo pudo llevarse por lo que sentía en ese momento y acortó la distancia y la besó con toda su furia. No quería hacerle daño, pero sí demostrarle que realmente se había acercado a ella porque estaba obsesionado, porque la deseaba desde el primer momento en que la vio y porque no tenía la suficiente fuerza como para alejarse de ella y olvidarla. Simplemente, no podía, aunque tampoco quería.

En el preciso instante en el que Gillian sintió los poderosos labios de Rowan contra los suyos, se quedó paralizada. No podía moverse, ni siquiera

pudo pensar con claridad durante unos segundos. Las gotas de lluvia seguían cayendo a su alrededor, incluso sobre su rostro, pero solo podía sentir el calor que desprendía Rowan por cada poro de su piel, aunque también el increíble y profundo calor que su propio cuerpo desprendía. No le parecía normal lo que sentía cada vez que la besaba. Aquello debía de ser algo prohibido o infernal, pues solo eso podía explicarlo. Y, de repente, se descubrió devolviéndole el beso. Los labios de Rowan eran tan perturbadores que su alma se había vuelto adicta a ellos. Lo sentía. Podía notarlo en cada centímetro de su piel y las profundidades de su cuerpo. Lo besó con la misma rabia y deseo que él, pero rápidamente, el guerrero se alejó de ella y la miró a los ojos con la furia reflejada en ellos.

—Si alguien de mi familia muere después de lo que has hecho, serás sentenciada a muerte.

Sin dejarle tiempo para decir nada más, Rowan se incorporó, arrastrando con él a Gillian, que intentó soltar sus manos, sin éxito. La acercó al caballo y allí sacó una cuerda de entre las alforjas, provocando la ira de la joven, que lo miró con los ojos muy abiertos.

—No te atrevas a atarme como a un animal…

Rowan la miró mientras preparaba la cuerda y la llevaba a las muñecas de la joven.

—No me has dejado otra opción —fue su respuesta.

—¿Primero me besas y después me atas las manos?

—Así soy yo —respondió sin mirarla.

Rowan la ató con demasiada fuerza, provocando que de su garganta saliera un ligero gemido de dolor, aunque rápidamente se obligó a no mostrar sentimiento alguno, ni siquiera el miedo que habitaba en su interior. Se vio obligada a montar sobre el caballo mientras Rowan lo hacía tras ella y tomaba las riendas del animal. Sin perder más tiempo, inició el camino de regreso al castillo, provocando que las esperanzas de Gillian se fueran al traste en cuestión de segundos.

Sabía que a partir de ese momento las cosas iban a cambiar radicalmente en el castillo Chattan, aunque no para bien. Y lo peor de todo era que tenía el presentimiento de que su vida iba a cambiar para siempre a manos de Rowan, cuyo amplio pecho chocaba con su espalda a cada movimiento del caballo, haciendo que un poderoso calor recorriera su cuerpo.

Gillian lo odió y se odió a sí misma por experimentar aquello, tan solo rezaba para que eso tan extraño que sentía por él no calara demasiado hondo en su corazón o saldría tan malherida como en la peor de las batallas.

CAPÍTULO 21

Gillian sabía que su llegada al castillo sería demasiado fría, pero no tanto. Las miradas de los guerreros se habían convertido en auténticos glaciares que se clavaban en ella, provocando que sintiera vergüenza, frustración y miedo. Ahora sí se había convertido en un ser antipático y enemigo para ellos. Los había atacado. Y no a alguien cualquiera del clan, sino a la familia del laird. Y ese ataque sería recordado por todos.

El portón se abrió mientras a su alrededor únicamente había silencio. Nadie dijo nada ni se dirigió al laird, tal vez por miedo a su reacción o tal vez por la rabia que sentían hacia ella. Fuera lo que fuera, nadie se dignó a romper el silencio tan incómodo que se respiraba en el patio del castillo.

Rowan le entregó las riendas al mozo de cuadras y la aferró con fuerza del brazo. La empujó hacia la entrada de la fortaleza en completo silencio. Y ella tampoco se atrevió a hacerlo por temor a empeorar su situación. La palabra traidora flotaba a su alrededor como un recordatorio de lo que había hecho justo antes de escapar. Los había traicionado. Ellos la habían recibido con amabilidad y ella los había engañado para huir, aunque era la única que entendía el motivo.

Se vio arrastrada por los silenciosos y casi oscuros pasillos del castillo hacia el ala que más había temido desde un principio. Y no pudo evitar que el terror se reflejara en sus ojos.

—¿A dónde me llevas?

—El primer día te sorprendiste cuando no te envié a las mazmorras como una prisionera. Hoy es ese día.

Los pies de la joven intentaron frenarlo, pero se vio impulsada hacia adelante.

—No me lleves ahí —Gillian intentó que su voz no sonara suplicante.

—Es lo que merecen los traidores. Después, pensaré qué haré contigo.

—¿Me vas a matar?

Rowan la miró de soslayo.

—Acabo de decir que lo voy a pensar…

Gillian resopló y, para su desgracia, se vio arrastrada irremediablemente hacia el pasillo que conducía a las mazmorras. La joven apretó los dientes

con fuerza. No quería venirse abajo precisamente en ese momento. Al contrario, quería mostrarse de una manera más fría e indiferente, por lo que arrugó la frente y endureció la expresión de su rostro.

En silencio, se vio arrastrada hasta llegar a la puerta de las mazmorras, donde una nueva esperanza surgió en su corazón en el momento en el que Rowan se quedó completamente quieto, casi dubitativo. Sin embargo, el guerrero abrió la puerta. Gillian pensó que, si esperaba una súplica de su parte, estaba equivocado, ya que no pensaba hacer absolutamente nada.

Un fétido hedor escaló por las escaleras, haciendo que Rowan volviera a dudar sobre lo que estaba haciendo. Sentía que había perdido por completo el norte después de haber descubierto que Gillian era la culpable del envenenamiento de su familia. Ver a sus hermanos y a su madre con esos vómitos lo había enfurecido, y cuando descubrió a la joven agachada junto al riachuelo lo primero que pensó fue en darle caza como al ganado. Sin embargo, el miedo en aquellos ojos caló profundamente en él. Y ahora que había seguido su primer impulso, llevándola a las mazmorras, dudaba sobre lo que realmente debía hacer. ¿Por qué demonios le pasaba eso con ella? Jamás había dudado sobre lo que debía hacer con sus enemigos o las personas que lo traicionaban. Pero con ella era diferente…

Rowan tragó saliva y carraspeó, obligándose a arrastrar con él a Gillian. Descendieron lentamente, pues la luz en ese lugar era casi nula. La llevó a la celda más cercana y solo allí, mirándola a los ojos, desenvainó la daga. En la mirada de Gillian cruzó una expresión aterrada, pero intentó no mostrarlo.

—Deberías darme las gracias por soltar tus manos después de lo que has hecho…

Gillian frunció el ceño y miró cómo cortaba la cuerda.

—¿Debería darte las gracias por meterme en una celda?

Rowan la miró a los ojos. Estaban demasiado cerca y el recuerdo del beso en el bosque era demasiado reciente. No sabía qué demonios le ocurría con Gillian, pero a cada día que pasaba sentía que la deseaba con más fuerza. Incluso en ese momento en el que se sentía iracundo no podía evitar desearla. La habría hecho suya en ese lugar, sin importar la suciedad. Pero se obligó a apartarse sin dejar de mirarla a los ojos.

—En este instante, deberías darme las gracias tan solo por seguir viva.

—No pienso hacerlo.

—No esperaba otra cosa…

Rowan se dirigió hacia la salida de la celda y la encerró sin apartar la mirada de ella. Gillian se la sostuvo con orgullo, elevando el mentón e intentando no mostrar miedo, aunque realmente ese lugar le resultaba abrumador.

Instantes después, Rowan se marchó, dejándola completamente sola y dirigiéndose al pasillo. Cuando cerró tras de sí la puerta de las mazmorras, dudó un instante y se golpeó mentalmente por sentir debilidad por ella. Nunca había profesado algo así por nadie, y que fuera una enemiga quien despertaba ese sentimiento lo hacía odiarse a sí mismo.

Después de suspirar largamente, Rowan sintió un enorme peso sobre sus hombros. Sabía que tras dejar a la joven en las mazmorras debía solucionar una cosa, pero era algo que también le costaba mucho llevar a cabo. Sintiendo que sus pies pesaban más que nunca, el guerrero recorrió los pasillos del castillo rumbo a las escaleras del piso superior.

A medida que subía los escalones, la rabia de Rowan iba en aumento. Ni siquiera se pasó primero por los dormitorios de su madre, Cora o los gemelos, sino que fue directamente al único dormitorio que le interesaba en ese momento: el de Sloan.

El guerrero abrió la puerta de golpe, sin llamar y sin esperar que le dieran paso. Su hermano, que aún seguía despierto mientras observaba el fuego de la chimenea, se puso en alerta al instante.

—¿Ya has regresado? Nicolas me dijo que te vio salir con el caballo hecho una furia en busca de la muchacha Comyn.

Sin embargo, Rowan no se molestó en responder, sino que directamente actuó.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sloan cuando vio que su hermano se dirigía directamente hacia él sin abrir la boca.

Sloan frunció el ceño, pero jamás habría esperado lo que sucedería a continuación. Rowan levantó su puño y lo estrelló contra su mejilla, provocando que Sloan diera un ligero traspiés hacia atrás. Su espalda chocó con la pared y lanzó un gruñido de dolor. Llevó una mano hacia su mejilla y lo miró con sorpresa.

—¿Qué demonios haces, Rowan? —vociferó.

El laird rugió de rabia y lo aferró de la camisa, acercando su rostro.

—¿Qué hago? ¿De verdad quieres saber qué hago?

—¿Has perdido el juicio?

Rowan abrió la boca para responder, pero en ese momento apareció su madre.

—¿Qué está pasando aquí?

El guerrero la miró por encima de su hombro. La vio ligeramente pálida, pero recuperada. Llevaba una bata sobre su camisón y se aferraba vientre con gesto dolorido.

—Váyase a descansar, madre. Esto es entre Sloan y yo.

—No voy a irme hasta saber qué está pasando.

Rowan arrugó la frente.

—Entonces, quédese a ver cómo le destrozo la cara a su hijo.

—¿Por qué?

—Por cabrón… —respondió Rowan antes de volver a mirar a Sloan, que no entendía nada.

Levantó las manos para apartar las de su hermano, pero Rowan lo aferró con más fuerza.

—¿Puedo saber de una maldita vez por qué me hablas así?

—Porque te lo mereces, y porque por tu maldita culpa, casi han muerto madre, Cora y los gemelos.

Sloan resopló y frunció el ceño.

—Ha sido la Comyn quien puso esa hierba en la comida. No yo.

—¡La puso por tu culpa! ¿O vas a negar que tú le mentiste?

—¿Qué mentira?

Rowan pasó la lengua por su labio inferior. Estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba para ese día, por lo que rechinó los dientes.

—Le dijiste que yo me acerqué a ella para conseguir información, y eso no es cierto. Yo no quería espirar al clan Comyn. Sabes muy bien que si la traje aquí era para evitar ataques de su clan.

Sloan puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Rowan. ¿Tanto te importa lo que esa furcia opine?

Sin poder contenerse más, el guerrero volvió a golpearlo.

—No la llames así.

Sloan lo empujó lejos de él sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué demonios te pasa? Parece que estés enamorado de ella. Te siento distinto desde que ella está en el castillo.

—No digas tonterías, Sloan —dijo Rowan casi sin aliento por aquellas palabras—. Yo no estoy enamorado de Gillian.

Su hermano lo señaló con el dedo.

—Pues es lo que parece. No le quitas ojo y no creo que la hayas matado por lo que ha hecho esta noche.

—Lo de hoy ha sido por tu culpa.

—¿De verdad vas a defenderla? Casi mata a madre o a Cora. Incluso Arran y Kester se han puesto enfermos. Es nuestra enemiga, por Dios. Merece un trato peor.

—¡Merece respeto! —vociferó Rowan—. Y es lo que le he dado.

Sloan lo miró de arriba abajo con odio.

—Me da la impresión de que le has dado más que eso.

Rowan dio un paso hacia él para golpearlo de nuevo, pero la voz de su madre intervino de nuevo. Amelia se acercó a sus hijos, incapaz de ver por más tiempo aquella pelea.

—¡Ya basta!

Los dos hermanos la miraron de reojo y se quedaron quietos.

—Parecéis dos niños pequeños, por Dios, no dos hombres hechos y derechos. Dejad de pelear. No está bien lo que Sloan ha hecho. No debiste mentirle, hijo.

—Yo no tengo culpa de que esa muchacha no tenga juicio suficiente como para digerir esas palabras.

—Aun así, no debiste mentirle. Pero tampoco está bien el comportamiento de Rowan contigo. Pedíos perdón.

Rowan y Sloan arquearon una ceja al mismo tiempo, pero Amelia se

cruzó de brazos, esperando.

—No somos niños.

—Os habéis comportado como tal, así que pedíos perdón.

Tanto uno como otro se miraron entre sí. El orgullo de ambos estaba al mismo nivel en ese instante, pero al ver que su madre no los dejaría marchar, Rowan suspiró.

—Lo siento.

—Yo también lo siento, hermano.

Amelia asintió.

—Y si estuvieras enamorado de esa muchacha, debes saber que a mí no me importaría.

Rowan frunció el ceño y entornó los ojos.

—Yo no estoy enamorado de ella.

Amelia sonrió de lado y asintió.

—Claro que no, hijo… —dijo en voz baja—. Y espero que mañana, Sloan, le pidas disculpas a la joven Comyn.

—¿Qué? ¿Nos envenena y debo ser yo quien pida perdón?

—No te pongas así que no has sido tú quien ha vomitado hasta la primera leche que recibió de la teta de su madre… —le espetó con seriedad—. Y si no lo haces, deberás darle explicaciones al padre de la muchacha.

Sloan apretó los puños y acabó asintiendo con incomodidad.

—Está bien. Mañana a primera hora iré a su dormitorio.

—Está en las mazmorras —les informó Rowan con seriedad—. Pasará ahí la noche.

—¿Y después?

—Estará vigilada hasta que regrese a su clan.

Gillian desconocía en qué momento se había dejado llevar por el sueño, pero un fuerte ruido la despertó de golpe, obligándola a enderezarse y parpadear varias veces para alejar los restos de sueño.

Se había pasado media noche llorando y odiándose a sí misma por haberse dejado atrapar tan fácilmente. Pensaba que gracias a la niebla les

sería imposible capturarla, pero Rowan parecía tener un sentido diferente al resto de guerreros, pues se había orientado a la perfección en medio de ella.

Gillian tenía la impresión de que se le había secado el cuerpo después de tanto llorar. Sin embargo, se dijo una y otra vez que debía mostrarse firme y fuerte ante los Chattan y, si la ejecutaban, no iba a mostrar miedo. Había hecho lo que consideró lo correcto para vengarse de Rowan por engañarla. Cualquier otra persona habría hecho lo mismo, o algo peor, contra sus enemigos por traicionarlo así. Y sabía que ninguno de los Chattan que habían ingerido esa planta iban a morir ese día, pero, aun así, estaba segura de que Rowan no iba a olvidar su afrenta.

Gillian apretó la mandíbula cuando escuchó unos pasos bajando lentamente las escaleras. Se puso en pie rápidamente y apretó los puños. Colocó su ropa y miró al frente al tiempo que cuadraba los hombros. Estaba dispuesta a aceptar su destino, pero no a mostrarse débil.

La joven frunció el ceño para recibir a Rowan, pero su sorpresa fue mayúscula al ver que no era el rostro del laird el que aparecía frente a ella, sino el de Sloan. El guerrero que le había contado una mentira, según Rowan, la miraba con el rostro arrugado por el odio. Sus ojos mostraban una frialdad aún mayor de la que solía manifestar normalmente. Y había algo más en ellos que no lograba distinguir con claridad. Parecía haber un ligero avergonzamiento por su parte. Incómodo, el guerrero miró hacia las escaleras, como si deseara continuamente marcharse de allí en lugar de estar frente a ella.

El silencio los envolvió mientras se sostenían la mirada con orgullo. Era tan fuerte que ninguno quería ser el primero en romper el mutismo, por lo que durante unos segundos más se sostuvieron la mirada, hasta que la joven no pudo callarse más y tragarse el veneno que corría por su lengua.

—Si has venido a burlarte, puedes regresar por donde has venido.

Sloan renegó entre dientes y volvió a apartar la mirada momentáneamente.

—Estás muy equivocada. No he venido a burlarme.

—¿Entonces has venido a contarme la verdad sobre todo o prefieres seguir mintiendo?

Lo vio rechinar los dientes. Ese golpe había sido demasiado bajo para él. La joven había dado en el clavo, por lo que sonrió ligeramente al ver que su

incomodidad iba más allá.

—Si te mentí fue porque parecía que te acercabas a Rowan para algo…

—¿No era él quien se acercaba a mí para sacar información? Cada día cuentas algo diferente…

Sloan apretó los puños y la miró largamente.

—La que no debió contar nada fuiste tú. Se te desató la lengua cuando le dijiste a Rowan lo que yo te había contado.

—Lo que tú me contaste fue lo que me llevó a poner esa hierba en la comida.

—No intentes justificarte.

—Tú tampoco —le espetó la joven—. Si no querías que tu hermano se enterara de tus mentiras, no debiste haber contado ninguna. Si eres un embustero es culpa tuya, no mía.

Sloan sacó un manojo de llaves y abrió la reja de la celda. Por un momento, Gillian se golpeó mentalmente por haberse enfrentado a él. Se dijo que allí nadie podría escucharla gritar y que Sloan podría hacer con ella lo que quisiera. Sin embargo, al ver que entraba, escuchó algo que jamás creyó que iba a oír en la boca del guerrero.

—Lo siento.

Gillian arqueó una ceja y entornó los ojos, incapaz de creerlo. ¿De verdad el hermano más antipático y brutal de los Chattan le estaba pidiendo disculpas?

—¿Qué has dicho?

—No pienso repetirlo —dijo entre dientes—. Si no lo has escuchado es problema tuyo. Mi hermano y mi madre me han obligado a venir para eso, así que ya está hecho.

Gillian lo miró durante unos segundos más, hasta que, sin saber por qué, acabó dejando escapar una risa nerviosa.

—¿Es la primera vez que pides disculpas?

—No, pero puede que sea la primera vez que mato a la persona a la que se las pido.

Gillian puso los ojos en blanco.

—Ya lo has hecho, puedes dejarme en paz.

Sloan chasqueó la lengua.

—No solo he venido a eso, sino a llevarte ante Rowan.

La joven frunció el ceño. Su corazón se aceleró al instante, y ese sentimiento al parecer se reflejó en su rostro, pues el propio Sloan esbozó media sonrisa.

—¿Tienes miedo, Gillian Comyn?

—Jamás.

—Cualquiera diría que te has hecho aguas menores encima…

—Eso es lo que te hiciste tú el día en el que mi hermano mató a tu padre —le espetó sin pararse a pensar en lo que estaba diciendo.

Al instante, el rostro del guerrero se tornó frío y calculador, casi aterrador, especialmente en medio de aquella semi oscuridad. La mano de Sloan se cernió sobre su brazo y tiró de Gillian hacia él, quedándose a escasos centímetros.

—Tienes suerte de que tu destino dependa de Rowan. Si fuera mi decisión, acabarías con el cuello colgado de la muralla.

Gillian se obligó a resoplar y mostrarse fría.

—Qué poca imaginación tienes, Chattan.

Lanzando un rugido que llenó el espacio vacío de las mazmorras, Sloan la empujó hacia fuera de la celda. Después la condujo hasta las escaleras, y de ahí al pasillo. Cuando la luz del nuevo día le dio de lleno en los ojos, Gillian los entornó y apartó ligeramente la mirada. Y aunque lo que más deseaba era lanzar un gemido de dolor por la cantidad de luz, a pesar de estar el día nublado, Gillian soltó el aire lentamente y esperó a que sus ojos se acostumbraran mientras se dejaba guiar por la mano férrea y antipática de Sloan.

El guerrero la llevó por varios pasillos antes de dirigirse hacia el despacho de Rowan. Aquel corredor no le resultaba indiferente ni desconocido, pues lo había recorrido en varias ocasiones. No obstante, sí le pareció más frío y hostil que antes. Caminó con paso rápido y cuando estuvieron frente a la puerta del despacho, Sloan paró y llamó con insistencia.

Tras recibir la orden de Rowan para entrar, el guerrero abrió la puerta y la empujó al interior de malas maneras. Gillian tropezó con la alfombra del

suelo y estuvo a punto de caer estrepitosamente frente a la mesa de Rowan, pero logró recuperar pronto el equilibrio y se incorporó fácilmente. Desde el otro lado de su mesa, Rowan la miró con una ceja arqueada, aunque también a Sloan, que se mantuvo en un discreto segundo plano en ese instante y mostrando enfado y orgullo al mismo tiempo.

—Supongo que mi hermano te ha contado por qué estás aquí…

Rowan se levantó de la silla y rodeó la mesa para acercarse a ella. Gillian sintió que temblaba al tenerlo cerca, como le ocurría cada vez que acortaban las distancias, sin embargo, se obligó a mostrar frialdad.

—La verdad es que no, pero supongo que es para sentenciarme.

Rowan miró a Sloan por encima del hombro de la joven, pero ese se encogió de hombros.

—Le he pedido disculpas, no me apetece entablar más conversación con ella…

Rowan apretó la mandíbula y resopló.

—Lo primero que he de decirte es que ninguno de los miembros de mi familia ha muerto después de lo que ocurrió anoche, aunque hoy están convalecientes en sus dormitorios para recuperarse.

—La milenrama es muy buena para los vómitos. Y la avena se puede ingerir para recuperar fuerzas…

—No nos vamos a fiar más de tus ungüentos o hierbas, muchacha —le espetó Sloan desde atrás.

Gillian giró la cabeza en su dirección y le lanzó una mirada de odio que el guerrero ignoró por completo. Después, dirigió su mirada hacia Rowan, que lanzó un suspiro.

—¿Por qué después de envenenarlos quieres ayudarlos a recuperarse?

—No os intenté matar… a nadie. Solo era una distracción para poder escapar. Tu madre y tu hermana no merecen sentirse mal.

—Te olvidas de los gemelos… —susurró Rowan—. De hecho, Kester se siente muy molesto contigo…

La joven desvió la mirada, pero el guerrero alargó una mano y tomó su barbilla para obligarla a mirarlo.

—Mi madre quiso que te sacáramos anoche, pero yo me negué.

Considero que merecías ese castigo por lo que hiciste, pero a partir de ahora las cosas van a cambiar. Hasta que tu padre aparezca en el castillo, dentro de unos días, estarás vigilada en todo momento.

—¿Y cuando mi padre llegue? ¿Podré irme con él?

Rowan tragó saliva visiblemente.

—Aún no lo he decidido.

Gillian apretó los puños.

—¿Y qué puedo hacer hasta que llegue mi padre?

Rowan arqueó una ceja y miró fugazmente a Sloan.

—¿Qué te parece pedir disculpas?

CAPÍTULO 22

Durante los siguientes días, la vida de Gillian se había convertido en un auténtico infierno. Y no solo porque tenía que haber alguien con ella en todo momento, incluso mientras se bañaba, sino porque la familia Chattan se mostraba más fría y distante que nunca. Cora se había intentado mantener al margen con ella. Ya no la buscaba ni le intentaba ofrecer libros con los que entretenerse. Amelia sí había hablado con ella y había aceptado sus disculpas, pero también la evitaba en varias ocasiones. Y en cuanto a los gemelos… Arran se mostró indiferente a sus disculpas mientras que Kester, con quien más había hablado y se había sentido bien, tardó más en aceptarlas, aunque desde entonces apenas le hablaba.

Gillian sentía los dedos señaladores de todo el mundo sobre ella y, aunque tenían razón, le pareció lo más incómodo que había pasado en toda su vida. Si ella había logrado dejar a un lado sus diferencias con el clan Chattan después de la muerte de Reginald, ¿por qué ellos no hacían lo mismo para la concordia en ese lugar?

La joven estaba deseando que su padre se presentara en el castillo cuanto antes. El tiempo que tardaría en llegar le pareció eterno mientras pasaba las horas en la más absoluta soledad, excepto por su segunda sombra, que no la dejaba en ningún momento. Por las mañanas, uno de los guerreros del clan la acompañaba allá donde quisiera estar, mientras que por las tardes cambiaba. Sin embargo, Gillian llegó a preguntarse si les habían prohibido hablar con ella, ya que apenas le respondían con gruñidos.

Aunque lo peor de todo para ella se centraba en las comidas del día. Seguía acudiendo al salón para desayunar, comer o cenar, pero casi no la miraban y no le dirigían la palabra, provocando que la incomodidad del momento le impidiera comer más que unas cucharadas de lo que fuera la comida de ese día. Después, se retiraba sin levantar la mirada y rezaba para que ese infierno acabara pronto.

Le sorprendió que, durante esos días, Rowan no se hubiera dirigido a ella, ni la hubiera llamado a su despacho para algo. Tan solo se limitaba a observarla en los pocos momentos en los que se cruzaban, y su mirada le pareció aún más perturbadora que las semanas anteriores. ¿Qué pasaba por su mente para mirarla así? ¿Acaso estaba planeando algo para acabar con su padre y con ella cuando este llegara al castillo?

El nerviosismo de Gillian aumentó considerablemente, pero en ningún momento se planteó poner en palabras aquellos pensamientos, pues no quería ganarse ni un solo enemigo más.

La joven se había aprovechado del acompañamiento forzoso de los guerreros, haciendo que pudieran salir de la muralla para recoger algunas hierbas curativas. Juró y perjuró que no volvería a echar nada sobre la comida de los Chattan, pero le gustaba tener ciertas hierbas para curar heridas o síntomas de alguna enfermedad. Quería compensar lo que había hecho a los Chattan con buenas acciones, aunque estaba segura de que nunca volverían a confiar en ella para una simple cura o un hueso roto.

La joven se dirigía a pasar un tiempo fuera del castillo para aprovechar el buen día que hacía cuando vio que el portón se abría para dar paso a un grupo de caballos. Apenas miró a quien lo atravesaba, pues estaba enfrascada en sus pensamientos con Rowan, pero una voz muy conocida la obligó a levantar la mirada:

—¡Hija mía!

Al instante, Gillian se sobresaltó y estuvo a punto de echarse a llorar de alegría. La joven corrió hacia su padre y se lanzó a sus brazos, ignorando por completo la debilidad que últimamente tenía su progenitor. Estaba tan contenta de verlo y se sentía por fin a salvo entre sus brazos que no midió sus fuerzas y este trastabilló. Riendo, Elijah apartó a la joven de él y puso las manos en su rostro. La miró de arriba abajo, intentando adivinar alguna herida que le hubieran hecho sus enemigos. Sin embargo, parecía sana y fuerte como antes. No obstante, su mirada estaba más apagada que de costumbre.

—¿Cómo está, padre?

—Estoy bien. No te preocupes por mí. Además, me han acompañado algunos de mis hombres, así que me han cuidado mucho durante el viaje. ¿Y tú? ¿Te han tratado bien? Lamento mucho la pérdida de Reginald.

La joven asintió, pero cuando le nombró a su prometido se mostró incómoda.

—Gracias, padre. Es muy duro recordarlo, pero la vida sigue. Y los Chattan me han tratado bien, aunque estoy deseando volver a casa.

Algo en la mirada de su padre cambió al instante cuando dijo aquellas palabras. La joven abrió la boca para preguntarle qué ocurría, pero la voz de

Rowan cortó la conversación de ambos al instante, por lo que esta se juró que más tarde retomarían la conversación.

—Me alegro por ver que habéis llegado bien, Comyn —dijo el laird Chattan mientras le ofrecía su mano.

Elijah asintió sin soltar a su hija.

—Ha sido un viaje más costoso debido al tema que me trae aquí, pero creo que puede ser un gran trato entre nuestros clanes.

Rowan frunció ligeramente el ceño y asintió. Gillian miraba tanto a uno como a otro, y se sorprendió al ver que el laird Chattan realmente desconocía el motivo de la visita de su padre al castillo, lo cual la puso aún más nerviosa.

—Si me acompañas a mi despacho, podremos hablar con tranquilidad.

Elijah torció el gesto.

—Lo que vengo a hablar contigo debería escucharlo el resto de tu familia, no solo mi hija y tú.

La joven creyó que iba a desmayarse en ese instante. ¿A qué venía tanto secreto entre ellos? ¿Acaso su padre no había ido hasta allí para exigir su liberación o tal vez para hablar de los ataques que había en el clan Chattan? Creía que su llegada se debía para algo así, pero Gillian tuvo la impresión de que, con esa petición, quería hablar de algo más grave que no lograba entender. Y por el gesto incómodo y nervioso de Rowan, él tampoco entendía nada.

—Entonces, vayamos a uno de los salones más grandes para hablar todos. Enviaré a los sirvientes a buscar a mi familia y cuando acudan, podremos empezar.

Elijah asintió, pero cuando dio un paso hacia el interior del castillo, Gillian lo obligó a parar.

—¿Qué está pasando, padre? Está muy raro… ¿Va todo bien en el clan?

Su padre sonrió fugazmente y asintió.

—Tenemos lo de siempre. Algunos robos… pero sin importancia.

—¿Y qué quiere tratar con los Chattan? —Gillian ignoró a Rowan, que los esperaba para entrar en el castillo.

—No seas impaciente, hija. Ahora lo verás.

La joven no pudo evitar lanzar un suspiro nervioso y siguió a los demás al interior de la fortaleza. El ambiente parecía haberse enrarecido de golpe. Si los días anteriores le había resultado todo muy oscuro y peligroso, ahora le parecía aún más turbio.

Minutos después, la familia al completo del clan Chattan miraban con interés a Elijah, que estaba sentado en un sofá junto a su hija, que se retorcía las manos con auténtica ansiedad.

—Ahora que estamos todos, puedes comenzar, Elijah —dijo Rowan—. Creo que no soy el único que está deseando saber por qué estás aquí. Pensaba que venías a ver a tu hija cuando enviaste la misiva…

Elijah sonrió ligeramente y asintió.

—Y en parte es cierto. Si estoy aquí es para ver a Gillian. Me satisface ver que está en buen estado y que la habéis cuidado.

—Nos intentó envenenar… —murmuró Sloan con rabia.

Rápidamente, la mirada de Elijah se dirigió hacia su hija, que renegó entre dientes.

—El hermano del laird sugirió que Rowan quería espiar a nuestro clan. Él me mintió y consiguió que pusiera una hierba vomitiva en la comida, pero ya ve que están todos sanos.

Elijah miró a Rowan, que se mantuvo impasible. El laird Comyn acabó suspirando largamente y tomó una de las manos de la joven.

—Mis primeras palabras quiero que vayan para mi hija. Lamento lo que ha podido ocurrir estas semanas y también esa mentira que te llevó a comportarte así, pero a partir de ahora quiero que dejes de ver a los Chattan como a tus enemigos.

Gillian frunció el ceño y entrecerró los ojos, sin comprender.

—¿Por qué dice eso, padre? Siguen pensando que somos nosotros quienes los atacamos.

—Precisamente por eso estoy aquí hoy y quiero que toda la familia Chattan esté delante. Desde tiempo inmemorables, los clanes han tenido una forma muy efectiva para acabar con las guerras o los problemas entre ellos. Hace unas semanas cometí el error de enviar a Reginald para que intentara convencer al laird Chattan sobre tu liberación, pero fracasé. Él acabó muerto y tú sin un prometido en tu camino.

—Lo mató el laird —indicó la joven.

—Lo sé. Y he de reconocer que no me extraña nada el motivo de su muerte. Aunque quería mucho a Reginald, había visto en él cierto comportamiento que no me gustaba para ti ni para su ascenso en el clan, así que no me sorprendí al enterarme de que… lo habían matado porque te había insultado.

Gillian apartó la mirada, dolida por esas palabras. Una parte de ella odiaba aún a Rowan por ese episodio, pero otra, muy diferente, lo creía. Sin embargo, jamás imaginó que su progenitor estuviera tan de acuerdo con la muerte de Reginald.

—No sé a dónde quiere llegar, padre.

Elijah apretó la mano de su hija y le sonrió.

—Como iba diciendo, entre los clanes siempre han hecho una cosa para acercar posturas y eliminar de raíz los conflictos. A pesar de que acabó la guerra, entre nuestros dos clanes sigue habiendo ataques y robos. Nosotros echamos la culpa a los Chattan y ellos a nosotros, pero uno y otro juramos y perjuramos que no hemos hecho nada. Por eso, he tenido una idea para acabar con las rencillas entre nosotros.

En ese momento, desvió la mirada hacia Rowan.

—Nos tienes en ascuas, Comyn…

—Puesto que mi hija se ha quedado sin su prometido por tu espada, he decidido que ahora se case contigo.

Al instante, lo que ocurrió en ese salón fue digno de protagonizar el cuadro de un importante pintor. Gillian fue la primera en quedarse estupefacta, al igual que Rowan, que miraba a Elijah como si le hubieran salido dos cabezas de repente. No obstante, las reacciones en el resto del salón fueron muy dispares. Por un lado, Amelia sonrió y desvió la mirada, como si en algún momento durante esas semanas hubiera esperado aquellas palabras, por lo que su rostro no era precisamente el más sorprendido.

Cora, por su parte, había elevado ambas cejas y miraba alternativamente a Elijah y Rowan, como si esperara que surgiera una guerra aún peor entre ellos por sugerir semejante despropósito.

Arran y Kester se miraron entre ellos con una sonrisa, intentando contener la risa que le produjo aquellas palabras. Se alejaron del sofá donde

estaba sentado Rowan y fingieron mirar por una ventana mientras toda su atención estaba totalmente puesta sobre lo que sucedía en el salón. Pero la reacción que más sorprendió a Elijah, aunque no a Gillian o Rowan fue la de Sloan. El guerrero se levantó del sofá como movido por un resorte mientras dejaba escapar una maldición en gaélico. El guerrero rugió de rabia al tiempo que se paseaba por el salón con las manos en la cadera.

—Pero ¿cómo se te ocurre pensar semejante despropósito, Comyn? —vociferó sin poder contenerse mientras Rowan y Gillian seguían mirando a Elijah con la esperanza de que en algún momento confesara que se trataba de una broma.

—No es nada de eso, muchacho. Durante años, en todos los clanes, se han llevado a cabo matrimonios de conveniencia para acabar con los problemas. Yo os estoy ofreciendo la mano de mi hija para acabar con esos inconvenientes y, juntos, empecemos a mirar por los intereses de ambos clanes para intentar averiguar lo que realmente está pasando.

Gillian dejó escapar un resoplo y se levantó del sofá para mirar a su padre como si hubiera perdido el juicio.

—Pero, padre, ¿es consciente de lo que está haciendo? Es una completa locura.

Elijah levantó la mirada hacia su hija.

—Si lo piensas bien, hija, no lo es. Todo el mundo en el clan sabía que estabas prometida con Reginald. ¿Crees que muchos jóvenes querrán casarse ahora contigo? Pensarán que no eres pura.

Gillian no pudo evitar sonrojarse ante semejante mención delante de todos los Chattan. La joven le dio la espalda a su padre y evitó a Sloan cuando este cruzó por su lado, nervioso.

—Pensarán aún cosas peores si me caso con un enemigo…

Elijah torció la cabeza.

—No lo creo. Admirarán tu sacrificio.

Gillian sintió que se le cortaba el aliento.

—No quiero sacrificarme por nadie, padre. Quiero decidir por mí misma.

—Es la mejor forma para que los Chattan y nosotros podamos averiguar qué está pasando porque creo que hay alguien oculto que quiere nuestra ruina.

La joven sintió que el mundo bajo sus pies temblaba con demasiada fuerza. E incluso sentía que hacía tanto ruido que apenas podía escuchar lo que estaba sucediendo en ese salón que cada vez era más pequeño y asfixiante para ella.

—Si me permiten dar mi opinión, Comyn —comenzó diciendo Amelia—, reconozco que habría preferido que mis hijos decidieran por sí mismos a sus parejas, pero estos días he conocido a su hija y parece ser una buena mujer, con carácter, eso sí, pero fuerte para sobrevivir a lo que está pasando. Si mi hijo decide aceptar, yo estaré con él.

Elijah asintió y miró de nuevo a su hija.

—Te he visto sana cuando he llegado. Los Chattan te han tratado bien, hija. Podrán protegerte si se inicia una nueva guerra.

Gillian suspiró y negó con la cabeza.

—No quiero casarme con él, padre —dijo señalando a Rowan—. Y ya ha visto que no todos están de acuerdo con ese matrimonio.

Sloan la miró con odio, pero se mantuvo callado. Sin embargo, su padre miró directamente al laird Chattan.

—La única opinión que debe importar es la del propio Rowan, Gillian. ¿Qué me dices, muchacho? ¿Hacemos un pacto y te casas con mi hija para averiguar juntos lo que está pasando o prefieres seguir pensando que soy yo quien te ataca mientras el verdadero culpable está libre?

Todas las miradas del salón se dirigieron entonces a Rowan, que era el único que se había mantenido hierático y en silencio hasta entonces. Se había limitado a mirar fijamente a Elijah, alternando la mirada a veces con Gillian, de quien no perdía ni uno solo de sus movimientos. Rowan no le dio importancia al peso de las miradas de sus familiares o de los Comyn. Simplemente, intentaba calmar lo que había nacido en su pecho en ese instante. Por un lado, no quería casarse, ni con Gillian ni con nadie. Deseaba estar solo. Sin embargo, por otra parte, pensar en el hecho de que la joven fuera suya para siempre lo excitaba. Lo que Gillian había despertado en él el primer día en que la vio aún no se había apagado. Al contrario, se había incrementado después de que la joven le demostrara su valía cuando tuvo el arrojo de envenenar la comida. Era fuerte, orgullosa y deslenguada, atributos que siempre habían llamado su atención en una mujer. Y que no se dejara achantar por los enemigos también jugaba a favor

de la joven.

Rowan frunció el ceño y frotó sus manos mientras pensaba. Sloan se sentó a su lado y lo miró.

—No aceptes. Seguro que es un juego de los Comyn para convencernos de que no son culpables.

—Si se tratara de un juego, no te ofrecería la mano de mi hija para que acabéis matándola. Directamente, os declararíamos la guerra. Los Comyn podremos ser muchas cosas, pero jamás unos cobardes. Miramos a los ojos de nuestros enemigos, incluso cuando matan a nuestros hijos delante de nosotros.

Elijah suspiró y miró directamente a Rowan.

—He venido hasta aquí para ofrecerte la paz verdadera y una mano para averiguar lo que está pasando. Mi hijo mató a vuestro padre y tú mataste a mi hijo. Estamos en paz. Ya hemos vertido suficiente sangre los unos y los otros. Debemos seguir adelante y tendernos la mano.

Gillian resopló, nerviosa, incapaz de saber qué hacer para frenar aquello. Estaba segura de que, después de lo ocurrido la noche en la que la familia Chattan vomitó, Rowan no aceptaría su mano. No obstante, temía que finalmente lo hiciera para vengarse de ella de una manera diferente.

Sus ojos se posaron sobre Rowan y contuvo el aliento. Este seguía en silencio, pensativo. Nada indicaba hacia dónde iba a ir su respuesta, por lo que la tensión en el salón aumentó considerablemente. Unos esperaban que se negara mientras otros parecían estar de acuerdo con ese trato. Y, finalmente, la voz del guerrero sonó atronadora en medio de aquel silencio, no solo ofreciendo una respuesta a la pregunta de Elijah Comyn, sino sentenciando la vida de Gillian.

—Está bien, Elijah. Acepto tu proposición.

Gillian no se quedó a escuchar nada más en el salón. Incluso estuvo a punto de atropellar con su propio cuerpo a Sloan, que también salió del salón echo una furia. La joven no podía creer que Rowan Chattan fuera dueño de su destino a partir de ese momento. No solo se había atrevido a dejarla sin prometido, sino que se había puesto en su lugar y ahora sería él quien pasaría su vida a su lado. ¡El mismo hombre que la había metido en

una mazmorra! No quería creer que eso fuera verdad.

La joven atravesó el pasillo como una exhalación. No sabía hacia dónde había ido Sloan, pero rezó para que hubiera tomado el camino contrario al suyo. Los pasos de la joven resonaban en el silencioso pasillo mientras algunas lágrimas acudían a sus ojos y amenazaban con caer a través de sus mejillas.

Subió las escaleras deprisa, pero en lugar de esconderse entre las paredes de su habitación, se dirigió hacia las pequeñas escaleras que subían a la torre más alta del castillo. Necesitaba tener un momento de paz y silencio antes de volver a enfrentarse a la vida; una vida que acababa de tomar un camino con el que jamás pensó que iba a cruzarse.

Cuando Gillian llegó a la parte superior y el viento, cada vez más fuerte, le dio en el rostro, la joven inspiró con fuerza y se dejó mecer por él. Desde allí podía ver con claridad en los alrededores del castillo, hasta donde el horizonte le permitía. Allí no se escuchaba ruido alguno del castillo, ni las voces de los guerreros o sirvientes. No quería escuchar absolutamente nada, tan solo el viento. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, aunque rápidamente la limpió.

La joven se acercó al borde y apretó los puños. ¿En qué momento se le había ocurrido a su padre la genial idea de entregarla a Rowan Chattan? ¡Era el hombre que había matado a su hermano! ¡Su enemigo! Jamás había escuchado hablar bien de él en su castillo. En su familia siempre lo habían nombrado casi con cuidado, con temor, como si hablaran de un poderoso y peligroso demonio que aparecería frente a ellos si alguien lo nombraba. Sin lugar a dudas, no tenía buena fama entre los Comyn, y menos desde que mató a su hermano Ryan. Y ahora su padre parecía haber cambiado de opinión respecto a él y quería unirla por siempre a la vida de ese guerrero. ¿De verdad era necesario obligarlos a casarse tan solo para descubrir qué estaba pasando? ¿Desde cuándo la palabra de un hombre había perdido el valor de antaño? Su padre había jurado y perjurado que no los habían atacado. ¿Por qué demonios no lo creían?

Y lo peor de todo no era eso, sino el hecho de que Rowan apenas había necesitado tiempo para aceptar la propuesta de Elijah. Se había mantenido callado, escuchando a unos y otros, y a pesar de que casi había más personas que estaban en contra de ese enlace, Rowan había aceptado casarse con ella sin tan siquiera tartamudear. Lo había afirmado con

serenidad, pero también con seguridad. Y por ello lo odiaba. ¿En qué momento había decidido que era una buena idea casarse con ella? Especialmente, después de que esos días apenas le hubiera dirigido la palabra. ¿Y si lo que pretendía era hacerle la vida imposible?

Gillian tembló ante la posibilidad de pasar toda la vida junto a él. Tendría la obligación de dormir en la misma cama, pero lo peor de todo era… La joven se sonrojó. Después de haberla expulsado de su dormitorio tiempo atrás, ¿tendría que entregarse a él? Gillian dejó escapar un suspiro y miró el suelo desde allí. La altura que la separaba del suelo era realmente grande y, durante unos segundos, se preguntó cuánto dolería una caída como aquella si decidía dar dos pasos más y lanzarse de la torre para evitar casarse con él.

—Tan solo dos pasos te separan de nuestro enlace…

Gillian dio un respingo y se apartó un paso más del borde. La joven cerró los ojos un instante, mientras respiraba profundamente, antes de girarse lentamente hacia él. El viento le movió ligeramente el pelo y varios mechones de este surcaron su rostro, aunque la joven los apartó rápidamente. A solo dos metros de ella se encontraba su futuro marido. ¿En qué momento la había seguido y cuándo había subido las escaleras de la torre? No había escuchado absolutamente nada, por lo que le surgió también la duda sobre cuánto tiempo llevaba observándola.

El guerrero parecía tranquilo, con las manos a la espalda, y dio varios pasos más, para ponerse a la altura de la joven, y a un par de pasos del abismo.

—Una caída así debe de doler… —murmuró Rowan antes de volver a mirarla.

—¿Por qué has aceptado esa locura? —preguntó ignorando sus palabras anteriores.

Rowan parpadeó varias veces antes de responder.

—Me parece que es una buena opción para nuestros clanes. Si nos unimos, no solo nos estamos diciendo entre nosotros que no nos vamos a atacar, sino que le estamos dejando un mensaje a quien nos asalta realmente. Tal vez así se lo piense dos veces antes de volver a robar…

—O puede que lo haga con más fuerza.

—Igualmente, seremos más fuertes.

—No quiero casarme contigo.

—Yo tampoco —respondió el guerrero al tiempo que apretaba los puños a la espalda—, pero es lo mejor que podemos hacer por nuestros clanes.

Gillian resopló y dio un paso atrás, acercándose ligeramente al abismo, gesto que no pasó desapercibido a Rowan, que tragó saliva disimuladamente.

—No es bueno para nadie, Chattan. Tu familia me odia, la gente del clan también y tú… ni siquiera me has mirado estos días…

Rowan apretó la mandíbula. Eso no era cierto. A pesar de que había obligado a varios de sus guerreros a vigilarla, él no la había perdido de vista. Incluso le había pagado una cuantiosa suma al guerrero que vigilaba su puerta por la noche para que no contara a nadie que él había entrado de madrugada y la había observado como siempre. Estaba perdiendo el juicio. No le quedaba duda de ello. La miraba en cada momento y a cada instante preguntaba qué hacía o dónde se encontraba. Necesitaba tenerla vigilada, saber de ella, protegerla… Y, aun así, ella pensaba que no la había mirado desde que la había sacado de la mazmorra. Ni siquiera nadie lograba adivinar lo mucho que le había costado mantenerla allí durante la noche. Casi había tenido que atarse a su propia cama para no correr hacia las mazmorras para sacarla de allí.

—Eso no importa —se obligó a responder con gesto serio—. Pocos son los matrimonios que se casan por amor. Casi todos son los que lo hacen por compromiso entre sus clanes. Y es lo mejor que podemos hacer.

—Reconoce que lo que quieres es castigarme por lo que le hice a tu familia…

—Ya recibiste tu castigo por ello.

—Lo he recibido cada día desde entonces porque casi puedo palpar vuestro odio…

Rowan inspiró con fuerza.

—Mi familia tan solo se ha alejado un poco para evitar problemas entre nosotros mismos. Y en el momento en el que seas mi esposa, volverán a ser como antes.

Gillian rodó los ojos.

—Claro, supongo que Sloan pasará a ser mi mejor amigo cuando nos

casemos… —ironizó.

—Hablaré con él y deberá aceptarte.

—¿Y si soy yo quien no quiere aceptar a nadie? Lo que deseo es regresar a mi clan.

—Donde te señalarán por haber estado prometida a un hombre que ya murió.

Gillian resopló y dio otro paso atrás, quedándose en el borde de la torre, aunque sin darse cuenta de ello.

—No me importa. La gente puede señalarme, puede hablar de mí a mis espaldas… pero yo jamás voy a agachar la cabeza ante ellos porque no he hecho nada malo.

—Aquí nadie hablará de ti ni te señalará. En el momento en el que seas mi esposa, todo mi clan te jurará lealtad y te protegerán de cualquier persona que intente hacerte daño. Y yo… daré mi sangre y mi vida por tu nombre, por tu honor y por la familia que formaremos.

Gillian lo miró en silencio durante unos segundos mientras asimilaba sus palabras. Su rostro estaba serio y sabía que Rowan no era un hombre que bromeara jamás. Y, aun así, no podía creerlo. Tenía miedo; miedo de que no la aceptaran, de que intentaran matarla, de que la expulsaran en cuanto estuviera unida a él y su padre se marchara, de que Sloan tuviera razón y Rowan solo quisiera engañarla… Había sufrido mucho cuando el hermano del guerrero le mintió. Aún no había descubierto por qué ese dolor, pero no había podido evitarlo. Y ahora que podía ser suya para siempre… sentía más miedo que nunca.

—La boda se va a celebrar esta misma tarde —le informó Rowan para suplicio suyo.

Los ojos de Gillian se abrieron desmesuradamente. ¿Tan pronto? Aún no había logrado asimilar que iba a ser suya, por lo que tampoco estaba preparada para una boda tan inminente. Esa misma noche sería suya, y no podría hacer nada para evitarlo. La joven sintió un gran nudo en su garganta que le impidió respirar. Necesitó llevar una mano a su pecho para intentar calmar los rápidos latidos de su corazón y para recuperar el aliento. Necesitaba poner distancia con él, por lo que dio un paso más atrás. Sin embargo, se encontró con el vacío tras ella.

Con un movimiento rápido, Rowan se lanzó hacia ella y la aferró del brazo, atrayéndola hacia él. El corazón del guerrero se sobresaltó al ver que caía irremediablemente ante él. Al instante, Gillian se dio de lleno con su amplio pecho y los brazos protectores de Rowan la rodearon cuando de su garganta escapó un grito asustado. La joven había dejado de respirar cuando sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies, pero ahora que estaba entre los brazos de Rowan y volvía a sentir la vida, tenía la impresión de que el muro que los separaba a ambos parecía resquebrajarse ligeramente.

Rowan la alejó del borde de la torre y la soltó cuando estuvieron a salvo. En ese instante, el guerrero puso los dedos bajo su barbilla; dedos que temblaron ligeramente mientras se elevaban. La obligó a elevar el rostro y solo allí la miró fijamente mientras la joven seguía temblando. Sus ojos, tan fríos como el acero, la observaban con intensidad, como si quisieran decirle algo con una sola mirada, pero ella no logró entenderlo, puede que por los nervios del momento o tal vez por lo que sentía al tenerlo tan cerca.

Ambos se miraron durante unos segundos, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor y no fueran conscientes del paso de este. Cada uno estaba metido en sus propios pensamientos y cuando Rowan se dio cuenta de que su cuerpo anhelaba besarla y hacerla suya, se obligó a retirarse. Se golpeó mentalmente por dejarse llevar por un sentimiento que lo único que le traería serían problemas. Él era un hombre frío, calculador y solitario, pero con ella era diferente desde el primer día. Y temía que cualquier persona pudiera sentirlo.

—A primera hora de la tarde llegará el sacerdote para la boda. Si no tienes un vestido, mi madre o mi hermana pueden prestarte uno.

El guerrero carraspeó cuando notó el cambio en la mirada de la joven ante la dureza de su voz.

—Necesitamos saber cuanto antes qué está pasando en nuestros clanes. Espero que, como futura Chattan, tú también quieras ayudar en ello.

CAPÍTULO 23

Gillian dio un respingo cuando la mano de su padre se posó sobre su espalda cuando se acercó a los nuevos esposos para darles la enhorabuena. Había seguido las palabras del sacerdote como si las escuchara desde muy lejos. De hecho, no estaba segura de que hubiera dicho las palabras correctamente cada vez que le tocaba responderle para pronunciar sus votos.

Estaba más nerviosa que nunca. Desde la mañana había notado la intensa actividad de los sirvientes para preparar el castillo para la ceremonia, sin embargo, no había querido meterse en esos menesteres. Incluso aunque le hubieran pedido opinión no habría sido capaz de dársela a nadie. Sentía que flotaba, que sus pies apenas tocaban el suelo y que su mente estaba a demasiadas leguas de allí. No era plenamente consciente de lo que estaba viviendo, pero sí sabía que iba a casarse con el hombre al que, durante años, había considerado su enemigo, al que había odiado desde que la había llevado allí, pero también era el hombre al que, inconscientemente, había deseado con todas sus fuerzas. Sin lugar a dudas, si había un lugar en el infierno estaba destinado a ella, ya que seguramente lo que le pasaba no era aceptado por el Creador. ¿Quién más había logrado odiar a un hombre y desearlo al mismo tiempo? Eso no podía ser verdad. Seguramente era un plan del demonio para hacerla caer y llevarla al infierno con él cuando muriera.

Y ahora era suya. SUYA.

Gillian miró el anillo de su dedo mientras su padre la abrazaba y sonreía intentando darle ánimos. La familia Chattan se acercó a Rowan para felicitarlo también, aunque este los recibió con gesto adusto y frío. Desde su asiento, Sloan los miraba y no parecía querer levantarse para celebrar con ellos algo que aún no había asimilado. ¿Cómo era posible que esa enemiga ahora fuera su cuñada? Simplemente, era incapaz de aceptarlo.

Los guerreros Chattan y los Comyn que habían acompañado a Elijah también les dieron la enhorabuena, lanzando vítores con la esperanza de que la paz por fin llegara a ambos clanes.

Sin embargo, en el corazón de Gillian había tantos sentimientos encontrados que apenas podía reaccionar. Mientras Amelia le tomaba el rostro y le hablaba, la joven no podía evitar pensar en su vida a partir de

entonces. Tendría que yacer con Rowan, acatar sus órdenes y aprender las tradiciones del clan Chattan mientras dejaba a un lado las de los Comyn. Jamás pensó, semanas atrás, que su acompañamiento a su padre a la reunión de clanes iba a cambiar tanto su vida.

—Os deseo lo mejor en esta nueva etapa de vuestra vida —dijo Amelia sonriéndole por primera vez en días—. Sé que Rowan y tú encontraréis el equilibrio para ser felices.

Gillian asintió mientras tragaba saliva. Era incapaz de hablar debido al nudo de su garganta. Quería llorar, quedarse sola y gritar. No deseaba ser el centro de atención como en ese instante. Sin embargo, se obligó a aceptar las buenas palabras y deseos de los demás, como Kester, que también se acercó a ella después de todos esos días enfadado.

—Esta mañana dudé, pero creo que es bueno tener una cuñada que sepa envenenar a todos aquellos que me caigan mal…

—Supongo que seré la primera a quien se lo harías tomar —respondió la joven.

Kester lanzó una carcajada.

—No estoy seguro. Sería demasiado evidente. Además, si mueres ya no podré preparar más venenos para los enemigos. Creo que te dejaré con vida solo porque me puedes servir…

—Ya…

Kester sonrió y, para sorpresa de Gillian, la abrazó.

—¡Oye, Rowan! Espero que no te importe que abrace a tu esposa. Después de su intento de asesinato creo que tenemos un vínculo más estrecho…

El aludido puso los ojos en blanco mientras su hermano se carcajeaba y la soltaba para darle un manotazo en la espalda a Rowan.

Gillian no sabía dónde meterse en ese instante. A pesar de la amabilidad de todo el mundo, que parecía haber cambiado por completo después de ser oficialmente una Chattan, la joven se sentía incómoda, en tierra de nadie. ¿Qué se suponía que debía hacer? Miró a un lado y a otro encontrándose con los ojos maliciosos de Arran, que sonrió ampliamente antes de abrir la boca para comenzar a gritar.

—¡Los novios no han sellado su matrimonio con un beso!

Y entonces sí que Gillian sintió que iba a vomitar allí mismo delante de todos. La joven dio un paso atrás mientras todo el mundo se apartaba y los miraba nuevamente. A su lado, escuchó el gruñido animal de Rowan mientras lanzaba dardos a su hermano con los ojos, prometiéndole una lenta venganza. Rápidamente, todos comenzaron a vitorear para que ambos se besaran y Gillian tragó saliva ruidosamente intentando poner distancia con Rowan con el pequeño ramo de lavanda que habían hecho para ella.

Sin embargo, el guerrero no estaba dispuesto a mostrarse incómodo ante los demás y, aunque no deseaba besarla, giró todo su cuerpo hacia ella y su enorme mano la aferró de la cintura. Gillian abrió la boca para decir algo, pero Rowan no le dio tiempo para hacerlo. Los calientes labios de este sellaron sus palabras, manteniéndolas dentro de su garganta al tiempo que la besaba ante todos, provocando los gritos de los demás. La mente de la joven le gritaba que se apartara o lo empujara, sin embargo, su cuerpo gritó algo muy diferente. Podía sentir con claridad el calor que desprendía la mano de Rowan en su cintura a pesar de la cantidad de tela que había entre ellos, pero era tanto que logró petrificarla en el sitio, provocando en ella un poderoso fogonazo de calor que recorrió todo su cuerpo, haciéndola desear más, y posándose en sus mejillas, que se sonrojaron irremediablemente.

El momento en el que Rowan la soltó fue uno de los más incómodos de toda su vida. No solo porque no sabía qué hacer después de ese beso, sino porque a su alrededor había mucha gente que gritaba y reía por ellos. Por eso, la joven se separó ligeramente del guerrero y miró al suelo mientras los demás salían de allí. El propio Rowan se vio arrastrado por sus hermanos gemelos, hasta que en la pequeña capilla quedaron únicamente Gillian y Sloan, que no se había movido de la silla en la que se había sentado.

Finalmente, se levantó y se acercó a ella. A pesar de que no deseaba un conflicto más en ese instante, Gillian se mantuvo en el sitio y lo miró con orgullo.

—Ahora eres una Chattan… Supongo que era eso lo que querías…

La joven arqueó una ceja.

—Claro que sí —dijo con tono irónico—. La gran ilusión de mi vida era verme obligada a casarme con un enemigo y convertirme en cuñada de un ser tan antipático como tú…

Sloan frunció el ceño.

—Ahora podrás pasarle información a tu clan.

La joven dejó escapar un resoplido.

—Lo primero que les diré es que tengan cuidado con el perro…

—No hay perros en el castillo.

Gillian sonrió de lado.

—Mírate en el espejo y verás al primero.

Sloan dio un paso hacia ella, pero el carraspeo de Rowan en la puerta de salida lo frenó.

—¿Algún problema?

—No. Solo le estaba dando la enhorabuena a tu esposa.

Gillian asintió de forma imperceptible.

—Sí, y ha prometido acompañarme a pasear cuando yo lo desee —mintió descaradamente, ganándose una mirada reprobatoria de Sloan—. Ha sido muy amable.

El propio Rowan arqueó una ceja ante esa mentira que pudo ver en el rostro de su hermano, que contrajo las manos con rabia. Sin embargo, le sorprendió aún más al verlo asentir obedientemente.

—Estaré encantado de llevarla a pasear —dijo entre dientes.

Rowan prefirió no decir nada al respecto, pues ese problema debían resolverlo ellos ahora que eran familia. Por ello, asintió levemente y miró a Gillian.

—Nos están esperando para hacer el primer brindis.

Gillian no dejaba de rezar con la intención de conseguir que el tiempo se alargara todo lo posible ese preciso día. Sabía que, cuando la fiesta acabara, tendría que marcharse con Rowan a su dormitorio, y ya quedaba muy poca gente en el salón celebrando la boda. Lo único que deseaba en ese momento era desaparecer y evitar algo que sabía que no podía hacer.

Sus manos temblaban y apenas había probado nada de la comida que habían ido preparando a lo largo de toda la tarde y parte de la noche. Los guerreros del clan Comyn se estaban dando un verdadero festín a costa de los que habían sido sus enemigos hasta hacía poco. Sin embargo, Rowan no había dejado de hablar con Elijah sobre los pormenores de su unión y el

motivo que los había llevado a ella. El laird Comyn le había contado todo lo que había sucedido en su clan desde que había terminado la guerra. Le había confesado que ellos también pensaban que eran los Chattan. Sin embargo, la sorpresa en el rostro de Rowan no se había hecho esperar, confirmándole a Elijah que tampoco era responsable de lo que había ocurrido en la frontera de los Comyn.

Tanto Rowan como Elijah mantuvieron una amplia conversación a lo largo de toda la tarde mientras Gillian intentaba mantenerse en un segundo plano. Sin embargo, Amelia y Cora intentaron hacerla sentir lo más cómoda posible, algo que le sorprendió mucho a la joven después de su frialdad de los días anteriores. No obstante, tanto la madre como la hermana del laird hicieron todo lo posible para mantener su mente alejada de otros pensamientos.

Sin embargo, no lo lograron, y a medida que se iba acercando el momento de despedirse de todos para marcharse a dormir, Gillian sentía que la ansiedad se abría paso por su cuerpo y se instalaba en su pecho. Necesitó beber una copa de whisky de golpe para calmarse, y, aunque lo consiguió ligeramente, igualmente seguía agitada. Al ver que Amelia y Cora se levantaban de sus asientos para marcharse, Gillian estuvo a punto de seguirlas y encerrarse en el dormitorio que había usado desde que estaba en el castillo. Sin embargo, vio que era una opción demasiado cobarde y decidió quedarse en el sitio.

—Creo que ya es demasiado tarde para todos —dijo su padre levantándose de la silla junto a Rowan—. Yo también me iré a dormir.

Gillian apenas había hablado con su padre desde esa mañana. Al mediodía le había intentado explicar sus razones para ese matrimonio, pero no consiguió convencerla de que era el mejor camino para todos. Por ello, la joven se sentía enfadada con su progenitor. Este se acercó a ella para darle un beso y desearle lo mejor en su nueva vida, y ella solo acertó a sonreír ligeramente, más por educación que por otro motivo.

Como si la marcha de varios de ellos indicara al resto que ya era hora de irse a dormir, los guerreros comenzaron a levantarse de sus asientos y dejaron el salón vacío. Gillian seguía sentada, con las manos sobre la tabla de la mesa, la cual apretaba con tanta fuerza que sus dedos se habían puesto blancos por la presión. Se obligó a carraspear cuando sintió la penetrante mirada de su ya esposo sobre ella.

Se habían quedado solos en el salón. Era la primera vez que se quedaban así desde que se habían convertido en marido y mujer y Gillian no sabía con exactitud qué debía decir en ese instante. Sin embargo, en esos escasos segundos que tenía para decidir el siguiente paso de su vida, se dijo que tenía frente a sí dos caminos. Ese día se había casado y podía pasar el resto de su vida odiando a los Chattan, a Rowan y a sí misma y amargar su propia existencia o bien podía aceptarla e intentar cambiar su visión sobre ellos, encajar en la familia y respetarse mutuamente sin necesidad de ponerse la zancadilla para ver cómo caen los que ya no eran sus enemigos, sino su nueva familia. En esos escasos segundos de deliberación consigo misma, bajo la atenta mirada silenciosa de Rowan, Gillian llegó a la conclusión de que debía hacer lo correcto y pensar en lo que quería para su vida. Y por ello decidió que lo mejor era aceptarlos, aunque seguiría mostrándose orgullosa con Rowan, pues no pensaba dejarse humillar por él. Si él había decidido por ella, Gillian pondría las normas entre ellos. Y al pensar en el primer día, cuando lo conoció en la reunión, se dijo que debía volver a mostrarse ante él como ese día: retadora.

La joven le sostuvo la mirada hasta que el propio Rowan rompió el silencio.

—Nosotros también debemos retirarnos.

La joven asintió y rodeó la mesa para dirigirse en silencio hacia la puerta de salida. El guerrero arqueó una ceja ante el comportamiento de la joven. ¿En qué momento había dejado de ser una mujer orgullosa para convertirse en una sumisa? Creyó que la joven iba a retarlo, que le diría que jamás iba a yacer con él, que no iba ni siquiera a dormir en su misma habitación… Pero lo que había visto en ella era precisamente todo lo contrario, y no le gustó. Él no había conocido a esa joven, era totalmente desconocida, y no quería eso en absoluto.

Rowan la siguió con la mirada puesta en su espalda. Pisaba fuerte el suelo como una forma de comunicarle a Gillian que iba tras ella, que no estaba sola y que no iba a dejarla, pero también como una forma de provocarla. Quería que sacara esa parte de su carácter que parecía haber muerto ese mismo día. Aquella no era la mujer que había llamado su atención el primer día, no era la que lo había retado ni se había enfrentado a él; tampoco era la única mujer que lo había obsesionado tanto hasta el punto de no poder pasar una noche sin observarla atentamente mientras dormía.

Quería que volviera a ser la mujer que lo hacía excitado tanto que había estado a punto de explotar en varias ocasiones. Y ahora era suya. A pesar de que había fingido ignorarla durante la tarde, no había parado de estar pendiente de sus movimientos. La vio hablar con su hermana Cora y su madre. Incluso la vio beber una copa de whisky de una sentada. Casi podía sentir su nerviosismo, su incomodidad y su temor ante su nueva vida en el castillo. Sabía que Gillian pensaba que él había aceptado tan solo para hacerle la vida imposible. Pero no era así. Si se había casado con ella era para acercar posturas entre los dos clanes y, juntos, averiguar más sobre lo que estaba pasando en las tierras de ambos. Aunque otra parte de él, que jamás reconocería, había aceptado casarse con ella para hacerla suya, para cuidarla y protegerla, pues tenía la impresión de que, en cuanto saliera de su castillo, no tendría a nadie como él para salvaguardarla.

En silencio, ambos subieron las escaleras rumbo al dormitorio. A medida que subía los escalones, Rowan sentía que su corazón se aceleraba, al igual que su respiración, que podía escucharse en el resto del corredor. Cuando llegaron al dormitorio, vio cómo Gillian se quedaba parada a un lado y esperaba a que él abriera la puerta. Sin embargo, Rowan se quedó unos pasos antes de llegar y la miró.

—No hace falta que me esperes. Puedes entrar tú…

Nerviosa, la joven levantó una mano ligeramente temblorosa y abrió. Rowan casi podía sentir en su propia piel el nerviosismo de Gillian, por lo que acabó suspirando largamente antes de seguirla. Sentía en su interior un intenso malestar por la cara que presentaba la joven en ese momento, por lo que en el momento en el que la puerta se cerró a su espalda, la miró y le dijo:

—Puedes estar tranquila. No voy a hacer nada que no quieras.

La mirada de la joven se levantó en ese momento hacia él. Había caminado hacia la chimenea de forma automática, casi sin pensar en lo que estaba haciendo. Había intentado ignorar la presencia del guerrero junto a ella, pero sabía que sería muy complicado. Lo que no esperaba eran aquellas palabras. La sorpresa se reflejó en su rostro mientras observaba cómo se movía Rowan por el dormitorio. Gillian apenas había reparado en la amplitud que había en la estancia. Era más grande de lo que había sido su dormitorio hasta entonces. Y lo que más destacaba en su interior era la inmensa cama de matrimonio que había en el centro. Las sábanas rojas

parecían brillar con el fuego de la chimenea, mientras que el dosel, con las cortinas echadas, daba sensación de intimidad y protección, aunque para Gillian le supuso un aumento de su nerviosismo.

Numerosos telares protegían las paredes, proporcionando al dormitorio una calidez que contrastaba con la frialdad de su ocupante. Junto a ella, dos sillones parecían llamarla para pasar allí la noche, pero con las últimas palabras del guerrero no pudo evitar sorprenderse. No lo recordaba así desde la vez en la que fue a curarlo. De hecho, en ese momento se había sentido tan nerviosa que apenas tenía recuerdos de la decoración.

—¿A qué te refieres?

—A que no soy un maldito violador —renegó antes de sentarse sobre una pequeña banqueta a los pies de la cama para quitarse las botas—. Estamos casados, pero no voy a obligarte a yacer conmigo.

Gillian no podría haber descrito lo que sintió en ese momento. Por una parte, una sensación de alivio recorrió todo su cuerpo, pues jamás habría esperado que el guerrero pronunciara aquellas palabras. Sin embargo, otra sensación más extraña y penetrante se abrió paso en su interior, instalándose en el centro de su pecho. Fue una sensación lacerante, dolorosa, la misma que pudo sentir tiempo atrás cuando Rowan la rechazó y la echó de su dormitorio después de tocarla como nunca nadie la había tocado. Volvió a sentir lo mismo, y, por supuesto, no le gustó. Y en ese instante, volvió a surgir aquella Gillian que había acudido por primera vez a ese castillo, aquella que se había enfrentado con la mirada a Rowan y la que después había surgido cuando tuvo que sobrevivir al cautiverio.

Dando varios pasos hacia él, sin perder detalle de los movimientos de sus manos mientras dejaba las botas a un lado de la banqueta, Gillian puso los brazos en jarras y clavó la mirada en él. Hasta ese momento, se había sentido pequeña, incapaz de ser la dueña de su destino y de su vida, pero ya no más. Ese mismo día había jurado algo ante Dios, y no pensaba achantarse ni a dejarse manipular por el guerrero.

Rowan alzó la mirada hacia ella y arqueó una ceja al ver la postura de su cuerpo. Al levantar más los ojos y clavarlos en los de la joven, vio determinación en ellos, y el juramento silencioso de una guerra por un motivo que, estaba seguro, iba a descubrir en cuestión de segundos.

—¿Ocurre algo? —preguntó con calma.

Gillian resopló y apretó los dientes.

—Nos hemos casado.

—Ya me he dado cuenta —la cortó sin poder evitarlo.

La joven desvió la mirada mientras se mordía la lengua visiblemente.

—No te estaba informando de ello. Ya me imagino que te habrás dado cuenta… A lo que me refiero es que ambos hemos hecho un juramento. Esta mañana fuiste tú quien decidió sobre mi destino al aceptar casarte conmigo, mientras que ahora tienes la cobardía de rechazarme.

Rowan se quedó pasmado. Lentamente, se puso en pie y la observó con cierto cuidado. Entrecerró los ojos y, por Dios, que de no ser porque tenía fama de frío y calculador, se habría reído a carcajadas. ¿Estaba entendiendo mal o Gillian le estaba echando en cara que no quería acostarse con ella? Por ello, habló con sumo cuidado.

—No sé exactamente a dónde quieres llegar.

—A que ya me rechazaste y me expulsaste de este dormitorio y ahora haces lo mismo a pesar de estar casados.

Rowan frunció el ceño y se acercó peligrosamente a ella.

—¿Me estás queriendo decir que quieres yacer conmigo?

De nuevo, estuvo a punto de sonreír ante el balbuceo de la joven. Acababa de sonrojarse y desvió la mirada, pero su cuerpo seguía mostrando determinación.

—No es eso… Es que… si ahora somos marido y mujer debemos serlo en todos los sentidos. Lo que no puedes hacer es aceptar casarte conmigo y después rechazarme.

—Te estaba respetando, no rechazando —respondió Rowan acercándose más a ella.

Gillian comenzó a caminar hacia atrás para alejarse de él. La cercanía del guerrero siempre la había puesto contra las cuerdas, y que ahora fuera su esposo no mejoraba lo que sentía cada vez que la distancia entre ellos se acortaba. La joven sintió que su determinación desaparecía a medida que Rowan se iba acercando, y se golpeó mentalmente por haberse dejado llevar por su lengua y no por su mente. ¿De verdad le había echado en cara que no quisiera acostarse con ella? ¿En qué momento del día había perdido el juicio? ¿Habría sido antes o después de la boda?

Gillian tragó saliva cuando la pared más cercana se puso en su camino y le impidió seguir alejándose de él. Sin embargo, eso no frenó el avance de Rowan, que, a cada paso que daba, le parecía más peligroso.

—Pues entonces respeta lo que tanto tú como yo hemos jurado esta misma tarde. Tú mismo querías ser mi esposo, ¿no? Por eso tomaste la decisión por mí a pesar de haberme negado desde el principio. Ahora soy yo quien decido y te reto a que cumplas tus juramentos, Rowan Chattan.

Ambos brazos del guerrero se elevaron y se posaron a los lados de la cabeza de Gillian, que, a pesar de la valentía que mostraba, estaba cada vez más temblorosa. Y al verse acorralada por él, entre sus brazos, no pudo evitar tragar saliva ruidosamente.

—Nadie que me ha retado ha salido vivo —dijo Rowan lentamente, desplegando toda su oscuridad alrededor de ambos.

—Entonces, ¿vas a matarme por ello?

Rowan chasqueó con la lengua y negó lentamente con la cabeza.

—No. Voy a devorarte.

CAPÍTULO 24

No supo por qué, pero después de esas palabras Gillian sintió que su cuerpo se contraía mientras un poderoso calor la recorría. No fueron una respuesta a lo que ella esperaba, sino una clara amenaza sobre lo que le iba a ocurrir en ese instante. Y, de repente, sintió cómo su determinación desaparecía de golpe. Ella sola se había metido en un grave problema del que no sabía cómo salir. De hecho, estaba segura de que no iba a salir viva de allí esa noche. Solo había intentado echarle en cara su desprecio, pero ahora no sabía cómo solucionarlo.

Gillian abrió la boca para decir algo, pero Rowan acortó rápidamente la distancia y, tal y como le había prometido, devoró sus labios con fuerza. La joven no pudo evitar un gemido cuando se vio asolada por esos carnosos y ansiosos labios que solo deseaban hacerla callar.

Su mente le gritaba repetidas veces que lo empujara y corriera fuera de la habitación, pero sus manos y sus pies se negaban a moverse. Y a pesar de ese rechazo de su mente, su cuerpo comenzó a reaccionar. Gillian arqueó ligeramente su espalda cuando una de las manos del guerrero abandonó la pared para ir directamente a su cintura. La atrajo hacia él con firmeza, sin darle ni una sola oportunidad para escapar de él. Pero ella tampoco quería escapar en ese instante.

Gillian pudo sentir contra su vientre los poderosos músculos de Rowan, que estaban contraídos en ese momento ante el control que se obligaba a tener en ese instante. Pero no fue lo único que sintió, sino también el miembro cada vez más erecto del guerrero, que provocó que su cuerpo se incendiara. No sabía cómo iba a mirar a Rowan al día siguiente, pero en ese instante no le importaba. Tan solo deseaba apagar de alguna manera el fuego que recorría su cuerpo de arriba abajo y viceversa. Era un sentimiento demasiado poderoso como para tener el suficiente valor de apartarse. No podía. Ya lo había sentido una vez hacía días y ahora quería volver a experimentarlo. Además, el simple hecho de saber que Rowan esta vez no iba a echarla pareció encenderla aún más.

Se dijo que había perdido por completo el norte y que se había convertido en una mujer demasiado atrevida y lasciva.

Rowan estaba cumpliendo su amenaza de hacía unos segundos. Le estaba devorando la boca, y no parecía tener intención de parar en algún momento.

El guerrero la atraía hacia sí con firmeza, dejando claro que no iba a echarse atrás en esa decisión y que pensaba hacerla suya. Había aceptado el reto sin dudar, y ahora no habría marcha atrás.

Rowan gruñó cuando las palabras retadoras de la joven volvieron a aparecer en su mente, provocando que el guerrero la penetrara con su lengua. Le había afirmado que iba a devorarla, y eso estaba haciendo. La acorraló contra la pared, poniendo su cuerpo entre la única salida que podía tener la joven para escapar de él. Durante semanas, la había deseado, se había obsesionado con ella y esa noche por fin sería suya. Gillian le había demostrado que era una mujer diferente, y había conseguido que su mente siempre estuviera puesta en ella.

En un momento, las manos del guerrero atraparon las muñecas de la joven, que estaban apretadas contra la pared. Las levantó lentamente y las colocó en su pecho. Se apartó de Gillian y la miró a los ojos.

—Tócame —susurró entre dientes.

Gillian abrió la boca para responder, pero sus labios fueron sellados nuevamente por los de Rowan. La joven pudo sentir bajo la palma de su mano los músculos de este al moverse. Estaban tan contraídos que solo podía comparar esa dureza con la de una piedra. Durante unos momentos, la vergüenza le impidió mover las manos, pero poco a poco el deseo se fue abriendo paso en su cuerpo y comenzó a acariciarlo. Escuchó gruñir a Rowan, que la apartó de la pared y lentamente la empujó hacia la cama.

Gillian tenía los ojos cerrados. No quería abrirlos por temor a dejarse llevar por la vergüenza y ser ella, esta vez, la que saliera corriendo del dormitorio. En cuestión de segundos, sintió contra la curva de sus piernas el colchón de la cama, y no pudo evitar sobresaltarse.

En ese momento, las manos del guerrero descendieron de su cintura y apretaron con deseo sus nalgas, por lo que su vientre volvió a rozar el miembro erecto de Rowan. Gillian gimió, provocando una sonrisa en los labios de este. Pudo sentirla a la perfección. Y aunque intentó serenarse, se dio cuenta de que su mente y su cuerpo estaban perdidos cuando el guerrero la empujó contra el colchón. Las manos de este no dejaron de tocarla, incluso frenó su caída con ellas. Y se tumbó sobre la joven sin dejar de besarla.

En ese instante, Gillian abrió los ojos, especialmente al sentir que Rowan

se incorporaba ligeramente para quitarse la camisa. Sus ojos se fijaron en las cortinas del dosel, que estaban cerradas a su alrededor, proporcionándole una intimidad que la sonrojó.

Al ver el torso desnudo de Rowan, Gillian dirigió sus ojos hacia allí. Estaba tan bien proporcionado y trabajado que parecía haber sido tallado por los dioses. Jamás había visto semejante hombre en su vida. Ni siquiera había sido del todo consciente de su volumen cuando lo curó por la herida que le habían abierto el día que lo vio entrenar. Rowan era tan grande que Gillian tenía la impresión de que podría acabar con ella con tan solo un simple movimiento de su mano.

Al ver que el guerrero se inclinaba de nuevo sobre ella, Gillian lanzó una exclamación de sorpresa. Tragó saliva y se mordió el labio inferior, temerosa de lo que pudiera ocurrir a partir de ese instante. No podía creer que la relación con Rowan hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Lo que en un principio había sido un mero viaje de cordialidad a pesar de la enemistad se había convertido en algo más salvaje que se había apoderado de su cuerpo en todos los sentidos.

No sabía si era fruto de la pérdida de juicio o de dejarse llevar por el momento, pero las manos de Gillian volvieron a ascender hacia el pecho del guerrero mientras era observada por él. Lo acarició lentamente, llegando a sus hombros, los cuales palpó con deseo, para acabar descendiendo nuevamente hasta su vientre, momento en el que Rowan dejó escapar un gruñido de placer.

Gillian levantó entonces la mirada hacia sus ojos. El acero característico de estos se había oscurecido de golpe, fruto del deseo, y mostraban una expresión de posesión hacia ella. Deseaba hacerla suya. Le dijo con la mirada que esa noche no iba a escapar de él. Y en lugar de sentir miedo o necesidad de escapar, Gillian ardió. La joven gimió clavando las uñas en el pecho de Rowan, que bajó más el rostro hacia ella.

—Si crees que esta vez te voy a echar, tengo que decirte que no pienso dejar que salgas de estas cuatro paredes antes de que seas mía.

La voz del guerrero sonó tan profunda que parecía el eco de un demonio. Pero Gillian no se achantó ante él. Ese momento era un reto tanto uno como para otro, y ella había sido quien había lanzado ese reto, por lo que no podía mostrarse temerosa.

—Si crees que iba a dejar que me echaras es porque no me conoces.

Para su sorpresa, Rowan sonrió al tiempo que dejaba escapar un gruñido animal. Y ese simple gesto provocó que su rostro se dulcificara por primera vez desde que lo conocía. No estaba segura de que él lo supiera, pero con esa sonrisa le demostró que era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Ya lo era cuando se mostraba serio, pero esa simple sonrisa había provocado que le temblaran las piernas.

—Entonces, prepárate, Gillian Chattan, porque he dicho que voy a devorarte. Y yo jamás juro en vano…

Las manos del guerrero se dirigieron hacia el cordón que ataba la ropa de la joven. Sin pensar en que era el vestido de su hermana, el guerrero lo rasgó y lo tiró a un lado bajo la atenta mirada, ligeramente preocupada de la joven, que no sabía qué le diría a Cora después de devolverle roto su vestido. Pero ese pensamiento duró poco en su mente, ya que las manos del guerrero se dirigieron directamente a la camisola de la joven. La desnudó y bajó lentamente sin dejar de mirarla. Era un nuevo reto. Le decía con la mirada que esperaba que lo detuviera en algún momento, pero Gillian se negó a hacerlo. Lo miró con orgullo y provocó una nueva sonrisa en el guerrero.

Cuando su ropa quedó hecha jirones en el suelo y se mostró completamente desnuda, Rowan acercó su rostro y le robó un beso, mordiendo después su labio inferior. Tras eso la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Tienes miedo?

La joven tragó saliva visiblemente, pero a pesar de eso respondió con una negativa de cabeza.

—Mejor así, porque pienso hacerte gritar tanto que mañana no podrás hablar.

Rowan mordisqueó suavemente la mandíbula de la joven. Gillian suspiró cerca de su oído, provocando que su deseo hacia ella aumentara. Los dedos del guerrero se clavaron con fuerza contra las sábanas. Necesitaba hacerla suya. Después de tantos días en los que la había observado, seguido y se había obsesionado con ella, Rowan tenía la impresión de que iba a morir si no se enterraba pronto en su cuerpo. Pero no quería hacerle daño. Era la primera vez en su vida que se preocupaba de algo así y estaba realmente

sorprendido por lo que le estaba pasando.

No podía poner nombre a lo que sentía, pero lo que sí tenía claro era que Gillian se había convertido, sin pretenderlo y sin saberlo, en la razón de su existencia. Y aunque era realmente un gran peligro para él, en ese instante estaba dispuesto a quemarse por ella.

Cuando sus labios llegaron al cuello de la joven y lo besó con firmeza, pero con cuidado, Gillian gimió, apretando las manos a la espalda del guerrero, que sintió cómo su cuerpo se contraía aún más. Se detuvo unos instantes para devorarlo, besarlo, chuparlo… Todo le valía si después ella seguía gimiendo como en ese instante.

Al sentir el cuerpo desnudo de la joven arquearse sobre él, Rowan llevó las manos a la ropa que aún tenía puesta. Se deshizo del kilt y lo tiró lejos de él, pues le molestaba tanto en ese instante que habría sido capaz de tirarlo al fuego de la chimenea tan solo para deshacerse de él.

El guerrero restregó su miembro contra el vientre de Gillian, arrancándole gemidos de placer, sonidos que eran gloria bendita para sus oídos. Poco a poco, el guerrero comenzó a descender por su cuerpo. No quería dejarse ni un solo centímetro de su piel sin besar o tocar. Por ello, descendió hasta sus pechos. Tenía la imperiosa necesidad de besarlos.

Y en el momento en el que atrapó uno de sus pezones con sus labios, las manos de Gillian volvieron a tocarlo, pero no en la espalda o los hombros, sino que enredó los dedos en su cabello, apretando la cabeza contra ella. Rowan esbozó una sonrisa cuando las piernas de la joven se abrieron inconscientemente en ese instante. Succionó su pecho con auténtica devoción, con ansia, pero, a la vez, con ternura. Algo en él parecía haberse despertado frente a la entrega de Gillian, y quería hacerla disfrutar.

Rowan se separó ligeramente de ella y sopló sobre su pezón, provocando que este se irguiera aún más, como una suave y pequeña montaña que reclamaba su atención nuevamente.

Gillian tenía la impresión de que iba a desfallecer o iba a echar a arder cuando los labios de Rowan buscaron su otro pezón y lo lamieron con pasión. La joven sintió que la vida se le escapaba por esa zona de su cuerpo mientras que otras partes reclamaban también la atención del guerrero. Jamás se había planteado que la unión entre un hombre y una mujer se pareciera a aquello, por lo que ahora podía entender los enormes sermones

del sacerdote cada vez que iba a misa y hablaba de algo así.

Al cabo de unos segundos, los labios de Rowan descendieron aún más, depositando besos en su vientre. Cuando Gillian fue consciente de lo que pretendía hacer el guerrero, intentó cerrar sus piernas, pero este lo impidió con sus manos y la observó desde su posición.

Rowan estuvo a punto de sonreír al ver sus mejillas rosadas, su respiración acelerada y su boca entreabierta, que era el comienzo de una queja. Sin embargo, este acarició sus muslos y le dijo con voz ronca por el deseo:

—Te he dicho que te prepararas porque pensaba devorarte. Y es lo que pienso hacer.

—Pero…

—No hay pero que valga, Gillian —la cortó con una sonrisa mirándola a los ojos al mismo tiempo que llevaba sus dedos hacia la entrepierna de la joven.

Rowan la tocó sin dejar de observarla. El gemido que escapó de su garganta llenó el espacio en el dormitorio, provocando que el guerrero soltara una leve risa. Vio cómo la cabeza de la joven caía de nuevo contra la cama y apretaba con fuerza las sábanas. Su espalda se arqueó buscando más, y él no tuvo la valentía suficiente para detenerse. Sus dedos acariciaron los pliegues de su cuerpo, introduciéndose en ella para buscar más. La suavidad de la anatomía de Gillian hizo que su propio ser palpitara de deseo. Quería hacerla suya de una vez por todas o moriría antes de poder hacerlo, pero primero quería escucharla gritar.

—Entrégate a mí, Gillian —murmuró mientras la joven no paraba de gemir.

Creía que había sentido todo el placer que una persona podía sentir cuando Rowan la besó y mordisqueó todo el cuerpo. Pero lo que no había esperado jamás era sentir ese potente y pujante placer que gritaba en el interior de su cuerpo y que la obligaba a gritar con la intención de buscar el reposo que necesitaba. Pero no era así. Los dedos de Rowan la tocaban más allá de lo que la Iglesia permitía, de lo que cualquier persona de buena fe podría hacer. Pero se estaba entregando a Rowan Chattan, y sabía que él no tendría piedad con ella jamás.

Aunque intentó morderse los labios para evitar desgañitarse, fue en vano.

De su garganta escapaban infinidad de gemidos que no podía contener por más tiempo en su cuerpo. Se retorcía con intensidad en la cama, tirando con fuerza de las sábanas, en un vano intento por encontrar lo que su cuerpo estaba necesitando. Pero aún no podía.

—Grita para mí, Gillian —dijo el guerrero cerca de su vientre.

La joven pudo sentir su aliento descendiendo por su cuerpo, hasta llegar al lugar donde sus dedos jugaban con ella. En ese instante, Rowan hizo algo que no había esperado, pues descendió hasta su entrepierna y la devoró con ansia. Inconscientemente, llevó una mano a la cabeza del guerrero para apartarlo, pero solo consiguió que este se apretara más contra ella. Las manos de Rowan sujetaron ahora su cadera para que no se moviera mientras lamía y succionaba el epicentro de su ser.

A pesar de su primera negativa, Gillian no pudo continuar por mucho tiempo intentando apartarlo. El placer que sentía era tan fuerte que su cuerpo no podía parar, al tiempo que su garganta se desgañitaba con los gritos de placer que salían de ella. Ni siquiera se atrevió a pensar en ese instante que tal vez alguien podría estar escuchándola. De hecho, tenía la impresión de que su mente se había apartado, dejándola únicamente con el sentimiento de placer que recorría su cuerpo como el rayo de una fuerte tormenta.

—Déjate llevar —gruñó Rowan antes de que un poderoso, fuerte e insuperable placer sometiera todo su cuerpo a las disposiciones del guerrero.

La mano de la joven acudió rauda a la cabeza de Rowan para apretarlo contra sí mientras infinidad de espasmos la sacudían sin cesar. A pesar de que intentaba taparse la boca para evitar dejar salir sus gritos de placer, algo dentro de ella se había desatado, impidiéndole hacerlo y permitiendo que toda la habitación se llenara con ellos.

Rowan los escuchaba como si fueran el mejor sonido o música que había escuchado jamás. Podía sentir contra su boca los espasmos de la entrepierna de Gillian, que seguía apretando su cabeza contra ella. El guerrero succionó cada uno de ellos con verdadera ansia, como si fueran el mejor bocado que había probado jamás. Su propio cuerpo goteaba tanto que manchaba las sábanas, pero no le importaba. Primero quería hacer sentir a Gillian parte del placer que podía darle, aunque sabía que estaba a punto de explotar a pesar de no haberse tocado ni un solo segundo.

Cuando los espasmos de Gillian remitieron, ella le permitió alejarse ligeramente para incorporarse. La cubrió por completo y la miró a los ojos. En ellos vio una nube de placer que le impedía pensar con claridad. Descendió para besarla y, al contrario de lo que esperaba, Gillian se aferró a él con urgencia, implorando más de forma silenciosa mientras sus caderas se elevaban ligeramente.

Y, sin poder esperarse por más tiempo, Rowan comenzó a penetrarla lentamente. No quería hacerle daño, pero la joven estaba tan receptiva a él, que apenas sintió cómo daba un leve respingo antes de volver a arañar su espalda buscando más.

El guerrero salió de su cuerpo ligeramente, provocando un gemido de protesta de Gillian. Ese simple gesto lo hizo reír contra sus labios.

—Tranquila, esposa. Te he prometido que tus gritos iban a llenar este espacio y que mañana no tendrás voz para hablar. Y es lo que pienso hacer.

Sin mediar palabra, Rowan la penetró con más fuerza, disfrutando del instante en el que los pechos de Gillian rebotaron levemente. Con la mano, aferró uno de ellos y pellizcó levemente el pezón de la joven, provocando un gemido lastimero que lo animó a seguir adelante. Lentamente, el guerrero salía de su cuerpo y volvía a penetrarla cada vez con más fuerza. Sonrió cuando las piernas de Gillian se enredaron en su cadera, impidiéndole alejarse demasiado.

La besó desesperadamente, mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar como jamás antes había vibrado en un momento así. Las respiraciones de ambos se fusionaron al tiempo que el placer comenzaba a aumentar.

—¿Y si ahora hiciera lo mismo que aquel día? —gruñó Rowan haciendo alusión al día que la dejó a medias y la expulsó de su dormitorio.

Las uñas de Gillian rasgaron la piel de su espalda con fiereza y lo miró a los ojos.

—Si te atreves a hacer algo así, te lo haré pagar cada día de tu maldita vida.

El guerrero rugió, sintiendo en su espalda el escozor de las heridas provocadas por sus uñas, pero era un escozor que le causó demasiado placer, aumentando su deseo por ella.

—¿La nueva señora Chattan amenazando a su esposo, el laird del clan?

—Me temo que el señor Chattan no sabe con quién se ha casado… —respondió la joven con la mente aún nublada por el placer.

Rowan contestó a esas palabras penetrándola de nuevo con fiereza, haciendo rebotar sus pechos antes de que sus dientes mordieran el labio inferior de la joven.

—Quiero que grites más… —murmuró.

Y cuando el guerrero aumentó la velocidad de sus acometidas, inconscientemente Gillian se vio abocada a no poder parar de lanzar gritos de placer, hasta que este aumentó considerablemente y estalló de nuevo en un poderoso y profundo orgasmo al tiempo que se apretaba con fuerza contra las nalgas del guerrero, que no tardó en derramarse con fiereza en medio de un temblor que lo obligó a aferrarse con fuerza a las sábanas para no caerse de la cama.

El rugido de placer que escapó de la garganta del guerrero quedó ligeramente silenciado por el cuello de Gillian, que tenía la impresión de que iba a ahogarse si su pecho no respiraba nuevamente. Pero se había quedado tan débil después de ese intenso orgasmo que apenas podía moverse.

El peso del guerrero sobre su cuerpo era cálido, y a pesar de que también provocaba que le faltara el aire, no quería que se moviera. Por una parte, debido a la vergüenza que sentiría al mirarlo a la cara. Pero, por otra, porque había descubierto que su piel contra la de Rowan formaban un equipo perfecto, que se había compenetrado demasiado bien. Gillian lanzó un clamor al cielo para que el Creador la perdonara por lo que acababa de hacer, pues no estaba segura de que fuera aprobado por él.

Ambos tardaron unos minutos en recuperarse, y solo en ese momento, Rowan desvió el peso de su cuerpo hacia un lado para evitar aplastarla por más tiempo. Se miraron a los ojos y ninguno pudo decir absolutamente nada, pues lo que habían sentido había sido algo tan fuerte que se habían quedado sin palabras.

Rápidamente, Rowan apartó las sábanas y la instó a cubrirse con ellas. Sin embargo, no pudo morderse la lengua por mucho tiempo.

—¿Te he hecho daño?

Gillian giró la cabeza hacia él cuando se arropó por completo.

—No. Estoy bien.

Rowan asintió y, sin mediar palabra, la obligó a rodar sobre sí misma para que descansara sobre su cuerpo. Nunca había hecho eso, pero en ese momento lo necesitaba. Quería sentirla cerca, protegerla incluso de sí misma para que pudiera descansar tranquila y evitar las pesadillas que solían asolar sus sueños cada noche. Jamás confesaría que la había observado mientras dormía, pero sí haría lo que fuera para que esas pesadillas se convirtieran en sueños agradables y placenteros.

Gillian tragó saliva cuando su mejilla se dio de lleno con el amplio y fuerte pecho de Rowan. No sabía qué hacer en ese momento, pero solo pudo agradecer mentalmente al guerrero por ese gesto, ya que le impidió poder mostrar la vergüenza que volvía a sentir ahora que se había recuperado de la neblina de su mente. Desde ahí podía escuchar los latidos de su corazón, que poco a poco se fue calmando.

—Será mejor que duermas —musitó Rowan en ese momento.

Y aunque en otra ocasión se habría negado tan solo para llevarle la contraria, Gillian se dijo que era lo que mejor podía hacer en ese momento en el que no sabía qué hacer o decir.

Rowan, por su parte, lanzó un largo y profundo suspiro. Sabía que esa noche sería incapaz de dormir después de lo que acababa de pasar. Tal y como ella le había dicho antes de retarlo a cumplir con sus obligaciones maritales, ese mismo día habían hecho un juramento ante Dios y ante los hombres, y pensaba cumplirlo a rajatabla, aunque jamás confesaría el verdadero motivo por el que lo hacía.

En su pecho tenía un sentimiento extraño al que no quería ponerle palabras, pero esa misma noche había descubierto qué podía ser. En el momento en el que Gillian se entregó a él con esa pasión y libertinaje supo que estaba perdido, que esa obsesión que había en su interior desde que la había conocido se había apoderado de él por completo, haciendo que quisiera más; asegurándole que nunca iba a sentirse saciado de ella. Pero era una palabra que le provocaba tanto dolor y terror al mismo tiempo que se dijo que debía desterrarla de su garganta y de su vida. Se dijo que no podía ser, que eso no estaba destinado para alguien como él. Y, por ello, se odió inmensamente. Acababa de descubrir que era débil, algo de lo que siempre había huido. Y su mayor debilidad reposaba sobre su pecho en ese preciso momento.

CAPÍTULO 25

El día siguiente estaba llegando al mediodía cuando Gillian abrió los ojos por primera vez después de haber tenido el sueño más reparador de toda su vida. No había tenido pesadillas, no se había despertado y se sentía como si hubiera estado durmiendo durante varios días sin parar. Desde el momento en el que sintió de nuevo la vida, la joven tenía la impresión de que estaba tumbada sobre una mullida nube y que no había ni frío ni calor. Estaba tan bien que tardó varios minutos en recordar lo que había sucedido no solo el día anterior, sino también durante la noche.

En el momento en el que su mente se llenó de recuerdos, Gillian abrió los ojos desmesuradamente y se sentó en la cama como movida por un resorte. Miró a un lado y a otro de la estancia y comprobó que se encontraba totalmente sola. Su corazón se sobresaltó y reconoció a la perfección el dormitorio de Rowan, por lo que su mente no le estaba mintiendo respecto a los recuerdos que la azotaban. Con las piernas y manos temblorosas, Gillian se dejó caer contra el cabecero de la cama. Para su sorpresa, se dio cuenta de que alguien había recogido las telas que colgaban del dosel y que la noche anterior habían estado cerradas, dándoles intimidad. Se preguntó quién habría sido la persona que las había recogido a un lado, y temió que alguna sirvienta hubiera entrado en el dormitorio mientras ella estaba durmiendo.

Vio que la chimenea estaba encendida y que todo estaba recogido. No había bandeja de comida en ningún lugar, así que pensó que tal vez no había entrado ninguno de los sirvientes. Por lo tanto, ¿había sido Rowan quien lo había recogido todo para evitarle la vergüenza? Gillian tragó saliva y miró al otro lado de la cama. Estaba revuelto, pero no había nadie y, al tocar las sábanas, descubrió que estaban frías, por lo que hacía tiempo que se había quedado sola.

¿Cómo era posible que no hubiera escuchado nada cuando Rowan abandonó la cama? En parte, lo agradeció, pues el guerrero le había evitado la vergüenza de tener que mirarlo a la cara a la luz del día y con los recuerdos aún calientes en su mente. Gillian suspiró largamente y cerró los ojos un instante mientras se llevaba las manos al rostro. Sentía que sus mejillas ardían y que no podía hacer nada para evitar ese sentimiento.

Cuando se sintió algo menos avergonzada, descubrió su rostro y volvió a

mirar a su alrededor. A través de la ventana comprobó que el sol estaba en lo más alto del cielo, por lo que la comida iba a servirse en poco tiempo. Sin embargo, en ese momento la comida no era algo primordial, sino los recuerdos que aparecían una y otra vez en su mente. En sus labios se dibujó una sonrisa tímida e inconscientemente se abrazó a sí misma. Estaba completamente desnuda, pero no le importaba al estar completamente sola. La noche anterior se había entregado con total pasión a Rowan, una pasión que desconocía que tuviera en lo más profundo de su alma, y menos hacia un enemigo. Eso la llevó a preguntarse seriamente si en algún momento había considerado a Rowan como un enemigo real. Desde que había acudido con su padre a la reunión, la había tratado con frialdad, pero con respeto. Y esas semanas que había estado en el castillo también la había tratado bien, aunque con sus diferencias.

Se dijo que tal vez se había empeñado desde el principio en tratar a Rowan como un enemigo, siguiendo la estela de su padre y de todo su clan hacia los Chattan. Pero realmente no la habían tratado como tal. Y puede que por eso se entregara de esa manera la noche anterior. Le sorprendía el hecho de haber necesitado entregarse a él. Desde la primera vez que la había besado, algo cambió en su interior. Lo había comenzado a ver como un hombre, no como el enemigo que debía ser, y eso había provocado que su deseo fuera en aumento.

Gillian volvió a taparse ligeramente la cara al recordar los momentos en los que tiraba del pelo del guerrero para que no se alejara de ella. Se había convertido en una completa libertina, olvidando incluso toda la educación que le habían enseñado durante años. Se dijo que, si el sacerdote que los casó se enterara de lo que habían hecho, los iba a excomulgar. Pero no solo por eso, sino también porque deseaba volver a repetirlo.

La joven dejó escapar un resoplo y apartó las sábanas de golpe. Necesitaba vestirse y alejarse de ese dormitorio durante horas para evitar pensar en lo que había pasado, ya que, si se quedaba allí, recordaría todo una y otra vez. Casi podía sentir sobre su cuerpo desnudo las callosas manos del guerrero, la aspereza de su barba contra su piel de porcelana, sus besos, su lengua recorriendo todo su cuerpo hasta llegar a su entrepierna… Gillian sintió un escalofrío. ¿Cómo era posible que una mujer pudiera sentir tanto placer en manos de un hombre al que debía haber odiado desde el principio? ¿Por qué demonios la había traicionado su cuerpo en tantas

ocasiones?

Gillian no encontraba respuesta a esas y a las demás preguntas que surcaban su mente. Se sorprendió al ver que su ropa ya estaba instalada en el dormitorio de Rowan, por lo que no tendría que salir al pasillo para dirigirse a su antigua habitación para vestirse. Se preguntó qué habrían hecho con el vestido rasgado de Cora, y no pudo evitar recordar el momento en el que Rowan se lo arrancó, rasgándolo y tirándolo al otro lado de la alcoba.

Una nueva sonrisa se dibujó en sus labios. Había descubierto una nueva forma en el carácter del guerrero. Hasta entonces, conocía muy bien su frialdad y su antipatía, pero jamás habría imaginado que pudiera ser tan gentil, apasionado y generoso en la cama. Sus mejillas se tornaron rojas nuevamente mientras ataba los cordones de su vestido y miró hacia el suelo, avergonzada a pesar de no haber nadie más en la estancia.

Se preguntó qué debía hacer cuando saliera de allí y volviera a enfrentarse al mundo. Desconocía los quehaceres de la esposa del laird, pero no solo temía eso, sino que no estaba segura de lo que pudieran decir de ella en el clan esa mañana. Recordó sus gritos en el instante en el que pasaba el cepillo por su pelo para desenredarlo. Rowan había cumplido su promesa de hacerla gritar hasta romperse la garganta, pero ¿y si la habían escuchado fuera de allí? ¿Cómo iban a mirarla a partir de ese momento?

Gillian soltó el cepillo y suspiró largamente. Apoyó los codos en el tocador y escondió el rostro entre sus manos. Su corazón latía con fuerza en ese momento. Sabía que tenía que hacer acto de presencia antes de que pudieran hablar más de ella. Era la esposa del laird y no podía quedarse encerrada en el dormitorio. De hecho, su padre seguramente estaría esperándola para hablar, por lo que no podía perder más tiempo.

Se recordó que ella no era una cobarde, que siempre había enfrentado los problemas con el mentón alto y que ahora tenía que hacer lo mismo. Por eso, se levantó del tocador y se calzó los zapatos. Y si alguien se burlaba de ella, le respondería con el mismo tono.

Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, alguien llamó a ella. Gillian la abrió y descubrió a Nora, la sirvienta. Esta le sonrió ligeramente y miró al suelo.

—Mi señora, la comida está lista en el salón. No es conveniente que os la

saltéis, puesto que tampoco habéis desayunado.

Gillian sonrió ampliamente y asintió.

—De acuerdo, pero tutéame, por favor. Soy la misma que hace dos días. No me gustaba que me odiarais por lo que pasó con la cena del otro día, pero tampoco me gusta este cambio radical.

Nora dudó un instante y miró hacia otro lado, incómoda.

—Lamento el juicio. Todas lo lamentamos.

—Quien lo lamenta soy yo. Abusé de la confianza que me había ganado de todos en el castillo. Y, para colmo, me convierto en vuestra señora. No debe de haber sido fácil para vosotros.

Nora sonrió.

—Salvo el episodio de la planta vomitiva, pensamos que sois… eres una buena esposa para el laird.

Gillian asintió.

—Gracias.

Nora le sonrió y se marchó, dejándola sola nuevamente. Ahora sí debía enfrentarse a toda la familia Chattan al completo, incluido su padre. Y a pesar de que las manos amenazaban con temblarle, Gillian cerró la puerta del dormitorio a su espalda y caminó hacia las escaleras. Lo hacía erguida y con la cabeza alta.

En el momento en el que llegó a la planta baja, miró a un lado y a otro antes de respirar hondo y calmarse. Después, retomó el camino hacia el salón donde seguramente ya la esperaba el resto de la familia. Era la primera vez que haría ese camino como señora del castillo, y le parecía tan incómodo que temía tropezarse con sus propios pies.

Gillian tragó saliva cuando estuvo frente a la puerta y la abrió. Al instante, las cabezas de los allí presentes se giraron hacia ella, provocando que sus pies se quedaran quietos durante unos segundos. Rápidamente, la joven se obligó a reaccionar y seguir hacia adelante.

—Lamento no haber estado presente durante el desayuno… —dijo a modo de saludo.

Frunció el ceño al ver que no estaba su padre, pero enseguida la sonrisa amable de Amelia apareció en su campo de visión, pues se levantó de la

silla para recibirla.

—No pasa nada. Toda novia merece un buen descanso después de su noche de bodas.

Gillian la miró con los ojos muy abiertos y las mejillas rosadas. Al instante, la risa de Arran llegó a sus oídos, aunque enseguida se convirtió en un gruñido de dolor cuando Cora le dio una patada bajo la mesa.

Amelia le señaló la silla que ella había ocupado durante años.

—Siéntate junto a Rowan. Ahora ese es tu asiento, querida.

Sin embargo, Gillian negó con la cabeza.

—Pero ahí has estado tú…

—Como señora del castillo hasta que Rowan se ha casado. Ahora es tu lugar en la mesa, junto a él, apoyándolo en sus decisiones.

La joven tragó saliva. Aún no había tenido el valor de dirigir la mirada hacia su esposo. Sabía que este la estaba devorando con los ojos desde el momento en el que había aparecido en la puerta. Sentía el peso de su mirada sobre ella, pero Gillian aún no se veía preparada para devolvérsela.

Gillian asintió a la que ya era su suegra y se encaminó hacia la silla que la mujer había ocupado durante años.

Cuando tomó asiento, con la mirada sobre la mesa, no esperaba sentir contra su pierna la rodilla de Rowan. Al instante, alzó la mirada hacia él y sintió cómo sus mejillas volvían a tornarse rojas por la vergüenza. En el acero de sus ojos pudo ver la pasión que le había demostrado la noche anterior, mientras su mente le jugaba una mala pasada y le volvía a recordar cómo tiró de su pelo cuando le sobrevino el orgasmo.

—Tu padre ha tenido que regresar a vuestro clan.

La voz de Amelia rompió el silencio en el que se había sumido la mesa desde que la joven se había sentado. Desde esa posición, veía todo demasiado extraño, pues se había acostumbrado a la distancia con Rowan desde el otro extremo. No obstante, ahora que lo tenía a su lado y su rodilla seguía rozándola, su propio cuerpo y sus pensamientos la traicionaban a cada segundo.

Gillian se obligó a mirar a Amelia.

—¿No podía esperar?

—Dijo que enviaría una carta cuando llegara y que nos pondría al tanto de lo que pasaba en sus tierras.

—Nosotros nos hemos comprometido a enviarle también información —dijo Rowan.

Su voz le sonó tan profunda que Gillian no pudo evitar dar un respingo al escucharlo. Giró la cara hacia él y asintió de forma imperceptible. De repente, todos los demás desaparecieron para ella. Dejó de escuchar sus respiraciones, el ruido de los cubiertos sobre los platos… Todo. Tan solo parecían estar Rowan y ella en el salón. Gillian sentía que su valentía desaparecía por momentos. Se había imaginado mil y una situaciones con las que enfrentarse a él después de la noche anterior, pero jamás con toda la familia delante y su vergüenza a flote sobre sus mejillas.

El carraspeo de Sloan frente a ella la obligó a romper el hechizo en el que parecían haberse sumido ambos. Lo miró y vio que algo en su mirada había cambiado de un día para otro. La observaba con más aceptación, pero con el mismo rencor. Tal vez Amelia le había llamado la atención sobre su relación con ella y por eso mostraba algo más de respeto.

A su lado, Kester también carraspeó y dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Y dime, cuñada, ¿quién os atacó ayer?

Gillian lo miró sin comprender, mientras Arran escondía una sonrisa bajo una servilleta y Amelia miraba con reprobación a su hijo.

—¿Un ataque? No sé a qué te refieres.

—Kester… —le advirtió Rowan desde su asiento.

La joven pudo sentir la tensión en la rodilla de su esposo. Antes estaba relajado, pero ahora era muy diferente a lo que había sentido cuando se sentó. A su lado, Kester no pudo evitar sonreír.

—Sí, el que sufristeis en vuestro dormitorio. Como se te escuchaba gritar…

El mundo pareció desaparecer bajo los pies de la joven. Pudo notar cómo su rostro por completo se tornaba rojo por la vergüenza del momento. Desde su asiento, Amelia, Cora, Alasdair y Sloan bajaron la mirada, de repente muy interesados en la comida, mientras que Arran, Kester y Rowan se enfrentaban con la mirada.

Gillian también agachó la cabeza, incapaz de hablar, pues se le había

secado la garganta. Jamás imaginó que la mención a lo que había pasado con Rowan pudiera ser tan vergonzoso. Ni tampoco llegó a pensar que Kester tuviera el poco respeto para mencionarlo.

—Kester, ¿recuerdas lo mal que lo pasaste cuando vomitaste tanto hace días? —preguntó Rowan.

—No me lo recuerdes. Fue gracias a tu mujer…

—Pues piénsatelo dos veces antes de burlarte de ella o la obligaré a poner la misma hierba en tu comida, aunque con la dosis exacta para acabar contigo.

La clara amenaza de Rowan hizo que Kester pusiera los ojos en blanco con una sonrisa.

—Lo siento. No pretendía burlarme de ti, cuñada.

La joven apenas levantó la mirada, sino que se limitó a asentir, aún avergonzada. Fijó su mirada en el plato, aunque con la presencia de Rowan muy presente junto a ella. Desde su asiento podía sentir su fuerza, su oscuridad y, sobre todo, su protección. Este había salido enseguida en su defensa ante su propio hermano, gesto que le agradecía enormemente, pues le sirvió de ejemplo a los demás para evitar que alguno de ellos pensara en burlarse de ella nuevamente.

Después de eso, todos volvieron a poner su atención en la comida y retomaron sus conversaciones antes de que ella llegara. A partir de ese momento, el ambiente se relajó visiblemente a su alrededor. Gillian dejó de sentir la presión de las miradas de todo el mundo, excepto de uno de ellos. Y a pesar de que la joven intentó poner toda su atención en su comida, Rowan rozó a propósito su pierna con la rodilla, provocándole un escalofrío. ¿En qué momento Rowan parecía haber tomado el control de su cuerpo? Cada vez que no solo la tocaba, sino la rozaba, todo su cuerpo se despertaba y un intenso calor barría su cuerpo hasta las profundidades.

Lentamente, casi con temor, Gillian elevó la mirada, topándose con la azul grisácea de Rowan. Este la observaba en silencio mientras era incapaz de comer lo que había en el plato que tenía frente a él. Vio moverse su garganta cuando el guerrero tragó saliva e inconscientemente se relamió el labio recordando todas las cosas que le había hecho.

Al ver el gesto de la joven, Rowan dirigió su mirada hacia sus labios y apretó los puños contra la mesa, deseando besarlos de nuevo. Apenas había

dormido durante la noche. Había intentado hacerlo en varias ocasiones, hasta que finalmente se dio por vencido. En un principio, le había parecido una buena idea llevar a Gillian hacia su pecho y dejar que descansara sobre él. Había sentido la imperiosa necesidad de notarla contra él, de sentir que la piel de la joven y la suya se fundían. Pero después de un rato en el que no pudo conciliar el sueño, se dio por vencido.

Se había pasado gran parte de la noche con las manos bajo su cabeza mientras intentaba pensar en otra cosa que no fuera el cuerpo desnudo de Gillian contra el suyo. Y lo había conseguido a duras penas. Lo notaba caliente y tan tierno que solo deseaba devorarla otra vez, pero no quiso hacerle daño, por lo que no volvió a tocarla. Cuando la joven se movió y adoptó otra postura, dejando libre a Rowan, este se movió y se sentó en la cama. La había observado de nuevo, pero con la seguridad de que, si ella despertaba, tenía la potestad para poder mirarla, pues ahora era su marido. Marido… una palabra que le sonaba extraña. No era su primera esposa, pero sí la que más sentimientos le despertaba. De hecho, si pensaba en Elisabeth tenía la impresión de que ella nunca había formado parte de su vida, como si no le hubiera aportado nada, tan solo a su hijo.

Con Gillian todo era diferente. Lo exaltaba, lo enfadaba, lo excitaba, ponía todo su mundo al revés. La joven era un torbellino de emociones que lograba sacarlo del pozo en el que se había sumido años atrás. Nadie había conseguido ayudarlo a salir, excepto Gillian. Y que lo hubiera hecho sin pretenderlo e inconscientemente, le daba aún más valor a lo que había hecho.

La había dejado en la cama antes de que el primer rayo de luz surcara el horizonte. No había podido aguantar por más tiempo estar junto a ella o la habría hecho suya de nuevo, ya que la desesperación se abría camino en su pecho. La deseaba como nunca había deseado a nadie, pero la noche anterior había descubierto algo que lo llenaba de temor: era su debilidad. Sin pretenderlo, Gillian se había convertido en alguien imprescindible para él. Era su obsesión, la única persona capaz de sacarlo de su estado frío, la única por la que quemaría todo el maldito mundo si así lo deseara ella. Y eso era un peligro, pero no solo para él, sino para ella misma. Si alguien fuera de aquellos muros lograba enterarse de que Gillian era importante para él, sería el blanco perfecto para desestabilizar el clan, tal y como había pasado con Elisabeth y su hijo John, solo que en ese caso la única muerte

que sintió de verdad fue la del niño.

Rowan inspiró con fuerza mientras la observaba ahora en el salón. La joven se había quedado petrificada mirándolo, incapaz de apartar la mirada, pero él tampoco se sentía con las fuerzas necesarias para mirar de nuevo su comida. Su rodilla rozaba la de la joven y tenía la impresión de que estaba tan caliente que deseó poder tocarla bajo la mesa sin importarle la presencia de su familia.

—Tal vez sería buena idea que, en los próximos días, informemos a nuestra gente de vuestro enlace.

La voz de su madre lo sobresaltó y lo obligó a apartar la mirada, dirigiéndola al frente. Con ese cambio aún se sentía ligeramente extraño. Durante dos años había encabezado la mesa con su madre a su lado, y verla ahora en el otro extremo de la mesa le extrañaba.

—Tu madre tiene razón —asintió Alasdair—. Sabes de sobra que nuestra gente te apoya desde el primer día, por lo que comunicarles que te has casado es una buena forma de mostrarles también tu lealtad a ellos.

Rowan torció el gesto y apretó los puños sobre la mesa. Poco tiempo después de haber informado al clan del nacimiento de su hijo, su esposa y este murieron brutalmente. Por ello, con Gillian quería llevar otro ritmo, especialmente sabiendo que esta se había convertido en su gran punto débil.

—No estoy seguro de querer hacer eso. Ya sé que es algo que el laird debería llevar a cabo con su gente, pero teniendo en cuenta cómo están las cosas y que Gillian es una Comyn tal vez no es la mejor idea.

Alasdair chasqueó la lengua.

—Te entiendo, pero tu madre tiene razón. Tu gente debe saber que su laird se ha desposado. Da igual si es una Comyn o una Fraser, pero deben saberlo. No informarles supondría un insulto, como si realmente no confiaras en ellos, y si eso se extendiera más allá de nuestras tierras, mostraría debilidad.

Esa palabra provocó que Rowan frunciera el ceño aún más. ¿Debilidad? Nadie sabía cómo era de grande esa palabra cuando Gillian estaba cerca de él. Contarlo supondría que todo el mundo conociera su debilidad, mientras que no contarlo, tal y como Alasdair decía, también era debilidad. Hiciera lo que hiciera, todo el mundo podría comenzar a ver fisuras en su coraza. Y eso no le gustaba.

Por ello, teniendo en cuenta que su hermano Sloan no estaba de acuerdo con ese matrimonio, quiso buscar apoyo en él para encontrar una negativa como la suya. Sin embargo, su hermano torció el gesto y chasqueó la lengua.

—Me temo que esta vez estoy con ellos. Ya sabes que todo el mundo está de tu parte dentro del clan y que no necesitas dar muchas explicaciones, pero esta vez sí debes hacerlo. Además, yo diría que lo has hecho para unir fuerzas entre ambos clanes. Así, cuando la noticia cruce nuestras fronteras, todos sabrán que los Comyn y los Chattan estamos más unidos que nunca.

Rowan inspiró con fuerza y miró a Gillian. Esta había levantado la mirada y asintió de forma imperceptible.

—¿Puedo dar mi opinión?

Rowan arqueó una ceja.

—Eres mi esposa. No tienes que pedir permiso para ello.

Gillian sintió su mirada como si fuera un poderoso fuego la atravesara, por lo que tuvo que obligarse a reaccionar con rapidez para evitar que los demás se volvieran a burlar de ella, especialmente en ese momento, en el que todos la miraban esperando sus siguientes palabras.

—Yo no entiendo mucho sobre los pormenores de un clan, pero estoy con tu familia en este momento. Creo que lo mejor es que se lo digas a los señores más importantes y que ellos extiendan la noticia. Puede que cualquier otra noticia menos importante no sea prioritaria para ellos, pero un matrimonio para unir clanes sí deberías contarlo.

—Me sorprende que hayas cambiado de opinión en un solo día… —se burló Arran.

La joven arqueó una ceja.

—Que ahora dé mi opinión no quiere decir que he aceptado mi matrimonio como si nada. Sigo teniendo mi propio juicio. Pero si tengo que convivir con vosotros, me gustaría ayudar en lo que esté en mi mano.

—Y por eso acepto tu opinión —medió Rowan antes de que su hermano siguiera hurgando en la herida.

Las miradas sorprendidas de todos se dirigieron directamente hacia él, incluida la de la propia Gillian, cuya boca se abrió por la sorpresa.

—Está bien. Supongo que tenéis razón, pero después hay que redoblar la

vigilancia a nuestro alrededor. Y tampoco quiero que salgáis solas fuera de los muros. Ya he sufrido en mis carnes lo que nuestros enemigos son capaces de hacer para acabar con nosotros, especialmente después de una noticia así.

Gillian sintió curiosidad y no pudo morderse la lengua para callarse.

—¿Cuándo os han hecho daño vuestros enemigos por algo así?

El silencio que siguió a aquella pregunta provocó que Gillian se sintiera ligeramente acobardada y arrepentida de haberla formulado. Sin embargo, Rowan la miró seriamente y respondió sin inmutarse:

—Cuando mataron a mi esposa y a mi hijo.

CAPÍTULO 26

Gillian llevaba dos días en los que apenas había podido pensar en otra cosa que no fuera en la información que le había dado Rowan. Tras esa comida, Amelia la había invitado a un salón para charlar con ella y contarle ciertas cosas, entre las que se encontró la información necesaria de esa parte de la vida de Rowan que desconocía. Se había enterado de cómo había sido la muerte de Elisabeth y el pequeño John a manos enemigas, entre cuyos culpables se encontraba el apellido Comyn. Sin embargo, Gillian le juró que su padre o sus hermanos jamás habrían hecho algo así.

Amelia la creyó y le contó muchas más cosas de lo que había pasado en el clan desde que había comenzado la guerra entre todos esos clanes. Quiso ser honesta con ella y proporcionarle toda la información que recordara con el fin de que la joven le confirmara o negara si su padre había estado detrás de todo eso. Y aunque no estaba segura de que la creyera, Gillian le juró que iba a hacer lo que fuera por ayudarlos.

—Me alegra ver que has cambiado tu opinión sobre nosotros y quieres de verdad formar parte de nuestra familia.

Gillian le sonrió tímidamente. Aún se seguía sintiendo incómoda ante ellos, incluso le costaba quitarse de encima la idea de que ya no eran enemigos. Ella misma estaba realmente sorprendida de ese cambio, ya que jamás en vida pensó que podría cambiar su visión sobre los Chattan. Después de entregarse por completo a Rowan había descubierto una parte de él que jamás mostraba a nadie. Y algo dentro de ella se había despertado, prometiendo darles la misma oportunidad que ellos le habían dado cuando le abrieron las puertas del castillo.

Si su padre había sido capaz de perdonar y olvidar, ella también debía hacerlo, especialmente si después de su boda tendría que pasar el resto de su vida en el clan Chattan. Ahora era una de ellos y debía ayudarlos. Sabía que le iba a costar cambiar su mentalidad por completo, pero lo iba a conseguir. Y después de que estos se mostraran amigables desde su boda, le habían facilitado el camino para abrirse más que nunca.

Pero no podía evitar sentirse ligeramente preocupada por lo que le habían contado el día anterior de Elisabeth y John, la primera mujer y el hijo de Rowan. Amelia le había detallado a la perfección cómo los habían encontrado, justo después de comunicar el nacimiento del pequeño. Sus

enemigos se habían cebado con ellos y Gillian estaba preocupada ante la idea de que alguien había querido señalar a los Comyn de ese asesinato. Había alguien detrás de aquella guerra que estaba muy preocupado por que los clanes se echaran la culpa los unos a los otros. Plan que, por otra parte, le había salido a la perfección hasta hacía dos años. La intervención del rey frenó aquel avance de esas personas responsables de la guerra, y Gillian no paró de preguntarse quién podría tenerles tanto odio a esos siete clanes como para llevarlos a la guerra con mentiras y embustes.

En ese momento, mientras estaba sola en un salón, Gillian suspiró. Minutos antes, Cora había estado sentada con ella, contándole su versión de la guerra y cómo había vivido esos años, y vio tanto dolor guardado en sus ojos y en su corazón que no pudo evitar sentir lástima por ella. Sin lugar a dudas, se había equivocado con ellos. Hasta ese momento, le habían demostrado que nada tenían que ver con la visión que tenía sobre ellos, excepto Sloan. Él sí que era tal y como pensaba que era el resto de los Chattan.

Mientras observaba el patio del castillo y el movimiento en él, Gillian pensó en los siete clanes implicados: Chattan, Comyn, MacBean, Ross, MacGillivray, Gunn y Urqhart. Todos se habían visto envueltos en una serie de ataques en los que la culpa volaba de un clan al vecino, mientras el otro negaba haberlo hecho.

La joven se cruzó de brazos, pensativa. Los Chattan y su propio clan estaban descartados en ese momento. No solo por la alianza, sino porque había convivido con los primeros durante semanas y jamás había visto el odio necesario para atacar a un clan, mientras que su padre tampoco había hecho nada. Sin embargo, por los otros no podía poner las manos en el fuego. Apenas los conocía y las referencias que tenía de unos y de otros no eran buenas. Pero podía equivocarse, como le había ocurrido con los Chattan…

Gillian renegó entre dientes y dejó caer la cabeza contra la jamba de la ventana. Necesitaba salir de allí para despejar la mente. Llevaba dos días sin apenas salir al patio del castillo, pero sentía que tenía que alejarse un poco más. Pensó en que aún le faltaban algunas hierbas para poder curar y, si estaban dispuestos a ir hasta el final para descubrir la verdad, se dijo que probablemente los culpables los atacarían, así que tenía que recabar todo lo necesario para un futuro cercano.

Inconscientemente, rezó para que su nadie atacara a los Comyn, pues la salud de su padre, aunque parecía más repuesto, no era la mejor en ese instante. Le habría gustado despedirse de él, pero se sonrojó al pensar en el motivo que la había dejado traspuesta hasta tan tarde.

Desde entonces, Rowan no había vuelto a tocarla. Había mantenido las distancias con ella y, aunque se mostraba más cercano, la frialdad llenaba la cama cuando se acostaba a su lado. Se preguntó por qué se comportaba así. Aquella noche de bodas tal vez yació con ella porque lo había retado y lo hizo realmente sin querer o puede que se debiera a que realmente no la deseaba, lo cual la hizo sentir algo extraño en su pecho que le llenó los ojos de lágrimas.

Gillian carraspeó para apartarlas. No lo reconocería ante nadie, pero aquella noche se había sentido realmente importante para alguien, la persona principal en la vida de Rowan. Ese había sido el sentimiento que le había trasmitido el guerrero en cada caricia, en cada beso, en cara palmo de piel que había tocado. Sin embargo, se dijo a sí misma que no se equivocara, que solo había sido un sueño fugaz. Pero, aun así, le dolía terriblemente, y no sabía por qué.

Se apartó de la ventana. No podía quedarse para siempre encerrada. Debía moverse y preparar el castillo con provisiones para una posible guerra, pues cuando sus enemigos se enterasen de su alianza con los Comyn, habría peores ataques. No obstante, lo importante para ella en ese instante era aprovisionarse con hierbas curativas. Tenía que llenar varios botes con ellas y acumularlos.

Por ello, respiró hondo y, dejando atrás los pensamientos anteriores, Gillian se puso manos a la obra. Salió del salón y se dirigió a las cocinas. Al cruzarse con varios sirvientes, estos agacharon la cabeza y le mostraron respeto. La joven les devolvió el gesto, pero sintió ligeramente incómoda ante eso, ya que nunca le había gustado que la trataran diferente.

Al llegar a las cocinas, se cruzó con Faith, que solía pasar mucho tiempo metida en ese lugar. La sirvienta sonrió ligeramente e inclinó también la cabeza. Gillian le devolvió el gesto a modo de saludo y se aproximó a ella.

—Buenos días, Faith. Necesito que me hagas un pequeño favor.

—Usted dirá, señora.

—Quiero que hagáis acopio de muchos tarros de cristal. Quiero hacer una

pequeña despensa de diferentes hierbas. Considero que es algo que todo castillo debería tener, así que los voy a necesitar para esta tarde o mañana por la mañana como muy tarde. También quiero que me dispenséis un hueco en alguna estancia para guardarlos. Habría que tener un armario o estantería para dejarlos. También quisiera que esa misma estancia tenga paños limpios bien guardados y al menos dos palanganas. Si son más, mejor.

La sirvienta asintió en todo momento mientras guardaba en su memoria todo lo que pedía.

—De acuerdo. Se lo diré a Dan para que prepare él un pequeño salón con todo lo necesario. Ada puede encargarse de los botes.

—Perfecto. Muchas gracias.

Faith asintió con una sonrisa y Gillian dejó de nuevo las cocinas con un sentimiento satisfactorio en su interior. Le encantaba sentirse útil y, si en el clan Chattan no tenían un pequeño boticario, ella se encargaría de todo. Ese había sido uno de sus sueños, aunque en su clan no se había atrevido a pedírselo a su padre, temerosa de que se negara a ello. Pero si allí era la señora, nadie podría oponerse a su decisión.

Ahora le tocaba una parte más difícil, que no era otra más que salir fuera de la muralla del castillo para recolectar hierbas. Cuando había intentado escapar, había divisado algunas plantas curativas en los alrededores. Aquel bosque cercano poseía infinita variedad de plantas que seguramente los Chattan desconocían. Sin embargo, aún recordaba la voz de Rowan diciendo que no podrían salir del castillo sin seguridad, y sabía que su esposo se tomaba sus propias palabras al pie de la letra.

Por ese motivo, Gillian se encaminó hacia el despacho de este. Su corazón comenzó a latir con fuerza, pues sería la primera conversación que mantendría con él a solas después de dos días. Esas dos últimas noches apenas habían hablado entre ellos cuando se veían en el dormitorio. A ella le daba vergüenza mientras que él parecía ignorarla por completo. No obstante, su plan la obligaba a mantener esa conversación con él en ese preciso instante.

Cuando llegó junto a la puerta, su determinación flaqueó ligeramente. Tragó saliva e inspiró hondo con fuerza. Después, llamó a la puerta con los nudillos y esperó a escuchar la voz de Rowan para entrar. La joven abrió la

puerta y penetró en el despacho para sorpresa del guerrero, que arqueó una ceja al ver que era ella quien solicitaba su presencia.

—¿Ocurre algo?

—¿Debería pasar algo para que yo quiera hablar contigo?

Rowan se quedó pasmado, especialmente al ver que la joven suspiraba y apretaba los puños, golpeándose mentalmente por haberse mostrado tan molesta por su pregunta.

—Lo siento, no quería ser impertinente.

Aquellas palabras sorprendieron aún más a Rowan, que soltó la pluma con la que escribía y se puso en pie. Rodeó la mesa y se apoyó en ella, cruzando los brazos a la altura del pecho, gesto que puso aún más nerviosa a Gillian.

—Vienes a buscarme, me pides perdón, te muestras incómoda… ¿Eres la misma persona de hace semanas?

La joven tragó saliva, pues se le había secado la garganta.

—Claro que sí. Es solo que… Quiero pedirte algo y no he respondido de la mejor manera.

Rowan estuvo a punto de sonreír.

—¿Admites que me quieres tratar bien tan solo para pedirme algo?

Gillian puso los ojos en blanco y dio un paso atrás.

—La verdad es que se me están quitando las ganas de pedirte nada…

Rowan la observó, sin poder evitar que un rayo de diversión cruzara por el acero de sus ojos.

—Está bien. ¿Qué quieres pedir?

La joven titubeó y apretó los puños.

—Ya sé que dijiste que no era seguro salir fuera de los muros a no ser que fuera estrictamente necesario, pero me gustaría ir al bosque a recolectar hierbas. Quiero hacer un boticario para curas. De hecho, ya le he pedido a Faith que me preparen un pequeño salón para ello.

Rowan se mostró sorprendido por la iniciativa de la joven.

—Creo recordar que dije que no salierais solas del castillo, no que no pudierais salir —comenzó diciendo—. Así que podrás hacerlo justo después

de la comida. Y yo saldré contigo.

La joven arqueó ambas cejas, sorprendida.

—¿Tú? Seguramente tendrás mejores cosas que hacer.

—Lo mejor que puedo hacer es proteger a mi esposa, así que seré yo quien te acompañará.

Gillian se quedó muda al escucharlo y acabó asintiendo.

—De acuerdo. Gracias.

Rowan asintió mirándola de forma tan penetrante que la joven casi pudo sentir cómo la atravesaba con ella.

—Y tu idea me parece magnífica —añadió el guerrero.

Los ojos de Gillian se abrieron desmesuradamente, incapaz de creer lo que había escuchado. Ese simple gesto provocó que Rowan sonriera ligeramente, dejando a la joven aún más sorprendida y sin saber qué responder.

—Vaya… gracias. Pensaba que tal vez te parecería una tontería.

—Al contrario. Considero que es algo muy necesario en un castillo donde algún guerrero puede acabar herido de algún modo.

Gillian sonrió tímidamente y se retorció las manos, incómoda, gesto que no pasó desapercibido para Rowan, que se pasó la lengua por los labios y la miró de arriba abajo como un cazador mira a su presa antes de atacar.

—Sí, siempre quise hacerlo en mi castillo, pero nunca me atreví a proponerlo.

—Aquí eres la señora —le recordó—. Has hecho bien en dar la orden.

La joven asintió e intentó girarse para marcharse de allí y no molestarlo más, sin embargo, la voz de Rowan la paró de golpe.

—¿Te encuentras bien?

Gillian lo miró sin comprender.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te han dicho que he estado enferma?

Rowan carraspeó y volvió a recorrerla con la mirada.

—No. Si te lo pregunto es por… nuestra noche de bodas. Han pasado dos días y simplemente quiero saber si estás bien.

Gillian no pudo evitar sonrojarse y titubeó antes de responder. Necesitó

mirar un segundo hacia otro lado para ordenar sus pensamientos y después le dijo:

—Eh… sí. Estoy bien.

—¿Te duele algo?

—¡No! —exclamó la joven desviando su mirada, incapaz de sostenérsela por más tiempo.

—De acuerdo.

—¿Por qué… lo preguntas? Estos días no has hecho referencia a ello…

Rowan se encogió de hombros.

—Te quería dejar un tiempo. Hay mujeres que se sienten doloridas y, como te dije, no voy a forzarte a nada, Gillian.

Su nombre casi sonó como un ronroneo en su boca. Aunque no era la primera vez que lo pronunciaba, la joven tuvo la sensación de que sí lo hacía con una intención, pero no supo adivinar cuál era.

Acabó asintiendo sin saber qué decirle. Se había quedado sin palabras, por lo que se giró y se marchó de allí, dejándolo solo y con los nervios a flor de piel. Cada vez que estaba en presencia de Rowan, Gillian sentía que todo su ser temblaba y que no podía pensar con claridad. Se sentía abrumada por su fuerza, especialmente después de haber estado entre sus brazos. No se sentía con fuerzas para encararlo como antes, pues tenía la impresión de que se iba a derretir si lo hacía. Y mientras se alejaba del despacho, Gillian se dijo que tras haberse casado con él se había metido en un buen lío del que no sabía cómo salir.

Esa misma tarde, justo después de comer, tal y como Rowan le había prometido, la esperaba en el patio mientras hablaba con sus hombres. Durante la comida, la joven llegó a pensar que finalmente su esposo enviaría a otro para que la acompañara. Sin embargo, cuando este terminó de comer y lo vio levantarse, le dijo que estaría preparado en diez minutos. Y así había sido.

Gillian tan solo había tenido tiempo para ir a buscar una cesta para echar las hierbas que recolectara y a medida que se aproximaba a la salida del castillo, el repiqueteo de su corazón se hacía más intenso. Su respiración se aceleró y, sin saber por qué, se sintió nerviosa por la expectativa de salir con

Rowan sola del castillo.

Gillian se arrebujó bajo la capa cuando notó la brisa fría del día. Se aproximó con paso rápido a Rowan y el resto de guerreros. No quería demorarse, temerosa de que su esposo cambiara de opinión. Así que cuando estuvo junto a él, sonrió ligeramente.

—Ya estoy lista.

Kester, que estaba a un lado, no pudo evitar reír.

—Qué bonito. Los nuevos esposos se van de paseo…

Rowan le lanzó una mirada cargada de intenciones.

—Vuelve a decir algo así y tú mismo tendrás que explicarle a madre por qué te he dejado sin dientes…

Kester le respondió con una carcajada, pero se alejó antes de que su hermano mayor pudiera cumplir su amenaza.

Sonrojada, Gillian siguió a Rowan mientras uno de los guerreros abría ligeramente el portón. Además de estar nerviosa ante la idea de pasar tiempo a solas con el guerrero, la joven también se sentía así ante la posibilidad de escapar de esas paredes. Aunque el castillo Chattan era bastante amplio, la idea de pasar un día tras otro detrás de los muros de la fortaleza lograba consumirla. Y al salir de allí casi la hacía sentirse como una niña pequeña, aunque intentaba por todos los medios que no se le notaba.

Sin embargo, Rowan parecía conocerla más de lo que pensaba en un principio:

—Pareces feliz…

Gillian no pudo evitar sonreír ampliamente y agachó ligeramente la mirada.

—Bueno, la verdad es que necesitaba salir ya de ahí. En mi clan salía todos los días a pasear. Y ahora que estoy… ahí metida, me siento casi encerrada.

—Puedes salir cuando quieras siempre y cuando lleves protección. Y cuando todo esto acabe, todo el mundo tendréis la libertad suficiente para hacer lo que deseéis.

—Cuando todo esto acabe… Dios sabe cuándo será eso.

—Espero que sea pronto. Gracias a la unión de nuestros clanes, el círculo se ha estrechado más en torno a nuestros enemigos.

—¿Y si ellos también han sido engañados como nosotros? Puede que alguien externo a nuestros clanes sea el responsable de la guerra.

Rowan torció la cabeza mientras se alejaban del castillo. Aunque su atención estaba puesta sobre Gillian, su mirada no dejaba de ir de un lado a otro, buscando cualquier cosa que pudiera hacerles daño.

—Eso es lo que tu padre y yo vamos a averiguar.

Gillian titubeó.

—Me gustaría ayudar.

—Ya lo haces. Por eso vamos en busca de hierbas. Podrás curar a los guerreros cuando nos enfrentemos de nuevo a alguien.

La joven resopló.

—No me refiero a eso, sino a ayudar… ayudarte a encontrar a los culpables.

Rowan la miró de reojo.

—¿De verdad te gustaría ayudarme?

—Sí, si lo deseas.

—He pensado en reunir a toda mi familia para recabar datos de todos estos años; algo que pueda ayudarnos a llegar al inicio de todo. Si quieres, tú misma podrías aportar información de tu clan. Todo lo que recuerdes desde que se iniciara la guerra.

Gillian sonrió ampliamente y asintió repetidas veces.

—Claro. Debemos hacer lo que sea por descubrir la verdad.

Rowan se quedó embobado en aquella sonrisa, aunque lo que más le llamaba la atención era su carácter cambiado en los últimos días.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Gillian mientras se internaban en el bosque.

—Me llama la atención el cambio en ti. Hace días habrías preferido matarnos a todos antes que formar parte de nosotros. Y ahora quieres ayudar.

La joven se encogió de hombros.

—Supongo que debo reconocer que el día de la boda pensé que tenía dos caminos diferentes frente a mí y debía tomar uno. Podría seguir viéndoos como enemigos y vivir amargada o bien intentar integrarme y vivir en paz.

—Supongo que elegiste lo segundo.

Gillian asintió.

—Hiciste bien —respondió Rowan—. Mi clan no quiere hacerte daño. Y yo tampoco.

La joven lo miró largamente en silencio. Vio verdad en sus ojos, y no pudo evitar sonreír de forma incómoda.

—Es un poco raro, ¿no?

Rowan frunció el ceño, sin comprender.

—¿El qué?

La joven señaló a su alrededor y a ellos mismos.

—Nosotros… pasear contigo… No sé. Si recuerdo nuestro primer día y lo comparo con el ahora debo decir que parecemos dos personas diferentes.

Rowan esbozó una sonrisa fugaz y puso las manos atrás al ver que la joven se agachaba para coger un ramillete de lavanda.

—Supongo que somos dos personas que han cambiado de parecer por las circunstancias.

Gillian asintió y continuaron caminando.

—La verdad es que nunca me imaginé que las circunstancias pudieran cambiar tanto, y menos contigo.

—Yo tampoco lo pensé.

La joven suspiró y se agachó a por un ramillete de romero, provocando que Rowan dejara escapar una risa.

—Después de todo lo que has cogido, ¿no crees que era mejor arrancar la planta?

Gillian miró la cesta y después lo poco que había dejado de la planta y sintió que se sonrojaba.

—Lo siento, es que el romero es esencial para el dolor.

Rowan se encogió de hombros y la siguió sin dejar de observar a su alrededor en busca de alguien escondido. No obstante, su mirada tampoco

dejaba de observar el trasero de la joven cada vez que se agachaba para coger alguna planta. El vestido se le pegaba más al cuerpo con ese movimiento, y parecía ser un llamado a sus instintos más primitivos. Durante esos días, la había respetado por temor a haberle hecho daño en su noche de bodas, pero después de que le confirmara que estaba bien, no había dejado de pensar en el hecho de volver a hacerla suya.

Después, su mirada ascendió por su cuerpo y se fijó en su rostro. Parecía ser otra persona. En ese instante, Gillian le inspiraba ternura. Su rostro parecía ser el de un niño cuando recibía un regalo. Miraba todo a su alrededor con ansia, deseando encontrar más hierbas con las que llenar su despensa, y, por alguna extraña razón, ese gesto provocó que Rowan se sintiera como en casa, tranquilo. Por primera vez en su vida se sentía en calma junto a una persona, y eso le hizo un nudo en la garganta.

La frescura que demostraba la joven en ese momento contrastaba con el odio que siempre había rezumado hacia ellos. Rowan se había obsesionado con una mujer muy diferente a ella, y ahora que la conocía esa obsesión tomaba fuerza y lo hacía sentir extraño en su propia piel.

Continuaron caminando a través del bosque mientras a su alrededor cantaban los pájaros y el día comenzaba a ponerse ligeramente nublado. Rowan se sorprendió al descubrir que estaba disfrutando de un simple paseo. Eso era algo impensable para él, pues jamás había hecho algo parecido. Siempre le había parecido que ese tipo de cosas hacían perder el tiempo y distraer la mente. Y, sin embargo, en ese instante se sentía todo lo contrario. Su mente estaba más abierta y despejada, su corazón se sentía en calma y, aunque no disfrutaba tanto como Gillian cuando veía una planta que podría ser de utilidad, sí pudo contagiarse de su ánimo. Por primera vez en su vida podía tomarse el tiempo suficiente para disfrutar, y eso le hizo sonreír cuando la joven no lo estaba mirando.

—Y, bueno, cuéntame algo sobre ti.

La voz de Gillian lo sobresaltó y desvió la mirada del cielo, que podía entreverse por las ramas de los árboles, para mirarla a ella. Arrugó el rostro y se encogió de hombros.

—No tengo nada que contar.

La joven arqueó una ceja, incrédula.

—¿Me vas a decir que te has pasado la vida entre las cuatro paredes del

castillo y que no has hecho nada?

—No es eso, pero no he hecho nada interesante.

Gillian sonrió y negó con la cabeza al tiempo que rodaba los ojos, gesto por el cual Rowan estuvo a punto de agarrarla de la barbilla para besarla, aunque se contuvo a tiempo.

—¿Por qué quieres saber algo sobre mí? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Porque… eres mi esposo. Creo que es interesante que nos contemos cosas entre nosotros para conocernos un poco.

Rowan no pudo evitar sonreír.

—Oh, el laird Chattan sabe sonreír —se burló—. Cuidado, si sus enemigos se enteran de esa noticia, pensarán que es un hombre débil.

El guerrero rio desviando la mirada.

—Acabo de descubrir que sabes reír… Venga, más cosas.

Rowan se mordió el labio inferior y volvió a observarla. Un pequeño rayo de sol escapó de entre las nubes y le dio de lleno en el rostro a Gillian. Rápidamente, su sonrisa se borró, incapaz de poder pensar y de responder. Al ver que le cambiaba el gesto, Gillian se puso seria de repente y carraspeó, incómoda:

—Siento haberte incomodado.

—No, no es eso —respondió Rowan, tragando saliva con dificultad—. Es solo que… eres hermosa.

Gillian creyó que iba a desmayarse en ese instante o que sus piernas iban a fallarle y caería de rodillas ante él. ¿Había perdido el juicio en mitad de camino? ¿Desde cuándo Rowan Chattan se atrevería a decirle esas palabras a la que había sido su enemiga? Sus ojos se abrieron desmesuradamente y balbuceó varias veces antes de poder responder. Sin embargo, Rowan no le dio tiempo a decir nada, ya que siguió caminando como si no hubiera dicho nada fuera de lo común, ahorrándole la respuesta.

Con el corazón a punto de salir por su boca, Gillian lo siguió y carraspeó con incomodidad cuando se puso a su altura.

—¿Cuántos años tenías cuando comenzaron los problemas entre los clanes? —preguntó la joven para romper el hielo.

—Creo recordar que unos veintidós.

Las cejas de la joven se alzaron.

—¿Veintidós? Entonces, ¿cuántos tienes ahora?

—Veintiocho.

Gillian dejó escapar una risa.

—¿En serio? Creía que eras más joven.

—¿Te molesta que sea mayor que tú?

Gillian lo miró con una sonrisa aún ligeramente nerviosa.

—Claro que no.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiuno…

—Tu carácter es más maduro.

Gillian se encogió de hombros.

—Supongo que la muerte de mi madre me cambió por completo.

—La muerte de una persona a la que amas te cambia.

—¿A ti te cambió tras la muerte de Elisabeth y tu hijo?

Gillian no había podido evitar hacer esa pregunta. Por alguna extraña razón, sentía celos de la esposa muerta del guerrero. Que lo hubiera conocido antes que ella, lo hubiera sentido en todo su esplendor o que lo hubiera tocado antes que ella le resultaba molesto. Sin embargo, no dejaba de repetirse que Elisabeth estaba muerta.

—Reconozco que me dolió más la muerte de John que la de Elisabeth. No me casé por amor.

Y a pesar de que estaba hablando de Elisabeth, Gillian sintió la sensación de que también estaba hablando de ella. Si ellos ahora estaban casados no era por amor, sino por imposición de las circunstancias. La vida o el destino los había obligado a estar juntos, por lo que el guerrero ni la amaba ni la amaría jamás. Y eso le dolió, aunque no lograba entender por qué.

—Claro, un hijo duele mucho más —se obligó a responder—. Y más cuando se trata de un bebé.

Rowan asintió con gesto serio. Estaba claro que no le gustaba recordar esa etapa de su vida, por lo que Gillian se dijo que no insistiría más.

Carraspeó, incómoda, pues fue ella misma la que hizo la primera pregunta sobre Elisabeth, así que ahora debía gestionar los sentimientos encontrados que sentía en su pecho.

Rápidamente, intentó cambiar de tema.

—Y antes de la guerra, ¿cómo era la vida en vuestro clan?

Rowan se encogió de hombros. Se había dado cuenta perfectamente de que la joven había cambiado de tema a propósito, pero no quiso ahondar para saber el motivo.

—Éramos pacíficos. No nos metíamos con nadie y vivíamos como sabíamos y podíamos. Mi padre siempre quiso que el clan prosperara y, si nos metíamos en una guerra, las arcas bajarían irremediablemente.

Gillian asintió con una sonrisa en los labios. Lo miró de reojo y no pudo evitar una leve risa.

—¿Te ríes de nuestra forma de vivir? —preguntó fingiendo enfado.

—No —respondió casi sin poder contener la risa—. Me río de la parte en la que has dicho que erais pacíficos. No te imagino como una persona de paz.

Rowan le devolvió una sonrisa, aunque la borró pronto.

—Lo era hasta que tocaron a mi familia. Podré ser bruto, frío y un asesino, pero jamás seré un hombre despreocupado de mi familia. Y eso te incluye a ti ahora.

La sonrisa de Gillian se desvaneció al instante y se quedó quieta en el sitio. Lo miró con cierta incomodidad, arrepentida de haberse burlado de esa parte desconocida para ella. Rowan le devolvía la mirada con seriedad, aunque no enfadado por su risa. La joven sintió que se perdía en el acero de su mirada y, de repente, sintió ganas de besarlo y entregarse a él allí mismo. Su cuerpo parecía tomar la iniciativa y olvidaba el decoro cuando estaba cerca de Rowan.

Gillian tragó saliva al ver que el guerrero daba un pequeño paso hacia ella y, rápidamente, se obligó a dirigir su atención a una planta cercana.

—¡Muérdago!

Gillian se alejó de él al ver la planta a solo unos pasos de allí. Las bayas rojas de esta llamaban su atención y sonrió al recordar la primera vez que la vio y estuvo a punto de llevarse una a la boca.

—¿El muérdago sirve para algo?

Rowan parecía realmente interesado mientras ella se agachaba para coger varias ramitas de la planta y volvía a incorporarse.

—Sí, aunque las bayas no. Son venenosas. Sin embargo, el resto de la planta sí tiene propiedades. Uno de los sirvientes de mi padre sufría unos extraños ataques que le hacían perder el conocimiento. La mujer que me enseñó todo le aplicaba muérdago y se recuperaba en poco tiempo.

Cuando Gillian lo miró con una sonrisa genuina, Rowan estuvo a punto de perder el control.

—A pesar de eso, esta planta me recuerda a mi madre —le explicó la joven—. Siempre decía que había que tener muérdago cerca para que el amor no se apagara. Y siempre besaba a mi padre cuando cruzaba por delante de la planta.

Sin poder contenerse, Rowan agachó la cabeza y la besó con fiereza.

—¿Te refieres a esto? —le preguntó apartándose de ella tan solo unos milímetros.

Gillian sintió que los ramilletes de muérdago se escurrían de sus manos y acababan en el suelo, a sus pies. Abrió la boca para responder, pero solo pudo tartamudear. Al instante, Rowan la aferró de la cintura y la atrajo hacia él para devorar su boca. Gillian gimió suavemente cuando los dientes del guerrero mordieron su labio inferior. Un poderoso deseo nació de nuevo en su interior, deseando que Rowan volviera a poseerla. Sus manos ascendieron por el pecho de este para posarse sobre sus hombros, donde se apoyó para evitar caerse. Y le devolvió el beso con la misma pasión. Lo apretó contra ella y restregó su cuerpo contra el del guerrero, provocando que este lanzara gruñidos de placer.

Sin embargo, cuando llevó sus manos hacia el cordón de la camisa de Rowan, una voz conocida los obligó a separarse.

—¿Rowan?

Sloan parecía estar buscándolos. Gillian colocó su ropa rápidamente y se atusó el cabello mientras daba un paso atrás y se agachaba para coger el muérdago que había caído a sus pies.

Rowan gruñó por lo bajo y se giró hacia el lugar de donde procedía la voz de su hermano, que no tardó en aparecer.

—Acaba de llegar Nicolas con la noticia de que han atacado nuestra frontera con los Urqhart.

Rowan apretó los puños y miró de soslayo a Gillian.

—¿Alguna baja?

—No, solo granjas quemadas, pero nadie ha muerto y los ganados están perfectamente.

Rowan respiró hondo y miró a las dos personas que había junto a él en ese momento.

—Sabía que esto pasaría tarde o temprano…

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Prepararnos para algo peor.

CAPÍTULO 27

Minutos después, los guerreros ya estaban poniendo rumbo a la frontera con los Urqhart. A pesar de que no había acontecido ninguna baja ni de personas ni de animales, Rowan quiso comprobar con sus propios ojos qué había sucedido e investigar para comprobar si había algún indicio de quién podía haber sido el responsable. Varios de sus guerreros culparon a los Urqhart de ese ataque, pero la propia Gillian fue la primera en dudar cuando se marcharon.

Sabía que no volverían hasta el día siguiente al anochecer, así que tenía muchas horas para pensar en lo que podía estar pasando. Había escuchado conversaciones de los guerreros del clan culpando a los Urqhart y deseando ir de nuevo a la guerra, pero la propia Amelia había sofocado aquellas conversaciones en las que no estaban seguros si los culpables eran los que ellos pensaban.

Gillian se encaminaba hacia el salón para cenar. Le parecería extraño no ver allí a Rowan, Sloan o Alasdair, que eran parte de los guerreros que se habían marchado. Sin embargo, entre los presentes podrían dar sus opiniones al respecto.

—Lo del ataque en la frontera con los Urqhart, ¿no será una estrategia tuya para volver a envenenarnos?

La voz de Kester la detuvo en medio del pasillo cuando estaba a punto de penetrar en el salón para cenar. Gillian se giró hacia él y arqueó una ceja.

—No me lo vas a perdonar nunca, ¿verdad?

Kester sonrió a medida que se acercaba a ella y se encogió de hombros.

—Es demasiado divertido… No puedo dejar de echártelo en cara…

La joven puso los ojos en blanco mientras la risa del guerrero rompía el silencio del pasillo y el salón cuando entraron en este. Arran, Amelia y Cora los miraron y la joven solo acertó a suspirar cuando el hermano gemelo de Kester sonrió al ver su cara.

—Te ha vuelto a recordar tu intento de asesinato…

—No intenté asesinaros —se defendió la joven—. Pero si me lo sigue recordando, tal vez en un futuro se me caerán varios ramilletes de esa misma hierba en su comida…

Kester se llevó la mano al estómago y negó repetidas veces.

—No, por favor. Aún recuerdo el momento en el que todos nos pusimos a vomitar en este mismo salón. Además de ser algo bastante incómodo, fue asqueroso y humillante. Al menos, envenéname en un lugar donde mi reputación no se eche a perder.

Gillian sonrió y le guiñó un ojo.

—No querrás que cierta sirvienta te vea vomitando… —murmuró Cora también sonriendo.

Kester le hizo un guiño antipático, provocando la risa de Gillian, que miró a su cuñada totalmente interesada.

—¿Puedo conocer esa información? Creo que vale oro…

Kester gruñó por lo bajo.

—Si la cena va a ir en torno a eso, prefiero irme…

Arran lanzó una carcajada y le dio una sonora palmada en la espalda, ya que esta vez su hermano se había sentado a su lado.

—Cuánto cambia todo en el momento en el que eres tú quien se convierte en el objeto de burla, ¿eh?

Kester lo miró de soslayo con mala cara.

—¿Quieres que hablemos también de ti?

Arran levantó las manos en señal de paz.

—Yo no he dicho nada. A mí no me metas. Ha sido Cora.

Kester sonrió de lado pícaramente.

—Claro, es que está rabiosa porque no está Alasdair. Ahora no puede vomitar toda su ira sobre él…

Cora resopló y su sonrisa se borró de golpe.

—Pues ten cuidado… Podría hacerlo sobre ti.

Amelia sonrió de forma pacífica.

—Ya está bien. Parecéis niños.

—Ha empezado ella —respondió Kester señalando a Gillian, que sonrió mirando su plato.

—¿Por qué no hablamos mejor de lo que ha pasado? —preguntó la aludida.

Amelia suspiró y se mostró ligeramente tensa. Miró inconscientemente hacia Cora, que removía su plato casi con desinterés. Y después dirigió su mirada hacia Gillian. Esta le devolvió la mirada y la vio ligeramente cansada, aunque, como siempre, intentaba aparentar normalidad y calma.

—Me gustaría preguntarte algo, querida. En el clan Comyn, ¿nunca habéis pensado que no teníais nada que ver con todo lo que estaba pasando?

Gillian suspiró y torció la cabeza.

—No. Creo que hasta el momento en el que Rowan me trajo aquí hace unas semanas después de la reunión, siempre hemos pensado que los que nos atacaban erais vosotros o cualquiera de los otros clanes. Lo que sí teníamos claro era que nosotros no habíamos arremetido contra nadie, así que nos señalaban siendo inocentes…

Amelia asintió.

—Y ahora que tienes claro lo que está pasando, ¿cuál es tu impresión?

—No he hablado con mi padre…

—No pregunto la opinión de tu padre —la cortó con amabilidad—, sino la tuya como su hija que ahora está casada con un Chattan.

Gillian se sintió ligeramente incómoda cuando todas las miradas se dirigieron a ella. Se encogió de hombros sin saber qué responder con rapidez. Sin embargo, al cabo de unos segundos carraspeó y respondió:

—Lo que yo creo es que hay alguien que intenta crear discordia entre los siete clanes. No sé si pertenece a uno de ellos o tal vez es de fuera, pero lo que sí tengo claro es que es alguien muy bien formado, inteligente y que conoce a los clanes a la perfección. Nadie lo ha visto, nadie tiene una ligera idea y nadie ha logrado atraparlo durante años.

—Y para colmo, el rey está en el medio —dijo Arran—. Si los clanes volvemos a la guerra, es capaz de eliminarnos.

Kester arqueó una ceja y torció la cabeza.

—Sí, creo haber oído que Struan Fraser y Gaven MacPherson apenas se hablan con él.

Arran sonrió de lado.

—¿Solo ellos? Teniendo en cuenta lo que hicieron, me sorprende que esos clanes no mataran directamente a Jacobo para librarse de él.

—Nos habrían hecho un favor sin saberlo.

Gillian dudó.

—O tal vez nos habríamos matado entre todos si Jacobo no hubiera intervenido.

—Puede que el castigo habría sido peor si lo hubiera impuesto otro rey —terció Amelia—. Sea como sea, tenemos que averiguar quién está detrás de todo esto.

Cora dejó los cubiertos sobre el plato y dejó caer la espalda contra el respaldo de la silla. De repente, se mostraba ligeramente incómoda y tensa. Dirigió una mirada rápida a los gemelos, para después desviarla a Gillian y acabó con sus ojos sobre su madre.

—Saber quién está detrás de todo esto es importante, por supuesto. Pero creo que igual de trascendental es saber el motivo que llevó a esa persona a atacarnos. Si conoce a todos los clanes o es uno de ellos, tiene que haber algo que lo llevó a idear todo este plan para acabar con nosotros. Tal vez alguien en el pasado le hizo algo…

Amelia se mostró ligeramente nerviosa, aunque lo disimuló fácilmente.

—Hija, somos siete los clanes que estamos metidos en esto. ¿Crees que en cada momento de nuestra historia hemos sido amables los unos con los otros? Estoy segura de que nos habremos hecho algo.

—¿Y si el objetivo de esos culpables es atrapar a alguien en concreto? —insistió Cora mirando a su madre.

Amelia le sostuvo la mirada, hasta que acabó sonriendo con su habitual serenidad.

—No digas tonterías, hija. ¿Va a levantarse en armas solo por una persona?

Cora rechinó los dientes y frunció el ceño, provocando que Gillian pusiera todo su interés en ella. Le llamó especialmente la atención la actitud de la joven, que parecía culpar a Amelia de algo en concreto.

—Venga ya, madre. ¿De verdad es una tontería?

—No tiene sentido lo que dices, hija.

Cora resopló y dejó la servilleta sobre la mesa de malas maneras. Se levantó de la silla y, sin decir nada más, salió del salón como alma que lleva

al diablo, dejando una extraña sensación flotando en el aire.

Incómoda por haber presenciado la pelea entre madre e hija, pero curiosa por lo que había escuchado, Gillian carraspeó y bebió de su copa para disimular. Amelia le sonrió entonces a la joven.

—Disculpa a Cora. Últimamente, la veo demasiado nerviosa.

Gillian le devolvió la sonrisa.

—No pasa nada, aunque sí me ha generado curiosidad. Tal vez no esté tan mal encaminada y todo esto se deba a la persecución de alguien en concreto.

Amelia negó con la cabeza mientras Kester y Arran observaban todo con atención, pero sin comprender nada.

—Creo que eso es algo demasiado perverso…

Gillian no quiso insistir más, por lo que asintió y siguió cenando. Todos callaron a partir de ese momento, pero la mente de la joven bullía de un pensamiento a otro. No iba a parar hasta que no descubriera algo de lo que estaba ocurriendo. Ya no solo por su propio padre y su salud cada vez más desmejorada, sino por el lugar donde ahora vivía. Los Chattan la habían recibido con amabilidad y generosidad y le habían dado un hueco en el castillo para que se sintiera bien. Y a pesar de todas las diferencias que habían tenido hasta hacía unos días, Gillian se había obligado a cambiar la opinión que tenía sobre ellos para poder vivir en paz. Dirigiendo una mirada rápida a la familia de su marido, Gillian siguió cenando, esperando que al regreso de los demás trajeran alguna información que hasta entonces desconocían.

Tal y como esperaban, el grupo de guerreros que habían partido a la frontera con los Urqhart regresó al día siguiente, justo antes de que la luz del día llegara a su fin. Sin embargo, en la distancia, Alasdair había podido ver con claridad una melena roja ondeando desde lo alto de la torre principal del castillo. Ese pelo lo habría reconocido en cualquier lugar, del mismo modo que sabía que si Cora estaba en ese lugar era porque no se sentía bien o estaba enfadada con alguien. Se preguntó qué había pasado en su ausencia y, aunque se respondió a sí mismo diciéndose que no debía importarle y que tenía que ir directamente a su dormitorio para bañarse y cambiarse de ropa, Alasdair se encaminó hacia esa torre después de dejarle

las riendas de su caballo al mozo de cuadras.

Se despidió de Rowan y los demás y se internó rápidamente en el castillo. Apenas se cruzó con nadie por los pasillos, y menos aún cuando se dirigió hacia la estrecha escalera que subía a la torre. Y cuando llegó al final de esta y salió lo recibió el viento que soplaba con más fuerza desde esa altura.

—¿Un día fuera de aquí y lo primero que haces al llegar es venir justo donde estoy yo? No estoy de humor, Alasdair.

—Ya me he dado cuenta —fue la respuesta del guerrero.

Y en lugar de dar marcha atrás y regresar por donde había venido, se acercó a ella y se puso a su lado. Desde allí podían ver a varias leguas de distancia, pero también podrían ser vistos, por lo que tal vez no era una buena opción estar allí después del ataque en la frontera.

—Alguien podría atacarte con una flecha…

Cora dejó escapar una risa suave y miró hacia Alasdair. Al instante, este se puso en alerta al ver sus ojos llorosos y el cerco rojo que había alrededor de ellos. Llegó a la conclusión de que había llorado durante mucho tiempo, por lo que debía ir con cuidado.

—¿Crees que ahora mismo me importa?

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió la joven con firmeza.

Seguidamente, Cora sufrió un ataque de tos que la obligó a llevarse la mano al pecho. La joven sentía que estaba a punto de volver a perder el control de su respiración y a ahogarse como en otras ocasiones, pero estaba intentando mantener la calma.

—Déjame sola.

Alasdair frunció el ceño y apretó los puños.

—Está a punto de pasarte de nuevo, ¿verdad?

—No —dijo en un hilo de voz.

—No mientas.

Pero Cora no le respondió, sino que cerró los ojos un instante y respiró hondo lentamente.

—¿Qué ha ocurrido para que estés así?

Cora abrió los ojos y lo miró. Alasdair se fijó en que estos se habían llenado nuevamente de lágrimas que intentó apartar con varios pestañeos.

—Que no puedo más con la carga.

El pecho de la joven subía y bajaba con dificultad.

—¿Qué carga?

Cora abrió la boca para responder, pero su garganta se vio obstruida por su ahogamiento. Al instante, Alasdair la obligó a girarse por completo hacia él y puso las manos alrededor de las mejillas de la joven. A pesar del frío del día, estas estaban calientes debido a la sensación que tenía la joven en su interior.

—Mírame.

Cuando Cora obedeció, Alasdair suspiró.

—No sé a qué te refieres, pero tu vida es más importante que eso.

—Todas esas vidas también eran importantes para alguien —dijo con dificultad.

Alasdair frunció el ceño.

—¿A qué vidas te refieres? Tú no has matado a nadie.

—A veces quien no sostiene la espada que mata tiene más culpa que el la empuña.

Alasdair arrugó el rostro, sin comprender, sin embargo, no la soltó.

—No pienses ahora en eso.

—No puedo evitarlo. Ya no.

Cora lo vio respirar hondo. Su mirada azul era tan intensa que parecía reflejar el color del mar que había visto tan solo una vez en su vida.

—No sé exactamente a qué te estás refiriendo, Cora, pero todo está bien ahora. Nadie ha muerto en la frontera.

Cora dejó escapar una risa irónica y ambos se miraron largamente en silencio. Ninguno se atrevía a moverse, hasta que el guerrero, inconscientemente, comenzó a acercar su rostro al de ella. Sin embargo, cuando él mismo se dio cuenta de lo que estaba haciendo, alejó la cabeza.

La joven cerró los ojos un instante y dio un paso atrás, provocando que las manos del guerrero cayeran a ambos lados de su cuerpo. La joven volvió

a encerrarse en sí misma y se tragó las lágrimas cuando por fin el ahogo remitió.

—Da igual, Alasdair. No me hagas caso. Tienes razón en algo. Todo está bien. Todo menos yo.

Y sin darle tiempo a responder, la joven se dirigió hacia las escaleras, dejándolo solo en la torre.

Alasdair suspiró largamente y se pasó las manos por el rostro. Se golpeó mentalmente por no haber ido directamente a su dormitorio, pues acababa de perder completamente el juicio. No sabía exactamente qué le había pasado por la cabeza, pero se dijo que había estado a punto de… ¿besarla?

El guerrero chasqueó la lengua. Se odió y la odió más que nunca.

—Maldita sea, Alasdair —se dijo—. ¿Qué ha sido eso?

Rowan miró a un lado y a otro del patio, buscando a Gillian, sin embargo, no la encontró. Durante todo el día que había estado fuera, algo dentro de él la había extrañado. Desde que se habían tenido que separar abruptamente en medio del bosque por la llegada de Sloan, sentía una imperiosa necesidad de hacerla suya. Y de no ser porque su hermano había aparecido de repente, habría sido capaz de hacerle el amor sobre la hierba del bosque, ignorando la posibilidad de que pudieran atacarlos.

Después de medir los daños ocasionados por el ataque en la frontera con los Urqhart, Rowan no había dejado de pensar en ella. Durante todo el camino no había hecho otra cosa más que pensar en ella y preguntarse qué demonios le estaba pasando para que la joven no pudiera salir de su pensamiento. Incluso Sloan ya lo había notado en más de una ocasión, por eso estaba tan distante con él. Y aunque no había querido reconocerlo, Rowan sabía que le estaba ocurriendo algo raro con ella. No podía olvidarla ni por un solo segundo, solo quería saber cómo y dónde se encontraba, quería tocarla una y otra vez, hacerla suya… Cualquier cosa para estar junto a ella en todo momento. Y esos sentimientos lo hacían sentirse incómodo.

Sin embargo, cuando cruzó el umbral del portón de la muralla y no la había visto en el patio, su cuerpo respondió de forma independiente a su cabeza y casi voló hacia el interior de la fortaleza. Dio un par de instrucciones a sus hombres casi de pasada y siguió su camino.

Mientras subía las escaleras se preguntó a dónde habría ido Alasdair con tanta prisa, ya que lo vio desmontar de su caballo y correr al interior del castillo sin esperar órdenes. Pero no quiso pedirle nada más después de todo lo que había hecho por él durante ese día en el que apenas habían tenido descanso.

Cuando estaba a punto de llegar a los últimos peldaños de las escaleras, se cruzó con Faith, la sirvienta.

—¿Sabes dónde está mi esposa?

—En el dormitorio. Está dándose un baño.

Rowan asintió y caminó hacia donde se encontraba Gillian. No sabía por qué su corazón latía tan rápido y su cuerpo reaccionaba ante la visión de la joven dentro de la bañera, y aunque sabía que lo mejor era darse media vuelta y regresar por donde había venido, Rowan no pudo hacer caso a su mente y abrió la puerta del dormitorio de golpe.

Desde el umbral de esta pudo ver el respingo de Gillian dentro de la bañera. Esta se encontraba junto a la chimenea, de espaldas a él, por lo que necesitó girar la cabeza para ver quién estaba entrando en ese momento en el dormitorio y de esa forma tan abrupta.

—¡Rowan! —exclamó—. ¿No te han dicho que me estaba bañando?

El guerrero tragó saliva y cerró la puerta de golpe tras él sin poder apartar la mirada de aquella visión tan impresionante de la joven. Aunque era una persona dándose un baño, nada fuera de lo normal, para él tenía un significado tan erótico que había perdido por completo la capacidad de pensar con claridad.

—Me lo acaba de decir Faith —respondió con voz enronquecida.

Gillian lo miró desde la bañera. La joven se tapaba los pechos con vergüenza a pesar de que no era la primera vez que el guerrero la veía desnuda. Sin embargo, la luz que entraba por la ventana le permitía ver demasiado su piel desnuda y no se sentía segura en su propia piel bajo su atenta mirada.

—Y aun así has venido…

Rowan asintió y se acercó a ella, aunque cuando pasó por su lado, siguió adelante, conteniéndose, y apoyó los brazos en la chimenea mientras observaba el fuego ante él.

—Sigue con tu baño. No quiero interrumpirte.

La joven accedió a pesar de que seguía sintiéndose incómoda. Vio su amplia espalda en tensión y malinterpretó lo que le ocurría.

—¿Ha ido todo bien en la frontera o habéis tenido problemas?

—Todo lo bien que se puede esperar después de que hayan quemado varias granjas. Hemos intentado hacer averiguaciones entre los vecinos y en las propias granjas para ver si habían dejado algún tipo de mensaje oculto que pudiera llevarnos a los culpables, pero no hemos encontrado absolutamente nada.

—Todo esto es un poco extraño, ¿no crees?

—¿Por qué? —preguntó el guerrero mirándola ligeramente por encima del hombro.

La tensión de su cuerpo se hizo más evidente, pues saber que Gillian estaba desnuda en el agua a tan solo dos pasos de él lo hacía perder la razón, pero tampoco pretendía asustarla nada más llegar.

—Bueno, no hemos escuchado nada de que en los otros clanes haya habido ataques y en los otros clanes del norte nadie dice nada.

—Porque esta guerra no va con ellos. Por ejemplo, Cameron Sinclair está cerca de aquí, pero él no va a meterse en esta guerra después de lo que ocurrió con Jacobo hace años. Ahora viven en una paz tensa con el rey, no querrán meterse, aunque sean nuestros aliados.

—¿Y nunca has pensado en la posibilidad de que otro clan esté intentando enfrentarnos a todos?

Rowan frunció el ceño y se giró hacia ella.

—¿Has pensado en alguien?

Gillian se sonrojó al ver que ahora volvía a ser el centro de atención del guerrero. Tragó saliva ruidosamente e inconscientemente se tapó el cuerpo con las manos, gesto que no pasó desapercibido para él, pues Gillian vio a la perfección cómo sus ojos grises descendían por su rostro hasta sus pechos desnudos.

—No, pero la verdad es que no he dejado de pensar en diferentes posibilidades. Y ayer…

—¿Ha pasado algo en el castillo?

Gillian negó.

—No, pero tengo la sensación de que alguien sabe algo —dijo sin tener la valentía de referirse a Amelia— y no dice nada. Y el ataque que sufrí en el sótano…

Rowan suspiró.

—No te preocupes ahora por eso. Vamos a encontrar a los culpables.

La joven asintió y desvió la mirada, incapaz de seguir sosteniéndosela. Había algo en sus ojos que parecía haber cambiado desde que entró, volviéndose más penetrantes, más profundos. Como si Rowan tuviera la capacidad de ver dentro de ella. Y temía que pudiera adivinar que, extrañamente, lo había echado de menos. Su cuerpo había deseado sentir el calor de él a su lado mientras dormía, incluso sus miradas extrañas habían provocado un vacío al no tenerlas en todo momento sobre ella. Durante ese día en el que Rowan no había estado en el castillo, Gillian había intentado deshacerse del extraño y profundo sentimiento que tenía cuando él la miraba y ella, internamente, disfrutaba de eso. Sus miradas la ensalzaban, la hacían sentirse vista, importante para alguien, deseada, poderosa… Yo al no haberla tenido ese simple día había provocado que lo deseara con más fuerza.

—¿Por qué apartas la mirada? —preguntó Rowan al ver el cambio en ella.

Gillian se sobresaltó, pero no se atrevió a elevarla de nuevo hacia él, ya que no sabía qué responder exactamente. La joven se encogió de hombros y siguió en silencio. Vio cómo el guerrero daba un paso hacia ella y se agachaba justo a su lado. De soslayo vio la mirada de Rowan clavada en ella, provocando que el calor de su cuerpo aumentara a pesar de que el agua de la bañera se estaba quedando fría.

—¿Ya no me sostienes la mirada con orgullo como el primer día?

Gillian se mordió el labio inferior.

—El primer día no estaba desnuda ante ti.

—Te desnudé igualmente con la mirada…

Ante aquella revelación, Gillian giró la cabeza hacia él, sorprendida. Se había quedado sin palabras al escucharlo y su rostro serio le confirmó que no le estaba tomando el pelo.

—¿Por qué?

—Porque me pareciste hermosa y valiente a partes iguales.

Las manos de Rowan se apoyaron en la bañera, cerca de su brazo, que estaba metido en el agua y casi podía sentir lo que el guerrero desprendía de sí mismo. Gillian tuvo la impresión de que todo a su alrededor de volvió negro, como si la oscuridad que flotaba alrededor de Rowan también la envolviera a ella en ese instante, protegiéndola de cualquier cosa que pudiera hacerle daño en ese instante. ¿Por qué el guerrero poseía esa increíble fuerza en su interior? ¿Era consciente de que tenía la capacidad de lanzarla fuera de él hacia ella?

—Y después de casarte conmigo por obligación, ¿qué te parezco?

—Me sigues pareciendo hermosa y valiente, pero también puedo ver tu vulnerabilidad y la lucha interna que tienes. Me odias, aunque también me deseas. Quieres que te toque…

Gillian frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

—No es lo que dice tu cuerpo —respondió el guerrero señalando con la cabeza la piel erizada de su brazo.

La joven tragó saliva e intentó encontrar una excusa creíble.

—El agua se está enfriando…

Con una ceja enarcada, Rowan metió un dedo en la bañera y escondió una sonrisa tras la barba.

—Mentirosa… —ronroneó en apenas un hilo de voz.

—Tú también me deseas —se defendió la joven con renovada valentía.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que hayas venido al dormitorio a pesar de que la sirvienta te ha dicho que me estaba bañando, pero también que estés aquí justo después de haber llegado del viaje. Lo dice tu mirada, que no deja de observarme desde que ha entrado…

—Entonces, supongo que tienes razón. Sí, te deseo, Gillian Chattan. Deseo tocar tu cuerpo; deseo hacerte vibrar, gritar, arañarme la espalda. Deseo que te derritas entre mis brazos como el otro día. Deseo hacer que tu cuerpo se contraiga contra el mío y que goces tanto que no recuerdes tu

propio nombre. Deseo besarte, lamerte, chuparte… Lo quiero todo de ti.

Gillian no sabía en qué momento había dejado de respirar y de sentir cualquier cosa a su alrededor. Incluso no se había dado cuenta de que Rowan había acortado la distancia con ella y estaba a escasos centímetros de su rostro. Tampoco sabía en qué momento los demonios de su mente habían tomado el control de su cuerpo. Tan solo fue consciente de lo que estaba haciendo cuando ya tenía sus manos en la nuca del guerrero y lo atraía hacia ella para besarlo.

De su boca escapó un gemido cuando los callosos dedos de Rowan tocaron su piel. Una de sus manos fue directamente a su espalda mientras la otra se posó desvergonzadamente sobre su muslo. Y lo peor de todo era que no le importó, sino que deseó que la tocara, cumpliendo su amenaza. Jamás en toda su vida nadie le había hablado de esa forma tan sensual, arrebatándole el aliento y hasta el juicio. Nunca pensó que unas simples palabras pudieran hacer enloquecer su cuerpo, ni que pudiera estar a punto de combustionar por sí misma. Pero esas palabras, dichas con la ronca y oscura voz de Rowan habían provocado que hiciera lo impensable para ella hasta hacía unas semanas.

—Hazme tuya, Rowan —escuchó que suplicaba.

Gillian dejó para después la vergüenza que le supuso haber pronunciado aquellas palabras, pero no había podido evitarlas. Escaparon de su garganta antes de que su mente fuera consciente de lo que estaba pensando. Y tan solo hicieron falta unos segundos para que el guerrero obedeciera a ellas.

La mano que reposaba sobre su muslo descendió rápidamente y, sin pedir permiso, sus dedos atraparon su entrepierna. Las manos de Gillian se posaron entonces en el borde de la bañera mientras su espalda caía hacia atrás y su cabeza se arqueaba al tiempo que un gemido escapaba de su boca. Rápidamente, los labios ansiosos de Rowan volvieron a atrapar los suyos y contuvo sus siguientes gemidos.

Gillian se retorcía metida en la bañera sin poder moverse demasiado. Sus piernas se elevaron por encima del agua para darle mejor acceso a los juguetones dedos de Rowan. Las apoyó en la bañera, pero aun así le pareció insuficiente. Su cadera comenzó a moverse al ritmo que marcaban los dedos del guerrero, que cada vez era más rápido. Estos entraban y salían de su cuerpo sin parar, provocándola, haciéndole perder el control de ella misma.

Una de las manos de la joven se dirigió a la nuca del guerrero, impidiéndole alejarse de su boca. Quería que la devorara, tal y como le dijo días atrás. Quería que la elevara y cumpliera sus amenazas. Y cuando un poderoso grito ascendió por su pecho cuando los dedos de Rowan la llevaron al orgasmo, Gillian fue consciente de que estaba perdida junto a él.

El guerrero se apartó de ella en ese instante mientras observaba cómo la joven se dejaba llevar por el placer. Arqueaba su espalda al tiempo que se aferraba con ahínco a la bañera, provocando que sus nudillos se tornaran blancos debido al ímpetu con el que se agarraba. Jamás se había dado cuenta de que el orgasmo de una mujer pudiera ser tan excitante como entrar en su cuerpo. Vio a Gillian sentir los escalofríos del placer mientras sus pezones intentaban salir del agua, llamándolo incansablemente. Sin embargo, quería verla disfrutar tanto que parecía no tener fin.

Rowan se obligó a apartar los dedos de su cuerpo y la dejó descansar un segundo, tiempo que empleó en desnudarse de pie ante ella. Y se dio cuenta de que nunca había sido consciente del placer que provocaba la mirada de deseo de una mujer. A pesar de la niebla que había en los ojos marrones de la joven, podía ver que aún quedaban brasas en su interior. Brasas que iba a encender de nuevo en unos segundos.

Cuando el cuerpo de Rowan se mostró en todo su esplendor ante ella, algo poderoso y primitivo despertó en él. Jamás había tenido la necesidad de gustarle a una mujer, de que alguien ajeno se fijara en él, pero frente a Gillian quería todo. Y lo estaba teniendo sin necesidad de pedirlo o pagar para ello.

Sus brazos fuertes la sacaron de la bañera e ignorando el agua que caía por su cuerpo, la llevó hacia la cama, donde la depositó sobre las sábanas blancas. Rápidamente, la cubrió con su cuerpo y comenzó a devorarla. Comenzó con su cuello, donde se detuvo unos segundos para dejar que la joven se recuperara de lo que había sucedido en la bañera, ya que aún podía sentir el temblor en todo su cuerpo, pero, especialmente, en sus piernas.

Las manos de Gillian ascendieron por los músculos de sus brazos hasta aferrarse en sus hombros. La joven sentía que apenas tenía fuerzas para seguir adelante, pero su cuerpo había tomado el control de todo y volvía a despertar bajo sus caricias. Inconscientemente, clavó las uñas en su piel, arrancándole un gemido de dolor al guerrero, que presionó sus dientes ligeramente sobre la base de su cuello, como una forma de provocarla a que

volviera a hacerlo de nuevo. Y, con renovado carácter, Gillian lo hizo. Clavó con más fuerza sus uñas en los hombros del guerrero, que mordió su cuello con relativa fuerza. Y aunque sintió un pequeño dolor en la base de este, Gillian gimió de placer y arqueó la espalda pidiendo más.

Imprimiendo fuerza, Gillian lo obligó a descender, llevándole la cabeza hacia sus pechos. Cuando Rowan atrapó uno de sus pezones con la boca y el otro entre sus dedos, la joven se mordió el labio inferior. Un enorme placer asolaba su cuerpo en ese momento, como un enemigo a las puertas de un castillo intentando entrar en él. Pero, en este caso, Gillian le dio permiso para acceder a todo su cuerpo.

Sus caderas lo buscaron, rozando el miembro duro del guerrero, que gruñó como un animal antes de apartarse de ella y girarla sobre el colchón. Sonrió cuando escuchó el pequeño grito de sorpresa de Gillian cuando se vio con la cara contra las sábanas. Y, al instante, Rowan le levantó ligeramente la cadera, obligándola a apoyar el peso en sus rodillas y, manteniéndole la cabeza contra el colchón, Rowan la penetró de una sola estocada, arrancándole un poderoso gemido de placer que llenó el espacio vacío del dormitorio. Sonrió al ver que la joven clavaba los dedos contra las sábanas y las arrugaban entre sus manos. Los suyos propios apretaban con fuerza la cadera de Gillian mientras salía ligeramente de su cuerpo para después volver a llenarla con todo su ser.

De su propia garganta escapó un rugido de placer. La joven era tan estrecha que podía sentir cada centímetro de su entrepierna. El rostro del guerrero se arrugó al sentir que su cuerpo se erizaba ante tanto placer; un placer que nunca había experimentado con tanta intensidad como con ella. Le había pasado lo mismo la primera vez que la hizo suya, pero en esa ocasión era tan fuerte que, si no se detenía un instante, se derramaría en cuestión de segundos.

Por ello, se quedó quieto con su miembro en el cuerpo de Gillian. La levantó ligeramente hasta que la espalda de la joven chocó contra su pecho. Y así, una de sus manos buscó sus pechos mientras que la otra descendió hasta su entrepierna.

Gillian sintió que iba a derretirse en ese preciso instante. Podía sentir el miembro de Rowan dentro de ella, el placer en su pecho mientras lo acariciaba y el mismo placer en su entrepierna cuando el guerrero comenzó acariciarla. Sintió cómo su cabeza caía, laxa, hacia atrás, encontrándose con

el hombro de Rowan, que la recibió con una mordida en su oreja y un movimiento circular de su cadera, que provocó que el miembro de este se moviera dentro de ella.

Las manos de la joven se dirigieron hacia atrás, a la cabeza del guerrero y diciéndole con un simple gemido, que era suya y que podía hacer lo que quisiera. Poco a poco su propio placer aumentó de nuevo, al igual que el del guerrero, que la penetraba lentamente. Su espalda arqueada apenas tocaba el pecho de este, pero podía sentir su calor en todo su cuerpo. E instantes después, un orgasmo la sorprendió con tanto ímpetu que creyó que iba a morir al tiempo que las acometidas de Rowan se intensificaban y terminaba en su interior con un poderoso rugido.

No podía moverse. Gillian temblaba tanto que apenas podía volver a tumbarse sobre la cama. Necesitó unos segundos para recuperarse mientras Rowan seguía acariciándola lentamente, dejándole su espacio para que su respiración volviera a tener calma. Al cabo de unos segundos, el propio Rowan la ayudó a tumbarse y la arropó para después abrazarla. Ella misma también se dio cuenta de que el guerrero temblaba, aunque en menor medida.

Aunque Rowan ya no estaba en su interior, Gillian casi podía seguir sintiendo el bombeo de su miembro en su interior y notaba con claridad los jugos entre sus piernas. Sin embargo, apenas tenía fuerzas para moverse. Una de sus manos reposó sobre el pecho de Rowan, que subía y bajaba con intensidad. Podía sentir el fuerte repiqueteo de su corazón en él y una sonrisa se dibujó en sus labios. Estaba perdiendo el juicio, sin lugar a dudas. Disfrutar de los latidos del corazón del que había sido su enemigo jamás había entrado en sus planes y, en ese momento, Gillian fue consciente de algo que no pudo contener en su lengua:

—Que Dios me perdone… —susurró sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Por qué? —preguntó Rowan, con un hilo de voz.

—Porque creo que podría llegar a enamorarme de ti.

CAPÍTULO 28

Dos semanas habían pasado desde que Gillian se había golpeado mentalmente por poner en palabras un pensamiento que no debía de haber salido de su cabeza y, mucho menos, de su garganta. De hecho, se regañó a sí misma por haber llegado a dejar que ese pensamiento tomara fuerza. Y, sin embargo, no había podido evitar ni el pensamiento ni el sentimiento.

Rowan le había respondido con el silencio, aunque después de eso la apretó contra sí con más fuerza y le arropó los hombros para evitar que tuviera frío. En ese momento, Gillian se sintió decepcionada, pues había esperado que respondiera algo, aunque después se dijo que tal vez Rowan se había quedado callado porque él no sentía lo mismo por ella.

No le había confesado un amor incondicional, tan solo le había dicho que podía llegar a enamorarse de él. Y era cierto. Desde el primer día sentía algo extraño hacia él, algo primitivo y profundo al que nunca había logrado ponerle nombre. No obstante, después de hacer el amor con él esa noche sí pudo hacerlo y se dio cuenta de que podía ser amor. Y después de haberlo confesado, no pudo evitar sentir auténtico pavor ante la idea de que Rowan se aprovechara de ese sentimiento para hacerle daño.

Se había pasado el día siguiente a esa confesión con un nudo en la garganta. Ni siquiera había encontrado valor para mirarlo a la cara o hablarle, y, sin embargo, en cuanto llegó la noche y se fueron a dormir, Rowan volvió a hacerle el amor con tanta intensidad que acabó nuevamente con las piernas temblorosas. A partir de ahí se dijo que tal vez él no era un hombre de palabras, sino de demostraciones, ya que durante esas dos semanas se había dedicado a hacerle el amor dos veces en la noche; no se había apartado de ella; su mirada seguía buscándola a cada instante; la seguía observando como antes y, aunque ella no lo sabía, pues se quedaba dormida instantes después de hacer el amor, Rowan continuaba vigilando su sueño.

Durante esos días, Gillian había logrado ver a Rowan de una manera muy distinta. Incluso este, en varias ocasiones, le guiñó un ojo cuando estaba pendiente de los entrenamientos desde una esquina del castillo. Lo había visto hablar más con sus hombres e incluso a veces sonreía, algo impensable semanas atrás. Gillian estaba segura de que el guerrero estaba cambiando. No sabía si lo hacía por ella o tal vez porque los ataques al clan

habían desaparecido durante esas dos semanas. Pero le gustaba ver ese nuevo carácter.

Y en ese instante, en el que estaba curioseando cómo entrenaban nuevamente, Gillian necesitó llevarse las manos al pecho para intentar apagar el sofoco que sintió al ver que este se quitaba la camisa y luchaba a cuerpo desnudo. Inspiró varias veces hasta que su respiración se hizo suave nuevamente. La verdad es que debía reconocer que Rowan era realmente atractivo. No estaba segura de que él mismo lo supiera, pero seguro que sus ojos no eran los únicos que habían mirado a su cuerpo con llamas encendidas.

Se obligó a mirar hacia otro lado para evitar que ese sentimiento y el calor volvieran a posarse entre sus piernas y descubrió con sorpresa que Cora, la hermana de Rowan, también se había unido al entrenamiento y luchaba en ese momento contra Arran. Siempre le había gustado mirar a los guerreros de su padre, pues normalmente entrenaban justo cuando ella regresaba de dar un paseo. Sin embargo, a los Comyn nunca los había visto entrenar como si realmente estuvieran en un combate a muerte. Los Chattan lo hacían de tal manera que ya había tenido que curar más de una herida e incluso un brazo roto de uno de ellos.

Le impresionó mucho ver cómo los músculos del cuerpo de su esposo se contraían mientras aferraba su enorme espada con ambas manos. Luchaba con tanto ahínco contra Sloan que, inconscientemente, Gillian no pudo evitar desear que lo hiriera de alguna manera para hacerle pagar los desprecios que estaba aguantando desde hacía semanas, aunque eso la hiciera peor persona.

Sin embargo, el entrenamiento acabó minutos después sin nadie herido, algo realmente sorprendente. Desde la distancia pudo ver la mirada de recelo y odio que Cora le envió a Alasdair, que intentó ignorarla. Se preguntó qué habría pasado entre ellos para que tuvieran ese sentimiento. Amelia le había contado que Alasdair hacía muchos años que estaba en el castillo y que lo habían tratado como a un hijo más. No había entrado en detalles, pero sí le contó que el padre del guerrero lo había llevado allí para que aprendiera a luchar como el mejor y para protegerlo, así que supuso que a Cora no le había parecido bien que estuviera allí con ellos sin ser de la familia.

Por otro lado, vio cómo Arran y Kester se empujaban suavemente con una sonrisa en los labios, gesto que contagiaron a Gillian a pesar de desconocer de qué se estaban burlando. Le sorprendió de nuevo el contraste entre el carácter de unos hermanos y el carácter de otros, sin llegar a comprender a quién se parecían unos y a quién, otros.

En ese instante, la mirada de Gillian se dirigió hacia Rowan, que tenía la camisa entre sus manos y la miraba en la distancia. Sin saber por qué, sus pies comenzaron a moverse, abandonando la jamba de la puerta y bajando los escalones para acercarse a él. No estaba segura de lo que iba a decirle, pero lo que sí tenía claro era que lo deseaba en ese preciso instante. Su corazón abogaba por arrancarle la camisa de las manos y empujarlo hacia las caballerizas o cualquier lugar cercano para hacerlo suyo. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a él, alguien se interpuso en su camino.

La sonrisa de Arran se dibujó frente a sus ojos y lo vio arquear las cejas.

—¿Por qué estos últimos días estás como espectadora de nuestros entrenamientos?

—Me gustaría aprender algunos movimientos —mintió descaradamente la joven, provocando la risa de Kester, que la había oído.

—Ya sabemos que estás casada con Rowan, pero al final vamos a pensar que te has enamorado de uno de nosotros.

Gillian rodó los ojos. Rowan estaba pendiente de la conversación y no pudo evitar poner los ojos en blanco mientras Sloan los miraba atentamente.

—Cierto. Kester y yo somos los más atractivos de la familia. Sería normal que te enamoraras.

Cora les tiró la capa a la cabeza.

—Dejad de burlaros de Gillian, mequetrefes. Solo disfruta viéndonos pelear…

Kester frunció el ceño y se giró hacia su hermana mientras Arran se quitaba la capa de la cabeza.

—¿Mequetrefes? Le diremos a madre que nos has insultado…

Cora les mostró una mano y fingió temblar mientras se dirigía hacia la puerta del castillo.

—Uy, qué miedo…

Y en ese instante, la mirada de Cora cambió radicalmente desde la entrada a la fortaleza. Desde allí vio caer de la muralla a uno de los guerreros y, al instante, las miradas de todos sus hermanos se dirigieron hacia el lugar donde ella miraba. La propia Gillian hizo el mismo gesto que los demás, curiosa por saber qué era lo que le había cambiado la expresión de su rostro. Y la suya propia también cambió, borrando su sonrisa, cuando infinidad de flechas surcaron el cielo para clavarse en mitad del patio, cerca de ellos.

—¡A cubierto! —vociferó Rowan—. ¡Nos atacan!

Gillian giró rápidamente la cabeza hacia él y lo vio lanzarse contra ella para protegerla con su cuerpo. Enseguida, los fuertes brazos del guerrero la protegieron de una nueva tanda de flechas mientras en el patio se desataba el caos. La puerta del castillo quedaba lejos de ellos, aunque tenían cerca una carreta vieja a la que le faltaba una rueda. En ese instante, Rowan miró a Sloan para gritarle que se escondiera debajo de ella, que es lo que ellos harían, sin embargo, cuando su hermano lo miró, una flecha se clavó en su hombro, lanzándolo hacia atrás.

Sin poder evitarlo, Gillian lanzó un grito de sorpresa y horror al ver que Sloan caía herido en el suelo después de que ella misma hubiera deseado, minutos antes, que Rowan lo hiriera en el combate, provocando que se sintiera mal consigo misma.

—¡No, Sloan! —vociferó Rowan.

En el rostro del guerrero se dibujó una expresión de auténtico dolor cuando dio con sus huesos contra el suelo. Al instante, Rowan empujó a Gillian hacia la carreta con su cuerpo aún protegiendo el de la joven.

—¡Corre!

En cuestión de segundos, habían llegado a la parte baja de la carreta y observó el caos a su alrededor. Arran y Kester habían corrido hacia la muralla para ayudar a los guerreros que habían caído de lo alto de esta mientras esperaban una segunda descarga de flechas. Donde ellos se encontraban, no había nadie que pudiera ayudar a Sloan a llegar a la carreta para protegerse. Por ello, antes de que pudieran cargar nuevamente sus arcos, Rowan miró a su esposa. La tomó del rostro y descubrió que miraba asustada a su alrededor.

—Gillian, tengo que salir a por Sloan. Quédate y por nada del mundo

salgas de esta carreta hasta que todo haya terminado.

—¿Y si te hieren? —preguntó tomándolo del brazo y mirándolo con terror.

—Estaré bien.

La joven asintió, no muy convencida y lo vio salir de la protección de la carreta para correr hacia Sloan justo en el momento en el que una segunda carga de flechas sorteaba el cielo y se dirigía hacia ellos.

—¡Cuidado, Rowan! —vociferó Kester desde la muralla.

Desde su posición, Gillian pudo ver que todos los guerreros de la muralla se habían agachado para protegerse, al igual que los que estaban abajo. Sin embargo, en el centro del patio se encontraban únicamente Rowan y Sloan. Cuando las flechas no habían hecho más que aparecer por encima de la muralla, Rowan levantaba con dificultad a Sloan, pero rápidamente Alasdair apareció junto a él y lo ayudó a correr hacia la carreta.

Gillian creyó escuchar el grito de Cora cuando una flecha hirió el brazo de Alasdair y otra, la pierna de Rowan. Y cuando llegaron hasta ella, milagrosamente vivos, Gillian no pudo contener las lágrimas y se abrazó a Rowan, quien la atrajo hacia sí para seguir protegiéndola a pesar de que la carreta les ofrecía protección de sobra.

—Maldita sea… —gruñó Sloan, que estaba siendo sujetado por Alasdair.

—Has tenido suerte, amigo —dijo este—. Bueno, todos la hemos tenido…

Obligándose a apartarse de Rowan y aún temblorosa, Gillian miró al hermano herido de su esposo. Este le devolvía la mirada con gesto iracundo y dolorido, pero un gesto similar al que solía dedicarle siempre.

—¿Aún herido me vas a seguir odiando?

Sloan resopló.

—Dime que no te alegra ver que me han herido…

Gillian frunció el ceño. ¿Acaso había leído sus pensamientos mientras los veía entrenar?

—Me habría alegrado más verte muerto… —le espetó, provocando un gesto de sorpresa en Rowan.

Sin embargo, para sorpresa de todos, Sloan sonrió.

—No esperaba menos de una Comyn.

—Ni yo de un Chattan.

—¿Siempre dices la última palabra?

Gillian arqueó una ceja.

—Siempre.

Sloan gruñó y ahogó un gemido de dolor. La flecha se le había clavado en el hombro y sobresalía por su espalda. Gillian se fijó en que había tenido una suerte infinita, pues, unos milímetros más a la derecha y se le habría clavado directamente en el corazón.

—Vosotros estáis también heridos… —dijo la joven señalando las heridas de Rowan y Alasdair.

Este último se encogió de hombros.

—He estado peor.

Por su parte, Rowan la miró largamente.

—¿Tú estás bien?

La joven asintió al tiempo que una tercera carga de flechas caía sobre ellos. Sin embargo, fue la última, pues desde lo alto de la torre más alta del castillo, donde no llegaban las flechas, Cora asomaba y lanzaba flechas contra los atacantes.

—¡Son mercenarios! —vociferó con todas sus fuerzas.

Rowan asomó la cabeza bajo la carreta y miró con furia a su hermana, aunque no reflejaba tanta como Alasdair, que parecía estar a punto de escalar él mismo las piedras del castillo para llegar hasta ella.

—¡Apártate de ahí, Cora!

Pero su hermana hizo caso omiso a su orden y siguió lanzando flechas hasta que poco a poco, los mercenarios se replegaron y huyeron de allí antes de que los Chattan retomaran fuerzas y pudieran perseguirlos.

—¡Se han ido! —vociferó Cora desde la torre.

Al instante, todos salieron de sus escondites y Rowan corrió hacia la muralla. Comprobó los heridos con una mirada rápida y se dirigió a Arran y Kester.

—Agrupaos e intentad cogedlos. Traed vivo al líder.

Después, miró a otros de sus guerreros.

—Vosotros, mirad entre sus muertos por si encontráis algo de las personas que los han enviado…

Estos asintieron y Rowan volvió corriendo hacia la carreta, donde Alasdair ayudaba a Sloan a ponerse en pie, que rechazaba la ayuda de Gillian.

—Puedo yo solo.

—No porque si Alasdair se va, te caerás al suelo —se quejó Gillian al tiempo que se apartaba de él para dar paso a Rowan, que lo aferró del otro brazo.

—Jamás me caería al suelo… —le espetó Sloan con orgullo.

La joven resopló y los siguió al interior del castillo.

—No digas eso después de haberte caído de culo cuando se te ha clavado la flecha…

Sloan gruñó y la miró por encima del hombro, pero se quedó callado. Dejó que su hermano y su amigo lo llevaran a su dormitorio mientras Gillian se dirigía a las cocinas para dar órdenes a las sirvientas y así preparar todo lo necesario para curar a los heridos.

La joven repartió las tareas a varias sirvientas mientras dejó para sí la más complicada: Sloan. Corrió hacia el salón que habían habilitado para sus hierbas y tomó varios botes que le harían falta para la cura, paños limpios y una palangana. Las sirvientas hicieron lo mismo y corrieron a esperar a los heridos.

Gillian, por su parte, casi voló hacia el piso superior, donde ya habían tumbado a Sloan sobre su cama y Amelia y Cora habían llegado junto a ellos para ver el estado de su hijo y hermano. Esta última aún tenía en sus manos el arco con el que había disparado contra los mercenarios y respiraba de una forma tan acelerada que llamó la atención de Gillian al entrar. Vio lágrimas y preocupación en sus ojos, y una rabia que únicamente iba dirigida a una persona, y estaba allí: su madre.

Gillian no entendió en ese momento qué estaba pasando, pero se juró que iba a descubrirlo en algún momento. Se obligó a poner su atención en la cama, donde Rowan y Alasdair sujetaban a Sloan para extraer la flecha. Este gruñía con fuerza y de su frente caían varias gotas de sudor. Sus

mejillas estaban rojas por el dolor y el resto de su cara estaba tan pálida que parecía que iba a perder el conocimiento en cualquier momento.

—Quédate quieto, Sloan —se quejó Alasdair intentando atrapar la flecha entre sus manos.

—¡No! —vociferó el aludido señalando con su brazo sano a Gillian, que colocaba los botes sobre la cama—. Que no se acerque a mí. No me fío de ella.

—Solo quiero curar tu herida.

—Lo que quieres es echarme algo para que se me gangrene y me muera…

El propio Rowan puso los ojos en blanco.

—Es tu cuñada, no tu enemiga.

—¡Ya intentó envenenarnos!

—No te quejes que a ti no te pasó nada —dijo Amelia.

Sloan resopló y gruñó cuando Alasdair tiró ligeramente de la flecha.

—Amigo, como te atrevas a hacerme daño pienso perseguirte y ¡ah!

El grito de dolor de Sloan reverberó entre las cuatro paredes de su habitación. El guerrero había logrado girar ligeramente a Sloan y tiró con fuerza de la flecha. Al instante, un chorro de sangre salió de la herida. Estaba abierta tanto por la espalda como en el hombro, pero desde la distancia Gillian pudo comprobar que era una herida limpia.

—No te acerques, maldita Comyn.

Rowan gruñó entre dientes cuando su esposa se puso de rodillas en la cama y Sloan intentó alejarse.

—Hermano, Gillian no solo es quien va a curarte, sino también tu señora…

El aludido lo miró de reojo y después no perdió detalle de las manos de Gillian. En el momento en el que la joven alargó una mano con un paño mojado para limpiar la herida, Sloan atrapó su mano y la atrajo hacia él.

—Más te vale que la herida sane pronto.

Gillian lo encaró y rechinó los dientes.

—Si no me dejas comenzar, no sanará nunca…

Sloan le enseñó los dientes y gruñó cuando el paño tocó la herida.

A pesar de las reticencias del inicio, Sloan dejó que Gillian lo curara. Tardó varios minutos en acabar. Todo a su alrededor estaba en silencio, tanto que incluso llegó a pensar que se habían quedado solos. Gillian suspiró cuando hizo la última lazada al vendaje del hombro. Se echó hacia atrás y se levantó de la cama, alejándose de Sloan, que no había perdido detalle de cada movimiento de sus manos, temeroso de que intentara matarlo.

Y solo cuando Gillian se alejó de la cama y dijo que había terminado, Amelia pudo respirar tranquila.

—Se recuperará bien, ¿verdad?

Gillian miró a la madre de su esposo y asintió.

—Si tenemos en cuenta el mal humor que se gasta, le ganará la batalla a la fiebre si intenta aparecer.

—Sigo aquí… —gruñó Sloan.

Amelia sonrió y asintió. Ambas ignoraron la queja de Sloan y su madre se acercó a él.

—Has tenido mucha suerte. No sé si los demás van a correr la misma que tú. Podríais haber muerto todos los que estabais en el patio.

Rowan se cruzó de brazos y miró a su madre.

—Nos han pillado a todos por sorpresa. Incluso los que estaban en la muralla no los han visto hasta que varias flechas han caído sobre ellos.

—¿Arran y Kester?

—Están bien. Han salido a buscarlos e intentar traer al líder, aunque estoy seguro de que han podido escapar antes de que pudieran encontrarlos.

—Eran mercenarios —les aseguró Cora—. Desde la torre no se veía distintivo en la ropa, y no vestían kilt, así que no pertenecen a nadie.

Alasdair miró a Rowan.

—¿Crees que los ha enviado alguien o han venido por su propia decisión?

Rowan negó con la cabeza.

—Esa gente no ataca sin tener a alguien detrás que les paga. Se limitan a robar en los caminos, no asaltan castillos o pueblos. Está claro que hay alguien detrás que los ha enviado, pero no sé quién puede ser.

—¿Crees que pueden ser los mismos que atacaron las granjas hace dos semanas? —preguntó Sloan colocándose con dificultad en la cama.

—Podría ser, pero no puedo asegurarlo.

Cora resopló y miró de nuevo a su madre.

—Padre murió hace dos años. Ahora han estado a punto de matar a Sloan y en todo este tiempo han atacado, robado y quemado parte de nuestras tierras. ¿Has cuándo va a callar, madre?

Amelia levantó la cabeza hacia ella. Se alejó de la cama de Sloan y la encaró.

—No sé a qué te refieres.

—Yo creo que sí. Todo esto es por mi maldita culpa, pero siga callada como hasta ahora. Cuando maten a Arran, Kester o cualquier otro espero que no se arrepienta de no haber hablado antes.

Rowan frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con que eres la culpable? ¿Y por qué culpas también a madre? ¿Sabes algo, Cora?

La joven tragó saliva e inconscientemente sus ojos se dirigieron hacia Alasdair, que desvió su mirada hacia el fuego de la chimenea.

—No. No sé nada. Yo soy la pequeña de la familia. Yo qué voy a saber… —respondió con tono despectivo—. A mí nunca me han contado nada. Yo no he tenido el derecho de saber qué estaba pasando, pero sí he tenido que cargar con la culpa. No obstante, no soy yo quien debe hablar, Rowan. Ya estoy harta de todo esto; de esta maldita guerra y del caos que se genera alrededor de nuestra familia. No puedo más…

Sin añadir nada más, Cora se marchó de allí con gesto airado y cerró la puerta con un sonoro portazo. En ese instante, incómodamente miraron a Amelia, que retorció los dedos de sus manos. La mujer suspiró largamente y les dijo:

—Voy a hablar con ella.

Se marchó de allí antes de que Rowan pudiera preguntar algo más. Lo había visto en sus ojos, pero en ese instante, después de la preocupación por Sloan, no podía hablar. Cuando se quedaron los cuatro solos en la habitación, Gillian carraspeó. Aquella situación entre Cora y su madre le había parecido entre chocante, curiosa e incómoda, pero era algo que ya

venía notando días atrás, aunque no había tenido la ocasión para entrar en detalles con ellas.

Para romper el hielo, la joven miró a Sloan y le dijo:

—Te cambiaré el vendaje cada día. Aunque la flecha ha atravesado el cuerpo, no es muy grave. Eso sí, intenta no hacer demasiados movimientos bruscos ni entrenes. Tienes suerte de que se te haya clavado en el hombro izquierdo y no el derecho. Si hubiera sido al revés, no estoy segura de que hubieras podido volver a coger un arma…

—En dos días estaré bien.

—Yo no he dicho dos días —lo enfrentó la joven.

Sloan abrió la boca para responder, pero fue Rowan quien habló.

—Reposarás el tiempo que Gillian diga, hermano. Podrías haber muerto.

El aludido resopló con fuerza.

—Apenas me duele.

—No mientas —dijo Gillian con una sonrisa.

Sloan le enseñó los dientes, pero calló.

—Te dejaremos descansar, Sloan —intervino Alasdair, cuyo rostro aún mostraba su incomodidad por lo sucedido con Cora.

El aludido asintió y se tumbó en la cama mientras rechinaba los dientes para evitar quejarse delante de Gillian. Cuando los tres salieron del dormitorio del guerrero, se miraron entre sí.

—¿A qué creéis que ha venido lo de Amelia y Cora?

Alasdair desvió la mirada al tiempo que Rowan se encogía de hombros.

—No lo sé. Y ahora tengo que ir con el resto de guerreros para preguntar si han descubierto algo. No obstante, pienso descubrir qué está pasando entre ellas. Jamás he visto así a Cora, parecía a punto de… ahogarse.

Alasdair frunció el ceño y se marchó sin despedirse. Rowan lo siguió para ir a hablar con sus hombres.

Gillian se quedó unos segundos en el pasillo, hasta que finalmente bajó las escaleras para llevar los botes a su lugar. Fuera de allí estaban pasando cosas que se escapaban al entendimiento de todos, pero dentro de los muros también.

Cora tiró su arco a un lado cuando entró en su dormitorio. Lo hizo con rabia, con necesidad de salir de allí e irse a pelear contra el primero que se cruzara en su camino. La joven se aproximó a la chimenea y se apoyó en ella intentando ignorar el dolor de su pecho. Se sentía mal consigo misma y con todos. Tenía la impresión de tener las manos atadas y no podía hacer nada para salvarlos. Y, en ese momento, comenzó a sentir nuevamente el ahogo que nacía en su interior cada vez que pensaba en todo lo que estaba pasando por su culpa.

Se obligó a pensar en algo diferente a lo que había frente a sus ojos para evitar asfixiarse como otras veces y, para su propia sorpresa, los ojos de Alasdair aparecieron en su mente. Lo primero que vio fue eso, por lo que frunció el ceño y renegó entre dientes. No obstante, se dio cuenta de que había funcionado y no había llegado a sentir ese ahogo.

En ese instante, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Quien fuera no había llamado a la puerta y ella no estaba de humor para aguantar a nadie, por lo que se giró para echar de allí a quien fuera que había entrado. Cora se quedó estupefacta al ver que la persona que había entrado en su dormitorio era su madre.

Sus ojos se abrieron más de lo normal, pero no dijo nada, ni siquiera se movió de donde se encontraba. Tan solo se limitó a mirar a los ojos de la mujer que le había dado la vida y en la que se convertiría en un futuro, pues eran tan parecidas que una era el reflejo de la otra.

—Madre…

—¿Desde cuándo lo sabes, Cora?

La joven tragó saliva e intentó disimular.

—No sé a qué se refiere, madre.

Amelia resopló y se acercó a ella con los brazos en jarras.

—Creo que sí lo sabes. Hace tiempo que te comportas de forma extraña, no te pareces a la niña que yo conocí. Eres demasiado seria, estás empeñada en aprender a luchar como un hombre, eres distante con todo el mundo y te peleas constantemente con tus hermanos, especialmente con Alasdair.

—Él no es mi hermano.

—Os habéis criado como tal.

—¡Pero no lo somos, madre!

Amelia respiró hondo e intentó calmarse. Si ella también se ponía a discutir con su hija, sabía que poco podría sacar de ella.

—Está bien, Cora… —La mujer se acercó a ella y se sentó en uno de los sillones frente a la chimenea, provocando que la joven diera un paso atrás —. Durante un tiempo he llegado a pensar que tal vez lo que te pasa son cosas de tu edad y que esa rebeldía forma parte de tu aprendizaje, pero desde la muerte de padre estás rabiosa, y sé que eso no forma parte de la edad. ¿Qué sucede?

La joven sonrió amargamente y se paseó por su propia habitación.

—Tú ya sabes lo que me pasa, madre, pero quieres seguir ocultándoselo a todos. Y con eso provocas que todo el peso de lo que ha pasado recaiga sobre mí, incluida la muerte de padre.

—Tú no eres culpable de nada, Cora.

—¡No es cierto, madre! —exclamó—. Y Sloan ha estado a punto de morir también. ¿Hasta cuándo va a ocultar la verdad a todos, madre? Sabe que yo estoy en medio de todo, que todo esto es culpa mía y que todo gira alrededor de mí. Y que sin mí esta maldita guerra no habría existido…

Amelia miró largamente a Cora. La vio llorar, respirar con dificultad y llevarse las manos al pecho, como si apenas pudiera respirar. Vio su dolor, su rabia y toda su pena reflejados en sus ojos esmeraldas, que eran exactamente iguales a los suyos. Jamás había visto así a su hija, y, de repente, entendió todo. La mirada de la propia Amelia se ensombreció de golpe. Durante muchos años había intentado ocultarlo, y pensaba que lo había conseguido. Sin embargo, el principal motivo de todo le estaba confesando con la mirada que conocía toda la verdad. Y todo su mundo se vino abajo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Cora respondió cuando logró recuperar parte de su aliento.

—Desde que me escondí bajo una mesa y os escuché a padre y a ti hablar sobre ello. Lo que tú no sabías, madre, es que padre me descubrió y, aun así, siguió hablando. A partir de ese momento, me entrenó para hacerme una guerrera. No quería que yo fuera tan débil que no pudiera defenderme.

Amelia no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¿Tu padre sabía que tú conocías la verdad?

Cora asintió con cierto orgullo reflejado en sus ojos.

—¿De verdad nunca se preguntó por qué de repente padre me instruía como a sus hombres? Por eso, creo que es hora de que mis hermanos conozcan la verdad. Se lo merecen. Y también Gillian. En su clan han sufrido mucho.

Amelia se retorció las manos, pero negó con la cabeza de forma imperceptible.

—No sé si es lo correcto.

—¿De verdad no lo sabe? Rowan está investigando qué está pasando y sabe que jamás llegará al fondo de todo si no le contamos esto. Cuando lo sepan, podremos investigar al resto de clanes.

—Nada cambiará, Cora. Seguiremos en las mismas. No sabremos quién ha comenzado la guerra.

—Pero sí sabrán el motivo, madre —insistió la joven con desesperación —. Si hubieran matado a Sloan… ¿Cuántas muertes más tendremos que soportar?

Amelia cerró los ojos un instante y apretó la boca. No se sentía preparada para hacer algo así, pero sabía que su hija tenía razón. Puede que si confesaba la verdad algo podría cambiar para llevarlos al final de esa guerra.

—Confesar todo nos llevará a enfrentarnos a ese enemigo oculto.

—Entonces, hagamos que ese enemigo tiemble de miedo ante la venganza de los Chattan —sentenció Cora.

Amelia abrió los ojos de nuevo y los clavó en su hija.

—Está bien, Cora. Cuando tu hermano Sloan se recupere, hablaré con todos en el salón.

Los ojos de su hija se abrieron desmesuradamente por la sorpresa.

—¿Lo dice en serio, madre?

—Sí. Ya no voy a guardarlo más para mí.

—Espero que así sea, madre, porque si no lo hace usted, lo contaré yo.

CAPÍTULO 29

Una semana después, Sloan estaba recuperado por completo. Había tenido varios días en los que la fiebre hizo acto de presencia, provocando que se mantuviera en la cama a pesar de que insistía en levantarse para seguir con su día a día. No solo le recomendaron, sino que lo obligaron a permanecer en la cama, llegando incluso a atarle el brazo sano al cabecero de la misma para evitar que se levantara.

Gillian había estado a su lado, pendiente de la evolución de la herida y aunque le decía una y otra vez a Sloan que la aparición de la fiebre era algo normal en heridas de ese calibre, este vociferaba que estaba seguro de que le había echado algo de veneno en la herida para matarlo.

Cuando por fin todo pasó y recuperó las fuerzas, había pasado una semana. Sloan por fin se encontraba bien para poder levantarse y mover ligeramente el brazo. Gillian le indicó una serie de ejercicios para recuperar toda la movilidad y la fuerza en el brazo izquierdo y a pesar de que Sloan se negó a hacerlos, Arran y Kester se propusieron ser su sombra para obligarlo a llevarlos a cabo.

La calma parecía haber vuelto al clan, pero Rowan seguía inquieto, pues sus hermanos no habían logrado atrapar a nadie de los mercenarios que los habían atacado con flechas en el castillo, por lo que seguían con la misma información que siempre. Ni siquiera habían adelantado algo con las misivas que enviaba Elijah Comyn casi a diario para informar de todo en su clan.

Las cosas seguían igual, pero los ataques habían pasado de ser en la frontera para atreverse a hacerlo en las propias puertas del castillo, algo que preocupaba irremediablemente a Rowan.

Había desplegado a parte de sus hombres por todas sus tierras para que dieran alcance a todo aquel que se atreviera a cruzar por ellas sin permiso y salvo el caso de Cailean MacLeod, que había atravesado sus tierras para visitar a su amigo Cameron Sinclair, junto a su familia, no había ocurrido nada extraño. Y eso era lo que más le sorprendía de todo. ¿Cómo era posible que atacaran y se retiraran como si nada? ¿Qué demonios buscaban para hacer eso? Parecía ser un burdo intento de volver a enfrentar a los clanes. Sin embargo, ellos ya conocían cierta información y no se enfrentarían a nadie. Sin embargo, no podían decir lo mismo del resto de

clanes.

Por ello, Rowan trabajaba esos días más que en toda su vida. No perdía detalle de cada uno de sus guerreros, de todo lo que estos le explicaban y siempre esperaba a que regresaran para conocer toda la información del clan.

El laird no lo sabía, pero Gillian se sentía realmente orgullosa de todo su trabajo. Jamás pensó que un hombre pudiera llevar sobre sus hombros tanta carga como él. No estaba segura de que durmiera la noche entera, pues le dedicaba también parte de su tiempo de descanso a ella, haciéndole el amor con tanta pasión e intensidad que parecía tener energía de sobra en su cuerpo. No habían vuelto a hablar de lo que ella le había confesado tiempo atrás, pero las cosas entre ellos marchaban tan bien que a la propia Gillian le causaba cierta reticencia a volver a sacar el tema. Había logrado vivir con tranquilidad en el castillo, ganándose la confianza de todos, y no pretendía romper con eso por una pregunta que rondaba en su cabeza: ¿sería él capaz de amarla? Prefería mantener la duda en su mente por siempre antes que formulársela al guerrero y que este se alejara definitivamente de ella.

A pesar del nerviosismo que había entre los guerreros y en el propio Rowan y sus hermanos, en ese momento se encontraban en uno de los salones del castillo, esperando a que llegara su madre para contarles algo importante. Así se lo había hecho saber Cora cuando esa mañana buscó uno por uno a sus hermanos para que acudieran a ese salón antes de la comida. Incluso la propia Gillian estaba allí, sentada en uno de los sillones y sin dejar de mover una pierna por el nerviosismo que sentía. Cora también lo estaba y, por ello, había preferido mantenerse en pie, paseando de un lado a otro sin apartar la mirada de Alasdair, que también se la devolvía con gesto iracundo después de que la joven preguntara qué hacía él allí si no era de la familia. El propio Rowan le había indicado que llevaba tanto tiempo con ellos que era prácticamente uno más.

Kester y Arran miraban a través de la ventana, incapaces de mantener a raya la curiosidad que sentían por el motivo que había llevado a su madre a convocarlos allí.

Sloan, por su parte, se encontraba apoyado en una pared alejada de los demás. Tenía el gesto serio y lo que más deseaba era escapar de allí para volver a sentir en su rostro el aire fresco después de una semana encerrado en el castillo.

Rowan, por su parte, se encontraba justo detrás del sofá en el que estaba sentada su esposa. La observaba de reojo y pudo comprobar el estado de nerviosismo de la joven, que casi logró contagiarle. Estaba de brazos cruzados sobre el pecho e intentaba no pensar en ese momento en lo que estaba pasando en su clan, sino en la mujer que tenía junto a él. Ignoró la presencia de sus hermanos y solo pensó en Gillian. Aquella mujer le estaba robando la razón poco a poco. Se había metido tan profundamente en sus pensamientos que no podía quitársela de encima. Pero tampoco podía evitar pensar en las palabras que le dijo semanas atrás, cuando le expresó que podría llegar a enamorarse de él. Aquella palabra, amor, le llegó como un fuerte golpe en su estómago y no había sabido gestionarla bien. Durante días no había podido pensar en otra cosa que no fuera en eso. Lo que sentía por Gillian era algo fuerte, una obsesión tan profunda que lo obligaba a estar cerca de ella en todo momento. Pero ¿y si lo que él sentía por la joven iba más allá de esa obsesión? ¿Y si, al contrario de lo que pensaba de sí mismo, él también podía tener la capacidad de amar?

La llegada de su madre lo obligó a salir de sus pensamientos y a ponerse en guardia. El rostro de Amelia se mostraba tan serio y nervioso que temió que les comunicara algo malo a la familia, y a pesar de su frialdad, Rowan sentía que no podía aguantar más peso sobre su espalda.

Su madre cerró la puerta tras ella y fijó la mirada en todos y cada uno de sus hijos antes de suspirar y mirarlos de pie.

—¿No te sientas, madre? —preguntó Arran.

La mujer negó con la cabeza e intentó sonreír.

—Os preguntaréis para qué os he convocado aquí hoy. Como ya sabéis, he tenido mis diferencias con Cora semanas atrás porque había algo que debía contaros. Me convenció para que lo hiciera y por eso estamos aquí.

Inconscientemente, las miradas de todos se dirigieron directamente hacia su hermana pequeña, provocando que la joven desviara su mirada hacia el suelo y se cruzara de brazos, incómoda.

—Nos tiene en ascuas, madre —dijo Rowan apoyándose contra el sofá y rozando de forma deliberada la cabellera de Gillian, que estaba apoyada contra el respaldo del mismo.

Amelia asintió y dio un paso más hacia ellos.

—Creo que hay algo que debéis saber y que ocurrió hace demasiado tiempo. La verdad es que no sé quién corrió el rumor o quién se lo inventó, pero sí sé que nos afecta demasiado y que tal vez todo tenga que ver con eso.

Las manos de Amelia temblaban tanto que no podía fingir lo contrario. Tomó aire profundamente y abrió la boca para hablar. Sin embargo, la puerta del salón se abrió de golpe y Nicolas entró en él respirando con dificultad.

—Lamento interrumpir, pero ha ocurrido algo que no podía esperar…

Amelia se apartó y dejó que Rowan se acercara a él.

—Han atacado nuestra frontera con los Comyn, pero no solo a nosotros, sino también a ellos y han herido de gravedad a su laird.

Cuando Gillian escuchó esas palabras se levantó de un salto del sofá. La mirada de Rowan se giró rápidamente hacia ella. Vio su rostro pálido y no pudo evitar alargar una mano para sostenerla, temeroso de que cayera al suelo desmayada.

—¿Han herido a mi padre?

Nicolas asintió y apretó los puños, rabioso.

—Han matado a todos los hombres que iban con él.

Gillian se apoyó contra el cuerpo de Rowan, pues un mareo la asoló en ese momento, amenazando con hacerla caer. El guerrero la estrechó con fuerza y miró a Nicolas.

—¿Dónde se encuentra ahora Elijah? ¿Lo han llevado a su castillo?

Su guerrero negó con la cabeza.

—No. Los granjeros cercanos han decidido dejarlo en una de sus casas para evitar moverlo demasiado. De todas formas, parece que…

La voz de Nicolas se perdió, pues no sabía si era mejor continuar o dejarlo así. Sin embargo, cuando Gillian se apartó de Rowan y lo miró, decidió seguir.

—Parece que sus heridas son muy graves. Dicen que perdió mucha sangre y que probablemente no sobreviva a dos días…

—¿Por qué lo han atacado?

—No lo sé, pero Seth dice que, mientras estaban allí, llegaron un par de

guerreros Comyn y les dijeron que venía hacia aquí porque al parecer había descubierto quién nos ataca a todos.

El corazón de todos latió con tanta fuerza que, si se hubieran quedado en silencio, habrían podido escuchar el ritmo de cada uno de sus corazones.

—¿Y ese guerrero Comyn le dijo a Seth quién está detrás de todo?

—No, al parecer el laird no quiso decírselo a nadie por temor a represalias. Quería venir él a contártelo directamente.

Rowan lanzó un rugido de contrariedad y se llevó las manos a la cabeza.

—Maldita sea…

Gillian apretó los puños mientras miraba a Rowan fijamente.

—Está claro que alguien de sus filas lo ha traicionado.

La joven miró a Nicolas.

—¿Seguro que no quedó nadie vivo?

El guerrero asintió.

—Seth ha dicho que todos estaban muertos y que dejaron desangrarse al laird, pero ha logrado sobrevivir, aunque malherido.

Gillian fue hacia Rowan y lo tomó del brazo para que la mirara.

—Debemos ir a ver a mi padre.

El guerrero miró a sus hermanos y vio que asentían, por lo que hizo el mismo gesto que ellos.

—Iremos, pero es demasiado peligroso que vayas tú.

La joven frunció el ceño y dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado.

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio, Rowan? Voy a ir a despedirme de mi padre. Va a morir…

—Cabalgaremos rápidamente…

—¡Puedo seguiros el ritmo! —vociferó la joven mirándolo de nuevo con el mismo orgullo y odio que el primer día.

Esa mirada caló hondo en el corazón de Rowan, que sintió un profundo dolor al ser de nuevo el centro de su ira.

—¡Podría ser una trampa para llevarnos allí y aniquilarnos a nosotros también!

—¡Me da igual! ¡Es mi padre!

Rowan acortó la distancia con ella y acercó su rostro al de la joven.

—A mí no me da igual que te hieran, Gillian —dijo entre dientes intentando contenerse—. Eres mi esposa y mi deber es protegerte.

—Entonces, llévame contigo y hazlo. Si me dejas aquí, estaré desprotegida.

—Lo harán mis hombres por mí —rebatió el guerrero.

—No es su deber, sino el tuyo. Lo acabas de decir.

Rowan apretó los puños con fuerza ante las palabras de su esposa, que no podía refutar.

—Como te atrevas a separarte de mí en algún momento, construiré una celda pequeña para ti donde pasarás el resto de tu vida.

—Piénsalo por el lado positivo. Si me matan, serías libre.

Rowan la miró de arriba abajo intentando mantener la calma. Si la mataban, él mismo se enterraría con ella en la fosa para seguir protegiéndola de la propia muerte, aunque no estaba dispuesto a confesarlo. Después, desvió la mirada de ella y la dirigió a sus hermanos.

—Arran, Alasdair, os quedaréis en el castillo para vigilar. Estáis al mando ahora.

Los aludidos asintieron con seriedad.

—Kester y Sloan vendrán con nosotros —Miró a Nicolas—. Tú también. Y avisa a Seth, que es quien sabe dónde está el laird Comyn, también a Peter, Paul, Axel y Aaron. Creo que con esos será suficiente para marchar. Los demás se quedarán en el castillo para defenderlo. No me extrañaría que ahora vengan a atacarnos a nosotros.

Amelia se acercó a Rowan.

—Ten cuidado, hijo. Y cuida de tu esposa.

—Con mi sangre, mi cuerpo y mi espíritu, madre.

Amelia asintió y miró a los demás.

—A vuestro regreso, os contaré todo.

Sus hijos asintieron y se marcharon a prepararse para viajar.

Con los nervios a flor de piel, Gillian corrió escaleras arriba para

cambiarse de ropa. Tenía que ponerse de nuevo la ropa que había llevado el primer día allí, pues sería muy cómoda para viajar. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar, ya que saber que su padre estaba a punto de morir la llenaba de angustia, pero aún más al descubrir que este conocía al culpable de todo y podría poner fin a la guerra de una vez por todas.

En cuestión de media hora, todos los caballos estaban preparados, las alforjas llenas de comida y hierbas para curar y los jinetes preparados para marchar. Gillian apareció en el patio junto a Rowan. Para sorpresa de la joven, este le había tomado la mano en silencio y la apretaba con fuerza, como si tuviera miedo de que desapareciera de su lado. Gillian estaba tan nerviosa que no se atrevió a preguntarle por qué hacía eso, pero no hizo amago de soltarse en ningún momento.

Su corazón latía con fuerza al sentir el suave tacto de la piel de Rowan contra el suyo. Casi podía sentir su oscuridad y sus pensamientos, pero lo que no podía adivinar era el auténtico terror que Rowan sentía ante la posibilidad de perderla para siempre. El corazón de este también latía con la misma velocidad y, por primera vez en su vida, sentía verdadero pavor a la muerte, aunque no la suya, sino la de la joven. No podría vivir una vida sin ella, sin sus miradas, sin su arrebato, sin su orgullo, sin su sonrisa, sin sus abrazos o gemidos mientras le hacía el amor, sin su suave respirar mientras dormía… Todo. Lo quería todo para siempre, pero le aterraba perderlo como un niño pequeño cuando se extravía de sus padres. Y no sabía cómo gestionar ese sentimiento tan impactante para él y al que no sabía ponerle nombre.

Cuando estaban a punto de llegar junto a sus hombres, Rowan la soltó y tomó las riendas de su caballo. Vio que sus hermanos y los demás montaban, por lo que él hizo lo mismo. A su lado, Gillian lo imitó, y cuando estuvieron todos sobre sus caballos, salieron a galope de allí, prometiendo regresar con respuestas sobre la guerra que los había llevado a todos a la ruina, al dolor y a la ira.

Cabalgaron tan rápido hacia la frontera que tardaron menos de lo que solían tardar en llegar allí. Desde la distancia pudieron ver el humo que aún salía de uno de los fuegos que seguía activo debido a que se trataba de un pajar y contenía mucho heno seco. Seth los llevó por los caminos mejor

transitables y a través de los cuales podían ganar unos minutos de tiempo para llegar cuanto antes.

A medida que se aproximaban a la granja donde habían llevado al laird Comyn, ya en tierras de este, la velocidad de los caballos disminuyó a petición de Rowan, que quería tener la mirada puesta en todo momento a su alrededor por temor a un posible ataque.

—No te separes de mí, Gillian —le dijo en voz baja antes de desenvainar su espada para tenerla lista en caso de ataque.

—Tranquilo.

Ambos se miraron una última vez. A Gillian le habría gustado decirle algo más, pero no tuvo el valor de hacerlo. Sin embargo, no fue la única. Rowan tenía una frase en la punta de la lengua desde que habían abandonado sus tierras, pero no tenía el valor de ponerla en palabras.

Después de eso, se obligó a observar todo a su alrededor. No quería perder detalle, y tampoco sus hombres, quienes también desenvainaron las espadas. El cielo, que estaba completamente despejado ese día, pareció nublarse de golpe cuando el humo se alzó sobre él y los cubrió a todos a medida que se acercaban. Gillian arrugó la nariz cuando el intenso olor a quemado llegó hasta ellos, regándolo todo a su paso.

—Creo que es el peor ataque que hemos recibido nunca —dijo la joven sin poder parar de mirar a un lado y a otro para comprobar los daños.

—No podemos detenernos ahora aquí —dijo Rowan al ver si interés—. Debemos dirigirnos hacia donde está tu padre.

Seth señaló hacia un pequeño bosque que había más adelante.

—Lo llevaron a una cabaña por allí. No querían arriesgarse a más daños.

Rowan asintió y miró de reojo a Gillian. Los ojos de esta se llenaron de lágrimas que quiso ocultar con varios parpadeos. A él también le había dolido la muerte de su padre, pero no quería imaginar cómo sería la vida de ella si no estuviera casada y su padre también moría. Sabía que le quedaba uno de sus hermanos, pero desconocía cómo la trataba, ya que ella jamás hablaba de él.

—Tal vez ya ha muerto… —susurró Gillian a medida que se internaban en el bosque.

Rowan negó con la cabeza sin dejar de observar a su alrededor.

—No lo creo. Nos habríamos enterado tras pasar la frontera.

Gillian lo miró desde su montura y suspiró. Desde que habían abandonado el castillo, no se había separado de ella ni un solo instante, proporcionándole la fuerza necesaria para pasar por ese proceso de despedida de su padre. Desde que estaba en el castillo de Rowan lo había echado terriblemente de menos. Habían compartido tantos momentos y viajes que no sabía cómo iba a gestionar su pérdida, y para colmo le quedaba la duda sobre si Rowan podría llegar a amarla.

La joven se obligó a mostrarse serena, ya que no podía presentarse ante su padre echa un manojo de nervios. En cuestión de minutos, divisaron la enorme cabaña donde habían llevado a Elijah. Varios de sus hombres, llegados desde el castillo, montaban guardia en la puerta. Al verla y reconocerla, la saludaron.

El grupo desmontó de los caballos y Rowan y Gillian corrieron hacia la entrada de la cabaña.

—¿Mi hermano está aquí?

Uno de ellos negó con la cabeza.

—Se fue hace un par de horas. Vuestro padre lo obligó a regresar para proteger el castillo.

Gillian se retorció las manos. Tan solo unos metros la separaban de su progenitor y no se sentía con la valentía y la fuerza necesaria para entrar en ese lugar.

—¿Cómo está? —preguntó Rowan por ella.

El guerrero torció la cabeza y chasqueó la lengua.

—Demasiado débil. Es un milagro que aún siga vivo.

—Tiene el coraje suficiente para pedirle a la parca que espere hasta veros llegar —dijo otro de los guerreros.

Gillian asintió con una sonrisa triste en los labios. Sabía que su padre ya estaba delicado de salud, por lo que ese ataque mermó sus fuerzas de tal manera que no tuvo tiempo de llegar a su castillo.

Los guerreros se apartaron y abrieron la puerta para dejarla pasar junto a Rowan. Rápidamente, Gillian corrió a hacia un pequeño colchón de paja viejo que había en un extremo de la cabaña abandonada. No le pareció un lugar digno para que el laird de los Comyn muriera. Sin embargo, teniendo

en cuenta la palidez del rostro de su padre, sería imposible llevarlo con vida al castillo.

—Padre… —susurró la joven.

El guerrero que había curado sus heridas se apartó de ellos y salió por la puerta, dejándoles intimidad para despedirse.

Gillian se arrodilló junto a él mientras que Rowan prefirió quedarse de pie al lado del colchón.

El estado del laird Comyn era pésimo. Incluso a Rowan le sorprendió que aún siguiera con vida a pesar de haberse quedado casi sin sangre en el cuerpo. Tenía toda la cara magullada y un color pálido, casi azulado, se extendía desde su rostro al resto del cuerpo. Tenía una herida profunda en el vientre, la que le daría muerte, sin duda. Y aunque la habían vendado, el color blanco de la tela había pasado a ser completamente rojo.

Al ver el estado de su padre, Gillian no pudo evitar sollozar a pesar de haber intentado controlar las lágrimas desde el primer momento. Al escuchar su llanto, Elijah Comyn abrió ligeramente los ojos y la miró.

—No… llores… —dijo con dificultad y un hilo de voz.

—No me deje, padre. Aún le quedan cosas que hacer en este mundo.

—Me… temo que… mi tiempo ha… terminado.

Un ataque de tos lo asoló, provocando después un gemido de dolor. Un chorro de sangre escapó de la herida abierta y Rowan fue consciente de ello. Se arrodilló también a su lado y le mostró su respeto. Tocó su brazo con delicadeza para llamar su atención y cuando la mirada cristalina del laird Comyn estuvo sobre él, abrió la boca para hablar, pero lo cortó el padre de la joven.

—Cuida de ella.

Rowan asintió con solemnidad.

—Mi cuerpo será su protección y mi brazo el que siegue la vida de nuestros enemigos.

Elijah asintió, cada vez más débil.

—Mi hombre nos ha dicho que habéis sido atacados cuando os disponíais a viajar a mis tierras.

—Así… es…

—Padre, nos han dicho que ha descubierto el nombre del culpable.

La respiración de Elijah se hizo más complicada. Le sobrevino un nuevo ataque de tos, provocando que nueva sangre escapara de su cuerpo. Su rostro se tornó aún más pálido si cabe mientras que su pecho apenas podía subir y bajar para tomar aire. Sin lugar a dudas, la vida se le escapaba y nadie podía hacer nada. Sin embargo, querían descubrir el nombre del culpable de todo antes de que la parca finalmente se lo llevara con ella.

Elijah asintió sin poder hablar y boqueó varias veces en busca de aire que llevar a su pecho.

—Díganos el nombre de esa persona, Comyn —lo instó Rowan al ver que estaba a punto de exhalar su último aliento de vida.

Los ojos del aludido se dirigieron hacia él, pero las fuerzas lo abandonaban y no podía hablar. Rowan levantó la mirada, preocupada, a Gillian. Esta también se mostraba desesperada, pero no podían arrancarle el nombre a su padre.

—¿Es alguien perteneciente a alguno de los clanes contra los que hemos luchado?

Elijah asintió con un gemido de dolor.

—¿Un guerrero del clan?

Al ver que negaba con la cabeza, Rowan siguió preguntando.

—¿Es un laird? —preguntó y sintió que se llenaba de furia al ver la señal afirmativa de la cabeza de Elijah.

Rowan y Gillian volvieron a mirarse entre ellos. El corazón de ambos latía a tal velocidad que pensaban que les iba a dar un ataque, pero Rowan siguió preguntando mientras la joven tomaba la mano fría de su padre para intentar infundirle fuerzas.

—¿Quién es? —preguntó el guerrero.

—Es… —De su boca comenzaron a salir bocanadas de aire entre el que parecía dibujarse un nombre, pero apenas podían entenderlo.

—¿Es MacBean? —preguntó Rowan, desesperado.

Sin embargo, Elijah siguió boqueando hasta que de su boca escapó un hilo de sangre y sus ojos se cerraron para siempre.

—No… padre —murmuró Gillian apretando su mano—. No puede morir

sin decirnos quién es. ¡Padre!

La joven sacudió el cuerpo de su progenitor mientras gritaba que les dijera quién era, pero rápidamente, Rowan se puso a su lado y la obligó a dejarlo en paz.

—Se ha ido, Gillian —murmuró en su oído.

La joven negó con la cabeza mientras su rostro se surcaba de lágrimas. Sollozó intentando adivinar el nombre, pero ya era tarde para su padre. No había tenido tiempo para contarles la verdad que había descubierto. Rowan la aferraba con fuerza mientras ella se apoyaba contra su pecho y lloraba descorazonadamente. Acababa de irse el mayor pilar de su vida y el sentimiento de orfandad era demasiado fuerte como para soportarlo.

—¡Padre! —vociferó a pesar del dolor de su garganta.

Rowan la giró hacia él y la abrazó, incapaz de saber qué más hacer por ella en ese instante. Solo deseó abrazarla y enterrar el dolor de alguna manera. Se descubrió a sí mismo deseando ser él quien sufriera en ese instante y no ella. No podía aguantar sus sollozos lastimeros. Algo dentro de él se rompió en ese momento y se dio cuenta de una verdad que llegó a él como el peor de los golpes que había recibido a lo largo de toda su vida: la amaba incondicionalmente y de una forma tan desesperada que en ese instante daría su propia vida para evitarle el dolor por la muerte de su padre.

CAPÍTULO 30

Una hora después de la muerte del laird Comyn, llevándose con él a la tumba el secreto que todos anhelaban conocer, Rowan dejó a Gillian al cuidado de los hombres del clan Comyn mientras él se acercaba a los suyos para comunicarles que no habían tenido tiempo suficiente para saber quién era el culpable. Sin embargo, sí habían logrado conocer algo que también los inquietaba. Habían llegado a pensar que tal vez alguien ajeno a la guerra hubiera llevado a los siete clanes a ella. Sin embargo, Elijah Comyn les dejó claro que no, que el culpable era uno de los lairds implicados en ella.

—Al menos hemos reducido muchísimo la lista de culpables… —dijo Kester.

—Y también hemos descubierto que otros clanes implicados en la guerra son tan inocentes como nosotros.

—¿Y por qué harían algo así? —preguntó Nicolas.

—Porque necesitaban a muchos clanes para que la mira de sus enemigos no estuvieran contra ellos.

—O porque tenía algo en contra de todos los demás… —dijo Seth.

Sin embargo, Rowan negó lentamente con la cabeza. En su mente había muchas posibilidades, pero ninguna era lo suficiente pesada como para quedarse. Y, finalmente, el recuerdo de su madre en el salón tomó fuerza. Amelia les había comunicado que iba a hablar con ellos para contarles el motivo de esa guerra, por lo que tal vez su madre tuviera las respuestas que necesitaban a sus preguntas. Si ella les contaba lo que sabía, tal vez pudieran atar cabos entre los demás clanes implicados en la guerra.

Rowan suspiró y señaló hacia los límites del bosque.

—Mientras mi esposa prepara a su padre para el regreso al castillo, deberíamos ir a la granja que había por allí para buscar algún indicio.

Sus hombres asintieron y se dirigieron hacia los caballos, sin embargo, Rowan se aproximó a los guerreros Comyn para advertirles en voz baja.

—Mi esposa queda bajo vuestro cuidado durante unos minutos. Más os vale que no le ocurra nada en mi ausencia.

Ambos guerreros asintieron con seriedad.

—Es la hija de nuestro señor. La protegeremos con nuestra propia vida.

—Eso espero… —les advirtió antes de girarse hacia sus hombres y montar sobre los caballos para alejarse.

Su mayor preocupación ahora era investigar algo en la granja y, si no encontraba nada, regresaría a galope a su clan para preguntar a su madre qué ocultaba sobre la guerra. Si sus enemigos habían descubierto que Comyn sabía quién era el culpable y lo habían matado era porque tenían informantes en varios puntos, incluido dentro del propio clan Comyn. Pero lo peor no era eso, sino el hecho de pensar que en su propio clan hubiera algún traidor, ya que eso explicaría el ataque que sufrió Gillian en el pasadizo cuando la encontraron sola. Nunca habían logrado descubrir al culpable y nadie parecía saber nada. Por lo tanto, si entre los Comyn había traidores, también entre los suyos.

Su corazón se encogió al ser consciente de la verdad. Sus manos temblaron mientras sujetaban las riendas del caballo. Y a medida que se aproximaban a la granja quemada, Rowan se juró a sí mismo que iba a encontrar al culpable. Ya no solo por la paz de su clan y su aliado del clan Comyn, sino por proporcionarle una vida tranquila a su esposa, cuyo corazón estaba roto en ese instante por la muerte de su padre, y había encogido su propio corazón al verla tan vulnerable minutos atrás.

Gillian se limpió una lágrima que rodaba por su mejilla mientras limpiaba con cuidado el cuerpo muerto de su padre. Jamás pensó que este iba a fallecer tan pronto, ni siquiera cuando su enfermedad lo atacaba de forma abrupta. Siempre lo consideró un hombre fuerte, capaz de vencer incluso a la parca. Sin embargo, descubrir el mayor secreto de aquella guerra lo había llevado a la muerte. Y lo peor de todo era pensar que tal vez por culpa de una traición. ¿Quién del clan se había atrevido a venderse a sus enemigos tan solo por unas monedas? Gillian conocía a todo el mundo y repasó todas y cada una de las caras mientras limpiaba el cuerpo de su padre. No obstante, ninguna de ellas le había parecido demasiado traicionera. Podían ser serios, antipáticos o personas muy calladas, pero nunca unos traidores.

La joven suspiró y limpió otra lágrima que rodaba por su mejilla. Se sentía tremendamente hundida en ese instante y no podía pensar con claridad. Le dolía terriblemente no poder acudir al funeral de su padre en el clan, pero debía regresar con Rowan a su castillo, especialmente si tenía en cuenta la situación en esa zona de Escocia. Podrían ser atacados en

cualquier momento y la seguridad de todos era su máxima preocupación ahora.

Gillian volvió a mojar el paño lleno de sangre en el agua. Esta se encontraba completamente roja, por lo que la cambió por una más limpia. Su padre debía estar perfecto antes de regresar a su hogar para el funeral. Poco a poco, sintiéndose con todo el tiempo del mundo sobre ella, Gillian arregló como pudo la camisa de su padre y tapó las heridas que estaban abiertas y que lo habían llevado a la muerte. Con vendajes limpios y la ropa más colocada, su padre presentaba un aspecto completamente diferente.

Había tardado más de una hora en prepararlo, y se sentía orgullosa de sí misma ante el cambio de su progenitor.

Poco después de su muerte, Rowan la había dejado allí para salir a hablar con sus hombres, y a pesar de que ahora no estaba con ella, Gillian tenía la impresión de que las manos de su esposo aún estaban sobre su espalda. La había abrazado con tanto ímpetu que parecía querer fusionarse con ella. Y la joven sabía que jamás iba a olvidar ese abrazo, pues le había llenado el alma.

Sin embargo, sus obligaciones como laird lo obligaron a retirarse y dejarla sola, algo que en parte agradeció, pues necesitaba despedirse de su padre en soledad. Durante el tiempo que estaba sola, Gillian le había hablado en voz alta, como si él pudiera escucharla. Le había contado su vida junto a los Chattan, cómo se sentía, qué esperaba de la vida y de la guerra a la que podrían volver en poco tiempo si no descubrían quién era el culpable. Y, sobre todo, la joven le pidió repetidas veces que, allá donde estuviera su espíritu ahora, le enviara una señal para descubrir al culpable.

En el momento en el que Gillian se levantó para coger la espada de su padre, que se encontraba sobre una vieja mesa, escuchó un ruido extraño en el exterior de la cabaña, al que no le dio demasiada importancia, pues su única atención estaba puesta sobre su padre. Supuso que los guerreros de su padre estaban hablando entre sí y por eso se había escuchado ese ruido.

Gillian tomó la espada entre sus manos y miró la hoja de acero. Esta aún estaba manchada con la sangre de sus enemigos que finalmente lo habían matado, por lo que cogió un paño limpio y se entretuvo en limpiarla a conciencia para que estuviera limpia en su funeral, ya que no podía permitir que su padre fuera enterrado con la sangre de sus asesinos aún en su espada. Y cuando la tuvo limpia, se aproximó a su padre para colocarla sobre su

cuerpo y que sus manos, laxas, la aferraran como buen guerrero que había sido en la vida.

Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a él, la puerta de la cabaña se abrió abruptamente. Durante un segundo, Gillian pensó que tal vez se trataba de Rowan, pero cuando giró la cabeza en su dirección vio a dos guerreros vestidos de negro que llevaban una espada ensangrentada en sus manos. Al instante, los reconoció como mercenarios, pues no llevaban distintivo alguno de ningún clan, y no pudo evitar que su corazón se exaltara al instante.

Fue consciente de que habían matado a los guerreros de su padre que había apostados frente a la puerta de la cabaña, sin embargo, se preguntó dónde estaría Rowan en ese instante para no estar ya allí junto a ella.

—Vaya, vaya… La hija predilecta del laird Comyn está aquí…

La voz profunda y segura del primer hombre que entró en la cabaña llenó el espacio y le provocó escalofríos. Poco a poco, Gillian se colocó delante del cuerpo de su padre para evitar que le hicieran más daño y profanaran su cuerpo sin haberle dado sepultura.

Intentó que ninguno de ellos viera el temblor de sus manos. Sus ojos se dirigieron al exterior, buscando la figura imponente de Rowan, pero no logró encontrarla, por lo que se dijo que estaba sola en ese instante y que debía no solo proteger a su padre, sino a ella misma.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz segura.

—Nos ha llegado información de que el laird Comyn seguía vivo tras el ataque…

—Aquí no tenéis nada que ver, así que marchaos.

El mercenario la recorrió de arriba abajo y sonrió al ver que la joven aferraba la espada de su padre con ambas manos.

—¿Por qué no dejas eso, preciosa? Podrías hacerte daño.

—El daño os lo haré a vosotros si no nos dejáis en paz. ¿Quién os envía?

Ambos mercenarios se carcajearon al escucharla, sin embargo, la joven se mostró seria y con el ceño fruncido, dispuesta a atacarlos si era necesario. No era muy ducha en el arte de la espada, pero su padre le había enseñado algunos movimientos que podrían ayudarla a escapar de allí en ese momento.

—¿Sabes algo, preciosa? Nuestro líder te quiere intacta. Desea hacer el mayor daño posible a Chattan y, después de haberle matado a su primera esposa, quiere que esta nueva sea su esclava en la cama.

Gillian tragó saliva.

—No pienso irme con nadie, así que tu querido líder se quedará con las manos vacías.

Uno de ellos chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No lo creo, preciosa. Te vas a venir con nosotros y después mataremos a tu esposo.

—¿Por qué queréis hacerle daño? ¿Qué os han hecho los Chattan?

Los dos hombres se miraron entre sí con una sonrisa.

—Vaya, parece que el objetivo real en esta guerra es el único que desconoce el motivo por el que está metido en ella.

Gillian frunció el ceño. No sabía dónde estaba Rowan, pero quería ganar tiempo para que el guerrero y sus hombres llegaran a ayudarla.

—Los Chattan no os han hecho nada.

—Tienes razón, pero precisamente por eso debemos eliminar nuestro objetivo antes de que logren acabar con nuestro líder…

La joven los miró sin entender.

—¿Quién es ese líder? ¿O acaso es tan cobarde que tiene que esconderse detrás de mequetrefes como vosotros?

La mirada del primer mercenario se ensombreció al escuchar sus palabras, y dio un paso hacia ella.

—Ten cuidado, preciosa, o tendremos que llevarte con alguna que otra herida ante él.

—No os tengo miedo.

Ambos sonrieron.

—A él todo el mundo le tiene miedo.

—Se equivoca. Mientras haya en el mundo una sola persona que no se lo tenga, seguirá siendo débil. Y todos los débiles caerán tarde o temprano porque cometerán un error que los llevará a la ruina.

—Por eso estamos nosotros aquí. Somos los mejores y jamás nos

equivocamos.

Gillian levantó la espada y dobló ligeramente las rodillas.

—Eso está por ver.

Con una sonrisa, el primer mercenario se lanzó contra ella mientras el otro los observaba desde la puerta. Jamás se había enfrentado a nadie en una lucha a muerte como aquella, pero la determinación de Gillian por sobrevivir y seguir siendo libre podía demasiado y le inspiró fuerza en sus brazos y en su cuerpo.

Recordó los movimientos de pies que los guerreros Chattan hacían cuando entrenaban. Se dijo que haberlos observado mientras entrenaban debía haber hecho que aprendiera algo más sobre la espada. Y así fue. La joven logró parar con presteza los golpes de espada del mercenario, aunque la potencia que este empleaba en sus ataques provocaba que sus brazos temblaran. Sin embargo, Gillian estaba decidida a seguir adelante. No pensaba demostrar debilidad y jamás iba a rendirse. Prefería morir junto a su padre que vivir una vida de esclavitud ante el hombre que había provocado toda esa guerra. Y lo peor de todo era que Rowan jamás sabría qué había pasado con ella. Había visto el sufrimiento en sus ojos ante la mención de su hijo muerto por su enemigo, y no iba a permitir que pudiera sentir lo mismo ante su desaparición.

Gillian giró sobre sí misma y, para sorpresa del mercenario, logró agacharse a tiempo para escapar del filo de su espada y le abrió un poderoso tajo en el vientre que logró arrancarle un grito de dolor. Rápidamente, la sangre salió a borbotones de su cuerpo y vio cómo el guerrero mercenario la miraba con una expresión de sorpresa. Incluso ella misma estaba sorprendida por ese giro en los acontecimientos. No pretendía matar a nadie, pero si tenía que defenderse, haría lo que fuera para ello.

Instantes después, el mercenario caía frente a ella con las tripas fuera de su cuerpo y un borbotón de sangre escapando de su garganta.

Respirando con dificultad, Gillian miró al segundo mercenario, que se había quedado estupefacto en la jamba de la puerta al ver morir a su compañero. Y a partir de ahí, todo se precipitó. Gillian intentó gritar pidiendo ayuda, pero el hombre se movió tan rápido hacia ella que solo le dio tiempo a tomar aire para volver a la pelea. No estaba segura de poder aguantar un nuevo asalto por parte de ese guerrero, pues la rabia en su

rostro era tal que imprimía toda su fuerza en cada estocada con la espada.

En un momento dado, los brazos de Gillian cedieron ante la presión de la espada del guerrero, instante que este aprovechó para golpearla en el rostro. Gillian gritó cuando ese golpe le giró la cara y la tiró contra el suelo. La espada de su padre escapó de entre sus manos y se escurrió hacia el otro extremo de la cabaña. Rápidamente, la joven intentó gatear hasta ella, pero la punta de la bota del mercenario le dio de lleno en el vientre, levantándola del suelo y lanzándola contra la pared más cercana.

Gillian gritó de dolor y se llevó una mano a la zona donde la habían golpeado. Se levantó como pudo y se dispuso a enfrentarse al mercenario con sus propias manos si era necesario, pero este tiró la espada a un lado y la golpeó nuevamente en el rostro.

—Pienso llevarte ante él, pero con el rostro tan magullado que ni tu propio marido podría reconocerte…

Gillian levantó las manos para protegerse, pero el mercenario logró apartárselas con un solo golpe. La joven intentó escapar de la cabaña para avisar a Rowan y sus hombres, sin embargo, su atacante la tomó del pelo y tiró con fuerza hacia él. Gillian gritó, aunque su voz quedó silenciada cuando le arrancó el aliento con un golpe en el estómago. La joven se dobló sobre sí misma y cerró los ojos un instante. Apenas podía respirar cuando se vio obligada a incorporarse y la apretó contra la pared más cercana.

Las manos del mercenario fueron directamente a su cuello y lo apretaron con fuerza.

—Si no tuviera órdenes directas, acabarías como la primera furcia que se casó con tu querido esposo. Sin embargo, no pasa nada si te llevo con alguna herida.

El mercenario levantó el puño y lo estrelló contra su mejilla. Gillian creyó ver luces a su alrededor cuando sintió el potente dolor en su rostro. También supo que le había abierto una herida en el labio cuando la sangre comenzó a manar de este y latía con demasiada fuerza.

Rápidamente, y obligándose a devolverle el golpe, Gillian levantó el pie y lo golpeó en la entrepierna con todas sus fuerzas. Al instante, este se dobló sobre sí mismo y la fuerza que imprimía en su cuello desapareció lo suficiente como para que la joven pudiera empujarlo lejos de ella y así correr fuera de la cabaña.

Desconocía dónde se encontraba Rowan en ese instante, pero al ver muertos a los hombres de su padre sintió miedo. ¿Y si Rowan la había dejado allí y ahora estaba lejos de ella? ¿Quién podía ayudarla en ese momento? Algo poderoso dentro de ella la obligó a correr hacia adelante para llegar a los límites del bosque. Desde allí podría ver con claridad la granja que había sido atacada por los mercenarios y rezó para que su esposo se encontrara allí en ese instante.

Escuchando los pasos rápidos del mercenario a su espalda, Gillian corrió todo lo que su cuerpo magullado le permitió. Su rostro latía con fuerza y su costado protestaba después de haber sido golpeado. Sin embargo, ella siguió adelante. Pero cuando estaba a punto de llegar a los límites del bosque, sintió cómo algo la empujaba hacia adelante y la había perder el equilibrio.

Gillian cayó hacia delante de forma estrepitosa. La joven gimió de dolor cuando varias piedras le dieron de lleno en el costado. Intentó arrastrarse de nuevo para alejarse del mercenario, pero este la alcanzó en cuestión de segundos. Gillian logró propinarle una patada en la cara, que le arrancó un ladrido de dolor.

La joven logró ganar unos segundos con ese golpe, por lo que rodó sobre sí misma, se puso en pie con rapidez y corrió de nuevo hacia la granja que había sido atacada. Volvió a rezar mentalmente para que Rowan estuviera allí, y cuando salió de entre los árboles y en la distancia logró advertir la enorme altura de su marido, Gillian estuvo a punto de echarse a llorar.

Escuchaba los pasos apresurados del mercenario y justo en el momento en el que Seth se giraba y la vio correr hacia ellos, Gillian volvió a caer al suelo. No obstante, tuvo aliento suficiente para vociferar con todas sus fuerzas:

—¡Rowan!

Lo último que vio antes de caer al suelo fue a Seth avisando a su laird de lo que estaba pasando. Desde la distancia, pudo escuchar el fuerte rugido de Rowan antes de que tanto sus hombres como él corrieran hacia donde estaba ella.

Sin embargo, había una enorme distancia y Gillian debía defenderse mientras tanto.

—Maldita desgraciada… —escuchó que gruñía el mercenario antes de golpearla en el rostro.

Gillian gimió de dolor. Su cara ardió con ese golpe, pues había reunido toda su fuerza para propinárselo. La joven intentó moverse para alejarse de él, pero sintió cómo el mercenario se sentaba sobre su cadera, impidiéndole moverse. Gillian volvió a girar la cabeza hacia él mientras una nube de dolor se extendía por todo su cuerpo. Numerosas piedras se clavaban su trasero y su costado al tiempo que el guerrero apretaba su cuerpo contra el suelo para evitar que se moviera.

—Tal vez hoy me iré al infierno, maldita rata Comyn, pero pienso llevarte conmigo para hacer de tu eternidad una agonía.

Gillian intentó respirar con fuerza al tiempo que elevaba las manos para apartarlo, ganándose un fuerte golpe en su costado que la hizo gritar con fuerza. En medio de aquella nube de dolor, Gillian volvió a escuchar el grito embravecido de Rowan, que estaba cada vez más cerca. Vio que el mercenario elevaba la mirada para comprobar dónde se encontraba y al ver que estaba más cerca de lo que esperaba y volvía a rugir de rabia, llevó sus manos directamente al cuello de Gillian. Apretó con todas sus fuerzas mientras le arrancaba el aire al pecho de la joven y le impedía volver a tomar ni una sola brizna.

Los ojos de esta se abrieron desmesuradamente. Llevó sus manos a las del mercenario y las arañó todo lo que pudo, pero no logró que flojeara su amarre. La vida se le escapaba del cuerpo, especialmente cuando sus dedos apretaron incluso con más fuerza que antes, amenazando con romperle el cuello si no moría asfixiada. La joven pataleó todo lo que pudo, pero no consiguió que el guerrero la soltara. Y cuando las fuerzas comenzaron a menguar y todo comenzó a volverse negro poco a poco, dejándole claro que estaba a punto de perder la vida.

No obstante, en el momento en el que vio de soslayo que Rowan estaba a punto de llegar a ellos, el mercenario dejó de apretar su cuello, permitiéndole toser para tomar un poco de aire. La levantó del suelo y la puso de espaldas a él mientras la joven intentaba llenar su pecho de aquel aliento de vida.

—¡Aparta tus asquerosas manos de mi mujer! —vociferó Rowan lanzándose contra él.

Sin embargo, Kester lo cogió de brazo y se lo impidió, pues el mercenario agarró la barbilla de Gillian y amenazó con romperle el cuello.

—Si aprecias en algo la vida de tu querida esposa, más te vale quedarte lejos de mí.

—Déjala en paz. Ella no te ha hecho nada.

—Claro que no. De hecho, pensaba llevarla ante el hombre que me envió aquí, pero tu querida esposa ha demostrado tener más cojones que tú, Chattan, y se ha atrevido a golpearme. Y eso no podía perdonarlo… ¿Te gusta cómo le he dejado el rostro?

Rowan se soltó de la mano de Kester y dio un paso hacia ellos.

—Aléjate de ella. Como te atrevas a hacerle más daño conocerás lo que es el auténtico terror.

El mercenario sonrió y dejó escapar una risa antes de bajar ligeramente la cabeza para lamer el cuello de la joven, que sintió auténtico asco con ese gesto. Intentó soltarse, pero la mano del guerrero apretó aún más su barbilla, haciendo crujir ligeramente su cuello. Gillian dejó escapar un gemido de dolor. Apenas podía moverse y con el ángulo de su cabeza no podía ver a Rowan, aunque sí podía sentir su presencia, su rabia y su oscuridad.

Gillian sentía que su corazón latía con tanta fuerza que parecía querer salir de su cuerpo. Intentó soltarse de nuevo, pero apenas pudo moverse.

—Yo creo que no me voy a apartar, Chattan. ¿Quieres que esta esposa te dure un poco más?

—Lo que va a durar poco va a ser tu vida…

—Dejad que me vaya con ella o acabará con el cuello roto en cuestión de segundos…

Rowan movió la cabeza.

—No voy a dejar que te la lleves como si fuera un fardo sin valor en tu caballo.

El mercenario dejó escapar una carcajada.

—¿Y para ti sí tiene valor? Vaya, vaya… interesante. ¿Qué pasa, Chattan, te has enamorado?

Hasta Gillian pudo escuchar el rechinar de dientes de su esposo.

—¡Suéltala ahora mismo!

—No puedo, Chattan. Ahora que sé esto sobre ti, tengo que llevarle la

información a la persona que me envía aquí.

—¿Y quién es? —le preguntó con furia—. Lo que debería hacer es enfrentarse directamente si es que tiene valor…

—¿No te das cuenta de que es más divertido ver cómo todos os matáis los unos a los otros? Mientras tanto, él se ríe…

—Llegará el día en el que seré yo quien ría al tiempo que la vida se le escape a través de su garganta cortada.

El mercenario sonrió y negó con la cabeza.

—Jamás descubrirás quién es y, mientras tanto, tu esposa se vendrá conmigo y será su esclava.

Rowan rugió de rabia y dio otro paso más hacia él, provocando que la mano que sujetaba a Gillian se tensara.

—¡No te acerques más o le romperé el cuello!

Gillian gimió de dolor por la postura de su cabeza. No podía hablar, apenas podía llenar su pecho de aire y solo sentía dolor en todo su cuerpo. Sin embargo, unos segundos después, la mano que la sujetaba aflojó su amarre y un gemido de dolor escapó de la garganta del mercenario. Sin fuerzas, Gillian cayó al suelo, a sus pies, y se alejó de él gateando mientras los hombres de Rowan corrían hacia el mercenario y lo aferraban de ambos brazos.

Cuando Gillian elevó la cabeza hacia él descubrió que lo que había provocado que la soltara era que Sloan se había desviado de su camino y en lugar de llegar a él de frente había rodeado al mercenario y lo había atacado por la espalda. Mientras la joven intentaba recuperar el aliento y sentía que sus piernas temblaban sin control vio que Sloan los rodeaba a todos con la mirada puesta en ella. Al llegar junto a la joven, le tendió la mano para ayudarla a levantarse y cuando la mirada de ambos estuvo a la altura, le dijo:

—Tú curaste mi herida y ahora yo te he salvado. Estamos en paz.

Con lágrimas en los ojos, Gillian asintió y, para sorpresa del guerrero, lo abrazó desesperadamente. Al instante, Sloan se tensó sin saber qué hacer y dejó que Gillian llorara en su hombro unos segundos.

—Gracias.

Sloan asintió, incómodo, y la miró a los ojos.

—No solo lo he hecho por ti, sino también por mi hermano.

La joven desvió entonces la mirada a Rowan y lo vio acercarse lentamente al mercenario. Lo habían golpeado y estaba de rodillas en el suelo, elevando su mirada retadora al laird Chattan.

—¿Quién te ha enviado? Si lo dices, tu muerte será rápida.

El mercenario rio y negó con la cabeza.

—Es alguien más poderoso y listo que tú…

Rowan empuñó una daga y le cortó la cara.

—No lo dudo… —respondió mientras observaba cómo salía la sangre de la mejilla del guerrero—, pero hay algo con lo que no contaba tu líder. No debió interponerse en el camino de alguien tan cruel como yo, porque jamás me he metido con nadie. Sin embargo, aquel que se atreve a hacerle daño a los míos provoca que la bestia que anida en mi interior despierte de su letargo. Y eso, amigo mío, me hace invencible.

La propia Gillian sintió un escalofrío ante la insensibilidad con la que había pronunciado sus palabras. Ese Rowan que había ahora frente a ella no era el mismo que había conocido en la intimidad de su habitación. Era el Rowan del que siempre había oído hablar: el implacable, el frío y calculador guerrero que jamás tenía piedad de nadie, y menos de aquellos que se atrevían a herir a uno de los suyos.

El guerrero giró la cabeza en su dirección y Gillian pudo ver el dolor en sus ojos de acero. Su esposo la miró de arriba abajo, comprobando el daño que le habían infringido, y aunque la joven intentó mantenerse erguida, el dolor pudo con ella y su rostro lo reflejó a la perfección.

Rowan enseñó los dientes con rabia. La furia caminaba en su interior, provocando que esa bestia de la que hablaba estuviera a punto de salir.

—Dime… quién demonios te envía —dijo entre dientes.

—Jamás te lo diré… Iréis todos a la guerra de nuevo y no habrá nadie que salve a vuestras malditas familias.

Con gesto frío, Rowan clavó la daga en su pecho, pero lo hizo de tal forma que no pudiera morir rápidamente. Ordenó a sus hombres que lo soltaran, cayendo este al suelo mientras gemía de dolor y su cuerpo se sacudía intentando ganarle la batalla a la muerte.

—Todos a los caballos —ordenó—. Debemos regresar cuanto antes. Seth,

tú ve al castillo Comyn para advertirles de que el cuerpo de su laird está en este lugar desprotegido. Ayúdalos a llevarlo de nuevo a su hogar y ríndele homenaje junto a su gente. Aaron, Nicolas, vosotros quedaos con el cuerpo y protegedlo. Dudo mucho que los mercenarios regresen a esta zona después de haber perdido a varios de los suyos.

El guerrero asintió y se giró hacia su caballo para llevar a cabo la orden con rapidez.

—Nosotros volveremos al castillo. Nuestra madre tiene algo que contarnos para salir de esta maldita incertidumbre…

Sus hermanos y el resto de sus hombres asintieron. En ese instante, Rowan se giró hacia Gillian, que estaba deseando regresar al castillo para poder llorar en paz a su padre y para curar sus heridas. Sentía que todo su cuerpo protestaba ante cualquier movimiento, por lo que intentaba moverse lo menos posible.

Rowan se acercó poco a poco a ella y cuando estuvo a su altura, lanzó un largo y cansado suspiro y la atrajo hacia él para abrazarla. Gillian se dejó mecer entre sus brazos, llorando desconsoladamente, pues aún no podía creer lo que había sucedido. Lo agarró con fuerza de la camisa. Había pasado tanto miedo hasta que por fin lo encontró que pensó que iba a morir o la llevarían como esclava. Su cuerpo comenzó a temblar, sacando toda la tensión acumulada en tan solo unos minutos.

—Ya estoy contigo, Gillian —susurró suavemente Rowan en su oído—. No te pasará nada.

Le acarició la espalda, aunque con cuidado, temeroso de hacerle daño, pues no sabía exactamente cómo y dónde la habían golpeado. La rabia lo incitó aún más, teniendo que contenerse para no girarse y destrozar el cuerpo del mercenario.

Sloan le llevó las riendas de su caballo y se alejó de ellos para darles intimidad.

—Debemos regresar. Es más seguro. ¿Crees que podrás cabalgar?

Gillian se separó de él y Rowan acunó su rostro entre sus manos. La miró con intensidad y se odió por haberla dejado sola al cuidado de los guerreros Comyn.

—Sí, aunque me duele todo.

—Vendrás en mi caballo. Yo te sostendré para evitar que caigas, ¿de acuerdo?

Gillian asintió y se dejó guiar por Rowan, que la ayudó a montar sobre el caballo. Después, montó sobre ella y la agarró de la cintura con una mano, mientras que con la otra sujetaba las riendas. Dio la orden a sus hombres para que iniciaran la marcha, mientras él se quedaba a la retaguardia con ella.

A medida que se alejaban de allí, Rowan escondió el rostro ligeramente en el cuello de la joven, que se dejaba caer contra su pecho, malherida. El guerrero aspiró su aroma, sintiendo que un poderoso sentimiento se abría paso en su corazón. Había luchado en muchas batallas, pero ninguna como la que se mostraba ante él. En el centro de esa batalla se encontraba Gillian y Rowan fue consciente de que todo él acababa de caer de rodillas frente a ella. Al verla herida, se dio cuenta de que jamás había temido al enemigo, a la muerte o al dolor. Ahora comprendía que no era el fuego del enemigo lo más peligroso con lo que se había cruzado, sino que era la posibilidad de que ella dejara de respirar. Siempre había odiado a Gillian, pero acababa de descubrir que la amaba desde el primer día en que la vio porque ella representaba la luz que él no tenía. Esa luz lo había cegado, lo había incomodado, pues él representaba la oscuridad que habitaba en su alma. Pero ahora comprendía que el destino la había puesto en su camino para complementarlo, pues no había oscuridad sin luz ni luz sin oscuridad.

Por ello, Rowan llevó sus labios al oído de la joven, cerró los ojos y le dijo desesperadamente:

—Te elijo como el rayo elige a la tormenta, Gillian Chattan —susurró—. Te elijo porque solo contigo puedo calmar a los demonios que habitan en mi oscuridad. Te elijo porque si tú me faltas, soy como un viajero sin rumbo. Te elijo, Gillian, porque te respeto, te adoro y te amo desde el primer momento en que te vi.

Imaginar el mundo sin ella le había causado auténtico terror, por eso debía enfrentarse a su propio miedo para salvarlos a ambos.

La joven giró la cabeza hacia él y lo miró, sorprendida. Vio el sufrimiento en aquellos ojos grises como el acero. La miraban con desesperación y con tal terror que creyó ver en él a un niño pequeño. Con cierta dificultad debido al dolor de su cuerpo, Gillian levantó una mano y la apoyó en su

mejilla. Bajo la palma de su mano sintió la barba del guerrero, pero también su temblor. Acababa de abrir su corazón por primera vez en su vida y sabía que sentía miedo a su rechazo.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Sabes que vamos a ir a infierno, ¿verdad?

Rowan frunció el ceño, sin comprender.

—¿Por qué?

—Porque yo también elijo tu oscuridad, Rowan Chattan. Elijo todo lo que eres y representas. Te elijo porque, a pesar de todo, estoy perdida e irremediablemente enamorada de ti.

Rowan sonrió y agachó la cabeza para besarla con cuidado. De repente, sentía un fuerte nudo en la garganta que le impedía hablar. Sus ojos se llenaron de lágrimas por primera vez en su vida y la apretó contra sí fuertemente, temeroso de que se arrepintiera y cambiara de opinión.

—Pienso dedicar toda mi vida a hacerte feliz, Gillian, aunque sea lo último que haga.

La joven giró la cabeza, incapaz de seguir mirándolo a los ojos debido al dolor de su cuello. Sin embargo, elevó una mano y apretó su nuca hacia ella. No quería separarse de él jamás. Entre sus brazos se sentía realmente protegida, amada y completa. Gillian dejó caer la cabeza contra su hombro y se dejó mecer por el movimiento del caballo. Rowan le dio un beso en la cabeza y la acarició en la cintura. Nunca se había sentido tan liberado como en ese momento. Había puesto en palabras lo que sentía desde hacía tiempo, y no podía evitar sentirse pleno, feliz.

Aunque sabía que hasta que no consiguiera descubrir la verdad no estaría completamente bien.

CAPÍTULO 31

El regreso al castillo le pareció eterno a Rowan. Habían intentado hacer el camino más lento debido a los golpes de Gillian, pero la joven insistió en que podía aguantar bien si cabalgaban suavemente. Ambos querían llegar cuanto antes a la fortaleza no solo para curar las heridas de Gillian, sino también para hablar con la madre del guerrero, cuyo secreto no podía guardar por más tiempo.

Por ello, cuando cruzaron el portón y llegaron al centro del patio, Rowan desmontó y ayudó a Gillian a hacerlo. La joven dejó escapar un gemido de dolor, pues su cuerpo protestó ante ese nuevo movimiento después de pasar muchas horas a caballo.

—Ven, deja que te cargue —dijo Rowan.

Gillian abrió los ojos desmesuradamente y negó con la cabeza repetidas veces con las mejillas totalmente rosadas.

—¿Qué? ¡No! Puedo caminar yo sola —respondió mirando a un lado y a otro, avergonzada.

—Estás herida.

—Estoy bien.

Rowan arqueó una ceja e igualmente se acercó a ella y la levantó de suelo sin esfuerzo alguno.

—Nos están mirando… —dijo la joven entre dientes.

Rowan sonrió de lado.

—¿Crees que me importa?

Gillian resopló y escondió el rostro en el hueco de su cuello.

—Debería. Sloan está totalmente rojo.

—Lo estás tú más… —respondió el guerrero con gesto divertido.

Gillian resopló y se dejó mecer por el cuerpo del guerrero, que se dirigió directamente hacia uno de los salones más cercano a la habitación donde Gillian había preparado botes con plantas y ungüentos para las curas. La depositó en un sofá y la miró un instante.

—¿Estás bien ahí?

Gillian asintió, aún roja por la vergüenza, pero también con el pecho lleno

por lo que habían hablado entre ellos.

—Sí, puedo ir a curarme yo sola…

—No. Yo lo haré. Vuelvo en un segundo…

La joven asintió y se dejó caer contra el respaldo del sofá. Miró de reojo hacia la ventana. El día estaba a punto de llegar a su fin y había vivido tantas emociones que aún no había podido procesar ninguna. La pena, la rabia, el miedo, el amor… e infinidad de sentimientos más se habían apoderado de su cuerpo, impidiéndole gestionar uno por uno. La pena por la muerte de su padre y esas circunstancias le habían abierto un agujero de dolor en el pecho. Tenía la impresión de que había alguien traicionero entre las filas de su padre, por lo que se dijo que debía enviarle una carta a su hermano para que estuviera al tanto de todo y pudiera ajusticiar a quien había llevado a la muerte a su padre.

Por otro lado, el miedo que había sentido al pensar que iba a morir ella también había provocado que se sintiera petrificada. En ese instante, ni siquiera era capaz de recordar qué había hecho contra los mercenarios o qué les había dicho. Lo único que podía recordar eran los golpes y su intento por escapar, que casi acabó con su vida.

En su corazón también había curiosidad en ese instante. La verdad es que ella era una de las más interesadas en saber qué tenía que contarles Amelia, ya que, si uno de los lairds implicados en la guerra buscaba algo, tenían que saberlo de inmediato para comenzar a idear planes de ataque y para descubrir la identidad de ese traicionero, sobre todo, después de que le hubiera dado muerte a su padre.

Gillian suspiró después y esbozó una sonrisa tímida. Se abrazó a sí misma cuando un poderoso sentimiento de amor recorrió su cuerpo. Jamás habría imaginado que Rowan fuera capaz de decirle semejantes palabras tan bonitas. El guerrero había sido muy escueto debido a que sus hombres se encontraban cerca y estaban sobre un caballo, pero para ella habían sido las palabras perfectas. No deseaba más. Tan solo quería saber si Rowan podría amarla alguna vez y este se lo había confirmado cuando menos lo esperaba, logrando llenar el vacío que había sentido tras la muerte de su padre.

La vida y el destino acababan de asestarle un duro golpe, pero lograron que fuera menos dañino gracias a Rowan.

El guerrero regresó junto a ella en cuestión de minutos, llevando consigo

todo lo necesario para la cura.

—He ordenado que avisen a toda mi familia para que se reúnan en el salón principal en una hora.

Gillian asintió y se movió ligeramente en el sofá, dibujando una expresión de dolor en su rostro cuando el costado protestó.

—¿Te han golpeado mucho el cuerpo o más en el rostro?

Rowan se sentó junto a ella y la observó con atención. Su ceño estaba fruncido y se notaba a leguas la tensión en todo su ser. Gillian intentó quitar hierro al asunto:

—No es para tanto. Estoy bien.

—Eso quiere decir que estás peor de lo que quieres manifestar. Muéstrame el costado.

Gillian resopló.

—Estamos en uno de los salones. ¿No pretenderás que me quite el vestido?

—Si no te lo quitas tú, te lo quitaré yo…

Gillian lo miró de arriba abajo.

—No serás capaz…

Rowan arqueó una ceja.

—Ponme a prueba.

Gillian lo miró durante unos instantes, hasta que comprendió que, efectivamente, Rowan sería capaz de desnudarla él si ella no se quitaba el vestido para poder ver las heridas de su costado. Por ello, la joven acabó cediendo y se levantó con cierta dificultad para quitarse el vestido. Cuando este acabó en el suelo, levantó la camisola y también se la quitó. En el momento en el que se quedó completamente desnuda, Rowan perdió el aliento. Y no por su belleza, que era algo que siempre le había pasado, sino por el color que estaba empezando a tomar su cuerpo. Gillian bajó la mirada y lanzó una exclamación sorprendida al ver que se estaba tornando de color negro.

—Dios santo… —murmuró.

—¿Alguno de estos ungüentos es para eso? —preguntó Rowan señalando los botes que había llevado.

—Sí, el de tu izquierda.

Rápidamente, Rowan lo abrió y lo olió, haciendo un guiño de asco. Con cuidado, untó parte del ungüento en el costado de la joven y en el vientre. Esta siseó cuando sintió el dolor, provocando que el guerrero apretara la mandíbula con fuerza, iracundo.

—Puedo hacerlo yo si quieres…

Rowan negó con la cabeza.

—Eres mi esposa, y seré yo quien te cure.

Gillian lo observó mientras el guerrero hacía todo lo posible para extender con cuidado la crema. Su rostro demostraba la rabia y la fuerza que aguantaba en su interior, mientras que sus manos dejaban ver la ternura que realmente mostraba hacia ella. Cuando terminó, elevó la mirada y ambos se quedaron completamente quietos, sin saber qué decir.

Por una parte, Gillian quería terminar con ese momento cuanto antes, pues le parecía realmente incómodo, ya que nunca nadie la había curado como él. Siempre lo había hecho ella y que hubiera alguien en el mundo que lo hiciera con ese amor, conseguía derretirla.

Sin embargo, por otra parte, Gillian habría deseado estar perfectamente para dejarse caer sobre la cadera del guerrero y entregarse por completo a él. Necesitaba sentir su piel, sus brazos, sus caricias… lo quería todo para intentar olvidar lo que había pasado ese día tan horrible para ella. Sin embargo, había cosas más importantes que hacer que curar su alma en ese instante.

Gillian volvió a ponerse la camisola y el vestido con cierta dificultad. Y cuando estuvo lista, se sentó a su lado bajo la atenta mirada de Rowan en todo momento sobre ella.

—La hinchazón de tu rostro ha bajado por el camino —dijo el guerrero tras un carraspeo.

Se le había secado la boca al verla desnuda frente a él, dejándose curar. Habría dado lo que fuera para ser él quien estuviera herido y no ella. Se golpeó mentalmente una vez más por haberla dejado sola en aquella cabaña, pero había confiado en que estaba a salvo junto a los guerreros Comyn y que nadie más se acercaría a ella. Se había equivocado. Y esa equivocación casi le costó la vida a su esposa.

Rowan tragó saliva y desvió la mirada.

—Ya no me duele tanto.

—Tengo que curarlo igualmente. Aún tienes sangre seca en la cara.

—Si quieres…

—Lo haré yo —la cortó mirándola de nuevo a los ojos.

Gillian asintió y dejó que el guerrero limpiara primero su rostro con sumo cuidado. La suavidad con la que lo hacía la sorprendió. No podía creer que dentro de ese enorme cuerpo musculoso, salvaje y a veces cruel pudiera haber cabida para tanto cuidado. La joven lo miró en silencio y no pudo evitar sonreír.

—¿Te ríes de mí?

—Sonrío… es diferente. Lo hago porque me sorprende lo que ha pasado entre nosotros después de cómo empezó todo.

El guerrero ladeó la cabeza y suspiró.

—Yo también me sorprendo. Y te aseguro que tendremos una conversación más profunda del tema. Esto no quedará en una simple confesión a caballo huyendo de un lugar…

Gillian sonrió y asintió.

—Ya lo creo… Eso me lo tienes que repetir, que ya no recuerdo bien lo que has dicho. Acababan de golpearme…

Rowan sonrió y arqueó una ceja.

—Entonces puede que imaginaras mis palabras. Yo solo te decía que te odiaba por todos los problemas que me das.

Gillian rio suavemente.

—Y yo te decía que no sentía pena por ti y que pensaba darte aún más problemas…

Rowan asintió.

—Sí, eso creí escuchar.

Gillian rio, aunque su gesto mudó rápidamente al dolor cuando Rowan aplicó un ungüento sobre sus golpeadas mejillas.

—Ojalá pudiera regresar a ese lugar para destrozar su cuerpo después de lo que te hizo —murmuró el guerrero.

—Ya está muerto. Y creo que no lo sabes, pero eran dos.

Rowan frunció el ceño.

—¿El otro escapó? —preguntó, preocupado.

Gillian sacudió la cabeza.

—No. Lo maté. Y creo que en eso debo daros las gracias. Últimamente, he visto vuestros entrenamientos y he aprendido movimientos. Aunque nunca los había puesto en práctica, sí los guardé en mi mente y lo hice con ese mercenario. Murió dentro de la cabaña.

Rowan la observó en silencio durante unos segundos, hasta que no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No esperaba menos de mi mujer…

La joven se sonrojó y desvió la mirada.

—Esto ya está —dijo el guerrero al cabo de unos minutos—. El color de las heridas cambiará con los días, pero el resto de la hinchazón bajará seguramente para mañana.

Gillian suspiró y asintió. Observó las manos de Rowan mientras este recogía todos los botes y los paños manchados para llevarlos después a su sitio y una sonrisa se dibujó en sus labios. Por primera vez en su vida se sentía plena, realmente amada por alguien, y que eso lo sintiera junto al hombre al que había odiado era algo realmente extraordinario.

Rowan se giró de nuevo hacia ella y la tomó de las manos.

—Hay algo en lo que no puedo dejar de pensar.

—¿En qué? —preguntó ella.

—En qué habría pasado si mis hombres y yo hubiéramos estado más lejos. Me confié y te dejé a cargo de los hombres de tu padre sin comunicarte a dónde íbamos. He cometido el mayor error de mi vida y casi te cuesta la tuya.

Gillian se encogió de hombros.

—Es normal que me dejaras a solas para despedirme de mi padre y para prepararlo. Quería honrarlo antes de despedirme de él para siempre y regresar aquí. Si la situación fuera otra, habríamos acudido a su funeral, pero tenemos una guerra que evitar antes de que sea demasiado tarde para todos los clanes.

Rowan asintió.

—Pero, aun así, no puedo evitar sentirme culpable. Juré ante Dios y ante los hombres que iba a protegerte. Te lo juré incluso a ti. Tal vez no debería decírtelo, pero también se lo juré a Elisabeth y a mi hijo. Y murieron. Creo que no estoy hecho para esto. No soy buen esposo. Soy un guerrero que jamás ha sido adiestrado para el matrimonio y puede que no sea la mejor opción que deberías tener. Toda la gente que me importa acaba muriendo sin que yo pueda protegerla.

Rowan apretó la mandíbula.

—Mi padre también murió mientras yo luchaba contra otro guerrero. Sloan casi muere ante mis ojos bajo una lluvia de flechas, tú casi lo haces a manos de un mercenario… Todo para lo que he sido entrenado no vale para proteger a quien amas.

Gillian descubrió el dolor que guardaba Rowan en el alma. Este jamás había hablado de algo así, por lo que desconocía esa fuente de dolor en su alma. Y sintió verdadera lástima por él. La joven apretó sus manos contra las del guerrero. Estas parecían tan enormes en comparación que las suyas que sus dedos se escondían por completo entre los de Rowan.

—Tú no tienes la culpa de nada —le dijo—. Las cosas pasan sin que nosotros podamos cambiarlas, aunque estemos al lado. A veces somos meros observadores mientras otros mueren y no es nuestra culpa. Simplemente, debía ser así. A mí me costó mucho tiempo comprenderlo cuando murió mi madre. Mis hierbas no pudieron hacer nada para salvarla, pero yo hice todo lo que pude. Sin embargo, el destino quiso llevársela. Debía ser así.

—Pero duele demasiado cuando tienes tanto peso en la espalda…

—¿Nunca lo has hablado con nadie?

Rowan negó con la cabeza.

—Mi madre lo ha intentado varias veces, pero me he negado. Una vez me dijo… Me dijo: “vive, aunque duela”. Supongo que ella puede ver más allá de mi apariencia.

Gillian le sonrió.

—Una madre tiene el poder de conocer en profundidad a sus hijos a pesar de los muros que construyan a su alrededor.

—Yo ya no quiero muros contigo, Gillian —dijo en un hilo de voz—. No quiero un matrimonio de odio, de rencor o venganza. Deseo paz.

La joven elevó la mano y la posó sobre su mejilla. Recorrió su rostro con la mirada y lo vio tan vulnerable en ese instante que solo pudo acercarse a él con cuidado para abrazarlo. Jamás creyó que Rowan pudiera tener una parte tan frágil e indefensa. El guerrero la recibió entre sus brazos con sumo cuidado. No quería tocar las partes de su cuerpo que habían sido golpeadas, pero tampoco quería apartarla. En ese instante, solo deseaba sentirla contra él, saber que no estaba solo en su camino y que por fin había alguien junto a él con quien podía quitarse la coraza de guerrero, pues era un gran peso para él.

—Si hace unos meses alguien hubiera vaticinado que estaríamos aquí, abrazándonos, creo que lo habría matado por decir semejante estupidez —susurró Rowan contra su pelo.

Gillian sonrió y se apartó ligeramente de él para besarlo.

—Yo lo habría envenenado.

Rowan sonrió contra sus labios y acarició su rostro con suavidad y cuidado.

—Me quedaría aquí contigo hasta el resto de mi vida, pero tenemos que ir con mi familia…

Gillian se apartó y asintió.

—Tienes razón. Hay algo que debemos solucionar cuanto antes.

A la hora acordada, toda la familia del laird, incluido Alasdair, se encontraban sentados alrededor de la mesa donde solían comer, a excepción de Amelia, que aún no había llegado.

Arran le había explicado a Rowan que durante su ausencia no habían tenido problemas en el castillo, por lo que todo estaba en orden allí. Sin embargo, sí llamó la atención el rostro marcado de Gillian, a quien le preguntaron cómo se encontraba.

—Tengo magulladuras por todo el cuerpo, pero me siento mejor.

La joven miró de soslayo a Sloan, que desvió su mirada.

—De no ser por Sloan, tal vez no estaría aquí.

Arran miró a su hermano con una sonrisa irónica.

—Creía que querías matarla, no salvarla.

El aludido puso los ojos en blanco y renegó entre dientes, aunque Gillian no logró entenderlo.

—Tal vez ahora me arrepienta de haberla salvado.

Gillian sonrió mientras los gemelos reían.

—Apareció de la nada —explicó Kester—. No me había dado cuenta de que se había desviado.

—¿Podemos dejarlo ya? —preguntó Sloan, visiblemente incómodo—. Sí, la he salvado. Ya está. No hay más que hablar.

—Y aún no te he dado las gracias por ello, hermano.

Sloan se encogió de hombros.

—Lo hice más por ti que por ella. Sabes que no la soporto.

Rowan sonrió ligeramente.

—Vaticino que seréis grandes amigos.

El guerrero resopló al tiempo que Gillian.

—No pinta bien esa amistad… —respondió Sloan.

—Si vuelves a tratarme mal o insultarme, acabaré envenenándote… —le advirtió Gillian con una amplia sonrisa amenazante.

Sloan apoyó los codos en la mesa y clavó su mirada en ella, abrió la boca para responderle con una clara amenaza de vuelta, pero la puerta del salón se abrió para dar paso a Amelia, que se mostraba visiblemente nerviosa.

—Has tenido suerte… —susurró Sloan mientras volvía a dejarse caer contra el respaldo de la silla.

La madre de los jóvenes se acercó a la mesa donde se encontraban esperándola y, en lugar de tomar asiento como los demás, se quedó de pie. Los miró uno por uno, no perdiendo detalle de las expresiones de su rostro. Los vio nerviosos y ansiosos por conocer la verdad. Y cuando sus ojos se posaron sobre Cora, esta desvió la mirada hacia sus manos, de repente muy interesada en ellas.

—Está bien. Creo que ha llegado el momento de confesar algo que vuestro padre y yo juramos no decir jamás para protegeros.

—Si tenía algo que ver con la guerra, no valía de nada protegernos ocultándonos algo tan vital —la cortó Rowan con serenidad.

Amelia asintió con una sonrisa triste.

—Lo sé, pero no queríamos que eso condicionara vuestra lucha en el frente, ni tampoco vuestra vida.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Gillian con curiosidad.

Amelia se retorció los dedos y continuó sin responder a esa pregunta inmediatamente.

—Estas semanas de atrás os preguntabais si el resto de clanes, como el Comyn, tenía algo que ver en los ataques. Vuestro padre y yo sabíamos que no, que simplemente se trataban de un medio para ir a esa guerra y para esconderse. Nadie sabría la identidad de la persona que quería atacarnos, así que es una jugada perfecta. Liam y yo habíamos llegado a la conclusión de que, si los otros clanes no sabían el motivo de la guerra, vosotros tampoco teníais por qué saberlo.

—No es justo, madre —se quejó Sloan.

—Lo sé. Por eso, nuestra vida no puede seguir así, porque ya han matado a Elijah, vuestro padre también lo hizo en aquella batalla, tú mismo casi mueres bajo las flechas y la tensión vuelve a crecer entre los clanes. Repito que desconozco quién es el culpable que comenzó todo, pero sí sé qué es lo que quiere. Mejor dicho, a quién quiere.

Rowan frunció el ceño y miró a sus hermanos, incluido Alasdair, que miraba sus manos mientras prestaba atención a las palabras de Amelia.

—Un buen amigo de vuestro padre —dijo con cierta dificultad— nos dijo que iban contando algo sobre uno de vosotros. Al parecer, corría una voz que decía que había tenido una visión en la que vio el manto de los Chattan y la cara de alguien. Esa persona que vio sería la encargada de destruir a un clan específico, pero jamás supimos a qué clan se refería. La noticia sobre esa visión se extendió entre varios lugares y llegó a oídos de vuestro padre por ello, decidimos protegeros y nunca contar nada.

Rowan frunció el ceño.

—¿Nunca supisteis a qué clan se referían?

—Vuestro padre investigó en muchos lugares. Preguntó a aliados, amigos… pero jamás supieron nada. Así que el responsable de esta guerra

es el mismo clan que tiene miedo de ser destruido.

—¿A quién de nosotros se refería la visión? —preguntó Kester.

Amelia suspiró.

—A Cora.

Las miradas de todos se dirigieron a su hermana, que mantenía su atención sobre sus propias manos, incapaz de levantar sus ojos hacia ellos. Podía sentir el peso sobre su espalda, pero sabía que no podía esconder su mirada por mucho más tiempo. Armándose de valor, la levantó e, inconscientemente, a quien primero miró fue a Alasdair. El guerrero la miraba con calma y el rostro sereno, nada que ver con las miradas que solía dirigirle de auténtico odio.

Se obligó a apartar la mirada de él y la dirigió al resto de sus hermanos y a Gillian, que estaba estupefacta.

—¿Esa visión decía que Cora sería la que destruiría un clan? —preguntó Rowan sin poder creerlo.

Su hermana sonrió con tristeza.

—Quién iba a pensar que la pequeña de los Chattan tendría tal poder, ¿verdad? —preguntó con abatimiento.

Rowan negó con la cabeza.

—No he querido decir eso, Cora. Sé lo poderosa y lo buena guerrera que eres, pero de ahí a destruir un clan… No sé, lo veo tan extraño…

Arran apoyó los codos en la mesa sin apartar la mirada de su hermana.

—Tú lo sabías, Cora…

No fue una pregunta, sino una afirmación, pues su hermana era la única que no se mostraba sorprendida ante esa revelación.

—Sí, pero no porque padre o madre me lo contaran. Un día estaba escondida bajo una mesa. Llegaron ellos y hablaron de mí. Padre dijo que yo era la responsable de esa guerra, pero tampoco sabía que era por una profecía. Desde entonces llevo el maldito peso de todas esas muertes a mi espalda. No os podéis imaginar lo que puedo sentir cada vez que escucho que han atacado nuestras tierras o las de los vecinos. Lo hacen para hacernos daño, para hacerme daño. Me buscan a mí, no a los Comyn. Y no sé quién demonios es el culpable de todo esto, pero ojalá lo supiera, pues

solo así podría entregarme de una maldita vez para que acabar con todo esto.

Alasdair dio un manotazo sobre la mesa, arrugando su rostro y frunciendo el ceño.

—No vuelvas a decir eso —dijo con voz contenida.

—¡Es la maldita verdad, Alasdair! Todos podéis morir por mi culpa. Yo no les he hecho nada y jamás he tenido la necesidad de conseguir poder. Solo quería vivir en paz, pero me convirtieron en un objetivo a cazar. Y todos habéis sufrido por mi culpa.

—Alasdair tiene razón, Cora —dijo Rowan—. Nos tienes a nosotros.

—¡Podéis morir! —exclamó la joven levantándose de la silla con lágrimas en los ojos.

—No importa si lo hacemos —respondió Kester—. Hemos sido entrenados para luchar. Eres una de los nuestros, Cora. Y los Chattan siempre protegemos a la familia.

La joven se limpió una lágrima de la mejilla. Lo hizo con tanta furia que arañó su rostro, pero no le importó.

—No solo tienes a tus hermanos, Cora. La profecía no acaba ahí.

Las miradas de todos se dirigieron a Amelia nuevamente. Los allí presentes se quedaron en completo silencio, estupefactos ante la posibilidad de que hubiera algo más de información sobre eso. La propia Cora necesitó apoyarse en el respaldo de la silla mientras miraba a su madre. ¿De verdad había más?

—Nos dijeron que esa muchacha de la visión tendría una poderosa ayuda: la del gato mayor.

Todos fruncieron el ceño.

—¿El gato mayor? —preguntó Alasdair, estupefacto.

Amelia lo miró y asintió.

—Él la ayudará a derrocar a ese clan.

Cora resopló y se paseó por el salón ante la mirada pasmada de todos.

—Podrían haber sido más específicos, ¿no? ¿Un gato? ¿Qué demonios quieren decir con eso?

—Que estés tranquila, hija. No estás sola.

Gillian frunció el ceño y se quedó pensativa antes de levantar la cabeza al tiempo que su corazón se aceleraba.

—El blasón de los MacGillivray es un gato.

Sloan chasqueó la lengua.

—No me imagino a ningún MacGillivray ayudando a Cora…

—A nadie en general… —lo siguió Kester.

—Si hablan del "gato mayor", tal vez se refieren a Adam, él es el laird ahora —dijo Rowan.

Alasdair miró largamente a Rowan antes de responder.

—Pero él no es el mayor de los MacGillivray. Había otro hermano.

Arran lo miró y arqueó una ceja.

—Ese está muerto. Nadie sabe de él desde que era tan solo un niño.

—Alasdair, ¿en tu clan nunca se habló de esa desaparición? Vuestras tierras también colindan con los MacGillivray.

El aludido negó con la cabeza, seriamente. Estaba extrañamente pálido y su mirada danzaba entre los hermanos Chattan y la pequeña de ellos, que había necesitado sentarse de nuevo para asimilar todo.

—No sé nada de eso. Pero después de escuchar esto se me ocurre una cosa. ¿Los MacGillivray tal vez son inocentes como los Comyn?

Rowan ladeó la cabeza.

—No estoy seguro. Nunca he confiado en Adam, pero tampoco lo hacía en Elijah y me sorprendió su inocencia. Así que ahora mismo el culpable de esta guerra podría ser cualquiera de los otros cinco clanes que quedan.

Sloan suspiró largamente.

—Seguimos igual que antes.

Rowan negó con la cabeza.

—No. Ahora sabemos cuál es el objetivo de ese desgraciado. Lo primero que debemos hacer es proteger a Cora.

—Puedo hacerlo yo sola —lo cortó.

Rowan la miró con el rostro excesivamente serio.

—Cora, soy tu hermano, pero también tu laird. Y ordenaré que estés protegida ante todo.

La joven puso los ojos en blanco.

—Puede hacerlo Nic —sugirió la joven.

—No lo hará sin antes hacer preguntas —respondió Alasdair—. Ese trabajo es mejor que lo haga alguien de los que estamos aquí.

Gillian asintió.

—Estoy con él. Lo mejor es que lo haga quien conoce la verdad. Así nos evitamos preguntas del resto de guerreros. Podría haber traidores como en las filas de mi padre.

—Nicolas no es un traidor.

—Tampoco será él quien esté a tu lado —sentenció Alasdair.

—Tú no eres nadie para disponer sobre mi vida —le espetó la joven.

—Será Alasdair quien se encargue de tu protección —dijo Rowan a su vez, cortando de raíz la discusión.

Cora levantó la mirada hacia su hermano y negó con la cabeza.

—Me niego —indicó levantándose de nuevo de la silla—. Puede hacerlo Kester o Arran…

Rowan negó con la cabeza.

—Alasdair tiene mi total confianza. Es uno de los mejores guerreros del clan.

—¡Me niego, Rowan!

El aludido dio un manotazo sobre la mesa.

—Está decidido, Cora. Estamos haciendo todo lo posible para protegerte.

La joven resopló y se paseó por el salón sin ser consciente de que la mirada de Alasdair estaba siguiéndola en todo momento. Estaba rabiosa. Nunca pensó que contar la verdad a sus hermanos la llevaría a convertirse prácticamente en una prisionera de Alasdair, pues sabía que la tendría casi encerrada para evitar tener que pasar tiempo con ella. Finalmente, la joven paró de nuevo y se apoyó en la silla en la que había estado sentada. Alzó su mirada hacia el guerrero y vio que la observaba con atención y el ceño fruncido. Ella le devolvió el mismo gesto, imprimiendo en sus ojos todo el odio que sentía hacia él, hasta que su madre carraspeó para llamar su atención y se obligó a prestar atención al resto.

—Y ahora que eso ya lo tenemos claro, ¿qué hay que hacer con el resto

de clanes? —preguntó Arran.

—Sí, no podemos esperar a que el culpable dé un paso en falso porque podría haber más bajas entre nosotros.

Rowan asintió y clavó la mirada uno por uno para después sentenciar con solemnidad:

—Vamos a reunir de nuevo a todos los clanes.

EPÍLOGO

Una semana tardó el castillo en preparar todo para una nueva reunión con los clanes. Aunque aún no habían recibido misiva con una respuesta por su parte, Rowan estaba seguro de que acudirían todos, pues no les parecería normal que los convocara antes de que terminaran los seis meses de plazo que les había dado el rey para encontrarse de nuevo. Y seguramente ya se habrían enterado todos de la muerte de Elijah Comyn, por lo que seguramente pensarían que Rowan los reunía para intentar culparlos de su fallecimiento.

El guerrero quería dejar todo atado antes de que los clanes volvieran a su castillo después de lo que parecía haber sido una eternidad. Desde la última reunión, habían pasado tantas cosas en ese lugar y en su vida que a veces Rowan pensaba que todo formaba parte de un extraño sueño. Un sueño del que no quería despertar, pues junto a Gillian había vivido los mejores días de su vida.

Rowan suspiró cuando se quitó la camisa y se dejó caer sobre la cama. Había sido una semana en la que habían tenido que asimilar muchas cosas entre la familia y apenas habían tenido tiempo para hablar de lo sucedido. A su espalda, su esposa también había comenzado a desvestirse para ponerse cómoda y dormir, pues por delante tendrían unas semanas muy duras hasta dar con el culpable y sentenciarlo.

—¿Nunca habéis sospechado lo de Cora? —le preguntó Gillian mientras se metía en la cama.

Rowan terminó de quietarse el kilt, quedándose completamente desnudo.

—Jamás. Siempre he pensado que la guerra se debía por poder y por conseguir tierras del vecino, pero jamás por una visión.

Se metió con ella en la cama y se giró hacia ella para mirarla a los ojos.

—Debe de ser mucho el peso que soporta Cora. Pensar que toda esta guerra es por ella y que mucha gente ha muerto tiene que ser algo realmente abrumador.

—Pero realmente no tiene culpa de nada.

—Lo sé. Pero se nota a leguas que lo siente como si fuera ella quien empuña las armas. Está demasiado seria.

Rowan asintió.

—Eso es cierto. Siempre fue una niña muy risueña. Quisiera protegerla de todo. No debe sufrir más de lo que ya ha sufrido en silencio sabiendo el secreto y sin habérselo contado a nadie. Y tengo que descubrir de una maldita vez quién es el que va tras ella.

—Aún sigo sin creer que todas esas muertes se deban a una profecía. Qué tontería…

Rowan asintió y suspiró pesadamente. Se sentía tan cansado de todo eso que no podía pensar con claridad en ese instante.

—Cuando lleguen los lairds quiero que tengas cuidado. Si quería hacerte su esclava… No podría imaginar que te hicieran algo, Gillian. Simplemente, no podría vivir con ello.

—Tranquilo, tendré cuidado e intentaré no cruzarme con nadie. Puedo quedarme con tu madre y Cora.

—Además, Alasdair estará con ella. Nadie os molestará.

Gillian asintió.

—De acuerdo.

Y acabó sonriendo al cabo de unos segundos.

—A pesar de que ha pasado tiempo, me sigue pareciendo extraño despertar a tu lado y sonreír.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Preferirías golpearme?

La joven rio.

—¡No! Pero empezamos muy mal y después de eso siguió peor… La verdad es que no me arrepiento de nada. Te amo igual.

El guerrero llevó una mano a su mejilla y la acarició suavemente. Ahora que ya no había signos en su rostro de los golpes recibidos el día de la muerte de su padre, la belleza de su esposa volvía a resurgir con más fuerza que nunca. Y al mirarla, aún no podía creer dos cosas: la primera de ellas era que fuera amado por una mujer tan extraordinaria como Gillian. Jamás había imaginado que el amor pudiera tener cabida en su vida. Siempre se había considerado un hombre de guerra, por lo que el amor quedaba en un segundo plano. Y que ella lo amara con sus carencias, sus heridas, sus

cicatrices y su mal carácter la hacían aún más extraordinaria.

Por otro lado, la siguiente cosa que no podía creer era que él mismo hubiera encontrado la valentía y la fuerza suficiente para decirle a Gillian lo que sentía por ella. Nunca había logrado abrirse a nadie, ni siquiera a su madre. Y que con Gillian le hubiera salido tan fácilmente era realmente un logro para él mismo. Se había jurado que jamás le confesaría lo que sentía por ella por temor a ser rechazado, pero cuando la vio a punto de morir, algo dentro de él se rasgó y necesitó decirlo.

—¿Qué piensas?

Rowan sonrió.

—Que eres realmente hermosa y yo un hombre muy afortunado.

El guerrero se sentó en la cama, provocando que Gillian hiciera lo mismo, preocupada por su expresión.

—¿Y por qué ahora pones esa cara?

—Es que… pienso que hace una semana no lo hice bien confesándote lo que sentía precisamente en ese momento y de esa forma tan fría.

Gillian lanzó una carcajada de alivio, pues durante un instante creyó que iba a decirle algo más grave. Puso una mano en su mejilla y sonrió ampliamente.

—Viniendo de ti, me vale.

—A mí no. Tú te mereces algo mejor.

—¿Y qué has pensado? ¿Vas a confesar lo que sientes por mí delante de tus hombres y de todo el clan?

Rowan abrió mucho los ojos y negó repetidas veces, provocando nuevamente su risa.

—No, pero sí ante ti, Gillian. Deseo hacerte nuevamente un juramento. Cuando nos casamos, nos vimos obligados a hacer uno, pero no lo sentíamos en ese momento. Por eso, ahora que sé lo que sientes y sé lo que siento yo, deseo renovarlo.

La joven esperó a que siguiera hablando, pues tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Gillian Chattan, mi esposa, mi amor, ante ti juro que daré mi vida si es necesario para que nunca te alcance el filo de una espada mientras yo

respire. No puedo prometer que vayamos a ganar esta guerra o cualquier otra que venga, pero sí puedo jurar que jamás seré duro contigo como lo seré con mis enemigos en el campo de batalla. Y aunque un día caiga frente a los que desean mi muerte, no me arrodillaré ante ellos puesto que la única persona frente a la que yo hincaría mi rodilla eres tú.

Rowan le tomó una mano y la llevó a su pecho desnudo.

—Si en algún momento alguien de este clan reclama que debes marcharte por haber pertenecido a nuestros enemigos, esa misma persona comprenderá lo que implica desafiarme, aunque sea mi propio hermano.

Una lágrima cayó por la mejilla de Gillian, que no pudo aguantar por más tiempo las lágrimas.

—Desde esta noche, esposa, tus enemigos son los míos. Tomo también tus miedos como míos, al igual que yo te doy mi honor. Te elijo como mi destino, mi amiga, mi esposa, mi confidente, mi amante y mi ancla en la vida. Esto no es una promesa ligera, sino un juramento que te hago desde lo más profundo de mi ser. Y te aseguro que cuando yo pronuncio un juramento, no es en vano.

Rowan no era consciente de que estaba conteniendo el aliento hasta que terminó de hablar y necesitó soltar el aire. Le acababa de decir la verdad. Él no se tomaba un juramento a la ligera, sino que, cuando pronunciaba uno, iba con él hasta el final de sus días. Y así pensaba hacerlo. La amaría hasta que agotara su último aliento.

Gillian le apretó la mano sin poder dejar de llorar.

—Debo reconocer que eres el hombre más extraordinario que he conocido nunca. Un hombre que me ha demostrado que no solo eres la fuerza que demuestras en el campo de batalla, sino que tienes algo más vulnerable en tu interior que te hace muy especial; alguien por quien luchar y por dejarse la piel hasta el último momento. Eres el hombre que siempre soñé tener, con quien quise sentirme protegida, amada y comprendida. Consigues que me derrita, que me sienta nerviosa cuando te cruzas conmigo, que me quede sin aliento cuando me miras. Has conseguido tanto que solo deseo amarte por siempre. Sin un muro entre nosotros. Y aunque yo no sea una guerrera, te juro que voy a proteger tu vida, tu honor, tu familia y tu corazón de cualquiera que quiera herirlo.

Rowan sonrió y le besó la mano con ternura.

—Te amo, Gillian Chattan.

—Yo también te amo, Rowan.

—¿Para siempre?

—Hasta que nos reunamos en el más allá y volvamos a renovar nuestro juramento.

El guerrero rio y asintió.

—Por toda la eternidad.

Rowan la empujó con suavidad contra la cama y le demostró una vez más lo que sentía en su corazón.

Dicen que las montañas de Escocia protegen todos los juramentos, y aquella noche guardaron el suyo para la eternidad.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
EPÍLOGO